

Little Brother

Escrito por Cory Doctorow

Traducción: Claudia De Bella, (c) 2010.

Libro electrónico creado por: Santiago Benejam Torres

Título original: *Little Brother* (c) Cory Doctorow.

Nota preliminar de la traductora:

En esta historia se utilizan muchos términos relacionados con la informática y la tecnología de las comunicaciones. Estimo que los lectores de Axxón están familiarizados con casi todos en su idioma original, el inglés; por este motivo y porque las traducciones al castellano de esos términos difieren según el país del que se trate, tomé la decisión de dejar los más comunes sin traducir. En cuanto a la terminología poco frecuente, en algunos casos el autor explica a qué se refiere y en otros incluí aclaraciones mías insertadas en el texto, esto último teniendo en cuenta que Cory Doctorow ha autorizado explícitamente cualquier modificación de esta obra que apunte a su mejor comprensión, ya que ha sido escrita con una intención específica que el propio autor expresa en la Introducción.

Del mismo modo, he dejado en inglés nombres de instituciones que poseen páginas web, como también ciertas direcciones de correo electrónico y enlaces a sitios, todos reales, para facilitarle al lector la búsqueda en línea que sugiere el autor.

Finalmente, vale aclarar que Doctorow titula esta novela *Hermano Menor* (*Little Brother*) porque el personaje principal es la figura contrapuesta al “Hermano Mayor” (”Big Brother”, a veces traducido erróneamente como “Gran Hermano”) de la novela *1984* de George Orwell.

Claudia De Bella, 2010.

Aclaraciones del creador del libro electrónico.

Hacia mucho tiempo que estaba esperando un traducción del libro Little Brother de Cory Doctorow al castellano. Esta semana en uno de los feeds RSS del blog de Cory encontré un enlace a la traducción de Claudia De Bella, en la página web de, de Axxón "Hermano menor" (Introducción y Capítulo 1), Cory Doctorow. http://axxon.com.ar/rev/?p=2244. Y dado que la licéncia Creative Commons lo permite, me he permitido el lujo de preparar este libro electrónico. Es el primer libro electrónico que preparo, por lo que si encontrais defectos o teneis alguna sugerencia no dudeis en poneros en contacto conmigo.

Para la creación del libro he usado Sigil, además de herramientas de GNU/Linux.

Santiago Benejam Torres, Ciutadella de Menorca a 30 de octubre de 2010.

e-mail: sbenejam@gmail.com

Licencia

Introducción

Escribí *Hermano Menor* con una furia al rojo blanco, entre el 7 de mayo de 2007 y el 2 de julio de 2007: pasaron exactamente ocho semanas desde el día en que lo pensé hasta que lo terminé (Alice, a quien está dedicado este libro, tuvo que soportarme tecleando el último capítulo a las 5:00 de la mañana, en el hotel de Roma donde estábamos celebrando nuestro aniversario). Yo siempre había soñado con lograr que un libro se materializara así como así, completamente formado, y que saliera de las puntas de mis dedos sin sudor ni lágrimas… pero no resultó tan divertido como había creído. Había días en que escribía 10.000 palabras, encorvado sobre las teclas, en los aeropuertos, el metro, los taxis… cualquier sitio donde pudiera escribir. El libro trataba de salir de mi cabeza, sin importar qué ocurriera, y yo le robaba tanto tiempo al sueño y omitía tantas comidas que mis amigos comenzaron a preguntarse si me encontraba bien.

Cuando mi padre era un joven estudiante universitario, en la década de 1960, fue una de las pocas personas de la “contracultura” que pensaban que las computadoras eran algo bueno. Para la mayoría de los jóvenes, las computadoras representaban la deshumanización de la sociedad. Los universitarios habían quedado reducidos a números en tarjetas perforadas que llevaban la leyenda NO DOBLAR, RETORCER NI MUTILAR, lo que motivó a algunos jóvenes a ponerse prendedores que decían SOY ESTUDIANTE: NO ME DOBLEN, RETUERZAN NI MUTILEN. Las computadoras se consideraban un medio de aumentar la capacidad de las autoridades para regimentar a las personas y someterlas a su voluntad.

Cuando yo tenía diecisiete años, parecía que el mundo empezaba a volverse más libre. El muro de Berlín estaba a punto de caer. Las computadoras, que pocos años antes parecían raras y extravagantes, estaban por todos lados; con el modem que antes usaba para conectarme a los BBS locales ahora podía conectarme con todo el mundo a través de la Internet y los servicios comerciales en línea como GEnie. Mi fascinación de toda la vida por las causas activistas se potenció cuando advertí que la mayor dificultad que enfrenta el activismo, la organización, se hacía cada vez más sencilla a pasos agigantados (aún recuerdo la primera vez que, en lugar de enviar boletines con las direcciones escritas a mano, utilicé una base de datos con mail.merge). En la Unión Soviética, las herramientas de comunicación se estaban utilizando para llevar la información —y la revolución— hasta los rincones más lejanos del estado autoritario más grande que se haya visto sobre la Tierra.

Pero, diecisiete años después, las cosas son muy diferentes. Las computadoras que tanto adoro están asimiladas: las utilizan para espiarnos, para controlarnos, para delatarnos. La Agencia Nacional de Seguridad ha intervenido ilegalmente todos los teléfonos de los Estados Unidos y nadie dice nada. Las empresas que alquilan automóviles y las autoridades de tránsito y tráfico vigilan adónde vamos y nos envían tickets automatizados, revelando nuestra identidad a los entrometidos, los policías y los delincuentes que logran acceder ilícitamente a esas bases de datos. La Administración de Seguridad para el Transporte lleva una lista de personas que tienen “prohibido volar”; nunca han sido condenadas por ningún crimen pero, sin embargo, se las considera muy peligrosas para permitirles viajar en avión. El contenido de la lista es secreto. La norma que la hace ejecutable es secreta. Los criterios en los que se basan para agregarte a esa lista son secretos. Incluye niños de 4

años. Y senadores norteamericanos. Y veteranos condecorados, verdaderos héroes de guerra.

Los chicos de diecisiete años que conozco entienden a la perfección lo peligrosa que puede ser una computadora. La pesadilla autoritaria de los ‘60 ha venido a buscarlos a sus casas. Las seductoras cajitas que hay en sus escritorios y bolsillos vigilan todos sus movimientos, los meten en un corral, los privan sistemáticamente de algunas de aquellas nuevas libertades que yo disfruté y aproveché bien en mis años de juventud.

Más aún, los chicos de entonces, claramente, fuimos utilizados como conejillos de Indias para probar la nueva clase de estado tecnológico al que nos encaminábamos, un mundo donde tomar una foto es piratería (en un cine, un museo o incluso en una cafetería Starbucks) o terrorismo (en un lugar público), pero donde *nosotros sí* podemos ser fotografiados, rastreados y registrados en el sistema cientos de veces al día por parte de cualquier dictador, policía, burócrata y comerciante de pacotilla. Un mundo donde cualquier medida, incluida la tortura, está justificada si uno agita los brazos y grita “¡Terrorismo! ¡9/11! ¡Terrorismo!” hasta que todo el disenso quede silenciado.

No tenemos por qué seguir ese camino.

Si amas la libertad, si piensas que la condición humana se dignifica con la privacidad, con el derecho a que nos dejen en paz, con el derecho a explorar ideas raras siempre y cuando no se haga daño al prójimo, entonces haz causa común con los chicos cuyos navegadores de red y teléfonos celulares se están utilizando para mantenerlos encerrados y para seguirlos a todas partes.

Si crees que la respuesta al lenguaje inadecuado es más lenguaje, no la censura, ya formas parte de la lucha.

Si crees en una sociedad de leyes, una tierra donde nuestros gobernantes son los que tienen que marcarnos las reglas, pero también cumplirlas, entonces eres parte de la misma batalla que pelean los chicos cuando reclaman el derecho a vivir bajo la misma Declaración de Derechos que los adultos.

Este libro tiene el objeto de formar parte del debate acerca de lo que implica una sociedad de la información: ¿control total o libertad sin precedentes? No es sólo una palabra: es un verbo, es algo que hay que hacer.

HAZ ALGO

Este libro está pensado como algo que hay que hacer, no solamente como algo para leer. La tecnología presentada en estas páginas ya es real, o bien casi real. Puedes construir una buena parte. Puedes usar estas ideas como disparador de debates importantes con tus amigos y familiares. Puedes usar estas ideas para vencer la censura y para subirte a una Internet libre, incluso aunque tu gobierno, tu empleador o tu escuela no quieran que lo hagas.

Para construir: la gente del sitio *Instructables* ha publicado unas instrucciones buenísimas para construir elementos tecnológicos presentados en este libro. Es fácil e increíblemente divertido. Nada en el mundo es tan reconfortante como

construir cosas, especialmente cosas que te hacen más libre. Ver aquí

Debates: hay un manual para educadores basado en este libro, confeccionado por mi editorial, Tor, que reúne toneladas de ideas para el aula, el grupo de lectura y el debate familiar de lo que aquí se expone. Ver en educator's manual for this book.

Vencer la censura: en la Bibliografía que figura al final de este libro encontrarás muchos recursos para aumentar tu libertad en el uso de la red, bloquear a los espías y evadir los programas de censura. Cuanta más gente esté al tanto de estos temas, mejor.

Tus relatos: estoy reuniendo relatos de gente que ha usado la tecnología para tener ventaja en las confrontaciones con autoridades abusivas. Voy a incluir los mejores en la edición británica del libro y también los subiré a la red. Envíenme sus historias a doctorow@craphound.com. En el asunto, poner "Abuses of Authority".

Nota de Axxón: El libro fue publicado en 2008. Desconocemos si el autor aún recibe relatos en la dirección de correo indicada, pero cumplimos en informarla.

DEDICATORIA

Para Alice, que me completa.

Capítulo 1

Estoy en el último año de la secundaria César Chávez, en el soleado distrito Mission de San Francisco, y eso me convierte en una de las personas más vigiladas del mundo. Me llamo Marcus Yallow, pero en el comienzo de esta historia me conocían como w1n5t0n. Se pronuncia "Winston".

No pronunciar "doble ve-uno-ene-cinco-te-cero-ene", a menos que seas un encargado de disciplina sin idea de nada, lo bastante anticuado como para seguir llamando "superautopista informática" a la Internet.

Justamente, conozco a esa persona sin idea de nada: se llama Fred Benson y era uno de los tres vicedirectores de la César Chávez. Un pobre despojo de ser humano. Pero si hay que tener un carcelero, mejor que sea uno sin idea de nada antes que otro bien informado.

—Marcus Yallow —dijo por los altavoces un viernes por la mañana. Los altavoces, de por sí, no eran muy buenos, y cuando eso se combinaba con el balbuceo habitual de Benson se obtenía algo más parecido a un tipo luchando por digerir un burrito en mal estado que a un anuncio escolar. Pero los seres humanos somos buenos para detectar nuestros propios

nombres en medio de una confusión auditiva; es un rasgo de supervivencia.

Tomé mi mochila, cerré la laptop tres cuartos (no quería perder lo que me estaba bajando) y me preparé para lo inevitable.

—Preséntese en la oficina de administración inmediatamente.

Mi profesora de Estudios Sociales, la Sra. Gálvez, me miró con exasperación y yo le devolví la mirada. Las autoridades siempre se ensañaban conmigo, simplemente porque yo atravesaba los firewalls de la escuela como si fueran pañuelos de papel mojados, burlaba el software de reconocimiento de andadura y destruía los chips soplones que usaban para rastrearnos. La Sra. Gálvez, en todo caso, era buena persona y nunca se me ponía en contra (especialmente porque le estaba enseñando a usar el webmail para que pudiera hablar con su hermano, que estaba apostado en Irak).

Mi amigo Darryl me dio una palmada en el culo cuando pasé. Conozco a Darryl desde que usábamos pañales y nos escapábamos de la guardería, y desde entonces he estado metiéndolo en problemas y sacándolo de los problemas. Levanté los brazos por encima de mi cabeza como un campeón de boxeo, salí de la clase de Estudios Sociales e inicié la caminata vigilada hacia a la oficina.

Estaba a medio llegar cuando sonó mi teléfono. Ese era otro “no y no”: los teléfonos estaban muy prohibidos en la secundaria Chávez, pero… ¿acaso era un impedimento para mí? Entré en el baño agachado y me encerré en el cubículo del centro (el cubículo más alejado siempre es el más mugriento, porque todos se lanzan a él de cabeza, esperando huir del olor y la repulsión; la apuesta inteligente y la buena higiene se encuentran en el del centro). Revisé el teléfono: la PC de casa

había enviado un correo para avisarme que había algo nuevo en el *Loca Diversión en Harajuku*, que viene a ser el mejor juego que se haya inventado.

Sonreí. Pasar los viernes en la escuela era un asco y me alegré de tener una excusa para escaparme.

Con andar errático, completé lo que quedaba del recorrido hasta la oficina de Benson y lo saludé con la mano cuando atravesé la puerta.

—Vaya, el señor doble ve-uno-ene-cinco-te-cero-ene —dijo. Fredrick Benson (número de Seguridad Social: 545-03-2343; fecha de nacimiento: 15 de agosto de 1962; apellido de soltera de la madre: Di Bona; ciudad natal: Petaluma) es mucho más alto que yo. Mi estatura es de apenas 1,76 y él mide 2 metros; sus días de basquetbolista universitario han quedado tan atrás que los músculos de su pecho se han convertido en tetas masculinas caídas, dolorosamente obvias debajo de sus camisas con cuello polo, obsequio gratuito de alguna puntocom. Siempre parece estar a punto de hacerte una volcada en el culo y le encanta levantar la voz para lograr un efecto dramático. Ambas cosas comienzan a perder su eficacia al aplicarlas reiteradamente.

—Disculpe, no —le dije—. Nunca oí hablar de ese personaje suyo, R2D2.

—W1n5t0n —dijo, pronunciándolo igual otra vez. Me lanzó una mirada asesina, esperando acobardarme. Por supuesto que era mi seudónimo, desde hacía años. Era la identidad que usaba para dejar mensajes en los foros donde publicaba mis contribuciones a la investigación en el campo de la seguridad aplicada. Ya sabes: cómo hacer para escabullirse de la escuela e inhabilitar el guardaespaldas-rastreador del teléfono. Pero él no sabía que era mi seudónimo. Sólo una pequeña cantidad de

personas lo sabía y yo confiaba en todas ellas hasta el fin del mundo.

—Eh… no me suena —dije. Había hecho cosas bastante buenas en la escuela utilizando ese seudónimo (estaba muy orgulloso de mi trabajo con los neutralizadores de tags espías) y si él lograba relacionar las dos identidades me metería en problemas. En la escuela, nadie me llamaba w1n5t0n jamás, y ni siquiera Winston. Ni mis amigos. Era Marcus o nada.

Benson se acomodó detrás del escritorio y golpeteó nerviosamente su anillo de graduado contra el papel secante. Cada vez que las cosas comenzaban a salirle mal hacía lo mismo. Los jugadores de póker los llaman "tics", cosas que indican lo que está ocurriendo en la cabeza del otro sujeto. Yo conocía los tics de Benson del derecho y del revés.

—Marcus, espero que seas consciente de lo serio que es esto.

—Lo seré en cuanto me explique qué es "esto", señor. —Siempre les digo "señor" a las figuras de autoridad cuando estoy jugando con ellas. Es mi propio tic.

Sacudió la cabeza y miró hacia abajo: otro tic. En cualquier momento iba a empezar a gritarme.

—¡Escúchame, chiquillo! Es hora de que aceptes la noción de que estamos al tanto de todo lo que has hecho y que no vamos a ser indulgentes. Tendrás suerte si no te expulso antes de que termine esta reunión. ¿Quieres graduarte?

—Sr. Benson, aún no me ha explicado cuál es el problema…

Golpeó el escritorio con toda la fuerza de su mano y después me apuntó con el dedo.

—El *problema*, Sr. Yallow, es que estás implicado en una conspiración criminal para subvertir el sistema de seguridad de la escuela y que has proporcionado contramedidas de seguridad a tus compañeros. Sabes que la semana pasada expulsamos

a Graciela Uriarte por usar uno de tus dispositivos. —Uriarte había sido castigada injustamente. Había comprado un generador de interferencia radial en una tienda para marihuaneros, cerca de la estación de trenes de la Calle 16, y el aparato activó las contramedidas en el corredor de la escuela. No fue cosa mía, pero lo sentí mucho por ella.

—¿Y usted piensa que yo estoy involucrado?

—Tenemos un servicio de inteligencia confiable que nos indica que tú eres w1n5t0n. —Otra vez lo pronunció así y yo empecé a preguntarme si no se daba cuenta de que el 1 era la I y el 5 era la S—. Sabemos que ese sujeto, w1n5t0n, es el responsable del robo de los exámenes estandarizados del año pasado. —En realidad no había sido yo, pero fue un hackeo muy bonito y era bastante halagador escuchar que me lo atribuían a mí—. Y por lo tanto pasible de varios años de cárcel, a menos que cooperes conmigo.

—¿Tienen un "servicio de inteligencia confiable"? Me gustaría verlo.

Me fulminó con la mirada.

—Esa actitud tuya no te ayudará.

—Si hay evidencia, señor, pienso que debe llamar a la policía y entregársela. Este asunto me parece muy serio y no me gustaría obstaculizar la investigación pertinente por parte de las autoridades debidamente constituidas.

—Quieres que llame a la policía.

—Y a mis padres, creo. Sería lo mejor.

Nos miramos fijamente por encima del escritorio. Era obvio que él esperaba que yo me quebrara apenas me arrojara la bomba. Yo no me quiebro. Tengo un truco para hacer que la gente como Benson baje la vista. Miro levemente hacia la izquierda de sus cabezas y pienso en las letras de viejas

canciones folklóricas irlandesas, de las que tienen trescientas estrofas. Así adquiero una apariencia perfectamente serena y despreocupada.

Y el ala en el pájaro y el pájaro en el huevo y el huevo en el nido y el nido en la hoja y la hoja en el tallo y el tallo en la rama y la rama en el tronco y el tronco en el árbol y el árbol en la ciénaga, en la ciénaga del valle, ¡oh, jo jo!, la ciénaga vibrante, la ciénaga del valle ¡oh!

—Ya puedes volver al aula —dijo—. Te avisaré cuando la policía esté lista para hablar contigo.

—¿Va a llamar ahora?

—El procedimiento para llamar a la policía es complicado. Esperaba que pudiéramos arreglar esto con justicia y prontitud, pero ya que insistes…

—Puedo aguardar aquí mientras usted llama —dije—. No me molesta.

Volvió a golpetear con el anillo y me preparé para la explosión.

—¡*Vete!* —gritó—. ¡Fuera de mi oficina, miserable…!

Salí, manteniendo mi expresión neutral. Él no iba a llamar a la policía. Si hubiese tenido suficiente evidencia para recurrir a la policía, la habría llamado desde un principio. Me odiaba. Deduje que habría escuchado algún chisme no verificado y que esperaba asustarme para que yo se lo confirmara.

Me desplacé por el corredor con la ligereza de un duende, conservando mi expresión llana y mesurada para las cámaras de reconocimiento de andadura. Las habían instalado apenas un año antes y yo las amaba por su absoluta idiotez. Antes había cámaras de reconocimiento de rostro en casi todos los espacios públicos de la escuela, hasta que un tribunal falló que eran inconstitucionales. Así que Benson y otros

administradores escolares paranoicos se gastaron los dólares destinados a nuestros libros de texto en esas cámaras idiotas que, supuestamente, eran capaces de diferenciar el andar de una persona y otra. Sí, claro.

Volví a la clase y me senté otra vez; la Sra. Gálvez me dio una cálida bienvenida. Saqué la máquina de uso estándar en la escuela y volví al modo aula. Se llamaban LibrosEscolares y tenían la tecnología más soplona de todas: registraban cada tecla que oprimías, vigilando todo el tráfico de red para detectar teclados sospechosos, contando cada clic, grabando cada pensamiento fugaz que subías a la red. Las habíamos recibido cuando yo estaba en primer año y sólo tardaron un par de meses en perder su encanto. Cuando la gente descubrió que las laptops "gratuitas" trabajaban para los jefes —y que cada vez que se encendían mostraban un desfile interminable de comerciales repugnantes— de pronto comenzó a sentirlas muy pesadas y aparatosas.

Fue fácil crackear mi LibroEscolar. El crack estuvo en línea menos de un mes después de la aparición de las máquinas y era una tontería: bajarse una imagen de DVD, hacer un duplicado, meterlo en el LibroEscolar y encenderlo mientras se pulsaban distintas teclas al mismo tiempo. El DVD se encargaba del resto, instalando un ramillete de programas ocultos que permanecían ocultos aun cuando el Consejo de Educación realizaba diariamente chequeos remotos para verificar la integridad de las máquinas. De vez en cuando, había que conseguir alguna actualización del software para echar mano de los últimos exámenes del Consejo, pero era un precio muy bajo a cambio de poseer un poco de control sobre la caja.

Activé el IMParanoid, el programa de mensajería instantánea secreto que usaba cuando quería mantener una conversación privada en medio de una clase. Darryl ya estaba logueado.

>¡El juego se puso en marcha! Está sucediendo algo grande en el *Loca Diversión en Harajuku*, amigo. ¿Vienes?

>De. Ninguna. Manera. Si me atrapan fugándome por tercera vez me expulsan. Ya lo sabes, hombre. Iremos después de la escuela.

>Tienes almuerzo y luego sala de estudio ¿no? Son dos horas. Tiempo suficiente para resolver esta pista y volver antes de que nos echen de menos. Haré salir a todo el equipo.

El *Loca Diversión en Harajuku* es el mejor juego que se haya inventado. Sé que ya lo dije antes, pero merece repetirse. Es un JRA, Juego de Realidad Alternativa, y se trata de una pandilla de adolescentes japoneses a la última moda que descubre una gema curativa milagrosa en el templo de Harajuku, que básicamente es el sitio donde los adolescentes japoneses con mejor onda inventaron todas las subculturas más importantes de los últimos diez años. Los persiguen unos monjes malvados, la Yakuza (alias la mafia japonesa), los extraterrestres, los inspectores de impuestos, sus padres y una taimada inteligencia artificial. Pasan mensajes codificados a los jugadores y nosotros tenemos que decodificarlos y usarlos para rastrear las pistas que conducen a más mensajes codificados y más pistas.

Imagina la mejor tarde que hayas pasado, recorriendo las calles de la ciudad con el ojo atento a todas las personas raras, a los panfletos extraños, a los maniáticos callejeros y a las tiendas de moda. Ahora agrega una cacería de rapiña que te exige investigar sobre películas viejas, canciones y cultura adolescente de todo el mundo, a lo ancho de todo el tiempo y el espacio. Y además es una competencia: las cuatro personas del equipo

triunfador se ganan el gran premio de diez días en Tokio, para relajarse en el puente de Harajuku, disfrutar de la electrónica en Akihabara y llevarse a casa todos los productos de Astro Boy que puedan tragar. Salvo que allá, en Japón, se llama “Atom Boy”.

Eso es el *Loca Diversión en Harajuku*… una vez que resuelves un enigma o dos, ya no hay vuelta atrás.

>No, amigo; simplemente, no. NO. Ni siquiera preguntes.

>Te necesito, D. Eres lo mejor que tengo. Te juro que los haré salir y entrar sin que nadie se entere. Sabes que puedo hacerlo ¿no?

>Sé que puedes hacerlo.

>¿Entonces, vienes?

>Maldición, no.

>Anda, Darryl. En tu lecho de muerte no te vas a arrepentir de no haber pasado más horas de estudio sentado en la escuela.

>En mi lecho de muerte tampoco me voy a arrepentir de no haber pasado más tiempo jugando JRA.

>Sí, pero… ¿no crees que en tu lecho de muerte podrías arrepentirte de no haber pasado más tiempo con Vanessa Pak?

Van formaba parte de mi equipo. Iba a una escuela privada para chicas en la Bahía Oriental, pero yo sabía que se fugaría del colegio para hacer la misión conmigo. Darryl tenía un enamoramiento con ella desde hacía años, literalmente, incluso desde antes de que la pubertad la dotara con muchos y espléndidos dones. Darryl se había enamorado de su mente. Qué triste, la verdad.

>Eres de lo peor.

>¿Vienes?

Me miró y sacudió la cabeza. Después asintió. Le guiñé un ojo y puse manos a la obra para comunicarme con el resto de mi equipo.

***

No siempre estuve interesado en los JRA. Tengo un secreto oscuro: antes jugaba JRV. JRV es Juegos de Rol en Vivo y es lo que parece: correr por todas partes disfrazado y hablar con acento extraño, simulando ser un superespía, un vampiro o un caballero medieval. Es como una búsqueda del tesoro con gente vestida de monstruo, más una pizca de taller de teatro. Los mejores juegos eran los del Campamento Scout, en las afueras de Sonoma o en la península. Esas epopeyas de tres días podían tornarse bastante difíciles, con caminatas que duraban todo el día y batallas épicas con espadas de gomaespuma y bambú, lanzando bolsitas rellenas de semillas a modo de hechizos, al grito de "¡Bola de fuego!" y demás. Gran diversión, aunque un poco boba. No tan friki como conversar con personas sentadas alrededor de una mesa repleta de latas de Coca Diet y miniaturas pintadas sobre lo que planea hacer tu elfo, y más activo físicamente que quedarte en casa y entrar en un coma inducido por el mouse, sentado frente un juego multijugador masivo.

Lo que me metió en problemas fueron los minijuegos de los hoteles. Cuando había una convención de ciencia ficción en la ciudad, algunos jugadores de JRV los persuadían de dejarnos organizar un par de minijuegos de seis horas durante la reunión, montándonos a caballo de su alquiler del espacio. Permitir que un puñado de chicos entusiasmados corrieran por todas partes con sus disfraces le añadía color al evento y nosotros

la pasábamos bomba entre personas más socialmente inadaptadas que nosotros.

El problema de los hoteles es que también contienen un montón de no-jugadores... y no hablo solamente de los cienciaficcioneros. Hablo de la gente normal. Oriunda de estados cuyos nombres comienzan y terminan con vocal. Gente de vacaciones.

Y, a veces, esa gente malinterpreta la naturaleza de un juego.

Mejor dejémoslo ahí ¿OK?

***

La clase terminaba en diez minutos y no me quedaba mucho tiempo para prepararme. La primera prioridad eran esas molestas cámaras de reconocimiento de andadura. Como dije, comenzaron siendo cámaras de reconocimiento de rostro, pero las declararon inconstitucionales. Por lo que sé, ningún tribunal ha determinado todavía si estas cámaras de andadura son más legales, pero hasta que así sea tenemos que soportarlas.

"Andadura" es una palabra rebuscada para decir "forma de caminar". Las personas somos bastante buenas para detectar andaduras: la próxima vez que salgas de campamento, observa el balanceo de la linterna cuando un amigo se aproxima desde la distancia. Hay muchas probabilidades de que puedas identificarlo sólo por el movimiento de la luz, por el modo característico en que se balancea de arriba abajo, que le dice a tu cerebro de simio que es tal persona la que se acerca.

El software de reconocimiento de andadura toma imágenes tus movimientos, trata de recortarte de esas imágenes como

una silueta y luego intenta hacer coincidir tu silueta con las de una base de datos para ver si sabe quién eres. Es un identificador biométrico, como los lectores de huella digital o de retina, pero presenta muchas más “colisiones” que esos dos. Una colisión biométrica ocurre cuando la medición coincide con más de una persona. Tus huellas digitales son sólo tuyas, pero la andadura se comparte con muchos otros.

No exactamente, claro. El andar personal, centímetro a centímetro, es tuyo y sólo tuyo. El problema es que tu andar centímetro a centímetro varía, dependiendo de lo cansado que estés, del material que compone el suelo, de si te torciste el tobillo jugando al básquet y de si últimamente cambiaste de calzado. O sea que el sistema hace un bosquejo de tu perfil y busca gente que camina más o menos como tú.

Hay mucha gente que camina más o menos como tú. Más aún, es fácil no caminar más o menos como tú: basta con que te saques un zapato. Por supuesto, en ese caso siempre caminas como “tú sin un zapato”, de modo que las cámaras finalmente descubren que sigues siendo tú. Razón por la cual yo prefiero inyectar un poco de azar en mis ataques contra el reconocimiento de andadura: meto un puñado de gravilla en cada zapato. Es barato, efectivo y no das dos pasos iguales. Además, ya que estamos, me hago un excelente masaje reflexológico en los pies. (Es broma. Científicamente hablando, la reflexología es casi tan útil como el reconocimiento de andadura).

Las cámaras disparaban una alarma cada vez que una persona que no reconocían entraba en el predio.

No funcionaba.

La alarma sonaba cada diez minutos. Cuando venía el cartero. Cuando venía algún padre. Cuando los encargados de campo iban a trabajar en la reparación de la cancha de básquet.

Cuando aparecía un alumno con zapatos nuevos. De modo que ahora lo único que pretenden es llevar un registro de quién está dónde y cuándo está allí. Si alguien sale por el portón de la escuela durante el horario de clases, revisan su andadura para ver si, más o menos, coincide con la de cualquier estudiante y, si es así, ¡uuuuu-uuuuu-uuuuu!, suena la alarma. La secundaria Chávez está rodeada de senderos de gravilla. Me gusta tener siempre un par de puñados de piedras en la mochila, por si acaso. Silenciosamente, le pasé a Darryl diez o quince de esas cabronas puntiagudas y él cargó sus dos zapatos.

La clase estaba a punto de finalizar y me di cuenta de que aún no había revisado el sitio del *Loca Diversión en Harajuku* para ver dónde se encontraba la próxima pista. Me había hiperenfocado en la fuga, sin molestarme en averiguar *hacia dónde* nos estábamos fugando.

Volví a mi LibroEscolar y le me puse a teclear. El navegador web que usábamos era el que venía con la laptop: una versión spyware bloqueada del Internet Explorer, la mierda congelamáquinas de Microsoft que nadie menor de cuarenta años usaba por propia voluntad.

Tenía una copia del Firefox en el drive USB incluido en mi reloj, pero no era suficiente: el LibroEscolar funcionaba con el Windows Vista4Schools, un antiguo sistema operativo diseñado para que los administradores escolares se hicieran la ilusión de que controlaban los programas que podían ejecutar los alumnos.

Pero el Vista4Schools es el peor enemigo de sí mismo. Hay muchos programas que el Vista4Schools no te deja cerrar —registradores de digitación, software de censura—, que corren en un modo especial que los hace invisibles para el sistema. No puedes cerrarlos porque ni siquiera los ves.

Cualquier programa cuyo nombre empieza con SYS es invisible para el sistema operativo. No aparece en las listas del disco duro ni en el monitor de procesos. De modo que mi copia del Firefox se llamaba SYSFirefox y cuando lo iniciaba se volvía invisible para el Windows e igual de invisible para el software espía de la red.

Ahora que tenía el explorador alternativo funcionando, necesitaba una conexión de red alternativa. La red de la escuela registraba cada clic que entraba y salía del sistema: malas noticias si planeabas navegar por el sitio del *Loca Diversión en Harajuku* en busca de esparcimiento extra-curricular.

La solución para eso es algo ingenioso llamado TOR (The Onion Router): el router cebolla. Un router cebolla es un sitio de Internet que levanta pedidos de páginas web y los transfiere hacia otros routers cebolla, y luego a otros routers cebolla, hasta que uno de ellos, finalmente, decide retener el sitio y enviarlo de vuelta, atravesando todas las capas de la cebolla hasta que te llega a ti. El tráfico de los routers cebolla está encriptado, lo que significa que la escuela no puede ver lo que estás solicitando y que las capas de la cebolla no saben para quién trabajan. Hay millones de nodos. El programa fue creado por la Oficina de Investigación Naval de los EE. UU. para ayudar a su gente a eludir el software de censura de países como Siria y China, lo que implica que está perfectamente diseñado para operar en los confines de una escuela norteamericana término medio.

El TOR funciona porque la escuela tiene una lista negra finita de direcciones desagradables que no nos permiten visitar, pero las direcciones de los nodos varían constantemente y no hay manera de hacer un seguimiento de todas ellas. El Firefox y el TOR juntos me convirtieron en el hombre invisible, impermeable al espionaje del Consejo de Educación, libre para

revisar el sitio del *Loca Diversión en Harajuku* y ver qué ocurría.

Allí estaba: una nueva pista. Como todas las pistas del *Loca Diversión en Harajuku*, tenía un componente físico, uno en línea y otro mental. El componente en línea era un acertijo que tenías que resolver y que requería de una investigación para encontrar las respuestas a un puñado de preguntas obtusas. Esta tanda incluía un grupo de preguntas sobre tramas de dojinshi, los libros de historietas dibujados por fans del manga, el comic japonés. Pueden ser tan grandes como las historietas oficiales que los inspiran, pero son mucho más extraños, con líneas de narración entrecruzadas y, a veces, canciones y acción verdaderamente tontas. Muchas historias de amor, por supuesto. Todos adoran ver a sus personajes favoritos enamorados.

Tendría que solucionar esos enigmas más tarde, cuando llegara a casa. Serían más fáciles de resolver junto con todo el equipo, bajándonos toneladas de archivos de dojinshi y leyéndolos detenidamente para encontrar las respuestas a los acertijos.

Acababa de recortar todas las pistas cuando sonó el timbre e iniciamos la fuga. Subrepticiamente, deslicé gravilla por el costado de mis botas cortas, las Blundstone de Australia que me llegan al tobillo, excelentes para correr y trepar y con un diseño sencillo, sin cordones, que permite ponértelas y sacártelas con facilidad, muy convenientes para atravesar los interminables detectores de metales que están por todas partes hoy en día.

También teníamos que evadir la vigilancia física, claro, pero se hace más fácil cada vez que agregan una capa más de fisgoneo material… todas esas alarmas y silbatos que arrullan a nuestros amados profesores, inspirándoles una sensación de seguridad totalmente falsa. Navegamos entre la multitud de los

pasillos, rumbo a mi salida lateral preferida. Estábamos a medio camino cuando Darryl siseó:

—¡Mierda! Olvidé que tengo un libro de la biblioteca en el bolso.

—No me jodas —dije, y lo remolqué hasta el primer baño que encontramos. Los libros de la biblioteca son malas noticias. Todos ellos tienen un RFID (un chip identificador de radiofrecuencia) pegado en la tapa, que hace posible que los bibliotecarios registren la salida de los libros, pasándolos por un lector, y que el estante de la biblioteca te avise si algún libro está fuera de su sitio.

Pero también permite que la escuela sepa dónde estás en todo momento. Era otro agujero legal: los tribunales no permitían que las escuelas nos rastrearan a nosotros por medio de un RFID, pero sí podían rastrear *los libros de la biblioteca* y usar los registros escolares para saber quién tenía más probabilidad de llevar encima tal libro de la biblioteca.

En mi mochila tenía un monedero Faraday, que son unas pequeñas carteras recubiertas con una malla de alambre de cobre que bloquea con efectividad la radiofrecuencia y silencia los RFID. Pero esos monederos estaban pensados para neutralizar los transceptores de los documentos de identidad y los peajes, no para los libros como…

—¿*Introducción a la Física*? —gruñí. El libro era grande como un diccionario.

Capítulo 2

—Estoy pensando en especializarme en física cuando vaya a Berkeley —dijo Darryl. Su papá daba clases en la Universidad de California, en Berkeley, lo que significaba que Darryl tendría matrícula gratuita cuando asistiera. Y en la casa de Darryl nunca había existido ninguna duda acerca de si asistiría o no.

—Bien, pero ¿no podías investigar en la red?

—Mi papá dijo que tenía que leer. Además, hoy no tenía planeado cometer ningún crimen.

—Escaparse de la escuela no es un crimen. Es una infracción. Son dos cosas totalmente diferentes.

—¿Qué vamos a hacer, Marcus?

—Bueno, no podemos esconderlo, así que tendré que destruirlo. —Matar RFID es un arte oscuro. Ningún comerciante quiere que unos clientes maliciosos anden por su tienda dejando atrás un puñado de mercancías lobotomizadas, sin su código de barras invisible, de modo que los fabricantes siempre se han negado a implementar una "señal de desactivación" que pueda transmitirse a los RFID para apagarlos. Los RFID se pueden reprogramar usando el aparato adecuado, pero detesto hacer eso con los libros de la biblioteca. No es exactamente como arrancarles páginas, pero es malo, ya que un libro con el

RFID reprogramado no se puede volver a colocar en los estantes y no se puede encontrar. Se convierte en una aguja en un pajar.

Lo que me dejaba una sola opción: destruir esa cosa. Literalmente. Treinta segundos de microondas eliminan a casi todos los RFID que hay en el mercado. Cuando Darryl devolviera el libro a la biblioteca, el RFID no respondería nada, imprimirían uno nuevo, lo recodificarían con la información de catálogo del libro y el ejemplar acabaría guardado escrupulosamente en su estante.

Lo único que necesitábamos era un microondas.

—Deja pasar dos minutos más y la sala de profesores estará vacía —dije.

Darryl agarró el libro y se dirigió a la puerta.

—Olvídalo, no hay manera. Volveré a clase.

Lo tomé del codo y lo arrastré hacia atrás.

—Vamos, D, tranquilo. Saldrá bien.

—¿La *sala de profesores* ? Parece que no me escuchaste, Marcus. Si me atrapan *una sola vez* más, me *expulsan*. ¿Oíste? *Me expulsan*.

—No te atraparán —dije. Esa sala era el único sitio donde no habría ningún profesor una vez pasado ese lapso—. Entraremos por atrás.

La sala tenía una pequeña cocina a un lado, con su propia entrada, para los profesores que sólo querían entrar para tomar una taza de café. El microondas —que siempre apestaba a palomitas de maíz y a sopa derramada— estaba allí dentro, sobre el refrigerador en miniatura.

Darryl gruñó. Yo pensé rápido.

—Mira, el timbre *ya sonó*. Si vas a la sala de estudio ahora, tu llegada tarde quedará registrada. A estas alturas, mejor ni

aparecer. Puedo infiltrarte y exfiltrarte de cualquier salón de esta escuela, D. Me has visto hacerlo. Te mantendré a salvo, hermano.

Volvió a gruñir. Ese era uno de los tics de Darryl: cuando empezaba a gruñir estaba a punto de ceder.

—A moverse —dije, y salimos.

Fue impecable. Bordeamos las aulas, usamos las escaleras de atrás para ir al sótano y subimos por las escaleras del frente, justo delante de la sala de profesores. No se oía ningún sonido del otro lado de la puerta y, sin hacer ruido, giré el picaporte, arrastré a Darryl dentro y volví a cerrar silenciosamente.

El libro apenas cabía en el microondas, que tenía una apariencia aún menos higiénica que la última vez que había pasado por allí para usarlo. Concienzudamente, lo envolví con toallas de papel antes de acomodarlo.

—Viejo, estos profesores son unos *cochinos* —susurré. Darryl, con el rostro pálido y tenso, no dijo nada.

El RFID murió en medio de una lluvia de chispas que, de verdad, resultó bastante encantadora (aunque ni remotamente tan bonita como el efecto que se obtiene al microondear una uva congelada, algo que hay que ver para creer).

Ahora, a exfiltrarse de las instalaciones en perfecto anonimato y escapar.

Darryl abrió la puerta y comenzó a salir, conmigo pisándole los talones. Un segundo después, estaba parado sobre mis pies y clavándome los codos en el pecho, intentando recular hacia la cocina del tamaño de un armario que acabábamos de abandonar.

—Retrocede —murmuró con apremio—. Rápido… ¡es Charles!

Charles Walker y yo no nos llevamos bien. Cursamos el mismo año y lo conozco desde hace el mismo tiempo que a Darryl, pero allí se terminan las semejanzas. Charles siempre fue muy corpulento para su edad y ahora, como juega al fútbol y consume anabólicos, lo es mucho más. Tiene problemas para controlar la ira —en tercer grado, perdí un diente de leche por su culpa—, pero se las ha ingeniado para evitar las dificultades que eso le acarrea a fuerza de convertirse en el soplón más activo de la escuela.

Es una mala combinación: un matón que además es alcahuete y que se regodea informando a los profesores de cualquier infracción que descubre. Benson *adoraba* a Charles. A Charles le gustaba comentar que tenía un problema de vejiga nunca especificado, lo cual le proporcionaba una excusa a la medida para merodear por los pasillos de la Chávez, buscando gente para delatar.

La última vez que Charles me había echado tierra encima había culminado con mi renuncia a los JRV. No tenía ninguna intención de que me atrapara de nuevo.

— ¿Qué está haciendo?

—Lo que está haciendo es venir hacia aquí —dijo Darryl. Estaba temblando.

—Bien —dije—. Bien, es hora de aplicar contramedidas de emergencia. —Saqué el teléfono. Había planeado esto con mucha anticipación. Charles nunca volvería a agarrarme. Envié un correo al servidor de casa y éste se puso en acción.

Unos segundos después, el teléfono de Charles explotó de manera espectacular. Le hice enviar decenas de miles de llamadas y mensajes de texto aleatorios y simultáneos, provocando que todos los pips y los rings que tenía sonaran y siguieran

sonando. El ataque se llevó a cabo por medio de una red de bots, y me sentí mal por eso, pero fue al servicio de una buena causa.

Las redes de bots son lugares donde las computadoras infectadas pasan la vida después de la muerte. Cuando te infectan con un gusano o un virus, tu computadora envía un mensaje a un canal de chat IRC (Internet Relay Chat/ Canal de Chat por Internet). Ese mensaje le dice al botmaster —el tipo que lanzó el gusano— que tu computadora está lista para obedecer sus órdenes. Las redes de bots son sumamente poderosas, ya que comprenden miles — incluso cientos de miles— de computadoras desperdigadas por la Internet, rápidas PC hogareñas con sabrosas conexiones de alta velocidad. Normalmente, esas PC trabajan para sus dueños, pero cuando el botmaster las invoca se levantan como zombis para cumplir con sus mandatos.

En la Internet hay tantas PC infectadas que el precio por alquilar una o dos horas de una red de bots está por las nubes. Mayormente, trabajan para los spammers, que las usan como bots de spam baratos y distribuidos para llenar las casillas de correo con ofertas de píldoras para la erección o con nuevos virus que infectan y reclutan a tu máquina, incorporándola a otra red de bots.

Yo acababa de alquilar diez segundos de tres mil PC, haciendo que cada una de ellas enviara un mensaje de texto o de voz al teléfono de Charles, cuyo número había extraído de un papel autoadhesivo encontré sobre el escritorio de Benson durante una fatídica visita a su oficina.

No hace falta aclarar que el teléfono de Charles no estaba equipado para manejar semejante cosa. Primero, los SMS llenaron la memoria del teléfono, atorándolo con las operaciones de rutina que necesitaba efectuar para hacer cosas tales como

administrar el timbre y registrar todos los números de respuesta falsos de las llamadas entrantes (¿sabías que es *muy fácil* registrar un número de origen falso en un identificador de llamadas? Hay unas cincuenta maneras de hacerlo… busca “spoof caller id” en Google).

Charles, enmudecido, miraba el teléfono y lo sacudía furiosamente, frunciendo y contoneando las cejas mientras luchaba contra los demonios que poseían al más personal de sus aparatos. Hasta ahora, el plan estaba funcionando, pero él no estaba haciendo lo que se suponía que debía hacer a continuación: se suponía que tenía que buscar un sitio donde sentarse y tratar de deducir cómo recuperar su teléfono. Darryl me sacudió el hombro y aparté la mirada de la hendija de la puerta.

—¿Qué está haciendo? —susurró Darryl.

—Saturé su teléfono, pero él lo mira en vez de irse a otra parte. —No iba a ser fácil reiniciarlo. Cuando la memoria se llenara por completo, le costaría mucho cargar el código que necesitaba para eliminar los mensajes falsos… y el borrado de textos en masa no existía en ese teléfono, de modo que tendría que eliminar manualmente todos esos miles de mensajes.

Darryl me empujó hacia atrás y clavó los ojos en la hendija. Un rato después, sus hombros comenzaron a sacudirse. Me asusté, pensando que había entrado en pánico, pero cuando retrocedió vi que se estaba riendo tanto que le corrían lágrimas por las mejillas.

—Gálvez acaba de castigarlo por andar en los pasillos en horario de clase y por sacar el teléfono… tendrías que haber visto cómo lo destrozaba. Realmente, la señora lo estaba disfrutando.

Nos dimos un solemne apretón de manos y desandamos el camino: fuimos por el corredor, bajamos las escaleras,

rodeamos la parte trasera, atravesamos la puerta, pasamos la cerca y salimos al glorioso sol de la tarde de Mission. La calle Valencia nunca se había visto tan bien. Consulté el reloj y aullé.

—¡Vamos! El resto de la banda nos espera en el teleférico dentro de veinte minutos.

***

Van nos localizó primero. Estaba mimetizada con un grupo de turistas coreanos, una de sus maneras predilectas de camuflarse cuando se escapa de la escuela. Desde que apareció el moblog (blog al que se accede desde un teléfono móvil) para denunciar a los que se hacen la rabona, nuestro mundo está lleno de tenderos entrometidos y otros hipócritas que se toman el trabajo de sacarnos fotos y subirlas a la red para que los administradores escolares puedan escudriñarlas.

Van emergió de entre la gente y vino hacia nosotros a los saltos. Darryl siente algo por Van desde siempre y ella tiene la amabilidad fingir que no lo sabe. Me abrazó y luego se acercó a Darryl, dándole un rápido beso de hermana en la mejilla que lo hizo ponerse rojo hasta las orejas.

Forman una extraña pareja: Darryl tiene un poco de sobrepeso, aunque lo lleva bien, y una especie de cutis sonrosado que se enrojece en las mejillas cuando corre o se entusiasma. Le crece la barba desde que teníamos catorce años, pero por suerte comenzó a afeitarse después de un breve período que en nuestro grupo se conoce como “la era Lincoln”. Y es alto. Muy, muy alto. Alto como un jugador de básquet.

Por su parte, Van es media cabeza más baja que yo y delgada, con una cabellera lacia y negra, siempre peinada con trenzas

locas y elaboradas que encuentra investigando en la red. Tiene una bonita piel cobriza y ojos oscuros, y adora los anillos enormes, de vidrio, grandes como rábanos, que se entrechocan haciendo clic y clac cuando se pone a bailar.

—¿Dónde está Jolu? —dijo Van.

—¿Cómo estás, Van? —le preguntó Darryl con voz ahogada. Cuando se trataba de Van, siempre estaba un paso más atrás en la conversación.

—Estoy genial, D. ¿Cómo están todas tus cositas? —Ay, qué mala era, qué mala. Darryl casi se desmaya.

Jolu lo salvó del bochorno social porque apareció justo en ese momento, vistiendo una enorme chaqueta de béisbol de cuero, excelente calzado deportivo y un gorro de red de nailon con el nombre de nuestro luchador enmascarado mexicano preferido, El Santo Junior. Jolu es José Luis Torrez, el miembro que completaba nuestro cuarteto. Iba a una escuela católica superestricta de las afueras de Richmond, así que para él no era fácil escapar. Pero siempre lo hacía: nadie se exfiltraba como nuestro Jolu. Le gustaba esa chaqueta porque le quedaba bien larga, cosa que estaba muy de moda en ciertas partes de la ciudad, y porque tapaba toda la mierda de la escuela católica que lo convertía en el blanco perfecto de todos los imbéciles chismosos que tenían el moblog anti-rabonas en la lista favoritos de sus teléfonos.

—¿Quién está preparado para ir? —pregunté después de que nos saludamos todos. Saqué el teléfono y les mostré el mapa que me había bajado del sitio del BART (el sistema ferroviario de San Francisco, cuyas vías corren tanto en superficie como bajo tierra)—. Por lo que puedo deducir, tenemos que subir hasta el Nikko otra vez, después una manzana más adelante, hasta O'Farrel, y luego doblar a la izquierda hacia Van Ness. En

algún lugar de esa zona tendríamos que encontrar la señal inalámbrica. Van hizo una mueca.

—Es la parte fea de Tenderloin.

No podía estar más de acuerdo. Ese sector de San Francisco es una de las zonas raras… entras por la puerta principal del Hilton y lo único que hay son cosas para turistas, como la subida al teleférico y los restaurantes familiares. Pasas al otro lado y apareces en Tenderloin, o Loin, donde se concentran las prostitutas travestis más promiscuas, los proxenetas más curtidos, los vendedores de drogas más ladinos y las personas sin techo más arruinadas. Ninguno de nosotros tenía edad suficiente para ser parte de lo que ellos compraban y vendían (aunque había muchas prostitutas de nuestra edad ofreciendo sus servicios en Loin).

—Mírale el lado bueno —dije—. El único momento en que se puede andar por allí es a plena luz del día. Ninguno de los demás jugadores se va a acercar hasta mañana, como mínimo. Es lo que en el oficio de los JRA llamamos “comenzar con una cabeza de ventaja”.

Jolu me sonrió. —Lo haces parecer algo bueno —dijo.

—Es mejor que comer uni —respondí.

—¿Vamos a charlar o vamos a ganar? —dijo Van. Después de mí, era sobradamente la jugadora más implacable de nuestro grupo. Para ella, ganar era una cosa seria, muy seria.

Partimos, los cuatro buenos amigos, rumbo a decodificar una pista, a ganar el juego… y a perder para siempre todo lo que nos importaba.

***

El componente físico de la pista de hoy era un conjunto de coordenadas GPS —había coordenadas para todas las ciudades importantes donde se jugaba el *Loca Diversión en Harajuku*— donde encontraríamos la señal de un punto de acceso a WiFi. Esa señal se interfería deliberadamente con otra señal WiFi cercana, que estaba oculta para que no pudieran localizarla los detectores convencionales de WiFi, que eran unos pequeños llaveros con un colgante que te indicaba si estabas dentro del rango de algún usuario para poder usar su punto de acceso sin pagar.

Tendríamos que rastrear la ubicación del punto de acceso "escondido" midiendo la intensidad del "visible"; había que encontrar el sitio donde la señal era más misteriosamente débil. Allí descubriríamos otra pista; la última vez estaba en el plato especial del día del Anzu, el elegante restaurante de sushi del hotel Nikko, en Tenderloin. El Nikko pertenecía a Japan Airlines, uno de los auspiciantes del *Loca Diversión en Harajuku*, y el personal de allí hizo un gran escándalo cuando finalmente descubrimos la pista. Nos dieron cuencos con sopa de miso y nos hicieron probar el uni, que es sushi de erizo de mar y que tiene la textura de un queso muy derretido y olor a excremento de perro muy diarreico. Pero tenía un sabor *realmente* bueno. O eso me dijo Darryl. Yo no quise comer esa porquería.

Levanté la señal WiFi con el detector de mi teléfono cuando ya habíamos avanzado unas tres manzanas por O'Farrel, justo antes de la calle Hyde, frente a un travieso "Salón de Masajes Asiáticos" en cuya ventana había un letrero rojo y parpadeante que decía CERRADO. La red se llamaba LDHarajuku y por eso nos dimos cuenta de que era el sitio indicado.

—Si está ahí dentro, yo no voy —dijo Darryl.

—¿Todos tienen detectores de WiFi? —dije.

Darryl y Van tenían detectores incorporados en los teléfonos, mientras que Jolu, demasiado vanguardista como para llevar encima un teléfono más grande que su dedo meñique, usaba un pequeño llavero direccional independiente.

—Bien, dispérsense y veamos qué encontramos. Buscamos una fuerte caída de la señal que se hace más intensa cuanto más nos movemos hacia ella.

Retrocedí un paso y terminé parado sobre los pies de alguien. Una voz femenina dijo "uf" y me volví, preocupado por que alguna adicta al crack me fuera a apuñalar por romperle los tacones.

En cambio, me encontré cara a cara con otra chica de mi edad. Tenía una impactante cabellera de color rosado brillante y un rostro afilado, de roedor, con grandes gafas de sol que eran prácticamente antiparras de la Fuerza Aérea. Llevaba puestas unas calzas rayadas y, sobre ellas, un vestido negro de abuelita en el que había abrochado firmemente un montón de pequeños prendedores japoneses: personajes de anime, antiguos líderes mundiales, emblemas de bebidas gaseosas extranjeras.

Levantó una cámara y tomó una foto mía y de mi grupo.

—Sonrían —dijo—. Para la cámara indiscreta delatora.

—De ninguna manera —dije—. Tú no…

—Sí —dijo—. Voy a enviar esta foto a los vigilantes de rabonas dentro de treinta segundos, a menos que ustedes cuatro se aparten de esta pista y dejen que mis amigas y yo nos hagamos cargo. Pueden volver dentro de una hora y será toda suya. Creo que es más que justo.

Miré detrás de ella y advertí a otras tres chicas con vestimenta similar, una con pelo azul, una con pelo verde y la otra con pelo violeta.

—¿Quiénes se supone que son? ¿El Escuadrón Paletas de Helado?

—Somos el equipo que le dará una paliza a tu equipo en el *Loca Diversión en Harajuku* —dijo ella—. Y yo soy la que *en este mismo instante* está a punto de subir tu foto y meterte *en tantos problemas* que…

A mis espaldas, sentí que Van daba un paso adelante. Su escuela sólo para mujeres era famosa por las peleas y tuve la certeza de que estaba lista para arrancarle la cabeza a esta chica.

Entonces, el mundo cambió para siempre.

Primero lo sentimos… ese repulsivo sacudón del cemento bajo tus pies que todo californiano reconoce instintivamente: *terremoto*. Mi primera inclinación, como siempre, fue la de escapar: “cuando estés en problemas o en duda, corre en círculos, chilla y grita”. Pero el hecho era que ya nos encontrábamos en el lugar más seguro donde podíamos estar, no en un edificio que tal vez se derrumbaría sobre nosotros, ni en medio de la calle, donde los pedazos de cornisa rota podían descerebrarnos.

Los terremotos son pavorosamente silenciosos, al menos al principio, pero este no era silencioso. Era ruidoso: un rugido increíble, más fuerte que cualquier cosa que hubiera escuchado antes. El sonido era tan abrumador que caí de rodillas, y no fui el único. Darryl me sacudió el brazo, señaló los edificios y entonces la vimos: una gigantesca nube negra que se elevaba en el noreste, del lado de la Bahía.

Hubo otro estruendo y la nube de humo se esparció, una forma negra que se expandía como en las películas con las que habíamos crecido. Alguien había hecho explotar algo, y a lo grande.

Más estruendos y más temblores. En las ventanas, a lo largo de la calle, aparecían cabezas. Todos mirábamos en silencio la nube con forma de hongo.

Luego comenzaron a sonar las sirenas.

Yo ya había escuchado sirenas así: todos los martes al mediodía probaban las sirenas de defensa civil. Pero sólo las había escuchado sonar fuera de lo previsto en viejas películas de guerra y en videojuegos, cuando alguien bombardeaba a otros desde arriba. Sirenas de ataque aéreo. Ese uuuuuuuuu hacía que todo pareciese menos real.

—Preséntense en los refugios de inmediato. —Era como la voz de Dios, saliendo de todos lados al mismo tiempo. Había altavoces en algunos de los postes de electricidad, cosa que yo nunca antes había notado, y todos ellos se habían encendido a la vez—. Preséntense en los refugios de inmediato. —¿Refugios? Todos nos miramos, confundidos. ¿Qué refugios? La nube se elevaba constantemente, se extendía. ¿Era nuclear? ¿Estábamos respirando nuestros últimos alientos?

La chica de pelo rosado agarró a sus amigas y bajaron corriendo como locas, de vuelta hacia la estación del BART y al pie de las colinas.

—PRESÉNTENSE EN LOS REFUGIOS DE INMEDIATO —Ahora se escuchaban alaridos y había mucha gente corriendo. Los turistas (siempre se puede identificar a los turistas: son los que piensan "CALIFORNIA = CALOR" y pasan sus vacaciones en San Francisco congelados, vestidos de pantalón corto y camiseta) se dispersaban en todas direcciones.

—¡Tendríamos que ir! —aulló Darryl en mi oreja, apenas audible por encima del chillido de las sirenas, a las que se habían sumado las sirenas tradicionales de la policía. Una

docena de patrullas del SFPD, el Departamento de Policía de San Francisco, pasó frente a nosotros, ululando.

—PRESÉNTENSE EN LOS REFUGIOS DE INMEDIATO.

—¡A la estación del BART! —grité. Mis amigos asintieron. Cerramos filas y comenzamos a bajar la cuesta rápidamente.

Capítulo 3

Pasamos a un montón de gente que iba rumbo al BART de la calle Powell. Corrían o caminaban, con los rostros blancos y en silencio, o gritando y presas del pánico. Los sin techo se acurrucaban en los umbrales y observaban todo, mientras una prostituta transexual negra les gritaba algo a dos jóvenes de bigote.

Cuanto más nos acercábamos al BART, más se apretaban los cuerpos. Cuando alcanzamos la escalera que descendía a la estación, la escena era una gresca callejera, un enorme tumulto de gente que trataba de apiñarse para descender por la angosta escalinata. Mi cara quedó contra la espalda de alguien y otra persona se apretó contra mi espalda.

Darryl seguía a mi lado —era muy corpulento y difícil de empujar— y Jolu avanzaba justo detrás de él, medio colgado de su cintura. Divisé a Vanessa a unos metros de distancia, atrapada entre más personas.

—¡Vete a la mierda! —escuché que Van gritaba detrás de mí—. ¡Pervertido! ¡Quítame las manos de encima!

Luché contra la multitud para volverme y vi que Van miraba con disgusto a un tipo mayor que llevaba un bonito traje y que le sonreía con suficiencia. Ella buscaba algo en su bolso y yo sabía qué estaba buscando.

—¡No lo rocíes con paralizante! —le grité por encima del estruendo—. Nos meterás a todos en líos.

Ante la mención de la palabra “paralizante”, el sujeto pareció asustarse, retrocedió y desapareció, aunque la muchedumbre seguía empujándolo hacia delante. Más arriba, vi que alguien, una cuarentona con vestido hippie, tropezaba y caía. Gritó mientras se derrumbaba y la vi luchando por levantarse, pero no pudo, y la presión de la multitud era demasiado fuerte. Cuando me acerqué, me agaché para ayudarla a enderezarse y casi me hacen caer sobre ella. Terminé con un pie sobre su estómago, mientras la muchedumbre me empujaba lejos, pero para entonces creo que la mujer ya no sentía nada.

Estaba más asustado que nunca. Ahora había alaridos en todas partes y más cuerpos en el suelo, y la presión desde atrás era inexorable como una topadora. Lo único que podía hacer era tratar de mantenerme en pie.

Aparecimos en la explanada abierta, donde se encontraban los molinetes de acceso. Allí las cosas no estaban mejor. El espacio cerrado producía ecos de las voces, que volvían a nosotros como un rugido que me hacía zumbar la cabeza; además, el olor y la sensación de todos esos cuerpos juntos me daba claustrofobia, una predisposición que nunca supe que tenía.

Por la escalinata seguía bajando gente apiñada y otros más se apretujaban para pasar por los molinetes y descender por las escaleras mecánicas que llevaban a los andenes, pero me parecía muy claro que la cosa no iba a tener un final feliz.

—¿Quieres probar suerte arriba? —le dije a Darryl.

—Sí, diablos. Sí. —dijo—. Esto es atroz.

Miré a Vanessa... no había forma de que pudiera escucharme. Me las ingenié para sacar el teléfono y le envié un mensaje de texto.

>Vamos a salir de aquí.

Vi que sentía la vibración del teléfono, que luego miraba hacia abajo y después hacia mí, y que asentía vigorosamente. Darryl, mientras tanto, le había avisado a Jolu.

—¿Cuál es el plan? —me gritó Darryl en el oído.

—¡Tendremos que regresar! —grité yo, señalando el despiadado amasijo de cuerpos.

—¡Es imposible— dijo él.

—¡Más imposible será cuanto más esperemos!

Se encogió de hombros. Van se abrió paso hasta mí y me agarró de la muñeca. Yo agarré a Darryl, y Darryl a Jolu con la otra mano, y comenzamos a empujar.

No fue fácil. Al principio, avanzábamos diez centímetros por minuto; después, cuando llegamos a la escalera, desaceleramos aún más. La gente que pasábamos no estaba muy feliz de que la empujáramos para apartarla del camino. Un par de personas nos insultaron y un tipo, por la cara que puso, me dio a entender que si hubiese tenido los brazos libres me habría pegado un puñetazo. Pasamos a tres personas aplastadas más, tendidas a nuestros pies, pero de ninguna manera las iba a socorrer. A esas alturas, ya no pensaba en ayudar a nadie. Sólo pensaba en hallar espacios delante de nosotros para poder avanzar, en la mano de Darryl aferrándome la muñeca con fuerza y en el apretón mortal con que yo sujetaba la mano de Van, que estaba detrás de mí.

Una eternidad más tarde, saltamos a la libertad como corchos de champaña, pestañeando bajo la luz gris, llena de humo. Las alarmas de ataque aéreo seguían atronando y el sonido de las sirenas de los vehículos de emergencia que corrían por la calle Market era aún más fuerte. Ya no había casi nadie en las calles, salvo los que trataban de llegar al metro con

desesperación. Muchos lloraban. Localicé un puñado de bancos vacíos —habitualmente copados por borrachos mugrientos— y los señalé.

Nos dirigimos hacia allí, agachándonos y alzando los hombros por las sirenas y el humo. Llegamos a los bancos antes de que Darryl cayera hacia delante.

Todos gritamos y Vanessa lo agarró y lo dio vuelta. Un lado de su camisa estaba manchado de sangre y la mancha se estaba agrandando. Ella le levantó la ropa y descubrimos que tenía un corte largo y profundo en su rechoncho costado.

—Alguien lo *apuñaló* entre el gentío —dijo Jolu, con los puños apretados—. Por Dios, qué salvajada.

Darryl gruñó y nos miró, luego se miró el costado del torso, luego volvió a gruñir y su cabeza cayó de nuevo hacia atrás.

Vanessa se quitó la chaqueta de jean y la sudadera con capucha que llevaba debajo. Hizo una bola con ella y la apretó contra el cuerpo de Darryl.

—Sujétale la cabeza —me dijo—. Mantenla elevada. —Le habló a Jolu:— Pon sus pies en alto… enrolla tu abrigo o algo así. —Jolu se movió rápido. La madre de Vanessa es enfermera y ella había hecho cursos de primeros auxilios en todos los campamentos de verano. Le encantaba ver gente administrando primeros auxilios en las películas y burlarse porque hacían todo mal. Me alegré tanto de tenerla con nosotros…

Nos quedamos sentados allí un largo rato, apretando la sudadera contra el costado de Darryl. Él insistía en que se sentía bien y que debíamos dejar que se levantara, y Van no paraba de decirle que si no se callaba y se quedaba quieto le iba a dar una patada en el culo.

—¿Y si llamamos al 911? —dijo Jolu.

Me sentí un idiota. Saqué el teléfono y marqué 911. El sonido que escuché ni siquiera era el tono de ocupado... era como un quejido de dolor del sistema telefónico. No se oyen sonidos como ese a menos que haya tres millones de personas marcando el mismo número al mismo tiempo. ¿Quién necesita redes de bots cuando tiene terroristas?

—¿Y la Wikipedia? —dijo Jolu.

—No hay teléfonos, no hay datos —dije yo.

—¿Y ésos? —dijo Darryl, señalando hacia la calle. Miré a donde señalaba, pensando que vería un policía o un paramédico, pero no había nadie.

—Está bien, amigo... sólo descansa —dije.

—No, idiota, te digo *ésos*, los policías de los coches. ¡Allá!

Tenía razón. Cada cinco segundos, pasaba a toda velocidad una patrulla de la policía, una ambulancia o un camión de bomberos. Ellos podían conseguir ayuda. Yo era un tremendo idiota.

—Vamos, entonces —dije—. Te llevaremos donde nos puedan ver y les haremos señas.

A Vanessa no le gustó la idea, pero supuse que los policías no iban a detenerse por un chico que agitaba su gorra en la calle, ese día no. Sin embargo, podían llegar a parar si veían a Darryl sangrando. Discutí con ella brevemente y Darryl resolvió la situación poniéndose de pie con dificultad y avanzando hacia Market con pasos inestables.

El primer vehículo que pasó aullando, una ambulancia, ni siquiera bajó la velocidad. Tampoco la patrulla siguiente, ni el camión de bomberos, ni las tres patrullas que vinieron a continuación. Darryl no estaba bien... tenía el rostro pálido y jadeaba. La sudadera de Van estaba empapada de sangre.

Me harté de que los coches pasaran de largo. La siguiente vez que apareció un vehículo en Market, me paré en medio de la calle, sacudiendo los brazos por encima de la cabeza y gritando “¡PARE!”. El coche desaceleró hasta detenerse y fue entonces cuando noté que no era de la policía, ni una ambulancia ni un camión de bomberos.

Era un jeep de aspecto militar, como un Hummer blindado, pero que no tenía ninguna insignia militar. El vehículo derrapó y se detuvo justo frente a mí; salté hacia atrás, perdí el equilibrio y acabé tumbado en la calle. Escuché puertas que se abrían cerca de mí y después vi una confusión de botas que se movían en las proximidades. Miré hacia arriba y vi un grupo de sujetos con pinta de militares, vestidos de overol, que llevaban unos rifles grandes y aparatosos y máscaras antigases con capucha y visores polarizados.

Apenas tuve tiempo de registrarlos; de pronto, esos rifles me apuntaban a mí. Nunca había tenido el caño de un arma delante de los ojos, pero todo lo que has escuchado acerca de esa experiencia es verdad. Te congelas donde estás, el tiempo se detiene y el corazón te late como un trueno en los oídos. Abrí la boca, la cerré; después, muy lentamente, levanté las manos.

El hombre armado sin rostro, sin ojos, sostenía el rifle con firmeza. Yo ni siquiera respiraba. Van chillaba algo y Jolu gritaba; los miré un segundo y fue entonces cuando alguien me cubrió la cabeza con una bolsa áspera, atándola fuertemente a la altura de mi garganta, con tanta rapidez y ferocidad que casi no me dio tiempo para tomar aire antes de ajustarla. Me empujaron con rudeza, pero desapasionadamente, para que me acostara boca abajo; me envolvieron las muñecas dos veces con algo que después también ataron y ajustaron; se sentía como

alambre de enfardar y me mordía cruelmente la piel. Lancé un grito, pero mi voz quedó amortiguada por la capucha.

Ahora me encontraba en una oscuridad total y forzaba los oídos para escuchar lo que ocurría con mis amigos. Los oí gritar a través de la tela aislante de la bolsa y entonces alguien me tomó de las muñecas de un modo impersonal y me alzó hasta ponerme de pie; tenía los brazos amarrados y retorcidos detrás de la espalda y mis hombros aullaban.

Me tropecé un poco y después una mano me empujó la cabeza hacia abajo y ya estaba dentro del Hummer. Con rudeza, arrojaron más cuerpos contra mí.

—¿Chicos? —grité, y me gané un fuerte golpe en la cabeza por tomarme esa molestia. Escuché que Jolu respondía y sentí el golpe que le dieron a él también. Mi cabeza resonaba como un gong.

—Eh —les dije a los soldados—. ¡Eh, escuchen! Somos estudiantes secundarios, nada más. Les hice señas para que se detuvieran porque mi amigo está sangrando. Lo apuñalaron. —No tenía idea de cuánto de todo esto lograba atravesar la bolsa. Seguí hablando—. Oigan… es un malentendido. Tenemos que llevar a nuestro amigo al hospital…

Volvieron a pegarme. Sentí como si hubieran usado un bastón o algo así… jamás me habían dado un golpe tan fuerte en la cabeza. Mis ojos se dieron vuelta y se llenaron de lágrimas; literalmente, no podía respirar por el dolor. Un momento después recuperé el aliento, pero no dije nada. Ya había aprendido la lección.

¿Quiénes eran estos payasos? No llevaban insignias. ¡Quizás eran terroristas! Nunca había creído en los terroristas… es decir, sabía de manera abstracta que había terroristas en algún lugar del mundo, pero verdaderamente no representaban un

riesgo para mí. Había millones de formas en que el mundo podía matarme —comenzando por ser atropellado por algún ebrio que viniera por Valencia a toda velocidad— y que eran infinitamente más probables e inmediatas que los terroristas. Los terroristas mataban muchísima menos gente que las caídas en el cuarto de baño y las electrocuciones accidentales. Preocuparme por ellos siempre me había parecido tan inútil como preocuparme por que me fulminara un rayo.

Sentado en la parte trasera de aquel Hummer, encapuchado y con las manos amarradas en la espalda, hamacándome hacia atrás y hacia delante mientras las heridas de la cabeza se me hinchaban, el terrorismo de pronto me pareció mucho más peligroso.

El vehículo se inclinó hacia atrás, ascendió una cuesta. Supuse que nos dirigíamos a Nob Hill y, por el ángulo, parecía que estábamos tomando una de las rutas más empinadas… la calle Powell, deduje.

Ahora descendíamos una pendiente igualmente abrupta. Si mi mapa mental estaba acertado, nos encaminábamos a Fisherman's Wharf. Allí podías subirte a un barco y huir. Encajaba con la hipótesis del terrorismo. ¿Pero por qué diablos los terroristas iban a querer secuestrar a un puñado de estudiantes secundarios?

Nos detuvimos de un sacudón cuando aún estábamos en bajada. Se paró el motor y las puertas se abrieron de golpe. Alguien me sacó, arrastrándome de los brazos, y me hizo avanzar a los empellones por camino pavimentado. Segundos después, tropecé contra una escalera de acero y me golpeé las espinillas. Las manos que estaban detrás me empujaron otra vez. Subí la escalera con cuidado, sin poder usar las manos. Ascendí el tercer escalón y busqué el cuarto, pero no estaba. Casi vuelvo a

caerme, pero otras manos nuevas me agarraron por delante, me remolcaron por un suelo de acero, me forzaron a arrodillarme y me ataron las manos a algo que estaba detrás de mí.

Más movimiento y la sensación de que apiñaban más cuerpos a mi lado. Gruñidos y ruidos amortiguados. Risas. Luego, una eternidad larga y atemporal en una penumbra de sonidos apagados, inhalando mi propio aliento, escuchando mi propia respiración en los oídos.

***

La verdad es que logré dormir algo… arrodillado, sin circulación en las piernas y con la cabeza en un crepúsculo de lona. Mi cuerpo había lanzado al torrente sanguíneo una cantidad de adrenalina suficiente para un año en el lapso de 30 minutos, y aunque esa cosa te puede dar la fuerza para levantar un automóvil que aplasta a tus seres queridos o para saltar de un edificio a otro, el precio a pagar siempre es una mierda.

Me desperté cuando me quitaban la capucha de la cabeza. No eran ni brutos ni cuidadosos… simplemente, impersonales. Como los de McDonald’s preparando hamburguesas.

La iluminación era tan brillante que tuve que cerrar los ojos con fuerza, pero lentamente logré abrirlos como rendijas, luego como grietas y por fin del todo. Miré a mi alrededor.

Estábamos en la parte trasera de un camión, uno grande, de dieciséis ruedas. Veía los semicírculos de las ruedas a intervalos regulares, en todo el largo de la caja. Pero esta caja de camión se había convertido en una especie de puesto de comando/cárcel móvil. Contra las paredes, se alineaban unos escritorios de acero sobre los que se elevaban bancos de lustrosos monitores

de pantalla plana, montados sobre brazos articulados que permitían posicionarlos en forma de halo alrededor de los operadores. Cada escritorio tenía delante una espléndida silla de oficina, festoneada con perillas de interfaz de usuario para ajustar cada milímetro de la superficie del asiento y también la altura, la inclinación y el giro.

Después venía el sector cárcel: en la parte delantera, la más alejada de las puertas, había enrejados de acero atornillados a ambos lados del vehículo; sujetos a esos enrejados de acero, estaban los prisioneros.

Localicé a Van y Jolu en el acto. Darryl podía encontrarse entre la docena restante que se amontonaba allí, pero era imposible determinarlo… muchos estaban tendidos en el suelo y me obstaculizaban la visión. Olía a sudor y a miedo.

Vanessa me miró y se mordió el labio. Estaba asustada. Yo también. Y Jolu también: sus ojos rodaban como locos en sus órbitas y se quedaban en blanco. Yo tenía miedo. Por añadidura, tenía que hacer pis urgentemente.

Miré a todos lados en busca de nuestros captores. Hasta entonces, había evitado levantar la vista para mirarlos, igual que no se mira el interior oscuro de un ropero donde está el cuco que tu mente ha conjurado. No quieres comprobar si tienes razón.

Pero tenía que echar un mejor vistazo a estos idiotas que nos habían secuestrado. Si eran terroristas, quería enterarme. No sabía qué aspecto tenían los terroristas, aunque los programas de TV habían hecho todo lo posible para convencerme de que eran árabes de piel morena con grandes barbas, gorros tejidos y túnicas sueltas de algodón que les llegaban a los tobillos.

Nuestros captores no eran así. Podrían haber sido porristas del espectáculo del medio tiempo en la final del Super Bowl. Se

veían *norteamericanos* de un modo que no pude definir exactamente. Buen contorno de mandíbula; el cabello corto y prolijo, aunque con un estilo no del todo militar. Había blancos y morenos, hombres y mujeres, y se sonreían libremente el uno al otro, sentados en el otro extremo del camión, bromeando y bebiendo café en vasos desechables. Estos no eran árabes de Afganistán: parecían turistas de Nebraska.

Miré a una, una mujer joven, blanca y de cabello castaño y muy corto, que parecía apenas mayor que yo, bastante atractiva a pesar de su intimidante uniforme de oficial. Si miras a una persona el tiempo suficiente, en algún momento esa persona te mira a ti. Así lo hizo ella y, de repente, su rostro adoptó una configuración totalmente distinta, desapasionada, incluso robótica. Su sonrisa se esfumó al instante.

—Eh… —le dije—. Mire, no entiendo lo que sucede aquí, pero realmente necesito mear ¿sabe?

Ella me atravesó con la mirada como si no me hubiera oído.

—Hablo en serio; si no llego al baño pronto voy a sufrir un desagradable accidente. Aquí atrás se va a poner bastante apestoso ¿sabe?

Se volvió hacia sus colegas, un grupito de tres, y mantuvieron una conversación en voz baja que no pude escuchar por el ruido de los ventiladores de las computadoras.

Volvió a mirarme.

—Aguántate diez minutos y todos podrán ir a hacer pis.

—Creo que no tengo diez minutos más dentro de mí —respondí, dejando que mi voz expresara un poquito más de urgencia que la que realmente tenía—. En serio, señorita, es ahora o nunca.

Sacudió la cabeza y me miró como si yo fuera una especie de fracasado patético. Ella y sus amigos se consultaron un poco

más y luego se adelantó otro. Era mayor, alrededor de treinta años, y de hombros bastante anchos, como si hiciera ejercicio. Parecía chino o coreano —a veces, ni Van puede diferenciarlos—, pero con ese porte que decía *norteamericano* de un modo que yo no lograba definir.

Abrió su abrigo deportivo hacia un costado para dejarme ver la ferretería que llevaba colgada; antes de que lo cerrara de nuevo, reconocí una pistola, un táser y un aerosol de líquido paralizante o de gas pimienta.

—Nada de problemas —dijo.

—Nada —concordé.

Tocó algo en su cinturón y los grilletes se abrieron detrás de mí; mis brazos cayeron súbitamente a mis espaldas. Era como el cinturón utilitario de Batman… ¡grilletes con control remoto inalámbrico! Pero supuse que tenía sentido: no querían agacharse cerca de los prisioneros para dejar todo ese armamento mortal al nivel de sus ojos… podían apoderarse de la pistola con los dientes y apretar el gatillo con la lengua o algo así.

Mis manos seguían atadas atrás con cinta plástica; ahora que los grilletes ya no me sostenían, descubrí que las piernas se me habían transformado en muñones de corcho por haber permanecido tanto tiempo en la misma posición. Para abreviar: básicamente, me caí de cara. Moví las piernas débilmente, sintiendo pinchazos como de alfileres y agujas, y traté de acomodarlas debajo de mí para poder balancearme y ponerme de pie.

El tipo me levantó de un tirón y caminé como un payaso hasta el fondo del camión, donde había un pequeño baño portátil. Traté de localizar a Darryl en el trayecto, pero podía ser cualquiera de los cinco o seis que estaban tumbados en el suelo. O ninguno de ellos.

—Métete —dijo el sujeto.

Sacudí las muñecas.

—¿Me saca esto, por favor? —Después de tantas horas con esas apretadas esposas de plástico, sentía los dedos como salchichas violetas.

El tipo no se movió.

—Mire —le dije, tratando de no sonar sarcástico ni enojado (no fue fácil)—. Mire. O me libera las muñecas o tendrá que ayudarme a apuntar. La visita al baño no es una experiencia de manos libres. —Alguien del camión lanzó una risita. Yo no le caía bien al tipo; me di cuenta por la manera en que apretaba la mandíbula. Amigo mío, el cerebro de esta gente tenía una programación muy ceñida.

Llevó una mano al cinturón y se acercó con un muy bonito juego de multi-pinzas. Abrió una navaja de aspecto maléfico, cortó las esposas de plástico y mis manos volvieron a ser mías.

—Gracias —dije.

Me empujó al interior del baño. Mis manos eran inútiles, como bultos de arcilla pegados en las muñecas. Al sacudirlos, mis dedos insensibles hormiguearon, pero después el hormigueo se transformó en una quemazón que casi me hizo lanzar un grito. Bajé el asiento, me bajé el pantalón y me senté. No confiaba en poder mantenerme de pie.

Cuando se me aflojó la vejiga, mis ojos hicieron lo mismo. Lloré en silencio, hamacándome hacia atrás y adelante, mientras las lágrimas y los mocos me caían por la cara. Lo único que pude hacer para no sollozar fue taparme la boca y evitar que salieran los sonidos. No quería darles esa satisfacción.

Finalmente, terminé de mear y de llorar y el tipo estaba azotando la puerta. Me limpié la cara lo mejor que pude con un montón de papel higiénico, eché todo al inodoro e hice correr el agua; luego, miré alrededor buscando un lavabo, pero sólo

encontré un frasco de limpiador de manos de uso industrial, cubierto con un listado, escrito en letra pequeña, de todos los bioagentes que eliminaba. Me froté las manos con un poco de eso y salí del baño.

—¿Qué hacías allí dentro? —dijo el tipo.

—Usaba las instalaciones —dije. Me obligó a darme vuelta, me agarró las manos y sentí que me ponía un par nuevo de esposas plásticas. Después de sacarme el otro par, mis muñecas se habían hinchado; las nuevas se hundieron ferozmente en la piel sensible, pero me negué a darle el gusto de gritar.

Volvió a sujetarme en mi lugar con los grilletes y agarró a la persona siguiente que, como podía ver ahora, era Jolu, con la cara hinchada y un horrible moretón en la mejilla.

—¿Estás bien? —le pregunté. Abruptamente, mi amigo del cinturón utilitario me puso una mano en la frente y me empujó con fuerza; la parte de atrás de mi cabeza rebotó contra la pared metálica del camión, con el sonido de un reloj dando la una.

—No hables —me dijo, mientras yo me esforzaba por reenfocar los ojos.

No me gustaba esta gente. En ese preciso instante, decidí que los haría pagar por todo esto.

Uno por uno, todos los prisioneros fueron al baño y regresaron, y cuando terminaron mi guardián volvió a sus amigos y tomó otra taza de café, que observé que bebían de un enorme vaso de cartón de Starbucks. Entablaron una conversación que no pude distinguir, pero que incluía bastantes risas.

Después, se abrió la puerta trasera del camión y entró el aire fresco, no con humo como antes, pero con cierto olor a ozono. Por lo poco que vi del exterior antes de que cerraran la puerta,

logré captar que estaba oscuro y que llovía, una de esas lloviznas de San Francisco que son mitad bruma.

El hombre que entró vestía uniforme militar. Uniforme militar norteamericano. Se cuadró frente a los del camión, ellos le devolvieron el saludo, y fue entonces cuando supe que no era prisionero de unos terroristas: era prisionero de los Estados Unidos de América.

***

Instalaron un pequeño panel divisorio en el fondo del camión y vinieron a buscarnos de a uno, sacándonos las esposas y llevándonos a la parte trasera. Por lo que pude deducir —contando los segundos mentalmente… un hipopótamo, dos hipopótamos— las entrevistas duraron unos siete minutos cada una. Me latía la cabeza por la deshidratación y la abstinencia de cafeína.

Fui el tercero; me llevó la mujer de antes, la del corte de pelo austero, muy corto. De cerca, se la veía cansada, con bolsas debajo los ojos y líneas de amargura en la comisura de los labios.

—Gracias —le dije maquinalmente cuando me liberó con un control remoto y me puso de pie de un tirón. Me odié por la cortesía automática, pero me la habían inculcado.

Ella no movió un músculo. Caminé delante de la mujer hasta el fondo del camión y pasé al otro lado del panel divisorio. Había una sola silla plegadiza y allí me senté. Dos de ellos, la Pelo Corto y el del cinturón utilitario, me miraron desde sus supersillones ergonómicos.

Entre ellos había una mesita donde estaba desparramado el contenido de mi cartera y mochila.

—Hola, Marcus —dijo Pelo Corto—. Tenemos unas preguntas para ti.

—¿Estoy bajo arresto? —pregunté. No era una pregunta al azar. Si no estás bajo arresto, hay límites para lo que la policía puede y no puede hacerte. Por empezar, no pueden retenerte para siempre sin arrestarte, sin dejarte hacer una llamada telefónica y sin que hables con un abogado. Y, por Dios… ¿acaso me iban a dejar hablar con un abogado?

—¿Para qué sirve esto? —dijo la mujer, levantando mi teléfono. En la pantalla se veía el mensaje de error que aparecía cuando tratabas insistentemente de acceder a los datos sin introducir la contraseña correcta. Era un mensaje un poco grosero (una mano animada haciendo cierto gesto universalmente conocido) porque me gusta personalizar mis equipos.

—¿Estoy bajo arresto? —repetí. No pueden obligarte a responder ninguna pregunta si no estás bajo arresto y cuando preguntas si estás bajo arresto tienen la obligación de contestarte. Así son las reglas.

—Estás detenido por el Departamento de Seguridad Interior —retrucó la mujer.

—¿Estoy bajo arresto?

—Vas a ser más cooperativo, Marcus, comenzando en este instante. —No dijo "de lo contrario…", pero quedaba implícito.

—Me gustaría comunicarme con un abogado —dije—. Me gustaría saber de qué se me acusa. Me gustaría que los dos me mostraran una identificación de algún tipo.

Los agentes intercambiaron miradas.

—Creo que realmente deberías reconsiderar tu enfoque de la situación —dijo Pelo Corto—. Creo que deberías hacerlo ahora mismo. Encontramos una cantidad de dispositivos sospechosos en tu persona. Te encontramos a ti y a tus secuaces cerca del

lugar donde ocurrió el peor ataque terrorista que jamás ha visto este país. Une las dos cosas y verás que el panorama no es muy favorable para ti, Marcus. Puedes cooperar o puedes lamentarlo muchísimo. Bien… ¿para qué sirve esto?

—¿Piensan que soy terrorista? ¡Tengo diecisiete años!

—La edad justa. A los de Al Qaeda les encanta reclutar chicos impresionables e idealistas. Te googleamos, sabes. Has publicado un montón de material muy feo en la Internet pública.

—Me gustaría hablar con un abogado —dije.

La señorita Pelo Corto me miró como si yo fuera un bicho.

—Tienes la impresión errada de que la policía te trajo aquí por cometer un delito. Necesitas superar eso. Estás detenido por el gobierno de los Estados Unidos en calidad de potencial combatiente enemigo. Yo, en tu lugar, estaría pensando con todas mis fuerzas en cómo convencernos de que no eres un combatiente enemigo. Con todas mis fuerzas. Porque los combatientes enemigos pueden desaparecer en agujeros negros, agujeros muy negros y profundos, agujeros donde simplemente te esfumas. Para siempre. ¿Me estás escuchando, jovencito? Quiero que destrabes este teléfono y desencriptes los archivos que guarda en la memoria. Quiero que me rindas cuentas: ¿por qué estabas en la calle? ¿Qué sabes del ataque a la ciudad?

—No voy a destrabar el teléfono —dije, indignado. La memoria del teléfono contenía toda clase de material privado: fotos, correos, pequeños hackeos y módulos que le había instalado—. Hay cosas personales.

—¿Qué tienes que esconder?

—Tengo derecho a mi privacidad —dije—. Y quiero hablar con un abogado.

—Esta es tu última oportunidad, chico. La gente honesta no tiene nada que ocultar.

—Quiero hablar con un abogado. —Mis padres lo pagarían. Todas las FAQs sobre arrestos eran muy claras en este punto. Sigue insistiendo en ver a un abogado, sin importar lo que digan y hagan. El resultado de hablar con la policía sin que tu abogado esté presente nunca es bueno. Estos dos decían que no eran policías, pero si no era un arresto… ¿qué era?

Pensándolo en retrospectiva, quizás tendría que haber destrabado el teléfono.

Capítulo 4

Volvieron a engrillarme y encapucharme y me dejaron ahí. Mucho después, el camión comenzó a moverse, cuesta abajo, y entonces volvieron a levantarme de un tirón. Inmediatamente, me caí. Tenía las piernas tan adormecidas que las sentía como bloques de hielo; todo, menos las rodillas, que estaban hinchadas y doloridas por haber pasado tantas horas arrodillado.

Unas manos me agarraron de los hombros y los pies y me levantaron como si fuera una bolsa de patatas. Me rodeaban unas voces indefinidas. Alguien lloraba. Alguien maldecía.

Me cargaron una corta distancia; luego, me bajaron y engrillaron a otro enrejado. Las rodillas ya no querían sostenerme; me caí de frente y terminé en el suelo, retorcido como un pretzel, sintiendo la presión de las cadenas que me sujetaban las muñecas.

Nos estábamos moviendo otra vez, pero en este caso no era como andar en camión. Debajo de mí, el suelo se balanceaba suavemente y vibraba con el rumor de enormes motores diesel. ¡Me di cuenta de que estaba en un barco! Se me heló el estómago. Me estaban alejando de las costas de los EE. UU., llevándome a *otro* lugar... ¿y quién demonios sabía dónde se encontraba? Había sentido miedo otras veces, pero esta idea

me *aterró*, me dejó paralizado y mudo de pavor. Tomé conciencia de que tal vez no volvería a ver a mis padres y sentí el sabor de un breve vómito quemándome la garganta. La bolsa me encerraba la cabeza y apenas podía respirar, algo que también se debía a la extraña posición retorcida en que había quedado.

Pero, afortunadamente, no estuvimos mucho tiempo en el agua. Me pareció que fue una hora, aunque ahora sé que fueron apenas quince minutos. Después, sentí que atracábamos, sentí pasos en la cubierta, a mi alrededor, y sentí que les sacaban los grilletes a otros prisioneros y que se los llevaban, cargándolos o a pie. Cuando vinieron a buscarme, traté de volver a pararme, pero no pude y me alzaron una vez más, impersonales, bruscos.

Cuando me quitaron la capucha estaba en una celda.

Una celda vieja, desmoronada, que olía a aire de mar. Había una sola ventana, bien arriba, bloqueada por barrotes oxidados. Afuera todavía estaba oscuro. En el suelo había una manta y un pequeño inodoro metálico sin asiento, empotrado en la pared. El guardia que me sacó la capucha sonrió y cerró la puerta de acero macizo al salir.

Me masajeé las piernas suavemente, siseando de dolor, mientras la sangre volvía a circular por ellas y por mis manos. Finalmente, logré ponerme de pie y caminar. Oí que otra gente hablaba, lloraba, gritaba. También grité un poco: “¡Jolu! ¡Darryl! ¡Vanessa!”. Otras voces del pabellón me imitaron, gritando nombres también, gritando obscenidades. Las voces más cercanas sonaban como las de unos borrachos perdiendo la razón alguna esquina de la ciudad. Tal vez la mía también sonaba así.

Los guardias nos gritaron que hiciéramos silencio y sólo consiguieron que todos chillaran más fuerte. Al final, estábamos todos aullando, lanzando alaridos que nos partían la cabeza,

que nos enronquecían la garganta. ¿Por qué no? ¿Qué teníamos que perder?

***

La vez siguiente que vinieron a interrogarme, yo estaba mugriento y cansado, con hambre y sed. Pelo Corto formaba parte del nuevo grupo de interrogatorio, lo mismo que tres grandulones que se movían a mi alrededor como cortes de carne. Uno era negro; los otros dos, blancos, aunque uno puede haber sido hispánico. Todos llevaban armas. Era como un comercial de Benneton mezclado con un juego de *Counter-Strike*.

Me sacaron de la celda con las muñecas y tobillos encadenados. Mientras avanzábamos, presté atención a mi entorno. Oí que fuera había agua y pensé que quizás estábamos en Alcatraz; después de todo, había sido una prisión, aunque desde hacía generaciones era una atracción turística, un sitio al que la gente concurría para ver dónde habían cumplido sus penas Al Capone y sus gángsters contemporáneos. Pero yo había visitado Alcatraz durante una excursión escolar. Era vieja y oxidada, medieval. El lugar donde me encontraba ahora se percibía como un edificio que databa de la Segunda Guerra Mundial, no de la época colonial.

En las puertas de las celdas habían colocado unas etiquetas autoadhesivas con códigos de barras impresos con láser y también unos números, pero no había manera de adivinar quién o qué podía estar detrás de ellas.

La sala de interrogatorio era moderna, con luces fluorescentes, sillones ergonómicos —aunque no para mí; yo tenía una silla de jardín plegadiza, de plástico— y una gran mesa de

reuniones de madera. Un espejo recubría una de las paredes, igual que en las series policiales, y supuse que otras personas debían de estar observando del otro lado. La señorita Pelo Corto y sus amigos se sirvieron café de una vasija ubicada sobre una mesita (en ese momento, habría sido capaz de abrirle la garganta con los dientes con tal de beberme ese café) y luego pusieron a mi lado un vaso de poliestireno lleno de agua, pero sin liberarme las manos atadas a la espalda, o sea que no podía agarrarlo. Qué hienas.

—Hola, Marcus —dijo Pelo Corto—. ¿Qué tal tu actitud el día de hoy?

No dije nada.

—Esto no es lo peor que puede ocurrirte, sabes —dijo ella—. Esto es lo *mejor* que puede ocurrirte a partir de ahora. Incluso cuando nos digas lo que queremos saber, incluso si con eso nos convences de que sólo estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado, ya estás marcado. Te estaremos vigilando, vayas donde vayas y hagas lo que hagas. Te has comportado como si tuvieras algo que ocultar y eso no nos gusta.

Es patético, pero mi cerebro no podía pensar en otra cosa que no fuera esta frase: "convéncenos de que estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado". Era lo peor que me había sucedido en la vida. Nunca, jamás, me había sentido tan mal ni tan asustado. Esas palabras, "el lugar equivocado en el momento equivocado", esas siete palabras, eran como una cuerda de salvataje que flotaba ante mis ojos mientras yo luchaba por mantenerme en la superficie.

—¿Hola, Marcus? —La mujer chasqueó los dedos delante de mí—. Aquí, Marcus. —Tenía una sonrisita en la cara y me odié por permitir que advirtiera mi miedo—. Marcus, la cosa puede ponerse mucho peor que ahora. Este no es el peor lugar donde

podemos encerrarte, ni remotamente. —Metió la mano debajo de la mesa, sacó un portafolios y lo abrió con un chasquido. De allí extrajo mi teléfono, mi lector/clonador de RFID, mi detector de WiFi y mis memorias portátiles. Uno por uno, los colocó a todos sobre la mesa.

—Esto es lo que pretendemos de ti. Hoy nos destrabas el teléfono. Si lo haces, te otorgamos el privilegio de salir al exterior y de bañarte. Podrás ducharte y te permitiremos caminar por el patio de ejercicio. Mañana, te traemos de vuelta y te pedimos que desencriptes los datos de estos dispositivos de memoria. Lo haces y puedes comer en el comedor. Al día siguiente, queremos que nos des tus contraseñas de correo electrónico y te ganas el privilegio de ir a la biblioteca.

Yo tenía la palabra "no" en los labios, como un eructo atascado que trataba de salir, pero que no lo hacía.

—¿Por qué? —fue lo que me salió en su lugar.

—Queremos asegurarnos de que eres lo que pareces. Se trata de tu seguridad, Marcus. Digamos que eres inocente. Puede que sí, aunque no logro comprender por qué un inocente se comporta como si tuviera tanto que ocultar. Pero digamos que lo eres. Pudiste ser uno de los que estaban en ese puente cuando explotó. Pudieron ser tus padres. Tus amigos. ¿No quieres que atrapemos a la gente que atacó tu hogar?

Es raro, pero cuando ella se puso a hablar de otorgarme "privilegios" me sometí al miedo. Me sentí como si hubiese hecho *algo* para acabar en el sitio donde me hallaba; como si, en parte, tal vez fuera mi culpa y yo pudiera hacer algo para modificarlo.

Pero apenas empezó con ese discurso mentiroso de la "seguridad" y el estar "a salvo", me volvió el alma al cuerpo.

—Señorita —dije—, me habla de ataques a mi hogar pero, por lo que sé, los únicos que me han atacado últimamente son ustedes. Pensé que vivía en un país con una Constitución. Pensé que vivía en un país donde tenía *derechos*. Usted me habla de defender mi libertad a costa de romper en pedazos la Declaración de Derechos.

Un destello de fastidio cruzó por su rostro; después, desapareció.

—Qué melodramático, Marcus. Nadie te atacó. Estás detenido por el gobierno de tu país mientras investigamos detalles sobre el peor ataque terrorista jamás perpetrado en el suelo de nuestra nación. La decisión de ayudarnos a pelear esta guerra contra los enemigos de nuestra patria depende de ti. ¿Quieres preservar la Declaración de Derechos? Ayúdanos a impedir que los malos hagan volar tu ciudad por los aires. Ahora bien, tienes exactamente treinta segundos para destrabar este teléfono, antes de que te envíe de vuelta a la celda. Hoy tenemos que entrevistar a muchas otras personas.

Miró su reloj. Moví las muñecas, haciendo sonar las cadenas que me impedían estirar la mano y destrabar el teléfono. Sí, iba a hacerlo. Ella me había dicho cuál era el camino a la libertad —al mundo, a mis padres— y eso me había dado una esperanza. Ahora me amenazaba con echarme, con sacarme de ese camino, haciendo añicos mi esperanza, y yo no podía pensar en otra cosa que no fuese volver a él.

Así que hice ruido con las muñecas, deseando tomar mi teléfono y destrabarlo, y ella se limitó a mirarme fríamente, controlando su reloj.

—La contraseña —dije, comprendiendo por fin lo que quería de mí. Quería que la dijera en voz alta, aquí, donde ella podía grabarme, donde sus amigos podían oírla. No quería solamente

que le destrabara el teléfono. Quería que me sometiera a ella. Que me pusiera bajo su autoridad. Que renunciara a todos mis secretos, a toda mi privacidad—. La contraseña —dije otra vez, y entonces se la dije. Que Dios me ayude… me rendí a su voluntad.

Me dedicó una sonrisa remilgada, que debía de ser su versión frígida del festejo de un gol, y los guardias me llevaron fuera. Cuando se cerraba la puerta, la vi inclinarse hacia el teléfono y teclear la contraseña.

Ojalá pudiera decir que había previsto esta posibilidad de antemano y que había creado una contraseña falsa que permitía acceder a una partición completamente inocua del teléfono, pero yo no era tan paranoico/inteligente.

Te estarás preguntando, llegado este punto, qué oscuros secretos tenía guardados en el teléfono, las memorias y los correos. Después de todo, no soy más que un chico.

Lo cierto es que yo tenía todo que ocultar y también nada. Entre el teléfono y las memorias portátiles, te podías dar una idea bastante buena de quiénes eran mis amigos, de lo que yo pensaba de ellos, de todas las idioteces que habíamos hecho. Podías leer transcripciones de las discusiones electrónicas que habíamos tenido y de las reconciliaciones electrónicas a las que habíamos llegado.

O sea, yo no borro material. ¿Por qué hacerlo? Almacenar es barato y uno nunca sabe cuándo le vendrán ganas de volver a ver esas cosas. Especialmente las estupideces. ¿Conoces la sensación que te invade en ciertas ocasiones, cuando estás sentado en el metro y no hay nadie con quien hablar, y de pronto rememoras alguna amarga pelea que tuviste, algo terrible que dijiste? Bueno, por lo general, las cosas nunca son tan malas como las recuerdas. Poder regresar y leerlo de nuevo es

grandioso, porque te hace acordar que no eres una persona tan horrible como piensas que eres. Por hacer eso, Darryl y yo hemos superado más peleas de las que puedo contar.

Y ni siquiera es eso lo importante. Sé que mi teléfono es privado. Sé que mis dispositivos de memoria son privados. Y es por la criptografía… la codificación de mensajes. Las matemáticas en que se basa la cripto son buenas y sólidas, y tú y yo tenemos acceso a la misma cripto que usan los bancos y la Agencia Nacional de Seguridad. Hay una sola clase de cripto para todos: la que es pública y abierta, la que puede utilizar cualquier persona. Es eso lo que demuestra que funciona.

Hay algo verdaderamente liberador en el hecho de que un rincón de tu vida que sea sólo *tuyo*, que nadie pueda verlo excepto tú. Es un poco como la desnudez, o como defecar. Todos se desnudan de vez en cuando. Todos tienen que sentarse en el inodoro. No hay nada de vergonzoso, depravado ni extraño en ninguna de las dos cosas. ¿Pero qué pasaría si yo decretara que, de ahora en más, cada vez que vas a evacuar desechos sólidos tienes que hacerlo totalmente desnudo, en una habitación de vidrio instalada en medio de Times Square?

Aunque en tu cuerpo no haya nada feo ni raro —¿y cuántos de nosotros podemos afirmar tal cosa?— tendrías que ser bastante extraño para que te agradara la idea. La mayoría saldríamos corriendo a los gritos. La mayoría nos aguantaríamos las ganas hasta explotar.

No se trata de hacer algo vergonzoso. Se trata de hacer algo *privado*. Se trata de que tu vida te pertenezca a ti.

Eso era lo que me estaban quitando, pedazo a pedazo. Mientras caminaba de regreso a la celda, volvió a invadirme la sensación de que me lo tenía merecido. Había quebrantado muchas reglas en mi vida y, en general, me había salido con la

mía. Quizás era un acto de justicia. Quizás era el contraataque de mi pasado. Después de todo, estaba donde estaba porque me había escapado de la escuela.

Me gané una ducha. Me gané una caminata por el patio. Había un parche de cielo encima de mí y el aire olía como el de la Bahía, pero más allá de eso no tenía la menor idea de dónde me habían encerrado. No vi otros prisioneros durante mi período de ejercicio y me aburrí bastante de caminar en círculos. Aguzaba el oído, buscando algún sonido que me ayudara a comprender qué era este sitio, pero lo único que escuchaba era el ruido ocasional de un vehículo, algunas conversaciones lejanas, un avión aterrizando cerca.

Me llevaron de nuevo a la celda y me dieron de comer: media pizza de pepperoni del Goat Hill Pizza de Potrero Hill, que yo conocía bien. La caja de cartón, con su consabida gráfica y el número telefónico con el prefijo 415, era un recordatorio de que apenas el día anterior yo estaba libre, en un país libre, y que ahora era un prisionero. Me preocupaba constantemente por Darryl y me inquietaban mis otros amigos. Tal vez habían cooperado más que yo y los habían soltado. Tal vez ya les habían contado todo a mis padres, que estaban buscándome frenéticamente.

Tal vez no.

La celda era de una austeridad extraordinaria, vacía como mi alma. Imaginé que la pared frente a la litera era una pantalla, que ahora mismo podría estar hackeando la puerta de la celda para abrirla. Imaginé mi mesa de trabajo y los proyectos que había allí: las latas viejas que estaba transformando en un equipo de sonido envolvente propio del gueto, la cometa con cámara que estaba construyendo para tomar fotografías aéreas, mi laptop de fabricación casera.

Quería salir de allí. Quería volver a casa y recuperar a mis amigos, mi escuela, mis padres y mi vida. Quería ir donde se me antojara, no estar aquí enclaustrado, caminando de un lado al otro y al otro y al otro.

***

Lo siguiente que me pidieron fueron las claves de las memorias USB. Contenían algunos mensajes interesantes que me había bajado de ciertos grupos de discusión, transcripciones de chats, material de gente me había ayudado a aprender algunas cosas que necesitaba para hacer lo que hacía. No había nada que no se pudiera encontrar en Google, por supuesto, pero me parecía que eso no sumaba ningún punto a mi favor.

Por la tarde, me permitieron ejercitarme de nuevo y esta vez sí había otros en el patio cuando llegué: cuatro hombres y dos mujeres, de todas las edades y razas. Supongo que había muchos haciendo cosas para ganarse sus “privilegios”.

Me dieron media hora; traté de iniciar una conversación con el que parecía más normal de todos los prisioneros, un chico negro, más o menos de mi edad, con un peinado afro corto. Pero cuando me presenté y le tendí la mano, él dirigió la mirada hacia las siniestras cámaras montadas en las esquinas del patio y siguió caminando sin siquiera cambiar de expresión facial.

Entonces, justo antes de que me llamaran para llevarme de nuevo al interior del edificio, se abrió la puerta y salió… ¡Vanessa! Nunca había estado tan feliz de ver una cara amiga. Parecía cansada y de mal humor, pero no lastimada; cuando me vio, gritó mi nombre y corrió hacia mí. Nos abrazamos con

fuerza y me percaté de que estaba temblando. Después noté que ella también temblaba.

—¿Estás bien? —me dijo, separándose de mí sin soltarme los brazos.

—Estoy bien —contesté—. Me dijeron que me dejarían salir si les daba mis contraseñas.

—No dejan de hacerme preguntas sobre ti y Darryl.

De los altavoces surgió una voz estridente, gritándonos que dejáramos de hablar, que camináramos, pero le no hicimos caso.

—Respóndeles —le dije al instante—. Cualquier cosa que te pregunten, respóndeles. Así podrás salir.

—¿Cómo están Darryl y Jolu?

—No los he visto.

La puerta se abrió de golpe y salieron cuatro guardias corpulentos echando humo por las orejas. Dos me agarraron a mí y los otros dos a Vanessa. Me obligaron a echarme en el suelo y me forzaron a girar la cabeza hacia el lado opuesto al sitio donde estaba Vanessa; escuché que a ella le hacían lo mismo. Me rodearon las muñecas con esposas de plástico, me hicieron poner de pie a los tirones y me llevaron de vuelta a la celda.

Esa noche, la cena no vino. A la mañana siguiente, no vino el desayuno. Tampoco vino nadie a llevarme a la sala de interrogatorios para extraerme más secretos. Las esposas de plástico no se salían y los hombros me quemaban; después me dolieron, después se me entumecieron, después volvieron a quemar. No sentía las manos.

Tenía que hacer pis. No podía desabrocharme el pantalón. Tenía muchísimas ganas de hacer pis. Me hice encima.

Después de eso vinieron a buscarme, cuando el pis caliente se había vuelto frío y pegajoso, haciendo que mis jeans ya

mugrientos se me adhirieran a las piernas. Vinieron a buscarme y me llevaron por el largo corredor con su hilera de puertas, cada una con su código de barras, y cada código de barras representaba a un prisionero como yo. Me hicieron avanzar por el pasillo hasta la sala de interrogatorio; cuando entré, me encontré en un planeta diferente, un mundo donde las cosas eran normales, donde nada apestaba a orina. Me sentí sucio y avergonzado, y volví a tener la impresión de que me merecía lo que me estaba ocurriendo.

La mujer de pelo corto ya estaba sentada allí. Se la veía perfecta: bien peinada y con muy poco maquillaje. Percibí el aroma de su producto para el cabello. Me miró y frunció la nariz. Me sentí aún más abochornado.

—Bueno, bueno. Te has portado muy mal ¿no? Eres un sucio ¿no?

Vergüenza. Bajé los ojos y miré la mesa. No podía levantar la vista. Quería decirle mi contraseña de correo y marcharme.

—¿De qué hablaron tú y tu amiga en el patio?

Lancé una carcajada que sonó a ladrido, mirando la mesa.

—Le dije que respondiera a sus preguntas. Le dije que cooperara.

—¿O sea que tú eres el que da las órdenes?

Sentí que la sangre cantaba en mis oídos.

—Oh, vamos —le dije—. Participamos juntos en un *juego* que se llama *Loca Diversión en Harajuku*. Yo soy el capitán del equipo. No somos terroristas, somos estudiantes secundarios. No le doy órdenes. Le dije que necesitábamos ser honestos con ustedes para despejar cualquier sospecha y salir de aquí.

Ella no dijo nada por un momento.

—¿Cómo está Darryl? —le pregunté.

—¿Quién?

—Darryl. Nos llevaron a todos juntos. Mi amigo. Lo apuñalaron en el BART de la calle Powell. Por eso estábamos en la superficie. Para conseguir ayuda.

—Seguro que está bien, entonces —dijo ella.

Se me hizo un nudo en el estómago y estuve a punto de vomitar.

—¿No lo *saben* ? ¿No lo tienen aquí?

—A quién tenemos aquí y a quién no tenemos aquí es un tema que no vamos a discutir contigo, nunca. No vas a saberlo. Marcus, ya viste lo que sucede cuando no cooperas con nosotros. Ya viste lo que sucede cuando desobedeces nuestras órdenes. Cooperaste un poco, y eso te ha llevado casi al punto de recuperar la libertad. Si quieres que esa posibilidad se convierta en realidad, limítate a responder mis preguntas.

No dije nada.

—Estás aprendiendo, muy bien. Ahora, la contraseña de tu correo electrónico, por favor.

Me había preparado para esto. Les di todo: la dirección del servidor, el nombre de usuario, la contraseña. No importaba. No guardaba mis correos en el servidor. Los bajaba todos y los guardaba en la laptop de casa; cada sesenta segundos, la máquina bajaba los correos y los borraba del servidor. No sacarían nada de mi casilla, porque los correos no quedaban en el servidor... se almacenaban en la laptop de casa.

Volví a la celda, pero primero me soltaron las manos, me ducharon y me dieron un pantalón anaranjado de presidiario para cambiarme. Era demasiado grande para mí y la cintura me quedaba en la cadera, muy baja, como los usan los pandilleros mexicanos de Mission. De allí surgió la costumbre de usar pantalones embolsados y caídos hasta el culo, por si no lo sabías.

De la prisión. Y te digo algo: es mucho menos divertido tener que usarlos cuando no es por seguir la moda.

Se llevaron mis jeans y pasé otro día más en la celda. Los muros eran de cemento peinado sobre malla de acero. Lo sabía porque el acero se estaba oxidando con el aire salado y se veía la malla, de color anaranjado rojizo, a través de la pintura verde. Mis padres estaban del otro lado de la ventana, en algún sitio.

Vinieron a buscarme otra vez al día siguiente.

—Hace ya un día que estamos leyendo tus correos. Cambiamos la contraseña para que la computadora de tu casa no los bajara.

Bueno, por supuesto que sí. Yo hubiera hecho lo mismo, ahora que lo pensaba.

—Ya sabemos bastante sobre ti como para encerrarte durante un tiempo muy largo, Marcus. Tu posesión de estos artículos —hizo un gesto hacia mis pequeños artefactos— y los datos que recuperamos de tu teléfono y memorias USB, igual que el material subversivo que sin duda encontraríamos si revisáramos tu casa y nos lleváramos tu computadora, son suficientes para encerrarte hasta que seas viejo. ¿Lo comprendes?

No le creí ni por un segundo. No había posibilidad de que un juez fallara a favor de que todo ese material constituía un crimen de cualquier especie. Era libertad de expresión, era manipulación tecnológica. No era un crimen.

¿Pero quién sabía si esta gente alguna vez iba a ponerme frente a un juez?

—Sabemos dónde vives, sabemos quiénes son tus amigos. Sabemos cómo operas y cómo piensas.

Entonces me di cuenta. Estaban a punto de soltarme. La habitación pareció iluminarse. Me oí respirar: inhalaciones cortas, breves.

—Queremos saber una cosa: ¿qué mecanismo se usó para transportar las bombas hasta el puente?

Dejé de respirar. La habitación volvió a oscurecerse.

—¿Qué?

—En el puente había diez cargas, distribuidas en toda su longitud. No estaban en maleteros de automóviles. Las instalaron allí mismo. ¿Quién las instaló y cómo las llevaron?

—¿Qué? —dije otra vez.

—Es tu última oportunidad, Marcus —dijo ella. Parecía triste—. Hasta ahora lo estabas haciendo bien. Dinos esto y te vas a casa. Puedes conseguirte un abogado y defenderte en un tribunal. Sin duda, hay circunstancias atenuantes a las que puedes apelar para explicar tus actos. Sólo dinos esto y te vas.

—¡No sé de qué me está hablando! —Estaba llorando y ni siquiera me importaba. Sollozando, gimoteando—. ¡No *tengo idea* de qué me está hablando!

Ella meneó la cabeza.

—Marcus, por favor. Deja que te ayudemos. A estas alturas, ya sabes que siempre conseguimos lo que queremos.

En el fondo de mi mente había un ruido ininteligible. Estaban *dementes*. Me recompuse; me esforcé por contener las lágrimas.

—Escuche, señorita, esto es una locura. Ya investigaron mis cosas, ya vieron todo. ¡Soy un estudiante secundario de diecisiete años, no un terrorista! No pueden pensar seriamente que…

—Marcus, ¿todavía no te has dado cuenta de que hablamos en serio? —Meneó la cabeza—. Tienes calificaciones bastante

buenas. Pensé que eras más inteligente. —Chasqueó los dedos y los guardias me agarraron de las axilas.

Ya en mi celda, se me ocurrieron cien discursos. Los franceses lo llaman *esprit d'escalier*, el espíritu de la escalera: las ingeniosas refutaciones que se te ocurren después de salir de la habitación, mientras te escabulles escaleras abajo. En mi mente, me ponía de pie y hablaba, diciéndole que yo era un ciudadano que amaba su libertad, lo que me convertía en un patriota y a ella en una traidora. En mi mente, la obligaba a avergonzarse por transformar a mi país en un campamento armado. En mi mente, era elocuente y brillante y la hacía llorar.

¿Pero sabes qué? Ninguna de esas palabras fabulosas volvieron a mí cuando me sacaron de la celda al día siguiente. Sólo podía pensar en la libertad. En mis padres.

—Hola, Marcus —dijo ella—. ¿Cómo te sientes?

Bajé la mirada a la mesa. La mujer tenía enfrente unos documentos prolijamente apilados y, a su lado, el ubicuo vaso de Starbucks para llevar. Por algún motivo, ese vaso me reconfortó; era un recordatorio de que afuera, más allá de esos muros, había un mundo real.

—Ya terminamos de investigarte, por ahora. —No dijo más. Tal vez significaba que me dejaría ir. Tal vez significaba que me arrojaría a un pozo y se olvidaría de mi existencia.

—¿Y? —dije por fin.

—Y quiero que te grabes nuevamente que tomamos esto muy en serio. Nuestro país ha experimentado el peor ataque jamás cometido en nuestro suelo. ¿Cuántos 9/11 quieres que soportemos antes de estar dispuesto a cooperar? Los detalles de nuestra investigación son secretos. Nada podrá detener nuestros esfuerzos por llevar a la justicia a los perpetradores de estos crímenes atroces. ¿Lo comprendes?

—Sí —mascullé.

—Hoy te enviaremos a tu casa, pero estás marcado. No te hemos declarado libre de toda sospecha; te soltamos porque, por ahora, hemos terminado de interrogarte. Pero, de aquí en más, *nos perteneces*. Te estaremos vigilando. Esperando que des un paso en falso. ¿Entiendes que podemos vigilarte de cerca, todo el tiempo?

—Sí —mascullé.

—Bien. Nunca hablarás con nadie de lo que pasó aquí, jamás. Es un asunto de seguridad nacional. ¿Sabes que la pena de muerte por traición en tiempos de guerra sigue vigente?

—Sí —mascullé.

—Buen chico —ronroneó ella—. Aquí tenemos unos documentos para que firmes. —Deslizó hacia mí la pila de papeles a lo ancho de la mesa. Todos tenían pegadas unas etiquetas autoadhesivas con la frase FIRME AQUÍ en letras de molde. Un guardia me sacó las esposas.

Hojeé los papeles; los ojos se me llenaron de lágrimas y la cabeza me daba vueltas. No les encontraba ningún sentido. Traté de descifrar el lenguaje legal. Al parecer, iba a firmar una declaración que decía que había permanecido allí voluntariamente y que me había sometido a interrogatorios voluntarios, por libre decisión.

—¿Qué pasa si no lo firmo? —dije.

Me arrebató los papeles y repitió el gesto de chasquear los dedos. Los guardias me levantaron de un tirón.

—¡Esperen! —grité—. ¡Por favor! ¡Firmaré! —Me arrastraron hasta la puerta. Lo único que veía era esa puerta; lo único que pensaba era que se estaba cerrando a mis espaldas.

Perdí el control. Lloré. Les rogué que me permitieran firmar los papeles. Estar tan cerca de la libertad y que me la

arrebataran me predispuso a hacer cualquier cosa. No puedo contar la cantidad de veces que escuché decir: "Ah, prefiero morirme antes que hacer tal o cual cosa". Yo mismo lo he dicho de vez en cuando. Pero aquella fue la primera vez que realmente entendí lo que significaba. Prefería morirme antes que volver a la celda.

Supliqué mientras me sacaban al pasillo. Les dije que iba a firmar cualquier cosa. Ella llamó a los guardias y se detuvieron. Me llevaron de vuelta. Me sentaron. Uno de ellos me puso un bolígrafo en la mano.

Por supuesto, firmé y firmé y firmé.

***

Mi camiseta y mis jeans estaban en la celda, lavados y doblados. Olían a detergente. Me los puse, me lavé la cara, me senté en la litera y me quedé mirando la pared. Me habían quitado todo. Primero, mi privacidad; después, mi dignidad. Estaba dispuesto a firmar lo que fuera. Habría firmado hasta una confesión por el asesinato de Abraham Lincoln.

Traté de llorar, pero al parecer mis ojos estaban secos, se habían quedado sin lágrimas.

Vinieron a buscarme otra vez. Se me acercó un guardia que traía una capucha como la que me habían puesto cuando nos llevaron, vaya uno a saber cuándo... días atrás, semanas atrás.

Me pusieron la capucha en la cabeza y me la ataron firmemente a la altura del cuello. Quedé en total oscuridad, en una atmósfera sofocante y rancia. Me pusieron de pie y caminé por pasillos, subí escaleras, pisé gravilla. Subí por una rampa. Avancé por la cubierta de acero de un barco. Me encadenaron

las manos atrás, a una reja. Me arrodillé en la cubierta y escuché el sonido monótono de los motores diesel.

El barco se movió. Un leve olor a aire salado traspasó la capucha. Lloviznaba y sentía la ropa pesada de agua. Estaba fuera, aunque mi cabeza estuviese en una bolsa. Estaba fuera, en el mundo, a pocos momentos de mi libertad.

Vinieron, me bajaron del barco y me llevaron por un terreno desparejo. Subí tres escalones de metal. Me sacaron los grilletes de las muñecas. Me quitaron la capucha.

Estaba de nuevo en el camión. Pelo Corto se encontraba allí, sentada frente al pequeño escritorio donde se había sentado antes. Tenía una bolsa ziploc; en su interior estaba mi teléfono y otros dispositivos pequeños, mi cartera y las monedas de mis bolsillos. Me la entregó sin decir palabra.

Me llené los bolsillos. Se sentía raro volver a tener todo en su lugar habitual, usar mi ropa habitual. Del otro lado de la puerta trasera del camión, se oían los sonidos habituales de mi ciudad habitual.

Un guardia me pasó la mochila. La mujer me tendió la mano. Me limité a mirársela. Bajó la mano y me sonrió con sarcasmo. Después, hizo la mímica de cerrarse los labios con una cremallera y me señaló. Abrió la puerta.

Era de día; el cielo estaba gris y lloviznaba. Lo que veía era un callejón que conducía hacia los autos, camiones y bicicletas que pasaban rápidamente por la calle. Me quedé paralizado, de pie en el escalón superior del camión, con la mirada clavada en la libertad.

Me temblaban las rodillas. Sabía que estaban jugando conmigo una vez más. En un instante, los guardias iban a agarrarme, a arrastrarme de nuevo al interior; la capucha volvería a mi cabeza, regresaría al barco y me enviarían de nuevo a la

prisión, a las preguntas interminables, imposibles de responder. Apenas me contuve de meterme el puño en la boca.

Después me obligué a bajar un escalón. Otro escalón. El último escalón. La basura tirada en el suelo del callejón crujió bajo mis zapatos: vidrios rotos, una aguja, gravilla. Avancé un paso. Otro. Llegué a la salida del callejón y puse un pie en la acera.

Nadie me agarró.

Era libre.

Entonces, me rodearon unos brazos fuertes. Casi me echo a llorar.

Capítulo 5

Pero era Van; ella sí estaba llorando y me abrazaba tan fuerte que no me dejaba respirar. No me importaba. Yo también la abracé, enterrando la cara en su pelo.

—¡Estás bien! —dijo ella.

—Estoy bien —logré responder.

Finalmente me soltó, pero me envolvió otro par de brazos. ¡Era Jolu! Ambos estaban allí. Jolu me susurró “Estás a salvo, hermano” en el oído y me abrazó con más fuerza que Vanessa.

Cuando se apartó, miré alrededor.

—¿Dónde está Darryl? —pregunté.

Se miraron.

—Quizás todavía en el camión —dijo Jolu.

Nos volvimos y observamos el camión, en el otro extremo del callejón. Era de dieciocho ruedas, sin rasgos particulares. Ya habían plegado la escalerilla hacia dentro. Las rojas luces traseras se encendieron y el camión retrocedió hacia nosotros, emitiendo un constante pii, pii, pii.

—¡Esperen! —grité mientras aceleraba en nuestra dirección—. ¡Esperen! ¿Qué hay de Darryl? —El camión se acercó más. Seguí gritando. —¿Qué hay de Darryl?

Jolu y Vanessa me agarraron uno de cada brazo y me llevaron lejos. Forcejeé con ellos, gritando. El camión salió del callejón, entró en la calle en reversa, apuntó colina abajo y se fue. Traté de correr tras él, pero Van y Jolu no me dejaron.

Me senté en la acera, puse los brazos alrededor de mis rodillas y lloré. Lloré y lloré y lloré, con unos sollozos profundos que no me salían desde que era pequeño. No se detenían. No podía parar de temblar.

Vanessa y Jolu me ayudaron a levantarme y me hicieron caminar un poco calle arriba. Había una parada de autobuses municipales, con un banco, y allí me sentaron. Los dos lloraban también; nos abrazamos un rato y supe que llorábamos por Darryl, a quien ninguno de nosotros esperaba volver a ver.

***

Estábamos al norte del Barrio Chino, en la parte donde comienza a convertirse en North Beach, un vecindario con un puñado de clubes de desnudistas con letreros de neón y la legendaria librería de la contracultura, City Lights, donde se había fundado el movimiento de poesía beat, allá en la década del '50.

Conocía bien esa zona de la ciudad. El restaurante italiano favorito de mis padres estaba allí... les gustaba llevarme a comer grandes platos de linguini y enormes montañas de helado italiano con higos confitados, para terminar con unos espressos letales. Ahora parecía un sitio diferente, un lugar donde estaba saboreando la libertad por primera vez después de lo que parecía una eternidad.

Nos revisamos los bolsillos y encontramos suficiente dinero para sentarnos a la mesa de uno de los restaurantes italianos, en la acera, debajo de un toldo. La bella camarera prendió un calentador a gas con un encendedor de parrilla, tomó nota de nuestros pedidos y entró. La sensación de dar órdenes, de controlar mi destino, era lo más asombroso que había experimentado jamás.

—¿Cuánto tiempo estuvimos allí dentro? —pregunté.

—Seis días —dijo Vanessa.

—Para mí, cinco —dijo Jolu.

—No los conté.

—¿Qué te hicieron? —dijo Vanessa. Yo no quería hablar de eso, pero ambos me estaban mirando. Cuando comencé, no pude detenerme. Les dije todo, incluso que me habían obligado a mearme encima, y ellos escucharon en silencio. Hice una pausa cuando la camarera nos trajo los refrescos y esperé a que se alejara del rango auditivo; luego, terminé. Mientras les contaba, los hechos se diluían en la distancia. Cuando me acercaba al final, ya no podía diferenciar si estaba adornando la verdad o si intentaba hacerla parecer menos mala. Mis recuerdos nadaban como pececillos que a veces lograba atrapar y otras veces se me escabullían de las manos.

Jolu meneó la cabeza.

—Fueron duros contigo, amigo —dijo. Nos contó sobre su estadía. Lo habían interrogado, principalmente acerca de mí, y él siempre había dicho la verdad, limitándose a relatar llanamente los hechos de aquel día y de nuestra amistad. Lo habían obligado a repetir lo mismo una y otra vez, pero no habían jugado con su cabeza como conmigo. Siempre había comido en el comedor, con un puñado de otras personas, y le habían

permitido pasar algunos ratos en una sala de TV, donde les ponían videos de los éxitos de taquilla del año anterior.

La historia de Vanessa difería muy levemente. Después de que se enfadaron porque había hablado conmigo, se llevaron su ropa y la hicieron vestirse con un overol anaranjado de presidiario. La dejaron en la celda dos días sin ningún contacto, aunque la alimentaron regularmente. Pero, en su mayor parte, era lo mismo que había contado Jolu: las mismas preguntas, repetidas una y otra vez.

—Realmente, te odiaban —dijo Jolu—. De verdad la tenían contigo. ¿Por qué?

No podía imaginarme por qué. Entonces, recordé.

Puedes cooperar o puedes lamentarlo muchísimo.

—Fue porque no quise destrabar el teléfono la primera noche. Por eso me dieron un trato diferenciado. —No podía creerlo, pero no había otra explicación. Había sido por pura venganza. La cabeza me daba vueltas de solo pensarlo. Me habían hecho todo eso para castigarme por desafiar su autoridad. Antes tenía miedo. Ahora estaba furioso—. Esos cabrones —dije suavemente—. Lo hicieron para vengarse de mí por ser tan bocón.

Jolu lanzó un insulto y Vanessa dijo algo en coreano, cosa que sólo hacía cuando estaba muy, muy enojada.

—Me las pagarán —susurré, mirando el refresco—. Me las pagarán.

Jolu meneó la cabeza.

—No se puede, ya lo sabes. No se puede pelear contra esto.

***

Ninguno de nosotros quiso hablar mucho de venganza en ese momento. En cambio, hablamos de lo que haríamos a continuación. Teníamos que ir a casa. Las baterías de los teléfonos estaban descargadas y hacía años que en este vecindario no había teléfonos públicos. Necesitábamos ir a casa. Hasta pensé en tomar un taxi, pero entre los tres no reuníamos el dinero suficiente para que fuera posible.

De modo que comenzamos a caminar. En la esquina, metimos unas monedas de veinticinco en la dispensadora de periódicos del *San Francisco Chronicle* y nos detuvimos a leer la primera plana. Habían pasado cinco días desde la explosión de las bombas, pero la noticia aún ocupaba toda la portada.

Pelo Corto había mencionado que "el puente" había explotado y supuse que hablaba del Golden Gate, pero estaba equivocado. Los terroristas habían volado *el Puente de la Bahía*.

—¿Por qué diablos habrán volado el Puente de la Bahía? —dije—. El que aparece en todas las postales es el Golden Gate. —Aunque nunca hayas estado en San Francisco, es probable que sepas cómo es el Golden Gate: el gran puente colgante anaranjado que se extiende espectacularmente desde la vieja base militar llamada el Presidio hasta Sausalito, donde están todos los pueblos encantadores de la región vitivinícola, con sus tiendas de velas perfumadas y galerías de arte. Es pintoresco a más no poder y es prácticamente el símbolo del estado de California. Si vas al parque de aventuras de Disneylandia, en California, ves una réplica apenas traspasas las puertas, y un monorriel que le pasa por encima.

O sea que, naturalmente, supuse que si uno quería volar un puente en San Francisco, hacía explotar ese.

—Puede que se hayan acobardado por las cámaras y demás —dijo Jolu—. La Guardia Nacional siempre está controlando los autos en los dos extremos y hay vallas antisuicidios y esas mierdas a lo largo de todo el puente. —La gente se ha dedicado a saltar del Golden Gate desde su inauguración, en 1937; dejaron de llevar la cuenta después del milésimo suicidio, en 1995.

—Sí —dijo Vanessa—. Además, el Puente de la Bahía es el que realmente lleva a alguna parte. —El puente se extiende desde el centro de San Francisco hasta Oakland, y por lo tanto hasta Berkeley y las poblaciones de la Bahía Oriental, donde se encuentra el hogar natal de mucha gente que vive y trabaja en la ciudad. Es una de las pocas zonas del área de la Bahía donde una persona normal puede pagar una casa bastante grande para vivir con verdadera comodidad, y también están la universidad y un puñado de industrias livianas. El BART corre por debajo de la Bahía y también conecta las dos ciudades, pero el mayor tránsito pasa por el puente. El Golden Gate es un bonito puente para los turistas o los jubilados ricos que residen en la región de los viñedos, pero es primordialmente ornamental. El puente de la Bahía es… *era* el puente trabajador de San Francisco.

Lo pensé un minuto.

—Tienen razón, chicos. —dije—. Pero creo que eso no es todo. Seguimos comportándonos como si los terroristas atacaran los lugares famosos porque odian los lugares famosos. Los terroristas no odian los sitios turísticos, ni los puentes, ni los aviones. Sólo quieren romper cosas y que la gente tenga miedo. Generar terror. Por supuesto que se fijaron en el Puente de la Bahía porque han puesto todas esas cámaras en el Golden Gate… y porque ahora hay que pasar por detectores de metales

y rayos X antes de subir a un avión. —Lo pensé un poco más, contemplando con la mirada perdida a los autos que rodaban por la calle, a la gente que caminaba por las aceras, a la ciudad que me rodeaba—. Los terroristas no odian los aviones ni los puentes. Aman el terror. —Era tan obvio. No podía creer que no se me hubiese ocurrido antes. Supongo que ser tratado como un terrorista durante unos días había bastado para aclarar mis ideas.

Los otros dos me miraban fijo.

—Tengo razón ¿verdad? Toda esa mierda de los rayos X y la verificación de identidad es inútil ¿no?

Asintieron lentamente.

—Peor que inútil —dije, levantando mi voz quebrada—. Porque el resultado es que nosotros acabamos presos, y Darryl… —No había pensado en Darryl desde el momento de sentarnos y ahora el recuerdo volvía a mí: mi amigo, desaparecido. Dejé de hablar y apreté las mandíbulas.

—Tenemos que decírselo a nuestros padres —dijo Jolu.

—Deberíamos conseguir un abogado —dijo Vanessa.

Me imaginé contando mi historia. Contándole al mundo en qué me había convertido. Contándole de los videos que, sin duda, aparecerían después: yo llorando, reducido a la categoría de animal servil.

—No podemos contarles nada —dije sin pensar.

—¿Qué quieres decir? —dijo Van.

—No podemos contarles nada —repetí—. Ya oíste lo que dijo esa mujer. Si hablamos, volverán a buscarnos. Nos harán lo que le hicieron a Darryl.

—Estás bromeando —dijo Jolu—. Quieres que nosotros…

—Quiero que contraataquemos —dije—. Quiero seguir libre para poder hacerlo. Si salimos a hablar, dirán que somos

chicos, que inventamos todo. ¡Ni siquiera sabemos dónde nos tuvieron presos! Nadie nos creerá. Y después, un día, vendrán a buscarnos. Les diré a mis padres que estuve en un campamento del otro lado de la Bahía. Que fui a encontrarme con ustedes, que nos quedamos varados y que hasta hoy no pudimos salir. En el periódico decía que aún había gente tratando de llegar a su casa desde allá.

—No puedo —dijo Vanessa—. ¿Cómo se te ocurre pensar algo así después de lo que te hicieron?

—Porque me sucedió a *mí*, ese es el punto. Ahora soy yo contra ellos. Los derrotaré; encontraré a Darryl. No voy a quedarme de brazos cruzados. Pero si nuestros padres se involucran, es nuestro fin. Nadie nos creerá y a nadie le va a importar. Si lo hacemos a mi modo, sí les importará.

—¿Cuál es tu modo? —dijo Jolu—. ¿Cuál es tu plan?

—Todavía no lo sé —admití—. Denme hasta mañana por la mañana, al menos eso. —Sabía que después de guardar el secreto por un día tendrían que guardarlo para siempre. Nuestros padres se mostrarían aún más escépticos si de pronto “recordábamos” que habíamos estado encerrados en una cárcel secreta y no en un campamento de refugiados con todos los cuidados.

Van y Jolu se miraron.

—Sólo les pido una oportunidad —dije—. Mientras vamos en camino, elaboremos la historia, hagámosla creíble. Denme un día, sólo un día.

Los otros asintieron con desánimo y partimos, otra vez cuesta abajo, rumbo a nuestras casas. Yo vivía en Potrero Hill, Vanessa en North Mission y Jolu en Noe Valley, tres vecindarios tremendamente distintos, separados entre sí por una caminata de pocos minutos.

Doblamos por Market y nos quedamos helados. Había barricadas en todas las esquinas; las calles perpendiculares estaban reducidas a un solo carril y, a lo largo de toda Market, se estacionaban enormes camiones de dieciocho ruedas, sin rasgos particulares, iguales al que nos había llevado, encapuchados, desde los muelles hasta el Barrio Chino.

Todos tenían tres escalones de acero que descendían de la parte trasera y bullían de actividad: soldados, gente de traje y policías que entraban y salían. Los de traje llevaban en las solapas unos pequeños distintivos que los soldados escaneaban cada vez que entraban y salían… distintivos de autorización inalámbricos. Cuando pasamos cerca pude mirar bien y vi un logo conocido: Departamento de Seguridad Interior. El soldado advirtió que yo estaba observando y me devolvió la mirada con ojos duros, furiosos.

Entendí el mensaje y seguí caminado. Me separé del grupo en la calle Van Ness. Nos abrazamos, lloramos y prometimos llamarnos.

La caminata a Potrero Hill puede hacerse por la ruta fácil o la ruta difícil; esta última te lleva por algunas de las colinas más empinadas de la ciudad, el tipo de lugar que ves en las persecuciones de autos de las películas de acción, donde los coches saltan por el aire cuando se remontan por encima del cenit. Yo siempre escogía la ruta difícil para ir a casa. Son todas calles residenciales, con viejas casas victorianas que llaman “damas pintadas” por sus colores chillones y pintura elaborada, y con jardines delanteros llenos de flores perfumadas y césped crecido. Los gatos domésticos te miran desde los setos y prácticamente no hay gente viviendo a la intemperie.

Las calles estaban tan tranquilas que me hicieron desear haber tomado la otra ruta, cruzando el barrio de Mission, que

es… quizás la mejor palabra para describirlo sea "estridente". Ensordecedor y brillante. Montones de borrachos pendencieros, adictos al crack enojados, drogones inconscientes y también muchas familias con cochecitos de bebé, ancianas chismeando en los porches, coches de colección modificados, con enormes equipos de sonido, que andan tumpa-tumpa-tumpa por las calles. Hay bohemios anticonformistas, emos melancólicos de la escuela de arte y hasta un par de punks a la antigua, tipos viejos con camisetas de los Dead Kennedys y la barriga al aire. También transformistas, pandilleros irascibles, artistas del graffiti y sujetos desconcertados que reciclan casas y tratan de que no los maten mientras esperan que sus inversiones inmobiliarias lleguen al punto de maduración.

Subí por Goat Hill y pasé por el Goat Hill Pizza, lo que me hizo pensar en la cárcel donde me habían encerrado; tuve que sentarme en el banco ubicado frente al restaurante hasta que se me pasaran los temblores. Entonces me percaté del camión estacionado cuesta arriba, de dieciocho ruedas, sin señas particulares, con tres escalones de metal que descendían de la parte trasera. Me levanté y seguí caminando. Sentía ojos que me vigilaban de todos lados.

Apuré el paso el resto del trayecto a casa. No miré las damas pintadas ni los jardines ni los gatos domésticos. Mantuve la vista baja.

Los autos de mis dos padres estaban en el sendero de entrada, aunque era mediodía. Por supuesto. Papá trabaja en la Bahía Oriental, o sea que debía quedarse hasta que reconstruyeran el puente. Mamá, bueno… quién podía saber por qué se encontraba en casa.

Estaban allí por mí.

Antes de que terminara de abrir el cerrojo, me arrancaron la puerta de la mano y la abrieron de par en par. Ahí estaban mis padres, grises y demacrados, mirándome con ojos de insecto. Nos quedamos inmóviles por un momento, como un cuadro congelado, y luego ambos se lanzaron hacia delante y me arrastraron al interior de la casa, casi haciéndome tropezar. Hablaban tan alto y tan rápido que lo que yo escuchaba era un parloteo estruendoso, sin palabras, y me abrazaban y lloraban, y yo también me eché a llorar, y permanecimos de pie en el pequeño recibidor, llorando y pronunciando casi-palabras, hasta que se nos acabó el combustible y nos fuimos a la cocina.

Hice lo que siempre hacía cuando llegaba a casa: me serví un vaso de agua del filtro del refrigerador y saqué un par de galletas del "barril de los bizcochos" que la hermana de mamá nos había enviado de Inglaterra. La normalidad de todo esto hizo que mi corazón dejara de latir con todas sus fuerzas y se sincronizara con mi cerebro, y pronto nos sentamos todos a la mesa.

—¿Dónde has estado— dijeron los dos, más o menos al unísono.

Había pensado un poco en esto en el camino a casa.

—Quedé atrapado —dije—. En Oakland. Estaba allá con unos amigos, trabajando en un proyecto escolar, y nos pusieron a todos en cuarentena.

—¿Durante cinco días?

—Sí —dije—. Sí. Fue muy feo, la verdad. —Había leído de las cuarentenas en el *Chronicle* y cité descaradamente los testimonios que se habían publicado—. Sí. A todos los que quedamos atrapados en la nube. Creían que nos habían atacado con una especie de supervirus y nos embutieron como sardinas en unos

contenedores de los muelles. Me sentía acalorado y pegajoso. Tampoco había mucha comida.

—Dios —dijo papá, cerrando los puños sobre la mesa. Papá dicta clases en Berkeley tres veces por semana; trabaja con algunos alumnos de posgrado en el programa de ciencias de la biblioteca. El resto del tiempo trabaja de consultor para clientes de la ciudad y de la península, puntocoms de tercera generación que están haciendo distintas cosas con archivos de resguardo. Tiene modales suaves y es bibliotecario de profesión, pero en los ‘60 fue un verdadero radical y en la secundaria practicó un poco de lucha libre. Lo había visto loco de ira alguna que otra vez —yo mismo lo ponía así de vez en cuando— y cuando se transformaba en Hulk era capaz de perder seriamente el control. Una vez arrojó un columpio Ikea de un extremo al otro del jardín de mi abuelo cuando se le desarmó por quincuagésima vez mientras intentaba ensamblarlo.

—Bárbaros —dijo mamá. Vive en los EE. UU. desde la adolescencia, pero vuelve a ser británica cuando se topa con la policía, el sistema de salud, la seguridad de los aeropuertos o las personas sin techo de nuestro país. Entonces usa la palabra “bárbaros” y recupera su acento original con toda su intensidad. Hemos ido a Londres dos veces para ver a su familia y no puedo afirmar que me pareció más civilizada que San Francisco, aunque sí más hacinada.

—Pero hoy nos dejaron ir y nos trajeron en ferry. —Ahora improvisaba.

—¿Estás herido? —dijo mamá—. ¿Tienes hambre?

—¿Tienes sueño?

—Sí, un poco de todo. Igual que Mudito, Sabio, Estornudo y Tímido —Teníamos una tradición familiar, que era hacer chistes con los Siete Enanos. Los dos sonrieron un poco, pero

aún tenían los ojos húmedos. Me sentí realmente mal por ellos. Debían de haber enloquecido de preocupación. Me alegré de tener la oportunidad de cambiar de tema—. Me encantaría comer, totalmente.

—Pediré una pizza al Goat Hill —dijo papá.

—No, eso no —dije. Los dos me miraron como si me hubieran crecido antenas. Normalmente siento predilección por la pizza del Goat Hill… en otras palabras: normalmente me la como igual que los peces tropicales comen su alimento, engulléndola hasta que se acaba o hasta que reviento. Traté de sonreír—. No tengo ganas de pizza —dije sin convicción—. Pidamos curry, ¿sí? —Gracias a Dios, San Francisco es la capital de la comida para llevar.

Mamá fue hasta el cajón de los menúes a domicilio (más normalidad, que sentí como se siente un trago de agua al pasar por una garganta seca y dolorida) y los hojeó. Pasamos un par de minutos de distracción leyendo el menú del restaurante halal pakistaní de la calle Valencia. Me decidí por una parrillada tandori mixta y espinacas a la crema con queso de granja, un batido de mango salado (es mucho mejor de lo que parece) y pastelitos fritos acaramelados.

Una vez que encargamos la comida, recomenzaron las preguntas. Habían recibido noticias de las familias de Van, Jolu y Darryl (por supuesto) y todos ellos habían intentado denunciar nuestra desaparición. La policía tomaba nota de los nombres, pero había tantas “personas desplazadas” que no iban a abrir ninguna investigación a menos que continuaran perdidas después de siete días.

Mientras tanto, en la red habían aparecido millones de sitios estilo “ha visto usted a”. Un par de ellos eran viejos clones de MySpace que se habían quedado sin dinero y que ahora

experimentaban un renacimiento gracias a toda la atención que recibían. Después de todo, algunos inversores de riesgo también tenían familiares desaparecidos en el área de la Bahía. Quizás, si los recuperaban, esos sitios atraerían nuevos capitales. Los navegué con la laptop de papá. Estaban repletos de anuncios comerciales, por supuesto, y de imágenes de personas perdidas, casi todas fotos de graduación, de boda y cosas por el estilo. Bastante macabro.

Encontré mi fotografía y vi que tenía un enlace con las de Van, Jolu y Darryl. Había un pequeño formulario para marcar a la gente conforme se la encontraba y otro para agregar anotaciones sobre otros desaparecidos. Marqué mi casilla, las de Jolu y Van, y dejé en blanco la de Darryl.

—Olvidaste a Darryl —dijo papá. Darryl no le agradaba mucho; una vez descubrió que faltaban un par de centímetros en una de las botellas del armario de licores y yo, para mi eterna vergüenza, le eché la culpa a Darryl. Lo cierto, desde luego, era que había sido una estupidez de los dos: habíamos probado vodka con Coca durante una sesión de videojuegos que había durado toda la noche.

—No estaba con nosotros —dije. La mentira tuvo un sabor amargo en mi boca.

—Oh, mi Dios —dijo mamá. Unió las manos fuertemente—. Cuando llegaste a casa supusimos que estaban todos juntos.

—No —dije, y la mentira siguió creciendo—. No, se suponía que tenía que reunirse con nosotros, pero nunca nos encontramos. Puede que esté varado en Berkeley. Iba a tomar el BART.

Mamá lanzó un gemido. Papá meneó la cabeza y cerró los ojos.

—¿Sabes lo del BART? —dijo.

Negué con la cabeza. Ya veía adónde apuntaba todo esto. Sentí como si el suelo se estuviera elevando a toda velocidad.

—Explotó —dijo papá—. Los cabrones lo volaron al mismo tiempo que al puente.

Eso no estaba en la primera plana del *Chronicle* pero, claro, la explosión del BART bajo el agua no era ni remotamente tan pintoresca como las imágenes del puente convertido en jirones y fragmentos, colgando sobre la Bahía. El túnel del BART, desde el embarcadero de San Francisco hasta la estación West Oakland, se había hundido.

***

Volví a la computadora de papá y navegué por los titulares. Nadie podía asegurarlo, pero la cantidad de víctimas ascendía a miles. Entre los automóviles que habían caído al mar desde 60 metros de altura y la gente que se había ahogado en los trenes, las muertes seguían acumulándose. Un cronista afirmaba haber entrevistado a un "falsificador de identidad" que había ayudado a "decenas" de personas a dejar atrás sus antiguas vidas: después de los ataques, simplemente se habían esfumado, encargándole nuevos documentos de identidad y escapando de sus malos matrimonios, malas deudas y malas vidas.

Papá tenía verdaderas lágrimas en los ojos y mamá lloraba abiertamente. Los dos volvieron a abrazarme, palmeándome con las manos, como para cerciorarse de que yo realmente estaba allí. No paraban de decirme que me amaban. Yo también les decía que los amaba. Cenamos con los ojos llorosos y papá y mamá tomaron dos vasos de vino cada uno, mucho para ellos. Les dije que estaba empezando a darme sueño —era verdad— y

subí lentamente a mi habitación. Pero no quería irme a la cama. Necesitaba conectarme y averiguar lo que estaba sucediendo. Necesitaba hablar con Jolu y Vanessa. Necesitaba ponerme a trabajar para encontrar a Darryl.

Avancé pesadamente hasta mi cuarto y abrí la puerta. Me pareció que no veía mi vieja cama desde hacía mil años. Me recosté y estiré la mano hacia la mesa de noche para agarrar mi laptop. Seguramente, no había quedado bien enchufada —había que mover el adaptador eléctrico de la manera correcta— porque se había descargado durante mi ausencia. Volví a enchufarla y esperé que se recargara uno o dos minutos antes de intentar encenderla de nuevo. Usé ese tiempo para desvestirme, arrojar mi ropa a la basura —no quería volver a verla— y ponerme calzoncillos limpios y otra camiseta. La ropa recién lavada, sacada de mis cajones, se sentía tan familiar y cómoda como los abrazos de mis padres.

Encendí la laptop y acomodé unas almohadas detrás de mí, contra la cabecera de la cama. Me recliné, abrí la tapa de la computadora y me la puse sobre los muslos. Todavía estaba cargando y, amigo mío, los iconos que iban apareciendo en la pantalla se veían *bien*. Volví a revisar el cable de alimentación, lo moví y se salió. El enchufe hembra estaba realmente jodido.

De hecho, estaba tan mal que no podía hacer nada. Cada vez que separaba la mano del cable, dejaba de hacer contacto y la máquina comenzaba a quejarse de que no tenía batería. La revisé con más detalle.

Toda la carcasa de la computadora estaba levemente desalineada; el borde de unión se desviaba, formando una abertura angular que comenzaba angosta y se ensanchaba hacia atrás.

A veces, miras un equipo, descubres algo así y te preguntas: “¿Siempre estuvo igual?”. Tal vez sí y nunca lo habías notado.

Pero con mi laptop era imposible. Es decir, yo mismo la construí. Después de que el Consejo de Educación nos entregó los LibrosEscolares, mis padres de ninguna manera quisieron comprarme una computadora para mí, aunque, técnicamente, el LibroEscolar no me pertenecía y, en teoría, no podía instalarle ningún software ni modificarlo. Tenía algo de dinero ahorrado… trabajos ocasionales, regalos de Navidad y cumpleaños, un poco de e-Bay con buen criterio. Sumando todo, me alcanzaba para comprar una máquina totalmente de mierda, de cinco años de antigüedad.

Así que Darryl y yo construimos una. Las carcasas de laptop se pueden comprar, igual que se compran los gabinetes para PC de escritorio, aunque son más especializadas que las de PC. Ya había construido un par de PC con Darryl a lo largo de los años, buscando repuestos en el sitio Craigslist o en ventas de garaje y encargando materiales a unos proveedores taiwaneses baratísimos que encontramos en la red. Supuse que construir una laptop sería la mejor manera de tener la potencia que necesitaba a un precio que podía pagar.

Para construir una laptop, empiezas por comprarte una barebook, una máquina con muy poco hardware y todas las ranuras de expansión necesarias. Lo bueno fue que, cuando terminé, tenía una máquina medio kilo más liviana que la Dell a la que le había echado el ojo, que funcionaba más rápido y que había costado un tercio de lo que habría pagado por esa Dell. Lo malo fue que ensamblar una laptop es como construir un barco dentro de una botella. Es un trabajo fastidiosamente detallista, con pinzas y lupas, tratando de lograr que todo quepa en esa carcasa tan pequeña. A diferencia de lo que ocurre con una PC de tamaño normal, que principalmente contiene aire, cada milímetro cúbico del espacio de una laptop está ocupado. Cada vez

que pensaba que la había terminado, atornillaba todo, descubría que algo impedía el cierre completo de la tapa y tenía que volver al tablero de dibujo.

De modo que yo sabía *exactamente* cómo debía verse el borde de unión de mi laptop cuando estaba cerrada… y *no* debía verse así.

Continué moviendo el adaptador eléctrico, pero fue inútil. No iba a conseguir que se encendiera a menos que la desarmara. Rezongué y la dejé junto a la cama. Me ocuparía de ella por la mañana.

***

Teóricamente, en todo caso. Dos horas después, seguía mirando el techo, volviendo a repasar mentalmente las películas de lo que me habían hecho, de lo que yo tendría que haber hecho, puros remordimientos y *esprit d'escalier*.

Me levanté de la cama. A las 11:00 había escuchado que mis padres se acostaban y ya era más de medianoche. Agarré la laptop, despejé un espacio en mi escritorio, enganché las lámparas LED a las gafas de aumento y saqué un juego de diminutos destornilladores de precisión. Un minuto después ya había abierto la carcasa y retirado el teclado, y contemplaba fijamente las tripas de mi laptop. Tomé un aerosol de aire comprimido, soplé el polvo que había succionado el ventilador y me puse a revisar todo.

Algo no estaba bien. No podía definirlo, pero hacía meses que no le quitaba la tapa. Por suerte, la tercera vez que tuve que abrirla y luchar para volver a cerrarla, se me había ocurrido algo inteligente: tomar una foto del interior con todas las partes

colocadas en su sitio. Totalmente inteligente. Al principio, dejé esa foto guardada en el disco duro pero, como es natural, no podía verla cuando desarmaba la laptop. Entonces la imprimí y la guardé en el desordenado cajón de mis papeles, el cementerio de árboles secos donde conservaba todas las tarjetas de garantía y los diagramas de asignación de pins. Revolví todo —parecía más desordenado de lo que recordaba— y saqué la foto. La puse junto a la computadora y desenfoqué un poco los ojos, tratando de detectar lo que parecía fuera de lugar.

Y entonces lo encontré. El cable plano que conectaba el teclado con la placa lógica no estaba bien enchufado. Muy raro. En esa parte no había torque, nada que pudiera aflojarlo durante el curso de las operaciones normales. Traté de volver a ajustarlo haciendo presión y descubrí que no se trataba de que el enchufe estuviese mal colocado: había algo entre éste y la placa. Lo saqué con la pinza y lo iluminé con mis lámparas.

En mi teclado había algo nuevo. Era un pequeño bloque de hardware, de apenas un milímetro y medio de espesor, sin marcas. El teclado estaba enchufado al bloque y el bloque a la placa. En otras palabras, se encontraba perfectamente ubicado para capturar todas mis pulsaciones cuando oprimía las teclas de la máquina.

Era un espía.

El corazón me latía en los oídos. La casa estaba oscura y silenciosa, pero no era una oscuridad tranquilizadora. Afuera había ojos, ojos y oídos, que me estaban observando. Que me vigilaban. La vigilancia que debía enfrentar en la escuela me había seguido hasta casa, pero esta vez no era únicamente el Consejo de Educación el que me miraba por encima del hombro: el Departamento de Seguridad Interior le hacía compañía.

Estuve a punto que retirar el dispositivo. Pero entonces se me ocurrió que quienquiera que lo hubiera puesto allí advertiría que lo había quitado. Lo dejé instalado. Me enfermó tener que hacerlo.

Miré a mi alrededor, buscando más intromisiones. No encontré ninguna, pero… ¿acaso significaba que no las hubiera? Alguien había irrumpido en mi habitación para plantar ese dispositivo; había desarmado y vuelto a armar mi laptop. Existían muchas otras formas de intervenir una computadora. Nunca podría descubrir todas.

Reensamblé la máquina con los dedos entumecidos. Esta vez, la carcasa no quedó bien cerrada, pero el cable eléctrico permaneció en su sitio. La encendí y apoyé los dedos sobre el teclado, pensando en correr un programa de diagnóstico y ver de qué se trataba este asunto.

Pero no podía.

Diablos, tal vez había más dispositivos en la habitación. Tal vez había una cámara espiándome ahora mismo.

Antes de llegar a casa estaba paranoico. Ahora estaba casi fuera de mí. Me sentía como si estuviese de nuevo en la cárcel, en la sala de interrogatorio, acechado por entidades que me tenían completamente en su poder. Me dieron ganas de llorar.

Sólo había una cosa que hacer.

Fui al cuarto de baño, saqué el rollo de papel higiénico y puse uno nuevo. Por suerte, casi se había terminado; desenrollé el resto de papel que quedaba y revolví mi caja de repuestos hasta que encontré un sobrecito de plástico lleno de LED blancas ultrabrillantes que había extraído de un foco de bicicleta que ya no servía. Con cuidado, pasé las luces por el tubo de cartón, usando un alfiler para hacer los orificios; después, saqué un poco de cable y las conecté en serie con unos ganchillos de

metal. Retorcí los cables, los introduje en los conectores de una batería de nueve voltios y enchufé la batería. Ahora tenía un tubo bordeado de LEDs direccionales ultrabrillantes que podía colocarme delante de un ojo para mirar a través de él.

Había construido uno el año anterior, como trabajo para la feria de ciencias; cuando demostré que había cámaras ocultas en la mitad de las aulas de la secundaria Chávez, me expulsaron de la feria. Hoy en día, las videocámaras del tamaño de cabezas de alfiler cuestan menos que cenar en un buen restaurante y las instalan en todas partes. Los empleados mirones las ponen en los probadores de las tiendas o en los salones de bronceado y dan rienda suelta a su perversión con lo que filman a escondidas de los clientes; a veces, hasta lo suben a la red. Saber transformar un tubo de papel higiénico y tres dólares de materiales en un detector de cámaras es una cuestión de sentido común.

Y es la manera más sencilla de localizar cámaras espías, que tienen lentes diminutas pero que reflejan la luz como los mil demonios. Funciona mejor en una habitación en penumbras: miras por el tubo y, lentamente, recorres todas las paredes y otros sitios donde pueden haber instalado una cámara, hasta que ves el destello de un reflejo. Si el reflejo permanece en el mismo lugar aunque tú te muevas, es una lente.

En mi habitación no había cámaras; en todo caso, ninguna que pudiera detectar. Quizás había dispositivos de audio, por supuesto. O cámaras mejores. O nada en absoluto. ¿Qué culpa tenía de estar paranoico?

Yo amaba esa laptop. La llamaba la Salmagundi, que significa cualquier cosa hecha con sobrantes.

Cuando llegas al punto de ponerle nombre a tu laptop sabes que realmente has establecido una relación profunda con ella. Ahora, sin embargo, sentía que no quería volver a tocarla nunca

más. Quería arrojarla por la ventana. ¿Quién podía saber lo que le habían hecho? ¿Quién podía saber cómo la habían intervenido?

La guardé en un cajón, con la tapa cerrada, y miré al techo. Era tarde y debía irme a la cama. Pero ahora no iba a acostarme, de ninguna manera. Me espiaban. Quizás nos espiaban a todos. El mundo había cambiado para siempre.

—Encontraré la manera de atraparlos —dije. Era un juramento; lo supe cuando lo escuché, aunque nunca antes había hecho un juramento.

Después de eso, ya no pude dormir. Además, tenía una idea.

El algún lugar de mi armario había una caja envuelta en plástico al vacío que contenía una flamante Xbox Universal, aún cerrada. Todas las Xbox se han vendido por mucho menos de lo que cuestan (la mayor parte de las ganancias de Microsoft provienen de los derechos que les cobra a las empresas de juegos por vender juegos para Xbox), pero la Universal fue la primera Xbox que Microsoft decidió entregar completamente gratis.

En la última Navidad, habían aparecido en todas las esquinas unos pobres tipos disfrazados de guerreros de la saga *Halo*, regalando bolsas llenas de estas máquinas de videojuegos lo más rápido que podían. Supongo que funcionó: todos dicen que se vendieron toneladas de juegos. Naturalmente, se aplicaron contramedidas para asegurar que sólo pudieran jugarse los de las empresas que le habían comprado la licencia de fabricación a Microsoft.

Los hackers atraviesan las contramedidas. Un muchacho del MIT había crackeado la Xbox y luego escribió un best-seller sobre el tema, y entonces cayó la 360 y sucumbió la Xbox Portable, que tuvo muy corta vida (todos le decíamos “la maleta”...

¡pesaba un kilo trescientos!). Supuestamente, la Universal era totalmente a prueba de balas. Los hackers que la habían crackeado eran unos chicos de secundaria brasileros que usaban Linux y vivían en una favela, una especie de caserío okupa.

Nunca subestimes la audacia de un chico que es rico en tiempo y pobre en dinero.

Cuando los brasileros publicaron el crack, todos nos volvimos locos. Pronto aparecieron decenas de sistemas operativos alternativos para la Xbox Universal. Mi favorito era el ParanoidXbox, una variante del Paranoid Linux. El Paranoid Linux es un sistema operativo que supone que el usuario está sufriendo el hostigamiento del gobierno (la intención era que lo utilizaran los disidentes chinos y sirios) y que hace todo lo posible por mantener en secreto tus comunicaciones y documentos. Incluso emite un puñado de comunicaciones "señuelo", que supuestamente sirven para encubrir el hecho de que estás haciendo algo clandestino. O sea que, mientras tú recibes un mensaje político de a un carácter a la vez, el Paranoid Linux simula que estás navegando en la red, llenando formularios y coqueteando en las salas de chat. Entretanto, uno de cada quinientos caracteres que recibes es tu mensaje verdadero: una aguja enterrada en un inmenso pajar.

Me había copiado un DVD del ParanoidXbox apenas apareció, pero nunca me había puesto a desempacar la Xbox que guardaba en el armario ni a conseguir un televisor donde conectarla y demás. Mi habitación ya estaba bastante atestada como para permitir que un software congelamáquinas de Microsoft consumiera un valioso espacio de trabajo.

Esa noche haría el sacrificio. Tardé unos veinte minutos en tenerla encendida y funcionando. El mayor problema era que no tenía televisor, pero finalmente recordé que tenía un

pequeño proyector LCD con conectores RCA estándar para TV en la parte trasera. Lo conecté a la Xbox, lo apunté a mi puerta e instalé el Paranoid Linux.

Ahora era yo el que estaba encendido y funcionando, mientras el Paranoid Linux buscaba otras Xbox Universal con las que hablar. Todas las Xbox Universal vienen con conexión inalámbrica incorporada para los juegos multijugador. Puedes conectarte con el enlace inalámbrico de tus vecinos y a la Internet, si es que tienes servicio inalámbrico en tu casa. Encontré tres grupos diferentes de vecinos dentro del rango de alcance. Dos de ellos también tenían sus Xbox Universal conectadas a la red. El ParanoidXbox adoraba esa configuración: podía engancharse en las conexiones de algunos de mis vecinos y usarlas para acceder a la red de juegos en línea. Los vecinos nunca echarían de menos esos paquetes: pagaban servicios de Internet de tarifa plana y no estaban precisamente navegando mucho, siendo las 2:00 de la madrugada.

Lo mejor fue cómo me *sentí* con todo esto: tenía el control. Mi tecnología trabajaba para mí, me servía, me protegía. No me espiaba. Por eso amaba la tecnología: si la usabas bien, te otorgaba poder y privacidad.

Ahora mi cerebro estaba verdaderamente en marcha, corriendo a cien por hora. Había muchas razones para usar el ParanoidXbox; la mejor era que cualquiera podía escribir juegos para ese sistema operativo. Ya había un puerto de MAME, el Emulador Múltiple de Máquinas de Arcade, de modo que podías jugar prácticamente cualquier juego que alguna vez se hubiera escrito, desde el *Pong* en adelante… juegos para la Apple][+ y juegos para Colecovision, juegos para NES y Dreamcast, y así sucesivamente.

Todavía mejores eran los geniales juegos multijugador diseñados específicamente para el ParanoidXbox: juegos de aficionados, totalmente gratuitos, que cualquiera podía usar. Cuando combinabas todo, obtenías una consola gratuita llena de juegos gratuitos que además te daba acceso gratuito a la Internet.

Y la mejor parte (para mí): el ParanoidXbox *era* paranoico. Cada bit que lanzaba al aire se codificaba casi por completo. Podían espiarte todo lo que quisieran, pero jamás descubrirían de qué estabas hablando ni con quién hablabas. Internet, correo y mensajería instantánea, todos anónimos. Justo lo que necesitaba.

Lo único que debía hacer era convencer a todos los que conocía para que también lo usaran.

Capítulo 6

Créase o no, al día siguiente mis padres me hicieron ir a la escuela. Había logrado caer en un sueño afiebrado a las 3:00 de la madrugada, pero a las 7:00 del otro día mi papá estaba de pie junto a mi cama, amenazándome con sacarme de allí de los tobillos. Me las ingenié para levantarme —algo había muerto en mi boca mientras mis párpados estaban cerrados— y entrar en la ducha.

Dejé que mi madre me forzara a ingerir un trozo de tostada y una banana, deseando fervientemente que mis padres me permitiesen tomar café en casa. Podía beberme uno camino a la escuela, pero verlos sorber ese oro negro mientras yo deambulaba lentamente por la casa, me vestía y ponía los libros en la mochila fue horrible.

Había caminado mil veces hasta la escuela, pero ese día fue diferente. Subí y bajé las cuestas para llegar a Mission y en todas partes había camiones. Vi cámaras y sensores nuevos instalados en muchas de las señales de tránsito. Alguien había acumulado muchísimo equipo de vigilancia, esperando instalarlo cuando se diera la primera oportunidad. El ataque al Puente de la Bahía era exactamente lo que necesitaban.

Todo aquello hacía que la ciudad pareciese más avasallada; era como estar en un ascensor, incómodo por el cercano escrutinio de tus vecinos y de las ubicuas cámaras.

La cafetería turca de la Calle 24 solucionó mi problema con un vaso de café turco para llevar. Básicamente, el café turco es lodo que simula ser café. Es tan espeso que podrías plantarle una cuchara de punta y tiene más cafeína que las bebidas energizantes estilo Red Bull. Créele a alguien que lo ha leído en la Wikipedia: así se forjó el Imperio Otomano… con jinetes enardecidos que usaban el letal café-lodo negro azabache como combustible.

Saqué la tarjeta de débito para pagar y el turco hizo una mueca.

—No hay más débito —dijo.

—¿Eh? ¿Por qué no? —Le había pagado mi hábito cafeínico con la tarjeta durante años. El turco me regañaba todo el tiempo, diciéndome que era muy joven para beber ese líquido, y hasta se negaba a vendérmelo durante las horas de escuela, convencido de que me había escapado de clase. Pero, a lo largo los años, había surgido una especie de tosca comprensión mutua entre el turco y yo.

Sacudió la cabeza tristemente.

—No lo entenderías. Vete a la escuela, muchacho.

No hay una forma más segura de inspirarme el deseo de entender algo que decirme que no lo entenderé. Lo escruté, exigiéndole que me lo dijera. Pareció que iba a echarme fuera, pero cuando le pregunté si pensaba que yo no valía lo suficiente como para comprar allí, se abrió.

—La seguridad —dijo, recorriendo con la mirada la pequeña tienda, los toneles de alubias y semillas secas, las estanterías con alimentos turcos—. El gobierno. Ahora monitorean todo;

salió en los periódicos. Ley Patriótica II… el Congreso la aprobó ayer. Ahora pueden controlar todas las veces que usas la tarjeta. Yo me niego. Yo digo que mi tienda no va a ayudarlos a espiar a mis clientes.

Se me cayó la mandíbula.

—Tal vez piensas que no es gran cosa. ¿Qué problema hay si el gobierno se entera de cuándo compras café? Que es una forma de saber dónde estás, dónde has estado. ¿Por qué crees que me fui de Turquía? Cuando el gobierno siempre está espiando al pueblo, no es bueno. Me mudé aquí hace veinte años, buscando libertad… no los ayudaré a robarme la libertad.

—Va a perder muchas ventas —le espeté. Quería decirle que era un héroe y estrecharle la mano, pero fue eso lo que me salió—. Todo el mundo usa tarjeta de débito.

—Quizá ya no tanto. Quizá mis clientes vienen aquí porque saben que yo también amo la libertad. Estoy haciendo un letrero para la ventana. Puede que otras tiendas hagan lo mismo. Me han dicho que la ACLU (Unión Americana por las Libertades Civiles) los demandará por esto.

—De ahora en más, sólo le compraré a usted —le dije. Muy en serio. Metí la mano en el bolsillo—. Eh… pero ahora no tengo efectivo.

Arrugó los labios y asintió.

—Mucha gente me dijo lo mismo. Está bien. Dona el dinero de hoy a la ACLU.

En dos minutos, el turco y yo habíamos intercambiado más palabras que en todo el tiempo que yo había frecuentado su tienda. No tenía idea de que él albergaba esas pasiones. Sólo pensaba en él como en mi simpático traficante de cafeína del barrio. Ahora sí le estreché la mano y, cuando salí de la tienda,

sentí que los dos nos habíamos unido al mismo equipo. A un equipo secreto.

***

Había perdido dos días de escuela, pero al parecer no había perdido muchas clases. La habían cerrado durante uno de esos días, mientras la ciudad se esforzaba por recuperarse. El día siguiente lo habían dedicado, aparentemente, a llorar a los que ya no estaban y se presumía que habían muerto. Los periódicos publicaban biografías de los desaparecidos, textos conmemorativos personales. La red estaba llena de obituarios cápsula, miles de ellos.

Lo embarazoso fue que yo figuraba entre ellos. Sin saberlo, puse un pie en el patio de la escuela y pronto se oyó un grito; un momento después, estaba rodeado de cien personas que me palmeaban la espalda, me estrechaban la mano. Un par de chicas que ni siquiera conocía me besaron, y fueron besos más que amistosos. Me sentía una estrella de rock.

Mis profesores se autocontrolaron apenas un poco. La Sra. Gálvez lloró tanto como mi madre y me abrazó tres veces antes de dejarme sentar en mi pupitre. Había algo nuevo en el frente del aula. Una cámara. La Sra. Galvez advirtió que la estaba mirando y me entregó la manchada fotocopia de una solicitud de autorizacióncon membrete de la escuela.

El Consejo del Distrito Escolar Unificado de San Francisco había celebrado una sesión de emergencia durante el fin de semana; por votación unánime, habían decidido solicitar el permiso de los padres de todos los chicos de la ciudad para colocar cámaras de televisión de circuito cerrado en todas las aulas y

corredores. La ley decía que no podían obligarnos a asistir a la escuela si había cámaras en todos lados, pero no que no podíamos renunciar *voluntariamente* a nuestros derechos constitucionales. La carta decía que el Consejo estaba seguro de obtener el consentimiento de todos los padres de la ciudad, pero que se implementarían medidas para darles clase, en aulas separadas y "desprotegidas", a los alumnos cuyos padres presentaran objeciones

¿Por qué ahora teníamos cámaras en las aulas? Por los terroristas. Por supuesto. Porque, al volar un puente, los terroristas habían dado a entender que la próxima vez le tocaba el turno de las escuelas. En todo caso, esa era la conclusión a la que había llegado el Consejo.

Leí la carta tres veces y levanté la mano.

—¿Sí, Marcus?

—Sra. Gálvez, es sobre esta nota…

—Sí, Marcus.

—¿Acaso el objetivo del terrorismo no es asustarnos? Por eso se llama *terrorismo* ¿no?

—Supongo que sí. —Toda la clase me miraba. Yo no era el mejor estudiante de la escuela, pero me gustaban los buenos debates en clase. Estaban esperando escuchar lo que iba a decir a continuación.

—¿Y no estamos haciendo lo que los terroristas quieren? ¿No ganan ellos si demostramos miedo y ponemos cámaras en las aulas y todo eso?

Se oyeron unas risas nerviosas. Otro levantó la mano. Era Charles. La Sra. Gálvez le indicó que hablara.

—Poner cámaras nos mantiene a salvo y nos hace sentir menos asustados.

—¿A salvo de qué? —dije, sin esperar el permiso para hablar.

—Del terrorismo —dijo Charles. Los demás asentían.

—¿De qué manera? Si un terrorista suicida entrara corriendo aquí y nos hiciera explotar a todos…

—Sra. Gálvez, Marcus está violando la política de la escuela. Se supone que no debemos hacer chistes sobre ataques terroristas…

—¿Quién está haciendo un chiste?

—Gracias a los dos —dijo la Sra. Gálvez. Tenía una expresión de verdadera desdicha. Me sentí un poco mal por haberme apropiado de su clase—. Creo que este debate es realmente interesante, pero me gustaría dejarlo en suspenso para una futura clase. Creo que estos temas son muy emotivos para que los discutamos hoy. Ahora, volvamos a las sufragistas ¿quieren?

De modo que pasamos el resto de la hora hablando de las sufragistas y de las nuevas estrategias de presión que inventaron para lograr que cuatro mujeres se metieran en las oficinas de todos y cada uno de los bichos del Congreso, con el fin de hacerles saber lo que ocurriría con sus respectivos futuros políticos si continuaban negándoles el voto a las mujeres. Normalmente, era la clase de tema que me gustaba en serio: gente pequeña obligando a los grandes y poderosos a ser honestos. Pero hoy no podía concentrarme. Tal vez era por la ausencia de Darryl. A los dos nos gustaban los Estudios Sociales… habríamos sacado los LibrosEscolares segundos después de de habernos sentado, para iniciar una sesión de IM usando un canal oculto y charlar sobre la lección.

Había copiado veinte discos del ParanoidXbox la noche anterior y los tenía todos en la mochila. Se los entregué a la gente que yo sabía que se dedicaba mucho a los juegos. Todos habían recibido una o dos Xbox Universal el año anterior, pero la mayoría había dejado de usarlas. Los juegos eran muy caros y no

muy divertidos. Los llevé aparte entre clase y clase, en el almuerzo y en la sala de estudio, y canté alabanzas al cielo por los juegos para ParanoidXbox. Gratuitos y divertidos… juegos sociales adictivos, con montones de personas geniales que los jugaban en todo el mundo.

Regalar una cosa para venderte otra es lo que llaman “negocio hoja de afeitar”. Las empresas como Gillette te dan afeitadoras gratis y después te matan cobrándote una fortuna por las hojas de afeitar. Los cartuchos de impresora son lo peor: la champaña más cara del mundo es barata comparada con la tinta de inyección, que cuesta centavos cuando la compras al por mayor.

Los negocios hojas de afeitar dependen de que tú no puedas conseguir las “hojas” en otro lado. Después de todo, si Gillette gana nueve dólares de los diez que cuesta cada hoja de repuesto, ¿por qué no fundar una empresa competidora que sólo gane cuatro dólares vendiendo una hoja idéntica? Un margen de ganancia del 80% es el tipo de cosa que hace que el empresario promedio comience a babear y abra los ojos como platos.

Por lo tanto, las empresas hojas de afeitar, como Microsoft, invierten un enorme esfuerzo en lograr que sea ilegal y/o muy difícil competir con ellas en la fabricación de hojas de afeitar. En el caso de Microsoft, ha incluido contramedidas en todas las Xbox, con el fin de impedir que utilices el software lanzado por los fabricantes que no le han pagado a Microsoft su dinero sucio para tener derecho a vender programas para Xbox.

Las personas con las que hablé no le dieron mucha importancia a este tema. Se animaron cuando les conté que los juegos no estaban vigilados. En estos días, cualquier juego en línea está repleto de indeseables de toda índole. Primero, los pervertidos que intentan convencerte de que vayas en persona a un sitio

remoto, donde pueden hacerte cosas raras y actuar como recién salidos de *El silencio de los inocentes*. Después, los policías que simulan ser chicos apetecibles para poder arrestar a los pervertidos. Sin embargo, lo peor de todo son los supervisores que se pasan el tiempo espiando nuestros diálogos y delatándonos si violamos las Condiciones de Servicio, que dicen: nada de coqueteos, nada de malas palabras y nada de "lenguaje explícito o solapado que se refiera de manera insultante a cualquier aspecto de la orientación sexual o la sexualidad".

No estoy excitado las 24 horas del día, pero soy un chico de diecisiete años. De vez en cuando, el sexo aparece en la conversación. Pero que Dios te ayude si aparece en el chat de un juego. Un verdadero mata-charlas. Nadie vigilaba los juegos de ParanoidXbox, porque no los manejaba una empresa: eran juegos escritos por los hackers porque se les dio la gana.

De modo que los adictos a los juegos adoraron esa historia. Aceptaron los discos ávidamente y prometieron hacer copias para todos sus amigos… al fin y al cabo, los juegos son más divertidos cuando los compartes con amigos.

Cuando llegué a casa, leí que un grupo de padres había presentado una demanda contra el Consejo Escolar por las cámaras de vigilancia en las aulas, pero que ya habían perdido la moción para conseguir una orden restrictiva contra ellas.

***

No sé a quién se le ocurrió el nombre Xnet, pero era pegadizo. La gente hablaba de la "red X" en el autobús. Van me llamó para preguntarme si sabía del tema y casi me quedo sin aire cuando deduje de qué me hablaba: los discos que yo había

comenzado a distribuir la semana anterior habían sido copiados y entregados de mano en mano y, en el lapso esa semana, habían llegado hasta Oakland. Me daban ganas de mirar por encima del hombro… como si hubiera violado una regla y ahora el DSI estuviese por venir para hacerme desaparecer del todo.

Habían sido semanas difíciles. El BART ya había desechado completamente el pago de boletos en efectivo, cambiando a tarjetas RFID "sin contacto" que había que mover delante de los molinetes para pasar. Eran buenas y convenientes, pero cada vez que usaba una pensaba que me estaban rastreando. Alguien de la Xnet publicó un enlace a un informe de una tal Electronic Frontier Foundation (Fundación Frontera Electrónica), que hablaba de la forma en que se podían utilizar esas tarjetas para rastrear a las personas e incluía breves relatos sobre pequeños grupos de gente que habían protestado en las estaciones del BART.

Ahora yo usaba la Xnet para casi todo. Había creado una dirección de correo alternativa a través de Pirate Party, un partido político sueco que odiaba la vigilancia en Internet y prometía conservar las cuentas de correo en secreto para todo el mundo, incluida la policía. Yo ingresaba estrictamente por la Xnet, saltando de la conexión de Internet de un vecino a la de otro, manteniendo el anonimato —eso esperaba— a lo largo de todo el trayecto hasta Suecia. Ya no usaba w1n5t0n. Si Benson podía adivinarlo, cualquiera podía. Mi nuevo nombre, que surgió de improviso, era M1k3y. Recibía *muchos* correos de gente que, en los chats y los foros, se había enterado de que yo podía ayudarlos a resolver problemas de configuración y conexión de la Xnet.

Echaba de menos el *Loca Diversión en Harajuku*. La empresa había suspendido el juego por tiempo indeterminado.

Dijeron que por “razones de seguridad” pensaban que no era buena idea ocultar cosas para que la gente saliera a buscarlas. ¿Y si alguien pensaba que era una bomba? ¿Y si alguien ponía una bomba en ese mismo lugar?

¿Y si me fulmina un rayo mientras ando con paraguas? ¡Prohíban los paraguas! ¡Luchen contra la amenaza de los rayos!

Seguí usando mi laptop, aunque sentía que se me erizaba la piel cuando lo hacía. Si no la usaba, quienes la habían intervenido se preguntarían por qué. Se me ocurrió navegar al azar todos los días, un poco menos cada día, para que cualquiera que me estuviera vigilando percibiera que cambiaba mis hábitos lentamente, no dando marcha atrás en forma repentina. Más que nada, leía aquellos lúgubres obituarios, los de los miles de amigos y vecinos que habían muerto en el fondo de la Bahía.

A decir verdad, hacía cada vez menos tarea con el correr de los días. Estaba ocupado en otras cosas. Copiaba pilas de CD del ParanoidXbox diariamente, cincuenta o sesenta, y recorría toda la ciudad para dárselos a gente que, según iba enterándome, también estaba dispuesta a grabar sesenta copias y repartirlas entre los amigos.

No me preocupaba demasiado que me atraparan haciendo esto, porque la buena cripto estaba de mi lado. Cripto es criptografía, o “escritura secreta”, y existe desde los tiempos de Roma (literalmente: Augusto César era un gran aficionado a ella y le gustaba inventar sus propios cifrados; algunos de ellos siguen usándose hoy en día para codificar los remates de los chistes en el correo electrónico).

La cripto es matemática. Matemáticas difíciles. No intentaré explicarlo en detalle porque tampoco sé tantas matemáticas como para entenderlo. Busca en la Wikipedia si de verdad te interesa.

Pero esta es la versión que figura en CliffsNotes (el sitio web norteamericano que publica guías de estudio para estudiantes secundarios): algunos tipos de funciones matemáticas son terriblemente fáciles de resolver en una dirección y tremendamente difíciles de resolver en la dirección opuesta. Es fácil multiplicar dos números primos grandes y obtener un número gigantesco. Es dificilísimo tomar cualquier número gigantesco y deducir qué multiplicación de dos primos da como resultado ese número.

Eso implica que si descubres una forma de codificar algo basándote en multiplicaciones de números primos grandes, decodificarlo sin conocer esos números primos te va a resultar difícil. Horrorosamente difícil. O sea... no podrían hacerlo ni todas las computadoras que se hayan inventado, trabajando juntas las veinticuatro horas, los siete días de la semana, durante tres mil millones de años.

Cualquier mensaje criptográfico se compone de cuatro partes: el mensaje original, llamado "texto común"; el mensaje codificado, llamado "texto cifrado"; el sistema de codificación, llamado "cifrado"; y, finalmente, la clave, el material secreto que introduces en el cifrado, junto con el texto común, para generar el texto cifrado.

Antes, la gente dedicada a la cripto trataba de mantener todo esto en secreto. Todas las agencias y gobiernos tenían sus propios cifrados *y además* sus propias claves. Ni los nazis ni los aliados querían que los otros supieran cómo codificaban los mensajes, y menos aún que conocieran las claves que empleaban para decodificarlos. Parece buena idea ¿no?

Equivocado.

La primera vez que alguien me habló del asunto del factoreo con números primos, inmediatamente dije: "De ningún modo,

son patrañas. O sea, *seguro* que es difícil factorear primos, lo que quieras. Pero antes también era imposible volar, ir a la Luna o tener un disco duro con más de unos pocos kilobytes de capacidad de almacenamiento. Alguien *tiene* que haber inventado una forma de decodificar los mensajes". Me imaginaba una montaña hueca, llena de matemáticos de la Agencia de Seguridad Nacional leyendo todos los correos electrónicos del mundo y riéndose por lo bajo.

De hecho, es bastante parecido a lo que ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial. Es por esa razón que la vida no se parece demasiado al *Castle Wolfenstein*, donde pasé muchos días cazando nazis.

El tema es que los cifrados son difíciles de mantener en secreto. Los matemáticos deben guardar el secreto y, si se los utiliza ampliamente, todas las personas que los usan también deben mantenerlos en secreto; si alguno se cambia de bando hay que inventar un cifrado nuevo.

El cifrado nazi se llamaba Enigma. Usaban una pequeña computadora mecánica que se llamaba Máquina Enigma para codificar y decodificar los mensajes. Todos los submarinos, barcos y destacamentos debían tener una, de modo que era inevitable que, tarde o temprano, alguna cayera en manos de los Aliados.

Cuando sucedió, la crackearon. La tarea fue encabezada por mi héroe personal de todos los tiempos, un sujeto llamado Alan Turing, que prácticamente inventó la computadora como la conocemos hoy en día. Por desgracia para él, era gay: cuando terminó la guerra, el estúpido gobierno británico lo obligó a inyectarse hormonas para "curar" su homosexualidad y acabó por suicidarse. Darryl me regaló una biografía de Turing cuando cumplí 14 años —envuelta en veinte capas de papel y dentro de

un batimóvil de juguete reciclado— y desde entonces soy adicto a Turing.

Los Aliados, decía, tenían la Máquina Enigma y podían interceptar montones de radiomensajes nazis, cosa que no servía de mucho, dado que cada capitán tenía su propia clave secreta. Como los aliados no disponían de las claves, la máquina no los ayudaba en nada.

Ahora veremos por qué el secreto perjudica a la cripto. El código Enigma estaba fallado. Una vez que Turing lo estudió en profundidad, dedujo que los criptógrafos nazis habían cometido un error matemático. Cuando pudo echar mano de una Máquina Enigma, logró descubrir cómo crackear *cualquier* mensaje nazi, sin importar la clave que usara.

Eso les costó la guerra a los nazis. Es decir, no me malinterpretes. En buena hora. Créele a un veterano del *Castle Wolfenstein*. No te gustaría que los nazis gobernaran tu país.

Después de la guerra, los criptógrafos pasaron mucho tiempo reflexionando en el asunto. El problema consistía en que Turing era más inteligente que el desarrollador del Enigma. Cada vez que creabas un cifrado, eras vulnerable a que otro más inteligente que tú ideara una manera de decodificarlo.

Y cuanto más reflexionaban en ello, más se daban cuenta de que *cualquier persona* puede crear un sistema de seguridad que ella misma no es capaz de crackear. Pero que *nadie* puede adivinar lo que es capaz de hacer alguien más inteligente que uno.

Para comprobar que un cifrado funciona, tienes que publicarlo. Tienes que decirle cómo funciona *a la mayor cantidad de gente posible*, para que puedan atacarlo con todo lo que tienen, poniendo a prueba su seguridad. Cuanto más tiempo pasa sin que nadie encuentre un error, más seguro estás.

Y eso es lo que sucede actualmente. Si quieres resguardarte, no uses criptografía inventada por algún genio la semana pasada. Usa la que se haya aplicado el mayor tiempo posible sin que nadie haya podido deducir cómo crackearla. Ya seas un banco, un terrorista, un gobierno o un adolescente, usa los mismos cifrados que todos los demás.

Si tratas de usar uno propio, existe la posibilidad de que alguien encuentre una falla que se te pasó por alto y te meta un Turing por el culo, descifrando todos tus mensajes "ocultos" y riéndose de tus chismes tontos, tus transacciones financieras y tus secretos militares.

Por lo tanto, yo sabía que la cripto me protegería de los entrometidos... pero no estaba preparado para lidiar con los histogramas.

***

Bajé del BART y moví la tarjeta delante del molinete; me dirigía a la estación de la Calle 24. Como de costumbre, había un montón de gente rara pasando el rato en la estación: borrachos, fanáticos de Jesús, mexicanos intensos con la vista clavada en el suelo y un puñado de jóvenes pandilleros. Pasé junto a ellos mirando al frente, llegué a las escaleras y subí trotando a la superficie. Ahora mi mochila estaba vacía, ya no abultada por los discos de ParanoidXbox que había estado distribuyendo. Sentía los hombros livianos y el paso ligero mientras subía hacia la calle. Los predicadores seguían trabajando, exhortando a la gente en castellano e inglés sobre Jesús y esas cosas.

Los vendedores de gafas de sol espurias habían desaparecido, reemplazados por unos tipos que vendían perros robot que

ladraban el himno nacional y levantaba la pata si les mostrabas una foto de Osama bin Laden. Probablemente había buen material en sus cerebritos; tomé nota mental de comprarme un par para desarmarlos. El reconocimiento de rostros era bastante novedoso en los juguetes. Hacía poco que había dado el gran salto: de los militares a los casinos que querían detectar tramposos y a las fuerzas de la ley.

Comencé a caminar por la Calle 24 hacia Potrero Hill y mi casa, balanceando los hombros, oliendo el aroma de los burritos que emanaba de los restaurantes y pensando en la cena.

No sé por qué se me ocurrió mirar hacia atrás por encima del hombro, pero lo hice. Tal vez por una de esas cosas del sexto sentido subconsciente. Sabía que me estaban siguiendo.

Había dos sujetos blancos, fornidos, con unos bigotitos que me hicieron pensar que eran policías, o bien ciclistas gay como los que siempre recorrían la calle Castro de arriba abajo, aunque los gay generalmente tenían mejores cortes de pelo. Estos dos vestían cazadoras del color del cemento viejo y jeans, con la cintura escondida. Pensé en todas las cosas que un policía podía llevar en la cintura, en el cinturón utilitario que usaba el tipo del DSI del camión. Ambos tenían auriculares Bluetooth.

Seguí andando; el corazón se me salía del pecho. Lo esperaba desde el comienzo. Estaba esperando el DSI se percatara de lo que estaba haciendo. Tomaba todas las precauciones, pero Pelo Corto me había dicho que estaría vigilándome. Me había dicho que estaba marcado. Me di cuenta de que estaba esperando que me secuestraran y me llevaran de vuelta a la cárcel. ¿Por qué no? ¿Por qué Darryl tenía que estar preso y yo no? ¿Por qué iba yo a gozar de una ventaja? Ni siquiera tenía el coraje de

contarles a mis padres, o a los de Darryl, lo que verdaderamente nos había sucedido.

Apuré el paso y repasé mentalmente mi inventario. No tenía nada incriminatorio en la mochila. No demasiado incriminatorio, en todo caso. Mi LibroEscolar estaba funcionando con el crack que me permitía enviar mensajes instantáneos y esas cosas, pero la mitad de la escuela lo usaba. Había cambiado el modo de encriptar el material de mi teléfono; ahora sí tenía una partición mentirosa que podía convertir a texto normal con una contraseña, pero todo lo bueno estaba oculto y se necesitaba otra contraseña para abrirlo. La sección oculta se veía como basura aleatoria —cuando encriptas datos, se vuelven indistinguibles del ruido azaroso— y ni siquiera se darían cuenta de que existía.

No tenía discos en la mochila. Mi laptop estaba libre de evidencia incriminatoria. Por supuesto, si se les ocurría examinar bien mi Xbox, era *game over*. Por así decirlo.

Me detuve donde estaba. Había hecho lo máximo que podía para cubrirme las espaldas. Era hora de enfrentar mi destino. Entré en el puesto de burritos más cercano y pedí uno con carnitas —cerdo triturado— y porción extra de salsa. Ya que iba a caer, que fuera con el estómago lleno. También me compré un vaso grande de horchata, una bebida de arroz helada que es como un budín de arroz acuoso y semidulce (es mejor de lo que parece).

Me senté a comer y me invadió una calma profunda. Estaba a punto de ir a prisión por mis "crímenes", o no. Desde el secuestro, mi libertad no había sido más que una vacación transitoria. Mi país ya no era mi amigo: ahora estábamos en bandos distintos y yo sabía que nunca podría ganar.

Los tipos entraron al restaurante cuando estaba terminando el burrito y a punto de pedir unos churros —masa frita con azúcar y canela— de postre. Supongo que estaban esperando afuera y se cansaron de mi tardanza.

Se ubicaron detrás de mí, encerrándome contra el mostrador. Tomé el churro que me entregaba la encantadora abuela y le pagué; antes de volverme, comí un par de bocados rápidos. Al menos quería probar un poco de mi postre. Podía ser el último postre que comería en muchísimo tiempo.

Después me di vuelta. Los dos estaban tan cerca que vi el grano que tenía en la mejilla el de la izquierda y el pequeño moco que tenía el otro dentro de la nariz.

—Disculpen —dije, tratando de empujarlos para pasar. El del moco se desplazó para bloquearme el paso.

—Señor —dijo—, ¿puede acompañarnos? —Hizo un gesto hacia la puerta del restaurante.

—Perdón, estoy comiendo —le dije, y volví a avanzar. Esta vez, me puso la mano en el pecho. El tipo respiraba rápidamente por la nariz y hacía flamear el moco. Creo que yo también respiraba con agitación, pero era difícil escucharme por cómo me golpeaba el corazón.

El otro hombre bajó una solapa de la cazadora, revelando una insignia del SFPD.

—Policía —dijo—. Por favor, venga con nosotros.

—Déjenme buscar mis cosas —dije yo.

—Nosotros nos ocupamos —dijo. El del moco dio un paso para acercarse más a mí y apoyó un pie contra la parte interna del mío. En algunas artes marciales también se hace eso. Te permite sentir si el otro desplaza su peso, si se prepara para moverse.

Pero yo no iba a salir corriendo. Sabía que no podía ganarle la carrera al destino.

Capítulo 7

Me llevaron fuera y a la vuelta de la esquina, donde esperaba un auto de la policía sin identificación. Sin embargo, a nadie del vecindario le habría costado mucho deducir que era un coche policial. Ahora que el combustible se había disparado a dos dólares el litro, solamente la policía andaba en esos enormes Crown Victoria. Más aún, solamente un auto de la policía podía estacionarse en doble fila en el medio de Van Ness sin ser remolcado por los cardúmenes de conductores de grúa con alma de predador que circulaban sin parar, dispuestos a hacer cumplir las incomprensibles normas de estacionamiento de San Francisco y cobrar el botín por secuestrar tu coche.

Moco se sonó la nariz. Yo estaba en el asiento trasero, igual que él. Su compañero estaba sentado delante, tecleando con un solo dedo en una laptop antigua y rústica, cuya apariencia sugería que su dueño original había sido Pedro Picapiedra. Moco volvió a examinar mi carné de identidad.

—Sólo queremos hacerte unas preguntas de rutina.

—¿Puedo ver sus placas? —dije. Claramente, estos sujetos eran policías, pero no les venía mal enterarse de que yo estaba al tanto de mis derechos.

Moco me mostró la placa demasiado rápido para poder mirarla bien, pero Grano, el del asiento delantero, me dejó echarle un largo vistazo. Vi el número de la división policial y memoricé los cuatro dígitos de la placa. Fue fácil: 1337 también es la forma en que los hackers escriben "leet", que significa "elite". Los dos se comportaban con mucha cortesía y ninguno intentaba intimidarme como lo había hecho el DSI cuando me encontraba bajo su custodia.

—¿Estoy bajo arresto?

—Estás detenido momentáneamente para que podamos garantizar tu seguridad y la seguridad pública en general —dijo Moco.

Le pasó mi carné de conductor a Grano, que lo escribió lentamente en la computadora. Vi que cometía un error de tipeo y estuve a punto de corregirlo, pero se me ocurrió que era mejor cerrar la boca.

—¿Hay algo que quieras decirnos, Marcus? ¿Te dicen Marc?

—Marcus está bien —dije. Moco parecía buen tipo. Salvo por el hecho de haberme raptado y metido en su auto, claro.

—Marcus. ¿Algo que quieras decirme?

—¿Como qué? ¿Estoy arrestado?

—Ahora no estás arrestado —dijo Moco—. ¿Te gustaría estarlo?

—No —dije.

—Bien. Te hemos observado desde que saliste del BART. Tu tarjeta Fast Pass dice que has estado viajando a muchos sitios extraños en muchos horarios raros.

Sentí que se me aflojaba el pecho. Entonces no se trataba en absoluto de la Xnet, en realidad no. Habían estudiado mi utilización del metro y querían saber por qué había sido tan insólito últimamente. Qué estupidez total.

—¿O sea que ustedes siguen a todos los que tienen un historial de viajes raro cuando salen de la estación del BART? Deben de estar muy ocupados.

—A todos no, Marcus. Nos alertan cuando aparece cualquiera con un perfil de viajes fuera de lo común y eso nos ayuda a evaluar si queremos investigarlo o no. En tu caso, nos acercamos porque queríamos saber por qué un chico que parece inteligente, como tú, tenía un perfil de viajes tan extraño.

Ahora que sabía que no estaba a punto de ir a la cárcel, me estaba enfureciendo. Estos sujetos no tenían por qué espiarme… ni el BART tenía por qué *ayudarlos a espiarme*, por Dios. ¿Quién diablos autorizaba a mi pase del metro a delatarme por tener un "perfil de viajes no estándar"?

—Creo que me gustaría que me arresten ahora mismo —dije.

Moco se reclinó en el asiento y me miró con una ceja levantada.

—¿En serio? ¿Acusado de qué?

—Ah… ¿o sea que no es delito viajar en un transporte público de manera no estándar?

Grano cerró los ojos y se los frotó con los pulgares.

Moco lanzó un suspiro de agotamiento.

—Mira, Marcus, estamos de tu lado. Usamos este sistema para agarrar a los malos. Para atrapar a los terroristas y traficantes de droga. Tal vez tú mismo eres traficante. El FastPass es una buena forma de moverse por toda la ciudad. Anónimamente.

—¿Qué hay de malo en el anonimato? Fue bueno para Thomas Jefferson. Y a propósito… ¿estoy bajo arresto?

—Llevémoslo a su casa —dijo Grano—. Podemos hablar con sus padres.

—Pienso que es una idea genial —dije—. Seguro que mis padres estarán ansiosos por saber en qué se gasta el dinero de sus impuestos…

Fui demasiado lejos. Moco estaba estirando la mano hacia el picaporte, pero ahora giró como un remolino hacia mí, convertido en un Hulk de venas pulsantes.

—¿Por qué no te callas ahora mismo, mientras aún tienes la opción? Después de todo lo que ha pasado en las últimas dos semanas, no te vas a morir por cooperar con nosotros. ¿Sabes qué? Tal vez *sí* deberíamos arrestarte. Puedes pasar uno o dos días en la cárcel hasta que tu abogado te encuentre. En ese lapso pueden suceder muchas cosas. *Muchas*. ¿Qué te parece?

No dije nada. Antes estaba aturdido y enojado. Ahora, tenía tanto miedo que no podía pensar.

—Perdón —logré decir, odiándome otra vez por hacerlo.

Moco pasó al asiento delantero y Grano arrancó el auto; fuimos a Potrero Hill por la Calle 24. Sacaron la dirección de mi tarjeta de identidad.

Mamá abrió la puerta después de que tocaron el timbre, sin quitar la cadena. Espió por la rendija, me vio y dijo:

—¿Marcus? ¿Quiénes son estos hombres?

—Policía —dijo Moco. Le mostró la placa, permitiendo que la mirase bien, no guardándola rápidamente como había hecho conmigo—. ¿Podemos pasar?

Mamá cerró la puerta, desenganchó la cadena y los dejó pasar. Me hicieron entrar y mamá nos dedicó a los tres una de sus miradas.

—¿De qué se trata?

Moco me señaló.

—Queríamos hacerle unas preguntas de rutina a su hijo acerca de sus movimientos, pero él se rehusó a responderlas. Nos pareció mejor traerlo aquí.

—¿Está bajo arresto? —El acento británico de mamá estaba brotando con todas sus fuerzas. La buena de mamá.

—¿Es usted ciudadana de los Estados Unidos, señora? —dijo Grano.

Ella le lanzó una mirada como para descascarar la pintura.

—Claro que sí, ja —dijo, con marcado acento sureño—. *¿Soy yo* la que está bajo arresto?

Los policías intercambiaron miradas.

Grano tomó la delantera.

—Parece que hemos empezado con el pie izquierdo. Identificamos a su hijo por usar el transporte público con un perfil no estándar. Forma parte un nuevo programa proactivo de las fuerzas del orden. Cuando detectamos gente con patrones de viaje poco comunes, o que coinciden con un perfil sospechoso, investigamos más.

—Espere —dijo mamá—. ¿Cómo es que conocen la forma en que mi hijo usa el transporte municipal?

—El FastPass —contestó él—. Rastrea los viajes.

—Ya veo —dijo mamá, cruzando los brazos. Los brazos cruzados eran una mala señal. Ya era bastante negativo que no les hubiera ofrecido una taza de té (en Mamalandia, era prácticamente lo mismo que hablarles por la ranura del buzón), pero cuando cruzó los brazos ya se sabía que los policías no iban a terminar bien. En ese momento tuve ganas de salir a comprarle un gran ramo de flores.

—Marcus se rehusó a contestarnos por qué sus movimientos son como son.

—¿Me está diciendo que, según ustedes, mi hijo es terrorista por la manera en que viaja?

—Los terroristas no son los únicos malhechores que arrestamos con este sistema —dijo Grano—. También vendedores de droga. Pandilleros. Hasta rateros de tienda con la inteligencia suficiente para ir a un vecindario distinto cada vez que salen a robar.

—¿Piensan que mi hijo vende droga?

—No estamos diciendo eso… —comenzó Grano. Mamá golpeó las palmas para hacerlo callar.

—Marcus, pásame tu mochila, por favor.

Obedecí.

Abrió la cremallera y revisó el interior, dándonos la espalda.

—Oficiales, puedo afirmar que en la mochila de mi hijo no hay narcóticos, explosivos ni baratijas robadas de una tienda. Creo que hemos terminado. Me gustaría tomar nota de sus números de placa antes de que se marchen, por favor.

Moco hizo una mueca de desdén.

—Señora, la ACLU ya presentó demandas contra trescientos policías del SFPD. Tendrá que ponerse en la cola.

***

Mamá me hizo una taza de té y después me regañó por haber cenado, cuando sabía que ella había preparado falafel. Papá volvió a casa mientras aún estábamos en la mesa, y mamá y yo nos turnamos para contarle lo sucedido. Él meneó la cabeza.

—Lillian, sólo hacían su trabajo. —Todavía llevaba puesta la chaqueta azul y el pantalón caqui que usaba los días que

trabajaba de consultor en Silicon Valley—. El mundo no es el mismo que la semana pasada.

Mamá apoyó la taza de té en la mesa.

—Drew, no seas ridículo. Tu hijo no es terrorista. Su uso del sistema de transporte público no es motivo para una investigación policial.

Papá se quitó la chaqueta.

—En mi trabajo hacemos lo mismo todo el tiempo. Así es como se usan las computadoras para descubrir toda clase de errores, anomalías y resultados. Le pides a la máquina que genere un perfil del registro promedio de una base de datos y después le pides que busque los registros de esa base de datos que más se alejan del promedio. Forma parte de algo que se llama análisis bayesiano, y hace siglos que se usa. Sin él, no se podría filtrar el spam…

—¿Quieres decir, entonces, que estás de acuerdo con que la policía sea tan inepta como mi filtro de spam? —pregunté.

Papá nunca se enojaba conmigo por discutir con él, aunque esa noche advertí que estaba bajo una enorme tensión. Sin embargo, no pude resistirme. ¡Mi propio padre, poniéndose del lado de la policía!

—Digo que es perfectamente razonable que la policía lleve a cabo sus investigaciones comenzando con una extracción de datos y luego siguiendo las pistas a pie, haciendo intervenir a un ser humano real para estudiar por qué existe la anomalía. No creo que una computadora deba decirle a la policía a quién arrestar, pero sí que puede ayudar a separar la paja para encontrar la aguja.

—Pero al registrar todos los datos del sistema de transporte *son ellos los que están creando el pajar* —dije—. Es una montaña gigantesca de datos y casi nada de lo que contiene es

algo que valga la pena observar, desde el punto de vista de la policía. Es un desperdicio total.

—Entiendo que no te guste que este sistema te haya causado molestias, Marcus. Pero tú, más que nadie, deberías apreciar la gravedad de la situación. No te hicieron ningún daño, ¿verdad? Hasta te trajeron a casa.

Me amenazaron con llevarme a la cárcel, pensé, pero me di cuenta de que no tenía sentido decirlo en voz alta.

—Además, todavía no nos has contado dónde demonios has estado para generar un patrón de viajes tan fuera de lo común.

Con eso me bajó los humos.

—Pensé que confiabas en mi buen juicio, que no querías espiarme. —Me decía eso a menudo—. ¿De verdad quieres que te rinda cuentas de todos los viajes que he hecho alguna vez?

***

Conecté la Xbox ni bien entré en mi cuarto. Había atornillado el proyector al techo, apuntando a la pared sobre mi cama (tuve que desmantelar mi imponente mural hecho con panfletos de punk rock que había arrancado de postes de teléfono y pegado a unos grandes pliegos de papel blanco).

Encendí la Xbox y me quedé mirando cómo la pantalla cobraba vida. Iba a enviar correos a Van y Jolu, para contarles los líos con la policía, pero cuando puse los dedos sobre el teclado, me detuve otra vez.

Una sensación se arrastró dentro de mi, no muy distinta de la sensación que había tenido al advertir que habían convertido a la pobre Salmagundi en una traidora. Esta vez, era la sensación

de que mi amada Xnet podía estar transmitiendo al DSI la ubicación de cada uno de sus usuarios.

Como había dicho papá: *Le pides a la computadora que genere un perfil del registro promedio de una base de datos y después le pides que busque los registros de esa base de datos que más se alejan del promedio.*

La Xnet era segura porque sus usuarios no estaban conectados a la Internet directamente. Saltaban de Xbox en Xbox, hasta encontrar una conectada; después, inyectaban su material en forma de datos indescifrables, encriptados. Nadie podía detectar cuáles paquetes de Internet pertenecían a la Xnet y cuáles eran operaciones bancarias comunes, comercio electrónico y otras comunicaciones encriptadas. No se podía descubrir quién estaba "enganchando" la Xnet y menos aún quién estaba usándola.

Pero… ¿y las "estadísticas bayesianas" de papá? Yo había jugado con las matemáticas bayesianas en el pasado. Una vez, Darryl y yo intentamos escribir nuestro propio y mejor filtro de spam; cuando quieres filtrar spam necesitas de las matemáticas bayesianas. Thomas Bayes fue un matemático británico del siglo 18 que no le importó a nadie hasta que, un par de cientos de años después de su muerte, los científicos de la informática se dieron cuenta de que su técnica para analizar estadísticamente montañas de datos era superútil para los info-Himalayas del mundo moderno.

Te explico un poco de cómo trabajan las estadísticas bayesianas. Supón que tienes una pila de spam. Tomas las palabras contenidas en los spams y cuentas cuántas veces aparece cada una. Eso se llama "histograma de frecuencia de palabras" y te indica cuál es la probabilidad de que cualquier grupo de palabras sea un spam. Ahora, toma una tonelada de correos

electrónicos que no son spam —en la jerga informática se llaman “ham”— y haz lo mismo.

Espera a que llegue un nuevo correo y cuenta las palabras que aparecen en él. Luego, aplica el histograma de frecuencia de palabras en el mensaje sospechoso para calcular la probabilidad de que pertenezca a la pila “spam” o a la pila “ham”. Si resulta ser spam, ajustas el histograma “spam” en concordancia con esto. Hay muchas maneras de refinar la técnica —analizar las palabras en pares, desechar datos viejos—, pero así es como funciona, básicamente. Es una de esas ideas geniales y simples que parecen obvias cuando te las cuentan.

Tiene muchas aplicaciones: puedes pedirle a la computadora que cuente las líneas de una imagen y ver si se parece más a un histograma de frecuencia de líneas “perro” o “gato”. Con eso puedes detectar pornografía, fraudes bancarios y mensajes hostiles. Una cosa muy útil.

Pero para la Xnet eran malas noticias. Digamos que estás infiltrado en toda la Internet, lo cual, por supuesto, es lo que hace el DSI. Gracias a la criptografía, no puedes detectar quién está enviando paquetes de Xnet sólo por mirar el contenido de esos paquetes.

Lo que *sí puedes* descubrir es quién está generando un tráfico muchísimo más encriptado que todos los demás. En el caso de los que navegan la Internet normalmente, una sesión en línea contiene probablemente un 95% de texto normal y un 5% de texto cifrado. Si alguien está enviando un 95% de texto cifrado, tal vez podrías despachar a los equivalentes informáticos de Moco y Grano para preguntarle si es un usuario de Xnet terrorista y vendedor de droga.

Esto sucede constantemente en China. A un disidente astuto se le ocurre la idea de esquivar el Gran Firewall de China, que

se utiliza para censurar las conexiones a Internet de todo el país, estableciendo una conexión encriptada con una computadora de otro país. El Partido no puede asegurar qué es lo que está viendo el disidente: tal vez pornografía, o instrucciones para hacer una bomba, o cartas eróticas de su novia de Filipinas, o material político, o buenas noticias sobre la Cientología. No hace falta que lo sepan. Lo único que tienen que saber es que ese sujeto genera más tráfico encriptado que sus vecinos. Llegado ese punto, lo envían a un campamento de trabajos forzados para que sirva de ejemplo, para que todos vean lo que les sucede a los sabelotodos.

Hasta ahora, yo estaba dispuesto a apostar que la Xnet se encontraba fuera del alcance del radar del DSI, aunque la situación no continuaría para siempre. Después de esta noche, no podía estar seguro de vivir en mejores condiciones que un disidente chino. Estaba poniendo en peligro a todos los que se unían a la Xnet. A la ley no le importaba si realmente hacías algo malo; querían ponerte bajo el microscopio por el solo hecho de ser estadísticamente anormal. Y ya no podía impedirlo… la Xnet estaba en marcha y tenía vida propia.

Iba a tener que arreglarlo de otra manera.

Sentí el deseo de hablar con Jolu sobre esto. Trabajaba en una empresa proveedora de servicios de Internet llamada Pigspleen Net, que lo había contratado cuando apenas tenía doce años, y sabía mucho más que yo de la red. Si había alguien capacitado para mantener nuestros culos fuera de la cárcel, era él.

Por suerte, Van, Jolu y yo estábamos planeando reunirnos a tomar un café la tarde siguiente, en nuestro lugar favorito de Mission, después de la escuela. Oficialmente, era la reunión semanal del equipo del *Loca Diversión en Harajuku* pero, con el juego cancelado y Darryl desaparecido, era más bien la fiesta

del llanto semanal, complemento de las aproximadamente seis llamadas telefónicas y mensajes de texto que intercambiábamos por día para decir "¿Estás bien? ¿Es verdad lo que nos sucedió?". Era bueno tener otra cosa de qué hablar.

***

—Has perdido la razón —dijo Vanessa—. ¿Estás efectivamente, completamente y realmente loco de verdad o qué?

Llevaba el uniforme de la escuela de chicas porque había tenido que a volver a casa por el camino largo, hasta el puente San Mateo y luego de regreso a la ciudad, en el autobús de transporte escolar implementado por su colegio. Odiaba mostrarse en público con esa vestimenta, que era totalmente Sailor Moon: falda tableada, blusa y calcetines hasta la rodilla. Tenía mal humor ya desde que entró al café, que estaba lleno de emos deprimidos de la escuela de arte, mayores que nosotros, más a la moda, que se rieron por lo bajo mirando sus cafés latte cuando ella entró.

—¿Qué quieres que haga, Van? —dije. Yo también me estaba exasperando. La escuela era insoportable ahora que el juego no existía más, ahora que Darryl estaba desaparecido. Durante todo el día, en clase, me había consolado con la idea de ver a mi equipo, o lo que quedaba de él. Y ahora estábamos peleando.

—Quiero que dejes de ponerte en riesgo, M1k3y.

Se me erizaron los pelos de la nuca. Claro, siempre usábamos los seudónimos en las reuniones del equipo, pero ahora que el mío también estaba asociado con mi uso de la Xnet me daba miedo escuchar que lo pronunciaban en voz alta en un lugar público.

—No vuelvas a usar ese nombre en público —respondí.

Van meneó la cabeza. —Es exactamente de lo que hablo. Podrías terminar en prisión por esto, Marcus, y no sólo tú. Mucha gente. Después de lo que le pasó a Darryl…

—¡Lo hago por Darryl! —Los estudiantes de arte se volvieron para mirarnos y bajé la voz—. Lo hago porque la otra alternativa es dejarlos salirse con la suya.

—¿Crees que vas a detenerlos? Estás loco. Son del gobierno.

—Sigue siendo nuestro país —dije—. Tenemos derecho a hacer esto.

Me pareció que Van iba a echarse a llorar. Inspiró profundamente un par de veces y se puso de pie.

—No puedo hacerlo, perdona. Ni puedo ver que tú lo haces. Es como mirar un accidente de auto en cámara lenta. Te vas a destruir y yo te quiero demasiado para sentarme a mirar cómo sucede. —Se inclinó, me dio un abrazo feroz y un fuerte beso en la mejilla que también abarcó el borde de mi boca—. Cuídate, Marcus —dijo. En el sitio contra el que había apretado sus labios, la boca me quemaba. Hizo lo mismo con Jolu, pero besándolo estrictamente en la mejilla. Y se fue.

Jolu y yo nos miramos largo rato cuando se marchó.

Me cubrí la cara con las manos. —Maldita sea —dije por fin.

Jolu me palmeó la espalda y me pidió otro latte. —Todo saldrá bien —dijo.

Pensé que Van, a diferencia de todo el mundo, entendería. —La mitad de la familia de Van vivía en Corea. Sus padres nunca olvidaban que toda su gente vivía gobernada por un dictador loco, sin poder escapar a los EE. UU. como ellos.

Jolu se encogió de hombros. —Quizás por eso está tan alterada. Porque sabe lo peligroso que puede ser.

Sabía de qué me estaba hablando. Dos tíos de Van habían sido encarcelados y nunca habían vuelto a aparecer.

—Sí —dije.

—¿Y por qué no estuviste en la Xnet anoche?

Me sentí agradecido por la distracción. Le expliqué todo, el asunto bayesiano y mi miedo de no poder seguir usando la Xnet como veníamos haciéndolo sin que nos pescaran. Me escuchó, pensativo.

—Entiendo lo que dices. El problema es que si hay mucha cripto en una conexión a Internet salta a la vista como algo poco habitual. Pero si no encriptas se la haces fácil a los tipos malos que te espían.

—Sí —dije—. Estuve todo el día tratando de resolverlo. Quizás podríamos lograr que la conexión fuese más lenta, distribuirla entre las cuentas de mucha más gente…

—No funcionaría —dijo—. Para que tenga una lentitud que le permita diluirse entre el ruido, básicamente tendrías que apagar la red y esa no es una opción.

—Cierto —dije—. ¿Pero qué otra cosa se puede hacer?

—¿Qué pasaría si cambiáramos la definición de "normal"?

Y era por eso que Pigspleen había contratado a Jolu cuando tenía doce años. Le das un problema con dos soluciones malas y él descubre una tercera totalmente diferente, basada en arrojar a la basura todas tus suposiciones. Asentí vigorosamente.

—Anda, dime.

—¿Qué pasaría si el usuario de Internet promedio de San Francisco generara *mucha* más cripto durante un día promedio de uso de la red? Si pudiéramos cambiar la distribución a 50% de texto normal y 50% de texto cifrado, los usuarios que proveen a la Xnet parecerían normales.

—¿Pero cómo lo hacemos? La gente no se interesa tanto en su privacidad como para navegar en la red con un enlace encriptado. No se dan cuenta de por qué debe importarles que unos fisgones se enteren de lo que googlean.

—Sí, pero las páginas web tienen poca cantidad de tráfico. Si logramos que la gente baje rutinariamente unos pocos archivos encriptados gigantescos por día, se generará texto cifrado equivalente a miles de páginas web.

—Hablas de la indienet —dije.

—Ya entendiste —dijo él.

La indienet —todo en minúsculas, siempre—, o red independiente, es lo que convirtió a Pigspleen Net en una de las ISP independientes más exitosas del mundo. Cuando las grandes empresas discográficas comenzaron a demandar penalmente a los fans por bajarse música, muchos sellos independientes y sus artistas se horrorizaron. ¿Cómo pretendes ganar dinero llevando a tus clientes a juicio?

La fundadora de Pigspleen tenía la respuesta: ofreció contratos a todos los músicos que querían trabajar con sus fans en lugar de pelear contra ellos. Cuando le dabas a Pigspleen la licencia para distribuir tu música entre sus clientes, la empresa te pagaba un porcentaje de las tarifas abonadas por suscripciones, que se calculaba según el grado de popularidad de tu música. Si eres un artista independiente, tu mayor problema no es la piratería, sino la falta de difusión: a nadie le importan tanto tus canciones como para querer robártelas.

Funcionó. Cientos de artistas y sellos independientes firmaron con Pigspleen y, cuanta más música había, más fans decidían dejar a su proveedor de Internet y cambiarse a Pigspleen, y más dinero recibían los artistas. En el lapso de un año, la ISP reunió cien mil nuevos clientes, y ahora ya tenía un

millón… más de la mitad de las conexiones de banda ancha de la ciudad.

—Hace meses que tengo pendiente una revisión del código indienet —dijo Jolu—. Los programas originales se escribieron rápido y al descuido; con un poco de trabajo se los puede hacer mucho más eficientes. Pero no he tenido tiempo. Una de las tareas marcadas como de alta prioridad es encriptar las conexiones, porque a Trudy le gustan así.

Trudy Doo era la fundadora de Pigspleen. Era una vieja leyenda del punk de San Francisco, cantante y líder de la banda anarco-feminista Speedwhores, y una loca de la privacidad. Yo creía totalmente que ella querría encriptar el servicio de música por una cuestión de principios.

—¿Es difícil? O sea… ¿cuánto puede tardar?

—Bueno, hay toneladas de código encriptado gratuito en línea, claro —dijo Jolu. Estaba haciendo lo que siempre hacía cuando ahondaba en un sustancioso problema de códigos: la mirada perdida, las palmas de las manos tamborileando en la mesa, haciendo que el café se desbordara y cayera en los platos. Quería reírme: tal vez todo estaba destruido, era una mierda y te daba miedo, pero Jolu iba a escribir ese código.

—¿Puedo ayudar?

Me miró. —¿Qué, acaso piensas que no puedo solo?

—¿Qué?

—Me refiero a que hiciste todo esto de la Xnet sin siquiera decírmelo. Sin hablar conmigo. Se me ocurrió que no necesitaste mi ayuda para ese asunto.

Me quedé sin palabras.

—¿Qué? —dije otra vez. Ahora Jolu parecía enfadado de verdad. Era obvio que se había tragado todo esto durante largo tiempo—. Jolu…

Me miró y vi que estaba furioso. ¿Cómo no me había dado cuenta? Dios, a veces yo era un tremendo idiota

—No fue gran cosa, amigo. —Lo cual, claramente, significaba que sí era gran cosa—. Es que… ya sabes, jamás me *preguntaste* siquiera. Odio al DSI. Darryl también era mi amigo. Podría haberte ayudado mucho.

Yo quería meter la cabeza entre las rodillas.

—Escucha, Jolu, fue muy estúpido de mi parte. Lo hice como a las dos de la madrugada. Estaba como loco cuando sucedió. Yo… —No podía explicarlo. Sí, él tenía razón y ese era el problema. Eran las dos de la madrugada, pero podría haber llamado a Jolu al día siguiente, o al siguiente. No lo hice porque sabía lo que me diría: que era un hackeo muy burdo, que necesitaba pensar mejor todo el procedimiento. Jolu siempre estaba pensando en cómo convertir mis ideas de las 2:00 a.m. en código real, pero lo que ofrecía como resultado siempre era un poco distinto de lo que se me había ocurrido a mí. Quería que este proyecto fuera mío. Me había metido totalmente en el personaje de M1k3y—. Perdona —dije por fin—. Lo lamento muchísimo. Tienes toda la razón. Me salí de mis cabales y cometí una estupidez. Realmente necesito tu ayuda. No puedo hacer este trabajo sin ti.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que lo digo en serio —dije—. Eres el mejor escritor de código que conozco. Eres un maldito genio, Jolu. Sería un honor que me ayudaras con esto.

Tamborileó con los dedos un poco más.

—Es que… ya sabes. Eres el líder. Van es la inteligente. Darryl era… era nuestro segundo al mando, el que organizaba todo, el que se ocupaba de los detalles. Ser el programador era *mi* papel. Sentí que me estabas diciendo que no me necesitabas.

—Oh, viejo, soy un idiota. Jolu, eres la persona mejor calificada que conozco para hacer esto. Lo lamento mucho, mucho, mucho…

—Ya está bien. Basta. Perfecto. Te creo. En este momento, todos estamos muy alterados. Así que, claro, por supuesto que puedes ayudar. Hasta es probable que te paguemos… tengo un pequeño presupuesto para contratar programadores.

—¿En serio? —Nadie me había pagado nunca por escribir código.

—Sí. Puede que seas lo bastante bueno para justificar la inversión. —Sonrió y me pegó en el hombro. Jolu se llevaba bien con todos la mayor parte del tiempo; por eso me había afectado tanto verlo enojado.

Pagué los cafés y salimos. Llamé a mis padres para comunicarles lo que hacía. La madre de Jolu insistió en prepararnos emparedados. Nos encerramos en el dormitorio, con la computadora y el código de la indienet, y nos embarcamos en una de las mayores sesiones maratónicas de programación de todos los tiempos. Cuando la familia de Jolu se fue a dormir, alrededor de las 11:30, pudimos secuestrar la cafetera para llevarla a su habitación e inyectarnos mágico café en grano en las venas.

Si nunca has programado una computadora, deberías hacerlo. No hay nada que se le compare en todo el mundo. Cuando programas una computadora, ella hace *exactamente* lo que tú le dices que haga. Es como diseñar una máquina —cualquier máquina: un coche, un grifo, una bisagra neumática de puerta— usando matemáticas e instrucciones. Es asombroso en el más fiel sentido de la palabra: puede maravillarte e intimidarte.

La computadora es la máquina más complicada que vas a usar en tu vida. Está hecha con millones de transistores micro-miniaturizados que pueden configurarse para usar cualquier programa que puedas imaginar. Pero cuando te sientas frente al teclado y escribes una línea de código, esos transistores hacen lo que tú les dices.

La mayoría de nosotros nunca construirá un automóvil. Casi ninguno inventará un sistema de aviación, diseñará un edificio, planificará una ciudad.

Esas son máquinas complicadas que están fuera de los límites de los que son como tú y yo. Pero una computadora, que es diez veces más complicada, baila al compás de cualquier música que tú ejecutes. Puedes aprender a escribir código sencillo en una tarde. Comienza con un idioma como el Python, que se creó para proporcionar a los no-programadores una forma más fácil de lograr que la máquina baile al ritmo de tu música. Aunque escribas código durante un solo día, una sola tarde, tienes que hacerlo. Las computadoras pueden controlarte o pueden aligerar tu trabajo… si quieres ser el jefe de tus máquinas, debes aprender a escribir código.

Esa noche, escribimos un montón de código.

Capítulo 8

Yo no era el único jodido por los histogramas. Había mucha gente con patrones de viaje anormales, con patrones de uso anormales. Lo anormal es tan común que prácticamente es normal.

La Xnet estaba llena de historias similares, y también los periódicos y la TV. Atrapaban a maridos engañando a sus esposas, a esposas engañando a sus maridos, a jóvenes que se veían a escondidas con novias o novios ilícitos. Un chico que no les había dicho a sus padres que tenía SIDA fue descubierto cuando iba a la clínica a buscar sus drogas.

Toda esa gente tenía algo que esconder; no eran culpables, pero tenían secretos. Había mucha más gente que no tenía absolutamente nada que ocultar y que, sin embargo, rechazaba el hecho de que la secuestraran y la interrogaran. Imagínate que alguien te encierra en la parte trasera de un coche de policía y te exige una demostración de que *no eres* terrorista…

No se trataba solamente del transporte público. La mayoría de los que conducen un auto por el área de la Bahía lleva un pase FasTrak prendido en el parasol. Es una “cartera” que funciona por señales de radio y que paga los peajes cuando cruzas los puentes, ahorrándote la molestia de hacer cola durante

horas en las cabinas de peaje. Habían triplicado el costo del peaje para cruzar el puente si pagabas en efectivo (aunque siempre daban una versión inexacta de esto, diciendo que el FasTrak era más barato, pero nunca que salía más caro si se pagaba con dinero en efectivo, anónimo). Cualquier reparo que quedara después de eso, desapareció cuando el número de carriles para pagar en efectivo quedó reducido a uno solo por cabecera de puente, para que las colas se hicieran todavía más largas.

De modo que, si eres residente local o si andas en un coche alquilado de una agencia local, tienes el FasTrak. Pero resulta que las cabinas de peaje no eran los únicos lugares donde podían leerte el FasTrak. El DSI había instalado lectores de FasTrak en toda la ciudad: cuando pasabas delante de ellos, registraban la hora y tu número de identidad, construyendo una imagen aún más perfecta del quién, el dónde y el cuándo en una base de datos que seguía creciendo gracias a las "cámaras de exceso de velocidad", "cámaras para los que pasan la luz roja" y todas las demás cámaras enfocadas a los números de matrícula que habían brotado como hongos.

Nadie había reflexionado demasiado en todo esto. Pero ahora que la gente estaba prestando más atención, todos comenzábamos a notar pequeñas cosas, como el hecho de que el FasTrak no tuviera un botón de apagado.

Por lo tanto, si conducías un coche eras proclive a ser detenido por una patrulla del SFPD que quería saber por qué últimamente estabas haciendo tantos viajes al Home Depot y de qué se trataba ese otro viaje a Sonoma a medianoche la semana pasada. Las pequeñas marchas de protesta durante los fines de semana se multiplicaban en toda la ciudad. Cincuenta mil personas marcharon por la calle Market después de una semana de

iniciado este monitoreo. Me importaba un rábano. A la gente que había ocupado mi ciudad no le interesaba lo que querían los nativos. Eran un ejército conquistador. Ya sabían cómo nos sentíamos al respecto.

Una mañana, bajé a desayunar justo a tiempo para escuchar que papá le decía a mamá que las dos empresas de taxis más importantes harían "descuentos" a la gente que usara unas tarjetas especiales para pagar los viajes, supuestamente creadas para que los conductores estuviesen más seguros, reduciendo la cantidad de efectivo que llevaban encima. Me pregunté qué pasaría con la información sobre quiénes tomaban cuáles taxis y en qué lugares.

Me di cuenta de lo cerca que había estado del desastre. El nuevo cliente indienet se introdujo como actualización automática justo cuando la situación comenzó a empeorar. Jolu me dijo que el 80% del tráfico que veía en Pigspleen ahora estaba encriptado. La Xnet se había salvado por un pelo.

Pero papá me estaba volviendo loco.

—Estás paranoico, Marcus —me dijo un día, en el desayuno, cuando le comenté que el día anterior, en el BART, había visto a dos policías revisando minuciosamente a unos sujetos.

—Papá, es ridículo. No están capturando terroristas ¿verdad? Sólo se trata de que la gente tenga miedo.

—Puede que todavía no hayan capturado terroristas, pero seguro que están sacando mucha escoria de las calles. Mira los vendedores de droga… dicen que han puesto en la cárcel a decenas de ellos desde que empezó esto. ¿Recuerdas cuando te robaron esos drogadictos? Si no encarcelas a los que les venden, todo se vuelve cada vez peor. —El año anterior me habían robado en la calle. Fueron bastante civilizados. Un tipo flaco que olía mal me dijo que tenía una pistola; el otro me

pidió la cartera. Hasta me dejaron conservar mi tarjeta de identidad, aunque se llevaron la de débito y el Fast Pass. No obstante, me asusté tremendamente y quedé paranoico, mirando hacia atrás por encima del hombro durante semanas.

—Pero la mayoría de la gente que detienen no está haciendo nada malo, papá —dije. Esto ya me afectaba los nervios. ¡Mi propio padre!—. Es una locura. Por cada culpable que agarran, tienen que castigar a miles de inocentes. No es bueno.

—¿Inocentes? ¿Sujetos que engañan a sus esposas? ¿Vendedores de droga? Los defiendes, ¿pero qué me dices de toda la gente que murió? Si uno no tiene nada que ocultar…

—¿Entonces no te importaría que te detuvieran *a ti* ? —Hasta ahora, los histogramas de mi padre habían demostrado ser de una normalidad deprimente.

—Lo consideraría mi deber —dijo—. Estaría orgulloso. Me haría sentir más seguro.

Para él era fácil decirlo.

***

A Vanessa no le gustaba que yo hablara de este tema, pero era demasiado inteligente para que yo me aguantara de mencionar el asunto por mucho tiempo. Nos reuníamos constantemente y hablábamos del clima, la escuela y otras cosas; entonces, de alguna manera, yo volvía a la cuestión. Cuando sucedía, Vanessa lo tomaba bien —no volvió a convertirse en Hulk para atacarme—, pero yo percibía su disgusto.

No obstante…

—Y mi papá me dijo “Lo consideraría mi deber”. ¿Puedes creerlo, maldita sea? O sea, ¡por Dios! Casi le cuento que me

metieron en la cárcel, para preguntarle si creía que eso también era nuestro “deber”.

Estábamos sentados en el césped del parque Dolores, después de la escuela, mirando a los perros que atrapaban frisbees.

Van había hecho una parada en su casa para cambiarse; se había puesto una vieja camiseta de una de sus bandas tecnobrega brasileras preferidas, Carioca Proibidão, “el hombre de Río prohibido”. La había conseguido en un concierto en vivo al que habíamos asistido todos dos años antes, escapándonos a escondidas para vivir una gran aventura en el Cow Palace, pero había crecido cinco o seis centímetros desde entonces: le quedaba ajustada y se le levantaba a la altura del vientre, dejando al aire su pequeño ombligo chato.

Se recostó bajo el sol débil, con los ojos cerrados detrás de las gafas de sol, moviendo los dedos de los pies calzados con sandalias. Conocía a Van desde siempre y, cuando pensaba en ella, generalmente veía a la niñita que hacía tintinear sus pulseras hechas con rodajas de latas de gaseosas, que tocaba el piano y que bailaba espantosamente mal. Sentados allí, en el parque Dolores, de repente la vi tal cual era. Y estaba totalmente bu3n4… es decir, buena. Era como mirar esa imagen que parece un jarrón y advertir de pronto que también son dos rostros. Veía que Van era la Van de siempre, pero también que era condenadamente bonita, algo que jamás había notado.

Por supuesto, Darryl siempre lo supo; y no creas que no me sentí deprimido otra vez cuando me di cuenta.

—No puedes contárselo a tu papá, lo sabes —dijo ella—. Nos pondrías a todos en peligro. —Tenía los ojos cerrados y su pecho subía y bajaba con la respiración, cosa que me distraía de una forma realmente bochornosa.

—Sí —dije con abatimiento—. Pero el problema es que yo sé que miente como un perro. Si le ordenaran a mi padre que detuviera el coche y lo obligaran a demostrar que no es un acosador de niños o un terrorista narcotraficante, se volvería un energúmeno. Se saldría totalmente de sus cabales. Odia que lo pongan en espera cuando llama por la factura de la tarjeta de crédito. Si lo encierran en la parte trasera de un coche y lo interrogan durante una hora, puede sufrir un aneurisma.

—Ellos se salen con la suya porque los normales se sienten superiores a los anormales. Pero si detuvieran a todos, sería un desastre. Nadie llegaría jamás a ningún sitio; se pasarían el tiempo esperando que la policía los interrogara. Colapso total del tránsito.

Vaya.

—Van, eres un genio total —dije.

—No me digas —respondió. Tenía una sonrisa perezosa y me miró a través de sus ojos a medio abrir, casi románticos.

—Hablando en serio. Podemos hacerlo. Podemos alterar los perfiles fácilmente. Es fácil lograr que detengan los coches de la gente.

Se sentó, apartó el cabello de su cara y me miró. Sentí un pequeño salto en el estómago, pensando que realmente la había impresionado.

—Los clonadores de RFID —dije—. Son totalmente fáciles de hacer. Pasas el firmware por un lectoescritor de diez dólares comprado en Radio Shack y listo. Lo que debemos hacer es caminar por ahí e intercambiar tags entre sujetos al azar, sobreescribiendo los Fast Pass y los FasTraks con códigos de otras personas. Eso hará que *todos* se tornen raros y chiflados, que todos parezcan culpables. Entonces, colapso total del tránsito.

Van arrugó los labios, bajó las gafas de sol y vi que estaba tan furiosa que no podía hablar.

—Adiós, Marcus —dijo, y se puso de pie. Antes de que me diera cuenta, estaba alejándose tan rápido que prácticamente corría.

—¡Van! —la llamé, mientras me levantaba y salía tras ella—. ¡Van! ¡Espera!

Aumentó la velocidad, obligándome a correr para alcanzarla.

—¿Van, qué diablos pasa? —le dije, agarrándola de un brazo. Se sacudió para liberarse, tan fuerte que me golpeé en la cara con mi propia mano.

—Eres un psicópata, Marcus. Vas a poner a todos tus amiguitos de la Xnet en peligro de vida y, como si fuera poco, vas a convertir a todos los habitantes de la ciudad en sospechosos de terrorismo. ¿No puedes detenerte, antes de que le hagas daño a toda esa gente?

Abrí y cerré la boca un par de veces.

—Van, el problema no soy *yo*, son *ellos*. No voy a arrestar a la gente, ni a encarcelarla, ni a hacerla desaparecer. Los que están haciendo eso son los del Departamento de Seguridad Interior. Estoy peleando para obligarlos a detenerse.

—¿Cómo? ¿Empeorando la situación?

—Tal vez tiene que empeorar para poder mejorar, Van. ¿No es eso lo que decías? Si detuvieran a todos…

—No me refería a eso. No quise decir que hicieras arrestar a todo el mundo. Si quieres protestar, únete al movimiento de protesta. Haz algo positivo. ¿No aprendiste *nada* de Darryl? ¿*Nada* ?

—Puedes estar bien segura de que sí —dije, perdiendo la calma—. Aprendí que no se puede confiar en ellos. Que si no peleas contra ellos, los estás ayudando. Que si los dejamos van

a convertir a este país en una cárcel. ¿Qué aprendiste tú, Van? ¿Aprendiste a estar todo el tiempo asustada, a sentarte derecha, a bajar la cabeza, esperando pasar inadvertida? ¿Piensas que las cosas van a mejorar? Si no hacemos nada, el futuro *no será mejor que la situación actual*. De ahora en más, todo se volverá cada vez peor. ¿Quieres ayudar a Darryl? ¡Ayúdame a hundir a esos tipos!

Ahí estaba de nuevo. Mi juramento. No sólo liberar a Darryl, sino hundir a todo el DSI. Era una locura; hasta yo lo sabía. Pero era lo que tenía planeado hacer. Sin ninguna duda.

Van me empujó enérgicamente con las dos manos. Era fuerte por el atletismo de la escuela —esgrima, lacrosse, hockey sobre césped, los deportes típicos de las escuelas para chicas— y terminé con el culo en la mugrienta acera de San Francisco. Se fue y no la seguí.

***

Lo más importante de los sistemas de seguridad no es cómo funcionan, sino cómo fallan.

Esa fue la primera frase de mi primer posteo en el blog de Rebelión Abierta, mi sitio de Xnet. Firmaba como M1k3y y estaba listo para ir a la guerra.

>Puede que los escaneos automáticos estén pensados para atrapar terroristas. Puede que atrapen un terrorista, tarde o temprano. El problema es que también nos atrapan a *nosotros*, aunque no estemos haciendo nada malo.

>Cuanta más gente atrapan, más frágiles se vuelven. Si atrapan a demasiadas personas, se mueren.

>¿Entienden la idea?

Pegué mis instrucciones para construir un clonador de RFID y algunas estrategias útiles para acercarse a la gente lo suficiente como para poder leer y reescribir sus tags. Puse mi propio clonador en el bolsillo de mi chaqueta de motocross vintage, de cuero negro y con bolsillos blindados, y partí rumbo a la escuela. Logré clonar seis tags entre mi casa y la Secundaria Chávez.

Ellos querían guerra. Iban a tener guerra.

***

Si alguna vez decides cometer una estupidez como construir un detector automático de terrorismo, primero tienes que aprenderte esta lección de matemáticas. Se llama “la paradoja del falso positivo” y es sobrecogedora.

Digamos que contraes una enfermedad nueva, llamada Super-SIDA. Sólo una persona en un millón se contagia el Super-SIDA. Desarrollas un análisis para detectar el Super-SIDA que tiene una precisión del 99%. Es decir, que arroja el resultado correcto el 99% de las veces: positivo si el sujeto está infectado y negativo si el sujeto está sano. Le haces el análisis a un millón de personas.

Una persona en un millón tiene Super-SIDA. Una de cada cien personas a las que sometes al análisis genera un “falso positivo”: el análisis dice que tiene Super-SIDA, pero no lo tiene. Eso es lo que significa “una precisión del 99%”: hay un 1% de error.

¿Cuál es el 1% de un millón?

1.000.000/100 = 10.000

Una persona en un millón tiene Super-SIDA. Si analizas a un millón de personas al azar, puede que encuentres un solo caso genuino de Super-SIDA. Pero los análisis no van a identificar a *una sola persona* como enferma de Super-SIDA. Van a identificar a 10.000 personas.

Tu análisis con un 99% de precisión funcionará con un 99,99% de *imprecisión*.

Esa es la paradoja del falso positivo. Cuando tratas de encontrar algo verdaderamente poco común, la precisión de tu análisis tiene que estar a la altura de la rareza de la cosa que estás buscando. Si tratas de marcar un píxel en la pantalla, un lápiz bien afilado es un buen puntero: la punta del lápiz es mucho más pequeña (más precisa) que un píxel. Pero la punta de un lápiz no te sirve para marcar a un *átomo* de la pantalla. Para eso necesitas un puntero —un análisis— cuya punta tenga un tamaño igual o menor al de un átomo.

Así es la paradoja del falso positivo y así es como se aplica al terrorismo: los terroristas son verdaderamente escasos. En una ciudad de veinte millones de habitantes como Nueva York, puede haber uno o dos terroristas. Tal vez diez como máximo. 10/20.000.000 = 0,00005%. Un veinte milésimo.

Son bastante poco frecuentes. Ahora, digamos que tienes un software que puede revisar todos los registros bancarios, o los registros de los peajes, o los del transporte público, o los de las llamadas telefónicas de la ciudad y que atrapa terroristas el 99% de las veces.

En un grupo de veinte millones de personas, un análisis con una precisión del 99% identifica a doscientas mil personas como terroristas. Pero sólo diez de ellas son terroristas. Para arrestar a diez tipos malos, tienes que imputar e investigar a doscientas mil personas inocentes.

¿Adivina qué? Los análisis para detectar terroristas no tienen, *ni remotamente*, una precisión del 99%. Más bien, del 60%. Hasta del 40%, en algunos casos.

Lo que significa todo esto es que el Departamento de Seguridad Interior estaba programado para fracasar rotundamente. Intentaba localizar eventos increíblemente escasos —personas terroristas— con sistemas imprecisos.

¿Es de extrañar que hayamos logrado crear tanto caos?

***

Salí por la puerta del frente silbando, un martes por la mañana, cuando la Operación Falso Positivo ya llevaba una semana. Seguía el ritmo de una música nueva que me había bajado de la Xnet la noche anterior; muchos le enviaban a M1k3y regalos digitales, en agradecimiento por haberles dado esperanza.

Giré hacia la Calle 23 y, con cuidado, subí por los estrechos escalones de piedra tallados en la ladera de la colina. Cuando descendía, pasé junto al Sr. Perro Wiener. No sé el nombre verdadero del Sr. Perro Wiener, pero lo veo casi todos los días, paseando a sus tres jadeantes perros Wiener, subiendo la escalera hasta el pequeño parque. Adelantarse a ellos en la angosta escalera es casi imposible; yo siempre terminaba enredado en una correa, empujado hacia el jardín de otra persona o posado en el parachoques de algún automóvil estacionado junto al borde de la acera.

El Sr. Perro Wiener es, evidentemente, Alguien Importante, porque tiene un reloj lujoso y usa un hermoso traje. En mi mente, me lo imaginaba trabajando en el distrito financiero.

Ese día, cuando pasé a su lado rozándolo, disparé mi clonador de RFID, que ya estaba cargado en el bolsillo de mi chaqueta de cuero. El clonador succionó los números de sus tarjetas de crédito, de las llaves de su coche, de su pasaporte y de los billetes de cien que llevaba en la cartera.

Al tiempo que lo hacía, cargaba números nuevos, tomados de otras personas que habían pasado cerca de mí. Era como intercambiar las matrículas de un puñado de autos, pero invisible e instantáneo. Le sonreí al Sr. Perro Wiener, como disculpándome, y continué bajando la escalera. Me detuve frente a tres coches el tiempo suficiente para suplantar las tags de sus FasTracks con números tomados de otros autos el día anterior.

Quizás pienses que mi conducta era un poco agresiva pero, comparado con muchos usuarios de Xnet, yo era cuidadoso y conservador. Un par de chicas de la carrera de Ingeniería Química de la Universidad de Berkeley habían descubierto cómo fabricar, a partir de productos comunes de cocina, una sustancia inocua que atraía a los perros detectores de explosivos. Se divertían en grande espolvoreándolo sobre los portafolios y chaquetas de sus profesores, para luego esconderse y observar cómo esos mismos profesores, al intentar entrar en los auditorios y bibliotecas del campus, caían bajo las embestidas voladoras de las nuevas cuadrillas de seguridad que habían brotado en todas partes.

Otros trataban de descubrir sustancias que arrojaran resultados positivos en los análisis de ántrax para esparcirlas en los sobres de carta, pero todos los demás pensaban que estaban locos. Por suerte, no parecían capaces de descubrirlas.

Pasé frente al Hospital General de San Francisco y asentí con satisfacción cuando vi las largas colas formadas delante de la puerta principal. También había un puesto de control de la

policía, por supuesto, y suficientes usuarios de la Xnet —trabajando de médicos residentes, empleados de la cafetería y quién sabe qué— para asegurar que todas las insignias de allí dentro ya estaban clonadas e intercambiadas. Había leído que los controles de seguridad consumían una hora laboral de cada empleado y que los sindicatos amenazaban con huelgas a menos que el hospital hiciera algo al respecto.

Unas calles después, vi una cola todavía más larga en el BART. Había policías caminando de un extremo al otro de la fila, señalando personas con el dedo y llevándolas aparte para interrogarlas, revisar sus bolsos y palparlas de armas. Seguían demandándolos por hacer estas cosas, pero al parecer nada los frenaba.

Llegué a la escuela un poco temprano y decidí caminar hasta la Calle 22 para tomar un café. Pasé junto a un puesto de control policial donde detenían a los coches para hacerles una inspección secundaria.

En la escuela, las cosas no eran menos agresivas: los guardias de seguridad apostados en los detectores de metales también estaban controlando las tarjetas de identidad escolares con lectores ópticos y llevando aparte a los alumnos que hacían movimientos extraños para interrogarlos. No hace falta decir que todos hacíamos movimientos bastante extraños. No hace falta decir que las clases empezaban una hora tarde o más.

Las clases eran una locura. Creo que nadie podía concentrarse. Escuché al pasar que dos profesores hablaban de lo que habían tardado en llegar a sus casas desde el trabajo el día anterior, y que ese día planeaban escaparse más temprano.

No sabía qué hacer para reprimir la risa. ¡La paradoja del falso positivo ataca de nuevo!

Por cierto, nos dejaron salir más temprano y me fui a casa por el camino más largo, dando el rodeo por Mission para ver el caos. Largas hileras de coches. Estaciones del BART con colas que daban vuelta a la manzana. Gente insultando a los cajeros automáticos que no querían darles dinero porque les habían congelado las cuentas por actividad sospechosa (¡ese es el peligro de vincular tu cuenta bancaria directamente con el FasTrak y el Fast Pass!).

Llegué a casa, me hice un emparedado y me conecté a la Xnet. Había sido un buen día. Usuarios de toda la ciudad alardeaban sus éxitos. Habíamos paralizado a toda la ciudad de San Francisco. Los informes de los noticieros lo confirmaban: lo llamaban “el DSI perdió la chaveta” y le echaban la culpa a la falsa “seguridad” que supuestamente nos protegía del terrorismo. La sección comercial del *San Francisco Chronicle* dedicaba toda la primera plana a una estimación del costo económico de la seguridad del DSI, calculando las horas de trabajo perdidas, las reuniones no realizadas y demás. Según el economista del *Chronicle*, una semana de esta mierda le haría perder a la ciudad más dinero que la bomba del Puente de la Bahía.

Muajajaja.

La mejor parte: esa noche, papá llegó tarde. Muy tarde. *Tres horas* tarde. ¿Por qué? Porque lo habían obligado a detenerse, lo habían revisado, interrogado. Más adelante, le hicieron lo mismo *de nuevo*.

Dos veces.

¡Dos veces!

Capítulo 9

Papá estaba tan enojado que pensé que iba a reventar. ¿Recuerdas cuando te dije que muy rara vez lo había visto perder la calma? Esa noche, la perdió más que nunca su vida.

—No me vas a creer. Ese policía, que tenía unos dieciocho años, no paraba de decirme “Pero, señor, ¿por qué ayer estuvo en Berkeley si su cliente se encuentra en Mountain View?”. Yo le explicaba una y otra vez que doy clases en Berkeley, y entonces me decía: “Creí que usted era consultor”, y empezábamos de nuevo. Era una especie de comedia de enredos con policías bajo la influencia del rayo de la estupidez.

»El colmo fue que él seguía insistiendo con que yo había estado en Berkeley hoy también, y yo le respondía que no, y él decía que sí, y entonces me mostró mi facturación del FasTrak ¡y decía que yo había circulado por el puente de San Mateo tres veces! Y eso no es todo —dijo, y tomó aire, y yo me di cuenta de que estaba furioso de verdad—. Tenían información de dónde había estado… lugares que *no tienen cabinas de peaje*. Me escudriñaron cuando iba por la calle, al azar. ¡Y la información estaba *equivocada*! Puta madre… ¡nos espían a todos y ni siquiera son competentes!

Me desplacé hacia la cocina, donde él despotricaba, y lo miré desde la puerta. Los ojos de mamá se encontraron con los míos y ambos levantamos una ceja, como diciendo: *¿Cuál de los dos le va a contestar "Te lo dije"?* Le hice una seña con la cabeza. Ella podía usar sus poderes conyugales para neutralizar su furia de un modo que estaba fuera de mi alcance como simple unidad filial.

—Drew —le dijo. Lo tomó del brazo para detener su caminata de un lado al otro de la cocina mientras sacudía los brazos como un predicador callejero.

—¿Qué? —saltó él.

—Creo que le debes una disculpa a Marcus. —La voz de mamá se mantenía equilibrada, suave. Papá y yo somos los irascibles de la casa; mamá es una roca total.

Papá me miró. Sus ojos se angostaron mientras lo pensaba un minuto.

—Está bien —dijo finalmente—. Tienes razón. Yo hablaba de la vigilancia competente. Estos tipos son unos aficionados. Perdona, hijo. Tenías razón. Fui un ridículo. —Estiró la mano y estrechó la mía; después me dio un abrazo firme, inesperado—. Dios, ¿qué le estamos haciendo a este país, Marcus? Tu generación merece heredar algo mejor que esto. —Cuando me soltó, vi las profundas arrugas de su rostro, líneas que yo nunca había notado.

Volví a subir a mi habitación y jugué algunos juegos en la Xnet. Había un buen multijugador, un juego de piratas de relojería en el que había que hacer misiones cada uno o dos días para darles cuerda a todos los resortes motores de tu tripulación, antes de poder salir a saquear y rapiñar de nuevo. La clase de juego que yo odiaba pero que no podía parar de jugar: muchas misiones repetitivas que no eran para nada

satisfactorias de completar, un poco de combate jugador contra jugador (pelear para ver quién sería el capitán del barco) y no tantos buenos enigmas para resolver. Generalmente, jugar este tipo de juegos me inspiraba nostalgia por el *Loca Diversión en Harajuku*, que balanceaba las correrías en el mundo real con la solución de enigmas en línea y la planificación estratégica en equipo.

Pero hoy era justo lo que necesitaba. Entretenimiento para no pensar.

Mi pobre papá.

Yo le había hecho eso. Antes se sentía feliz, confiado en que el dinero de sus impuestos se gastaba en mantenerlo a salvo. Yo había destruido esa confianza. Era una falsa confianza, claro, pero le permitía seguir adelante. Viéndolo ahora, abatido y quebrado, me pregunté si ser un esclarecido desesperanzado era en verdad mejor que vivir en el paraíso de los tontos. Aquella vergüenza — la que sentía desde que había entregado mis contraseñas, desde que me había quebrado— regresó, provocándome apatía y el deseo de escapar de mí mismo.

Mi personaje era un marinero del barco pirata *Carguero Zombi*; se había quedado sin cuerda en mi ausencia. Tenía que enviar mensajes a todos los demás jugadores de mi barco hasta encontrar alguno que quisiera darme cuerda. Eso me mantuvo ocupado. Me gustaba, en realidad. Había algo mágico en el hecho de que un completo extraño te hiciera un favor. Pero como se trataba de la Xnet, sabía que, en cierto sentido, todos los extraños eran amigos.

>¿Dónde estás?

El personaje que vino a darme cuerda se llamaba Lizanator y era femenino, aunque eso no significaba que fuese una chica.

Los varones tenían una rara propensión a jugar con personajes femeninos.

>San Francisco.

>No, estúpido. ¿Qué lugar de San Fran?

>¿Por qué, eres un pervertido?

La frase habitualmente interrumpía esa línea de conversación. Por supuesto, todos los juegos estaban llenos de pedófilos, depravados y policías haciendo de carnada para pedófilos y depravados (¡aunque yo esperaba que no hubiera policías en la Xnet!). Nueve de cada diez veces, una acusación de ese estilo era suficiente para que el otro cambiara de tema.

>¿Mission? ¿Potrero Hill? ¿Noe? ¿Bahía Oriental?

>Sólo dame cuerda ¿OK? Grax.

Dejó de darme cuerda.

>¿Asustado?

>Cuido mi seguridad. ¿Qué te importa?

>Simple curiosidad.

Sentía que ella emanaba malas ondas. Obviamente, lo suyo era más que simple curiosidad. Lo mío… llamémosle paranoia. Me desconecté y apagué la Xbox.

***

A la mañana siguiente, papá me miró por encima de la mesa y dijo:

—Por lo menos, parece que la situación va a mejorar. —Me pasó un ejemplar del *Chronicle*, abierto en la tercera página.

Un vocero del Departamento de Seguridad Interior ha confirmado que la delegación San Francisco ha solicitado a Washington un aumento de presupuesto del 300% y más personal.

¿Qué?

El General de División Graeme Sutherland, oficial comandante de las operaciones del DSI en el norte de California, confirmó dicha solicitud durante una conferencia de prensa realizada el día de ayer, destacando que un brote de actividad sospechosa en la zona de la Bahía motivaba el pedido. "*Estamos rastreando un brote de actividad clandestina y creemos que los saboteadores están fabricando deliberadamente falsas alertas de seguridad para socavar nuestros esfuerzos*".

Me puse bizco. No era posible.

"*Esas falsas alarmas son potenciales 'señuelos de radar' creados con la intención de disimular ataques reales. La única manera efectiva de combatirlos es aumentar la cantidad de personal y de analistas para poder investigar a fondo todos los indicios*".

Sutherland subrayó que las demoras experimentadas en toda la ciudad eran "desafortunadas" y se comprometió a eliminarlas.

Tuve una visión de la ciudad con cuatro o cinco veces más agentes del DSI, traídos hasta aquí para compensar mis propias ideas estúpidas. Van tenía razón. Cuanto más los combatiera, peor se tornaría la situación.

Papá señaló el periódico. —Puede que estos tipos sean tontos, pero son tontos metódicos. Seguirán invirtiendo recursos en este problema hasta resolverlo. Es manejable, sabes. Analizar todos los datos de la ciudad, investigar todas las pistas. Atraparán a los terroristas.

Perdí el control. —¡Papá! ¿*Te estás oyendo*? ¡Hablan de investigar prácticamente a cada persona de la ciudad de San Francisco!

—Sí —dijo—, exacto. Descubrirán a todos los que no pagan la cuota alimentaria de sus hijos, a todos los vendedores de droga, a todos los malhechores y a todos los terroristas. Sólo espera. Podría ser lo mejor que le sucedió jamás a este país.

—Dime que estás bromeando —le dije—. Te lo ruego. ¿Piensas que tenían estas intenciones los que redactaron la Constitución? ¿Qué hay de la Declaración de Derechos?

—La Declaración de Derechos se escribió antes del data-mining —dijo. Estaba asombrosamente sereno, convencido de tener razón—. El derecho a la libre asociación está muy bien, pero ¿por qué no permitirle a la policía investigar tu red social para descubrir si pasas el rato con pandilleros o terroristas?

—Porque es una invasión a mi privacidad —respondí.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué prefieres tener, privacidad o terroristas?

Aj. Odiaba discutir así con papá. Necesitaba un café.

—Vamos, papá. Quitarnos la privacidad no es lo mismo que capturar terroristas: solamente es causarle molestias a la gente normal.

—¿Cómo sabes que no están capturando terroristas?

—¿Dónde están los terroristas que capturaron?

—Estoy seguro que veremos los arrestos a su debido tiempo. Sólo espera.

—Papá, ¿qué diablos te pasó desde anoche? Estabas dispuesto a tirarles una bomba nuclear a los policías que te detuvieron…

—No uses ese tono conmigo, Marcus. Lo que me pasó desde anoche es que tuve la oportunidad de pensarlo y de leer *esto* —sacudió el periódico—. La razón por la que me detuvieron es que los malos están creando interferencia activamente. Necesitan ajustar sus técnicas para superar las interferencias. Pero

van a lograrlo. Mientras tanto, que te detengan ocasionalmente en la calle es un precio muy bajo que hay que pagar. No es momento de jugar al abogado y hablar de la Declaración de Derechos. Es momento de hacer algunos sacrificios para mantener la ciudad a salvo.

No pude terminar la tostada. Puse el plato en el lavaplatos y me fui a la escuela. Tenía que salir de allí.

***

Los usuarios de la Xnet no estaban felices con el aumento de vigilancia policial, pero no se quedaron de brazos cruzados. Alguien llamó a un programa radial de la emisora KQED y dijo que la policía estaba perdiendo el tiempo, que podíamos enmarañar el sistema más rápido de lo que ellos podían desenredarlo. La grabación estuvo al tope de las descargas de Xnet esa noche.

—Esto es "California en Vivo" y estamos hablando con un oyente anónimo que llama desde un teléfono público de San Francisco. Tiene información propia acerca de las demoras que hemos estado sufriendo en la ciudad esta semana. Oyente, estás en el aire.

—Sí, ja, esto es sólo el principio ¿sabes? O sea, digo, recién empezamos. Que contraten a un billón de cerdos y pongan un puesto de control en todas las esquinas. ¡Los anularemos a todos! Y, o sea, toda esa mierda de los terroristas… ¡no somos terroristas! Dejen de joder, digo, ¡en serio! Interferimos al sistema porque odiamos a Seguridad Interior y porque queremos a nuestra ciudad. ¿Terroristas? No sé ni deletrear "jihad". A ver si se calman.

Sonaba como un idiota. No sólo por las palabras incoherentes, sino por el tono de regodeo. Parecía un chico escandalosamente orgulloso de sí mismo. *Era* un chico escandalosamente orgulloso de sí mismo.

La Xnet estaba en llamas con todo esto. Mucha gente pensaba que había sido un idiota en llamar, mientras otros lo creían un héroe. Me preocupaba la posibilidad de que hubiera una cámara apuntando al teléfono público que había usado. O un lector de RFID que tal vez había olfateado su Fast Pass. Esperaba que hubiera tenido la inteligencia de borrar sus huellas digitales de la cabina, de no quitarse la capucha y de dejar sus RFID en casa. Pero lo dudaba. Me preguntaba si muy pronto tocarían a su puerta.

La manera de enterarme que había ocurrido algo grande en la Xnet era que, de pronto, recibía un millón de correos electrónicos de gente que quería poner a M1k3y al tanto de los últimos acontecimientos. Mi casilla de correo se volvió loca exactamente cuando estaba leyendo sobre el Sr. No-Sé-Deletrear-Jihad. Todos tenían un mensaje para mí: un enlace a una página de la Xnet, a uno de los tantos blogs anónimos basados en el sistema de publicación de documentos Freenet, que también usaban los chinos que abogaban por la democracia.

>Por un pelo

>Hoy por la noche estábamos clonando en el Embarcadero, yendo de aquí para allá, dándole a todo el mundo una nueva clave para el coche, la puerta, el Fast Pass o el FasTrak, echando un poco de pólvora falsa. Había policías por todos lados, pero somos más inteligentes que ellos; vamos allí casi todas las noches y nunca nos atrapan.

>Pero hoy nos atraparon. Fue un error estúpido. Fuimos torpes, nos arrestaron. Uno que estaba de incógnito capturó a mi

amigo y después caímos todos. Habían estado vigilando a la gente por largo rato; por allí cerca tenían uno de esos camiones y nos llevaron a cuatro; el resto se escapó.

>El camión estaba repleto como lata de sardinas, con toda clase de personas, viejos, jóvenes, negros, blancos, pobres, todos sospechosos. Había dos policías tratando de hacernos preguntas y los de incógnito seguían trayendo más gente. Casi todos trataban de llegar a los primeros puestos de la fila para terminar de una vez por todas con el interrogatorio, así que nosotros quedábamos cada vez más atrás. Pasamos horas ahí. Hacía mucho calor y cada vez había más gente, no menos.

>A eso de las 8:00 p.m. fue el cambio de turno y vinieron dos policías nuevos que les gritaron a los que ya estaban, diciendo "¿Qué mierda pasa? ¿No están haciendo nada ustedes?". Se pelearon de verdad y después los dos primeros se fueron y los nuevos se sentaron en sus escritorios y hablaron en susurros un rato.

>Entonces uno se levantó y empezó a vociferar "VÁYANSE TODOS A CASA, POR DIOS. TENEMOS MEJORES COSAS QUE HACER QUE MOLESTARLOS CON MÁS PREGUNTAS. SI HAN HECHO ALGO MALO NO LO HAGAN MÁS Y QUE ESTO SIRVA DE ADVERTENCIA PARA TODOS USTEDES".

>Un grupito de hombres de traje se enojaron muchísimo y eso fue CÓMICO porque diez minutos antes estaban quejándose porque los tenían ahí encerrados y ahora estaban furiosos porque los dejaban ir… o sea, ¡decídanse!

>Pero nosotros nos separamos rápidamente, salimos y volvimos a casa para escribir esto. Hay gente de incógnito por todas partes, creo. Si estás clonando, mantén los ojos abiertos y prepárate para correr cuando haya problemas. Si te agarran,

trata de esperar, porque están tan ocupados que lo más probable es que te dejen ir.

>¡Y están tan ocupados por nosotros! Toda esa gente del camión terminó allí porque nosotros los clonamos. ¡Sigan clonando, entonces!

Sentí que iba a vomitar. Esas cuatro personas —chicos que yo nunca había visto— casi habían desaparecido para siempre por algo que yo había iniciado.

Por algo que yo les había dicho que hicieran. Yo no era mejor que un terrorista.

***

Aprobaron la solicitud de presupuesto del DSI. El Presidente apareció en TV con el Gobernador para decirnos que ningún precio era demasiado alto cuando se trataba de seguridad. Tuvimos que verlo al día siguiente, en una asamblea que se hizo en la escuela. Mi papá festejó. Había odiado al Presidente desde el día en que salió electo, diciendo que no era mejor que el anterior y que el anterior había sido un completo desastre, pero ahora no hacía más que hablar sobre lo firme y dinámico que era.

—Debes tener paciencia con tu padre —me dijo mamá una tarde cuando volví de la escuela. Había estado trabajando desde casa todo lo que podía. Mamá trabaja por cuenta propia y es especialista en reubicación: ayuda a personas británicas a instalarse en San Francisco. La Alta Comisión del Reino Unido le paga por responder correos electrónicos de británicos desconcertados de todo el país, que están totalmente confundidos por lo frikis que somos los norteamericanos. Se gana la

vida explicando cómo son los norteamericanos, y decía que en esos días era mejor hacerlo desde casa, donde no tenía que ver a ningún norteamericano ni hablar con ellos.

No me hago ilusiones sobre Gran Bretaña. Puede que nuestro país esté dispuesto a arrojar su Constitución a la basura cada vez que uno de la jihad nos mira bizco pero, como aprendí gracias a mi proyecto independiente de Estudios Sociales en noveno grado, los británicos ni siquiera *tienen* Constitución. Tienen leyes que te harían erizar el vello de los dedos de los pies: pueden encarcelarte durante un año entero si están verdaderamente seguros de que eres terrorista, aunque no tengan suficiente evidencia para demostrarlo. Ahora bien: ¿cuán seguros pueden estar si no tienen suficiente evidencia para demostrarlo? ¿Cómo hacen para estar tan seguros? ¿Acaso te han visto cometer actos terroristas en un sueño tremendamente realista?

Y la vigilancia que hay en Gran Bretaña convierte a la de los EE. UU. en cosa de aficionados. El londinense promedio es fotografiado 500 veces por día tan solo mientras camina por las calles. Todas las matrículas de los coches se fotografían en todas las esquinas del país. Todos, desde los bancos hasta la empresa de transporte público, sienten un gran entusiasmo por rastrearte y espiarte si piensan que eres remotamente sospechoso.

Pero mamá no lo veía así. Abandonó Gran Bretaña en mitad de la secundaria y, aunque se casó con un muchacho de Petaluma y crió un hijo aquí, nunca se sintió como en casa. Para ella, esta siempre fue la tierra de los bárbaros y Gran Bretaña siempre sería su hogar.

—Mamá, pero está equivocado. Tú, entre todas las personas, deberías saberlo. Están echando al inodoro todo lo que hace

grande a este país y él está de acuerdo. ¿Ya notaste que *no han capturado a ningún terrorista*? Papá habla mucho de que "necesitamos estar a salvo", pero le hace falta saber que la mayoría no nos sentimos a salvo. Nos sentimos en peligro todo el tiempo.

—Sé todo eso, Marcus. Créeme, no soy fanática de todo lo que está sucediendo en este país. Pero tu padre está... —Se quebró—. Cuando no regresaste después de los ataques, pensó que...

Se levantó y se preparó una taza de té, algo que hacía cada vez que se sentía incómoda o perturbada.

—Marcus —dijo—. Marcus, pensamos que estabas muerto. ¿Lo entiendes? Te lloramos durante días. Te imaginábamos reventado en pedazos, en el fondo del océano. Muerto porque unos cabrones habían decidido asesinar a cientos de desconocidos para demostrar algo.

Lo asimilé lentamente. Es decir, entendía que se habían preocupado. Habían muerto muchas personas con las bombas —cuatro mil era la cantidad estimada actualmente— y prácticamente todos conocían a alguien que aquel día no había vuelto a su casa. Había dos más de mi escuela que habían desaparecido.

—Tu padre estaba dispuesto a matar a alguien. A cualquiera. Había perdido la razón. Nunca lo has visto así. Yo tampoco lo había visto nunca así. Había perdido la razón. Se sentaba a esta mesa y maldecía, maldecía y maldecía. Palabras viles, palabras que jamás lo escuché decir. Un día, el tercer día, alguien llamó y él estaba seguro de que eras tú, pero era número equivocado y él tiró el teléfono con tanta fuerza que se desintegró en mil pedazos. —Yo ya me había preguntado por qué teníamos un teléfono nuevo en la cocina—. Algo se rompió dentro de tu padre. Te ama. Los dos te amamos. Eres lo más importante de

nuestras vidas. Creo que no te das cuenta de eso. ¿Recuerdas, cuando tenías diez años, todo ese tiempo que estuve en Londres? ¿Recuerdas?

Asentí en silencio.

—Estábamos por divorciarnos, Marcus. Oh, ya no importa por qué. Fue una mala racha, cosas que ocurren cuando dos personas que se aman dejan de prestarse atención durante unos años. Él fue a buscarme y me convenció de que volviera, por ti. No pudimos soportar la idea de hacerte eso. Nos enamoramos otra vez por ti. Hoy estamos juntos por ti.

Sentí un nudo en la garganta. Nunca me había enterado. Nadie me lo había dicho.

—Entonces, ahora tu padre está pasando un momento difícil. No está en sus cabales. Tiene que pasar un tiempo antes de que regrese a nosotros, antes de que vuelva a ser el hombre que amo. Es preciso que, hasta entonces, cuente con nuestra comprensión.

Me dio un largo abrazo y advertí lo delgados que se habían puesto sus brazos, lo floja que tenía la piel del cuello. Siempre pensaba en mi madre como en una mujer joven, pálida, de mejillas rosadas, alegre, escudriñando todo con perspicacia a través de sus gafas con armazón de metal. Ahora, se veía un poco como una anciana. Yo le había hecho eso. Los terroristas le habían hecho eso. El Departamento de Seguridad Interior le había hecho eso. Extrañamente, los tres estábamos del mismo lado. Mamá, papá y todas esas personas cuyas identidades habíamos adulterado estaban del otro.

***

Esa noche no pude dormir. Las palabras de mamá no dejaban de dar vueltas en mi cabeza. Papá había estado tenso y callado durante la cena y apenas nos habíamos hablado, porque yo no me creía capaz de evitar decirle algo equivocado y porque él estaba concentrado en las últimas noticias: Al Qaeda era definitivamente responsable por las bombas. Seis grupos terroristas diferentes se habían adjudicado los ataques, pero sólo el video que Al Qaeda había subido a la Internet revelaba información que el DSI decía que no había revelado a nadie.

Me quedé acostado en la cama, escuchando un programa de radio nocturno con llamadas de los oyentes. Se hablaba de problemas sexuales y lo conducía un gay al que normalmente me encantaba escuchar, porque le daba a la gente consejos muy crudos, pero buenos, y porque era muy cómico y extravagante.

Pero esta noche no podía reírme. La mayoría de los que llamaban querían preguntar qué hacer ante el hecho de que les resultaba difícil tener relaciones con sus parejas desde el día del ataque. Ni los programas de radio sobre sexo podían escapar del asunto.

Apagué la radio y escuché el rumor de un motor en la calle.

Mi habitación está en el piso superior de la casa, que es una dama pintada. Tengo un techo de altillo, en declive, y ventanas a ambos lados; desde una de ellas se ve todo Mission; desde la otra, la calle de nuestra casa. Pasaban coches con frecuencia, a toda hora del día y de la noche, pero había algo diferente en el ruido de este motor.

Me acerqué a la ventana que daba a la calle y levanté las cortinas. Abajo había un furgón blanco, sin marcas distintivas, cuyo techo estaba festoneado de antenas de radio, más antenas de las que yo jamás había visto en un vehículo. Estaba pasando

muy lentamente por la calle; un plato pequeño ubicado en el techo giraba y giraba.

Ante mis ojos, el furgón frenó y se abrió una de las puertas traseras. Un sujeto con uniforme del DSI —a esta altura, ya podía detectarlos a cien metros de distancia— salió a la calle. Tenía una especie de dispositivo de mano cuyo resplandor azul le iluminaba el rostro. Caminó de atrás para delante, primero estudiando a mis vecinos, tomando notas con el dispositivo; después, se dirigió hacia mí. Había algo familiar en su manera de caminar, mirando hacia abajo…

¡Estaba usando un detector de WiFi! El DSI buscaba nodos de Xnet. Bajé las cortinas, me zambullí en mi habitación y corrí a la Xbox. La había dejado encendida, bajando unas animaciones muy buenas del discurso “ningún precio es demasiado alto” del Presidente, hechas por un usuario de Xnet. Arranqué el enchufe de la pared, me lancé de vuelta hacia la ventana y abrí las cortinas una fracción de centímetro.

El tipo estaba otra vez mirando hacia abajo, hacia el detector, caminando de un lado al otro frente a nuestra casa. Un momento después, regresó al furgón y se fueron.

Saqué la cámara y tomé todas las fotos que pude del furgón y de sus antenas. Después, las abrí con el editor de imágenes gratuito llamado The GIMP y eliminé todo de las fotos, excepto el furgón: borré la calle y todo lo que pudiera identificarme.

Las subí a la Xnet y escribí todo lo que pude sobre los furgones. Estos tipos, definitivamente, estaban buscando la Xnet. Era obvio.

Ahora sí que no podía dormir.

No había nada que hacer, salvo jugar a los piratas a cuerda. Incluso a estas horas, habría muchos jugando. El verdadero nombre de los piratas a cuerda era *Botín de Relojería*; lo

habían creado unos adolescentes de Finlandia, amantes del death metal, para pasar el tiempo. Era un juego totalmente gratuito, que brindaba la misma diversión que cualquier servicio de 15 dólares por mes, como el *Ender's Universe*, el *Middle Earth Quest* y el *Discworld Dungeons*.

Me logueé y ahí estaba yo, todavía en la cubierta del *Carguero Zombi*, esperando que alguno me diera cuerda. Odiaba esa parte del juego.

Le escribí a un pirata que pasaba:

>Eh, tú. ¿Me das cuerda?

Se detuvo y me miró.

>¿Por qué?

>Somos del mismo equipo. Además, ganas puntos de experiencia.

Qué imbécil.

>¿Dónde estás?

>San Francisco.

Esto comenzaba a parecerme conocido.

>¿Qué lugar de San Francisco?

Me deslogueé. Estaban sucediendo cosas raras en el juego. Salté a los blogs y comencé a reptar de uno al otro. Pasé por media docena antes de encontrar algo que me heló la sangre.

A los bloggers les encantan los cuestionarios. ¿Qué clase de hobbit eres? ¿Eres un gran amante? ¿A qué planeta te pareces más? ¿Qué personaje de tal película eres? ¿A qué tipo emocional perteneces? Los responden y sus amigos los responden y todos comparan los resultados. Entretenimiento inofensivo.

Pero lo que me aterró era el cuestionario que dominaba los blogs de la Xnet aquella noche, porque era cualquier cosa menos inofensivo.

Los cuestionarios graficaban los resultados en un mapa, con alfileres de colores que marcaban las escuelas y los barrios, y hacían recomendaciones poco convincentes sobre lugares donde comprar pizza y cosas así.

Pero mira esas preguntas. Piensa en mis respuestas:

Había solamente dos personas en toda mi escuela que coincidían con ese perfil. Lo mismo debía de ocurrir en otras escuelas. Si querías descubrir quiénes eran los usuarios de la Xnet, podías usar esos cuestionarios para encontrarlos a todos.

Eso ya era bastante feo, pero peor era lo que implicaba: alguien del DSI estaba usando la Xnet para llegar a nosotros. La Xnet estaba intervenida por el DSI.

Había espías entre nosotros.

***

Le había entregado discos de Xnet a cientos de personas y ellas habían hecho lo mismo. Conocía bastante bien a los que les había dado los discos. A algunos los conocía muy bien. He vivido en la misma casa toda mi vida y he hecho cientos y cientos de amigos a lo largo de los años, desde los que iban a la guardería conmigo hasta los que jugaban al fútbol conmigo y los que jugaban JRV conmigo, los que conocía en discotecas, los que conocía de la escuela. Los de mi equipo de JRA eran mis amigos más íntimos, pero había mucha gente conocida en la que confiaba lo suficiente como para entregarle un disco de Xnet.

Ahora los necesitaba.

Desperté a Jolu haciendo sonar su teléfono y colgando después del primer timbre, tres veces seguidas. Un minuto

después, estaba conectado a la Xnet, donde podíamos charlar con seguridad. Le dije que viera mi posteo del blog sobre los furgones con radio y regresó un minuto más tarde, completamente alterado.

>¿Seguro que nos buscan a nosotros?

En respuesta, le dije que viera el cuestionario.

>Oh por dios. Es nuestro fin.

>No, no es para tanto, pero tenemos que descubrir en quién podemos confiar.

>¿Cómo?

>Es lo que quería preguntarte. ¿En cuántas personas podrías asegurarme que confías totalmente, digamos, hasta el fin de la tierra?

>Eh… 20 ó 30, algo así.

>Quiero reunir un grupo de gente realmente confiable y hacer un intercambio de claves estilo red de confianza.

Una red de confianza es una de esas cosas geniales de la cripto de las que había leído pero nunca había intentado hacer. Es una manera, casi a prueba de tontos, de poder hablar con las personas de tu confianza sin que nadie más te escuche. El problema es que necesitas reunirte físicamente con los que pertenecen a la red; como mínimo una vez, para poder iniciarla.

>Entiendo, claro. No está mal. ¿Pero cómo vas a reunir a todos para la firma de claves.

>De eso quería preguntarte. ¿Cómo lo hacemos sin que nos arresten?

Jolu escribió unas palabras y las borró; escribió más y las borró. Yo puse:

>Darryl lo sabría. Dios, era grandioso para estas cosas.

Jolu no escribió nada. Después:

>¿Qué te parece una fiesta? ¿Qué tal si nos reunimos en algún sitio como adolescentes que hacen una fiesta? Así tendremos una excusa ya preparada, por si aparece alguien a preguntarnos qué estamos haciendo?

>¡Funcionaría, totalmente! Eres un genio, Jolu.

>Lo sé. Y esto te va a encantar: sé exactamente dónde hacerla, además.

>¿Dónde?

>¡En los baños Sutro!

Capítulo 10

¿Qué harías si descubrieras que hay un espía en tu entorno? Podrías denunciarlo, ponerlo contra la pared y echarlo. Pero entonces podría venir otro espía, y ese nuevo espía tendría más cuidado que el anterior y tal vez no se dejaría descubrir tan fácilmente.

Aquí tienes una idea mejor: comienza a interceptar las comunicaciones del espía y dale información errónea, a él y a sus jefes. Digamos que sus jefes le ordenan reunir información sobre tus movimientos. Tú permites que te siga a todos lados y que tome todas las notas que quiera, pero luego abres con vapor los sobres que envía a su cuartel general y reemplazas su informe de tus movimientos con otro ficticio. Si quieres, puedes redactarlo para hacerlo quedar como un hombre errático y poco fiable, para que sus jefes se deshagan de él. Puedes manufacturar crisis para forzar a un bando o al otro a revelar las identidades de otros espías. En otras palabras, tú eres el amo.

Eso se llama “ataque del intermediario” y, si lo piensas, es bastante aterrador. Alguien que se interpone en tus comunicaciones puede engañarte de mil maneras.

Por supuesto, hay una forma genial de esquivar el ataque del intermediario: usar cripto. Con la cripto, no importa que el

enemigo pueda ver tus mensajes, porque no puede descifrarlos, modificarlos y reenviarlos. Es una de las razones principales para usar cripto.

Pero recuerda: para que la cripto funcione, debes las claves de la gente a la que quieres hablarle. Tu socio y tú deben compartir uno o dos secretos, unas claves que pueden utilizar para encriptar y desencriptar los mensajes con el fin de que el intermediario quede fuera.

De allí surgió la idea de las claves públicas. Es un poco complicado, pero también increíblemente elegante.

En la cripto de clave pública, cada usuario tiene dos claves. Son largas sucesiones de jerga matemática que tienen una propiedad casi mágica. Lo que codificas con una clave, lo decodificas con la otra y viceversa. Más aún, son las *únicas* claves que pueden hacerlo: si puedes descifrar un mensaje con una clave, *sabes* que fue cifrado con la otra (y viceversa).

Así que escoges cualquiera de esas dos claves (no importa cuál) y la *publicas*. La conviertes en un total *no-secreto*. Quieres que todo el mundo sepa de ella. Por razones obvias, se la llama “clave pública”.

La otra clave la escondes en los rincones más oscuros de tu mente. La proteges con tu vida. Nunca permites que nadie sepa de qué se trata. Esa se llama tu “clave privada” (obvio).

Ahora, supongamos que eres espía y que quieres hablar con tus jefes. Todo el mundo conoce la clave pública de ellos. Todo el mundo conoce tu clave pública. Nadie conoce tu clave privada, salvo tú. Nadie conoce la clave privada de tus jefes, salvo ellos.

Quieres enviarles un mensaje. Primero, lo encriptas con tu clave privada. Podrías mandar el mensaje así y funcionaría bastante bien, porque cuando tus jefes recibieran el mensaje

sabrían que proviene de ti. ¿Cómo? Porque si pueden desencriptarlo con tu clave pública, solamente pudo ser encriptado con tu clave privada. Es equivalente a poner tu sello o tu firma al final del mensaje. Es como decir: "Yo escribí esto y nadie más. Nadie pudo falsificarlo ni modificarlo".

Por desgracia, todo esto no mantiene el mensaje *en secreto*, ya que tu clave pública es realmente muy conocida (tiene que serlo o estarías limitado a enviar mensajes sólo a los pocos que tuvieran tu clave pública). Cualquiera que interceptara el mensaje podría leerlo. No pueden modificarlo y hacerlo parecer como que provino de ti, pero si no quieres que nadie se entere de lo que estás diciendo, necesitas una solución mejor.

Entonces, en lugar de encriptar el mensaje solamente con tu clave privada, *también* lo encriptas con la clave pública de tus jefes. De ese modo, lo cierras con doble candado. El primer candado —la clave pública de tus jefes— sólo se abre con la clave privada de tus jefes. El segundo candado —tu clave privada— sólo se abre con tu clave pública. Cuando tus jefes reciben el mensaje, lo abren con ambas claves y saben con seguridad que: a) tú lo escribiste y b) sólo ellos pueden leerlo.

Es muy genial. El día que lo descubrí, Darryl y yo inmediatamente intercambiamos claves y pasamos meses riéndonos con sorna y frotándonos las manos, mientras nos enviábamos mensajes sobre altos secretos militares: dónde nos encontrábamos después de la escuela o si Van alguna vez le prestaría atención.

Pero si quieres entender qué es la seguridad, debes considerar las posibilidades más paranoicas, por ejemplo: ¿y si te engaño, haciéndote creer que *mi* clave pública es la de tus jefes? Tú encriptas el mensaje con tu clave privada y mi clave pública. Yo lo desencripto, lo leo, vuelvo a encriptarlo con la *verdadera*

clave pública de tus jefes y lo envío. Desde el punto de vista de tus jefes, nadie pudo haber escrito ese mensaje, salvo tú, y nadie pudo haberlo leído, salvo ellos.

Y yo me siento en el medio, como una araña gorda en su red, y todos tus secretos me pertenecen.

La forma más fácil de arreglarlo es publicitar muy ampliamente tu clave pública. Si conocer tu clave pública es *realmente* muy sencillo para cualquier persona, el intermediario encuentra cada vez más dificultades. ¿Pero sabes qué? Lograr que las cosas sean muy conocidas es tan difícil como mantenerlas en secreto. Piénsalo: ¿cuántos miles de millones de dólares se gastan en comerciales de champú y otras mierdas para asegurar que la mayor cantidad de personas sepan lo que el publicitario quiere que sepan?

Hay una manera más barata de lidiar con los intermediarios: la red de confianza. Digamos que, antes de salir de tu cuartel general, tú y tus jefes se sientan a tomar un café y se revelan mutuamente sus claves. ¡No hay más intermediarios! Estás absolutamente seguro de quién es el dueño de las claves que posees, porque te las pusieron en las manos.

Hasta ahora, todo bien. Pero existe un límite natural: ¿con cuánta gente puedes reunirte físicamente para intercambiar claves? ¿Cuántas horas del día quieres dedicar al equivalente de escribir tú solo la guía telefónica? ¿Cuántas de esas personas están dispuestas a dedicarte tanto tiempo?

Pensar en todo esto como si fuese la guía telefónica te ayuda. Alguna vez, el mundo fue un sitio con un montón de guías telefónicas y cuando necesitabas un número lo buscabas en ese libro. Pero muchos de los números a los que querías llamar cierto día, o bien los sabías de memoria, o bien se los preguntabas a otras personas. Incluso en la actualidad, cuando salgo con

el celular, les pregunto a Jolu o a Darryl si tienen el número que estoy buscando. Es más rápido y más fácil que buscarlo en la red, y también más confiable. Si Jolu tiene un número, yo confío en él y por lo tanto también confío en el número. Eso se llama “confianza transitiva”: confianza que se desplaza por la red de nuestras relaciones.

Una red de confianza es una versión ampliada de lo mismo. Supongamos que me encuentro con Jolu y me da su clave. Yo la añado a la lista de claves que he firmado con mi clave privada. Eso significa que puedes descifrarla con mi clave pública y saber con seguridad que yo o alguien que tiene mi clave, en todo caso, estamos diciendo “esta clave pertenece a tal persona”.

Yo te entrego toda mi lista de claves y, como tú confías en que de verdad me reuní con sus dueños y verifiqué todas las claves que contiene, la aceptas y la agregas a tu lista. Después, te reúnes con otro y le entregas toda tu lista a él. La lista crece, cada vez es más larga y, siempre que tú confíes en el siguiente sujeto de la cadena y éste confíe en el siguiente de la cadena y así sucesivamente, estás bastante a salvo.

Lo que me lleva al tema de las fiestas de intercambio de claves. Que son *exactamente* lo que parecen: fiestas donde todos se reúnen para intercambiar claves con todos los demás. Mi intercambio de claves con Darryl fue una especie de mini-fiesta con apenas dos tristes invitados geek. Pero cuando hay más gente, se crea la semilla de una red de confianza que puede expandirse partiendo de allí. Conforme todos los que tienes en la lista de claves salen al mundo y se reúnen con más gente, se agregan cada vez más nombres a la red. Tú no tienes que reunirte con los nuevos, sólo confiar en que las claves que obtienes de los miembros de tu red son válidas.

Es por eso que las redes de confianza y las fiestas siempre van juntas, como la manteca de maní y el chocolate.

***

—Diles nada más que es una fiesta superprivada, sólo con invitación —dije—. Diles que no traigan a nadie o no podrán entrar.

Jolu me miró por encima de su café.

—¿Bromeas, no? Cuando dices eso, la gente trae *más* amigos.

—Grrr —dije. En esos días pasaba una noche por semana en lo de Jolu, actualizando el código de la indienet. Por hacerlo, Pigspleen de verdad me pagaba una suma de dinero no igual a cero, lo que me resultaba muy extraño. Nunca había pensado que me pagarían por escribir código—. ¿Qué hacemos entonces? Sólo queremos gente en la que realmente confiamos y no queremos decir por qué hasta tener todas las claves de todos y poder enviarles mensajes en secreto.

Jolu eliminaba bugs y yo miraba por encima de su hombro. Antes, esto se llamaba "programación extrema", lo que era un poco embarazoso. Ahora la llamamos "programación" a secas. Dos personas detectan bugs mucho mejor que una sola. Como dice el cliché: "Cuando hay suficientes ojos, todo error es superficial".

Estábamos trabajando con los informes de errores y preparándonos para lanzar la nueva versión. Todo se actualizaba automáticamente en segundo plano, de modo que los usuarios no tenían que hacer nada. Más o menos una vez por semana, despertaban y se encontraban con un programa mejor. Era

bastante inquietante saber que el código que yo escribía sería utilizado por cientos de miles de personas *mañana*.

—¿Qué hacemos? Viejo, no lo sé. Creo que tendremos que convivir con eso.

Recordé los días del *Loca Diversión en Harajuku*. Había muchos desafíos sociales que involucraban a grandes grupos de personas como parte del juego.

—OK, tienes razón. Pero al menos tratemos de mantenerlo en secreto. Diles que pueden traer, como máximo, una persona más, y que tiene que ser alguien que conocen personalmente desde hace cinco años como mínimo.

Jolu apartó la vista de la pantalla.

—Eh —dijo—. Eh, eso sí que funcionará. Ya lo estoy viendo. O sea, si me dijeras que no llevara a nadie, sólo pensaría "¿Quién diablos se cree que es?". Pero si me lo dices así parece algo estupendo de 007.

Encontré un bug. Bebimos café. Fui a casa y jugué un poco al *Botín de Relojería*, tratando de no pensar en los jugadores que daban cuerda y hacían preguntas indiscretas, y me dormí como un bebé.

***

Los baños Sutro son las auténticas ruinas romanas falsas de San Francisco. Cuando se inauguraron, en 1896, se convirtieron en los baños bajo techo más grandes del mundo: un enorme solarium victoriano de cristal, con piscinas y tinas de baño, e incluso con un precursor de los toboganes de agua. En los '50 cayeron en decadencia y en 1966 sus dueños los prendieron fuego para cobrar el seguro. Lo único que queda es un

laberinto de piedras erosionadas, empotradas en el estéril acantilado de Ocean Beach. Parecen, ni más ni menos, ruinas romanas desmoronadas y misteriosas, y justo detrás de ellas hay un grupo de cavernas que desembocan en el mar. Cuando el mar está agitado, las olas penetran en las cavernas y cubren las ruinas; hasta se sabe que, en ocasiones, han arrastrado y ahogado a algún turista.

Ocean Beach está lejos, pasando el parque Golden Gate; es un acantilado desnudo, bordeado de viviendas costosas en mal estado, que desciende hacia una playa angosta, salpicada de medusas y de surfistas valientes (locos). Apenas termina la parte poco profunda, cerca de la costa, hay una roca blanca inmensa. Se llama la Piedra de las Focas y allí solían congregarse los leones marinos hasta que los reubicaron en ambientes más amigables para el turista, en Fisherman's Wharf.

Después de que anochece, no hay casi nadie allí. Hace mucho frío, con un rocío salado que te cala hasta los huesos si se lo permites. Las rocas son afiladas y hay vidrios rotos y alguna que otra aguja desechada por los drogones.

Es un sitio genial para una fiesta.

Llevar lonas impermeables y calentadores de manos químicos fue idea mía. A Jolu se le ocurrió dónde conseguir la cerveza: su hermano mayor, Javier, tenía un amigo que manejaba todo un servicio de venta de alcohol a menores; le pagabas lo suficiente y se aparecía en el remoto lugar de la fiesta con hieleras de poliestireno y todas las bebidas que querías. Gasté un manojo del dinero que había ganado por programar la indienet y el hombre se presentó justo a tiempo —8:00 p.m., una hora después del anochecer— y descargó seis hieleras portátiles de su camioneta en las ruinas de los baños. Hasta trajo una adicional para los envases vacíos.

—Ahora no hagan locuras, chicos —dijo, golpeteando su sombrero de vaquero. Era un samoano gordo, con una enorme sonrisa y una aterradora camiseta sin mangas de la que se escapaban sus axilas, su panza y los pelos de sus hombros. Saqué billetes de veinte de mi rollo de dinero y se los entregué. Él miró el rollo.

—¿Sabes? Podría arrebatarte eso —dijo, todavía sonriendo—. A fin de cuentas, soy un delincuente.

Guardé el rollo en el bolsillo y lo miré a los ojos. Había sido una estupidez mostrarle lo que tenía, pero sabía que, a veces, hay que dejar en claro dónde estás parado.

—Estoy bromeando —dijo por fin—. Pero ten cuidado con ese dinero. No andes mostrándolo.

—Gracias —le dije—. Aunque Seguridad Interior me pescaría igual.

Su sonrisa se agrandó aún más.

—¡Ja! Ni siquiera son policías de verdad. Esos palurdos no saben nada.

Miré su camioneta. En el parabrisas, destacadamente expuesto, había un FasTrak. Me pregunté cuánto tardarían en arrestarlo.

—¿Hoy vienen chicas? ¿Por eso compraron toda esta cerveza?

Sonreí y lo saludé con la mano como si estuviera regresando a la camioneta, que era lo debería estar haciendo. Finalmente, entendió la indirecta y se marchó. Nunca dejó de sonreír.

Jolu me ayudó a esconder las hieleras entre los escombros, trabajando con pequeñas linternas LED blancas enganchadas en bandanas. Cuando estuvieron en su sitio, arrojamos unos pequeños llaveros LED blancos al interior de cada una para que

iluminaran cuando les quitáramos las tapas de poliestireno y fuese más fácil ver lo que hacíamos.

Era una noche sin luna, cubierta de nubes, y las distantes luces de la calle apenas nos alumbraban. Sabía que en un escaneo infrarrojo nos destacaríamos como llamaradas, pero no podías evitar que te observaran cuando reunías a un grupo de personas. Me contentaría con que nos echaran por celebrar una fiesta de gente un poco borracha en la playa.

La verdad, no bebo mucho. Desde que tengo 14 años hay cerveza, marihuana y éxtasis en las fiestas, pero yo odio fumar (aunque soy bastante parcial a la hora de comerme un brownie de hashish de vez en cuando), el éxtasis lleva demasiado tiempo —¿quién dispone de todo un fin de semana para volarse y después bajar?— y la cerveza, bueno, no está mal, pero para mí no es gran cosa. Mis preferidos son los cócteles grandes, elaborados, que te sirven en un volcán de cerámica, con seis capas, en llamas y con un mono de plástico en el borde, pero más que nada por hacer teatro.

En realidad me gusta estar borracho. Pero no me gusta la resaca y, maldición, siempre tengo resaca. Aunque, claro, eso puede tener relación con la clase de bebidas que te sirven en un volcán de cerámica.

Pero no se puede hacer una fiesta sin poner uno o dos cajones de cerveza en hielo. Es lo que se espera. Afloja las cosas. La gente hace estupideces después de demasiadas cervezas, pero mis amigos no son de los que tienen coche. Además, la gente hace estupideces en cualquier momento: la cerveza, la hierba o lo que sea son incidentales, no el motivo central.

Jolu y yo abrimos una cerveza cada uno —para él, una Anchor Steam; para mí, una Bud Lite— y entrechocamos las botellas, sentados en una piedra.

—¿Les dijiste a las 9:00 p.m.?

—Sí —respondió.

—Yo también.

Bebimos en silencio. La Bud Lite era lo menos alcohólico que había en las hieleras. Más tarde, necesitaría tener la cabeza fresca.

—¿Alguna vez te asustas? —dije por fin.

Se volvió para mirarme.

—No, viejo. No me asusto. Siempre estoy asustado. Estoy asustado desde el mismo minuto en que ocurrieron las explosiones. A veces estoy tan asustado que no quiero salir de la cama.

—¿Y por qué lo haces, entonces?

Sonrió. —En cuanto a eso —dijo—, tal vez no lo haga más dentro de no mucho tiempo. O sea, fue genial ayudarte. Grandioso. Excelente, de verdad. No sé si alguna vez hice algo tan importante. Pero Marcus, hermano, tengo que decirte… —Calló.

—¿Qué? —dije, aunque sabía lo que vendría a continuación.

—No puedo hacerlo para siempre —dijo al fin—. Tal vez ni siquiera durante un mes más. Creo que terminé con esto. Es demasiado arriesgado. El DSI… no puedes hacerle la guerra. Es una locura. Realmente, verdaderamente, una locura.

—Pareces Van —dije. Mi voz sonó mucho más amarga de lo que era mi intención.

—No te critico, viejo. Creo que es genial que tengas la valentía de hacer esto todo el tiempo. Pero yo no la tengo. No puedo vivir mi vida con un terror perpetuo.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que me salgo. Seré una de esas personas que actúan como si todo estuviera bien, como si todo fuera a

volver a la normalidad algún día. Voy a usar la Internet, como lo hice siempre, y la Xnet sólo para jugar. Lo que estoy diciendo es que me salgo. Ya no formaré parte de tus planes.

No dije nada.

—Sé que esto significa dejarte solo. No lo deseo, créeme. Preferiría que tú renunciaras conmigo. No puedes declararle la guerra al gobierno de los EE. UU. No vas a ganar esa lucha. Mirarte mientras lo intentas es como mirar a un pájaro que se estrella contra la ventana una y otra vez.

Él quería que le dijera algo. Y lo que *yo* quería decirle era "¡Vaya, Jolu, muchas gracias por abandonarme! ¿Te olvidas de lo que pasó cuando nos raptaron? ¿Te olvidas de cómo era el país antes de que ellos tomaran el control?". Pero eso no era lo que él quería que le dijera. Lo que quería que le dijera era:

—Entiendo, Jolu. Respeto tu decisión.

Bebió el resto de la botella, sacó otra y giró la tapa para abrirla.

—Hay algo más —dijo.

—¿Qué?

—No iba a mencionarlo, pero quiero que comprendas por qué tengo que hacer esto.

—Por Dios, Jolu, ¿*qué* ?

—Odio decir esto, pero tú eres *blanco*. Yo no. A un blanco lo agarran con cocaína y lo mandan a rehabilitación. A un moreno lo agarran con crack y lo meten en la cárcel veinte años. Los blancos ven policías en las calles y se sienten seguros. Los morenos vemos policías en las calles y nos preguntamos si están a punto de palparnos de armas. ¿Hablas de cómo te trata el DSI? La ley de este país siempre fue así con nosotros.

Era tan injusto. Yo no había pedido ser blanco. No me creía más valiente sólo por ser blanco. Pero sabía a qué se refería

Jolu. Si la policía paraba a alguien en Mission, pidiéndole que les mostrara alguna identificación, había altas probabilidades de que no fuera un blanco. Cualquier riesgo que yo estuviera corriendo, para Jolu era mayor. Cualquier pena que yo tuviera que cumplir, la de Jolu sería mayor.

—No sé qué decir —respondí.

—No tienes que decir nada —dijo—. Sólo quería que lo supieras para que me entendieras.

Vi gente que se acercaba hacia nosotros, caminando por la senda lateral. Eran amigos de Jolu, dos chicos mexicanos y una chica que yo conocía de por ahí, de baja estatura y medio geek, que siempre llevaba unas bonitas gafas negras estilo Buddy Holly que la hacían parecer la estudiante de arte marginada que regresa convertida en mujer exitosa en las películas adolescentes.

Jolu me presentó y les di cerveza. La chica no aceptó; en cambio, sacó de su bolso una petaca plateada con vodka y me ofreció un trago. Bebí un trago —el gusto por el vodka tibio debe de ser adquirido— y elogié la petaca, que estaba repujada con un motivo repetitivo de los personajes de Parappa el Rapero.

—Es japonesa —me dijo, mientras yo pasaba otro llavero con luces LED sobre la petaca—. Tienen juguetes geniales relacionados con el alcohol, basados en juegos para chicos. Totalmente enfermo.

Me presenté y se presentó. “Ange”, dijo, y me estrechó la mano con la suya… seca, tibia, de uñas cortas. Jolu me presentó a sus amigos, a los que conocía desde el campamento informático de cuarto grado. Apareció más gente: cinco, diez, luego veinte. Ahora ya era un grupo bien grande.

Les habíamos dicho que llegaran a las 9:30 en punto y esperamos hasta las 9:45 para ver cuántos venían en total. Unos tres cuartos eran amigos de Jolu. Yo había invitado a todos en los que realmente confiaba. O bien yo discriminaba más que él, o bien era menos popular. Ahora que me había dicho que renunciaba, se me ocurrió que seguramente discriminaba menos. Estaba de verdad enojado con él, pero trataba de no demostrarlo, concentrándome en socializar con otra gente. Pero Jolu no era estúpido. Sabía lo que me estaba pasando. Advertí que estaba muy decaído. Bien.

—OK —dije, trepándome a una ruina—. OK, ¡eh!, ¿hola? —Algunos que estaban cerca me prestaron atención, pero los del fondo siguieron charlando. Subí los brazos como un referí, pero estaba muy oscuro. Por fin, se me ocurrió la idea de encender el llavero LED y apuntar con la luz a cada uno de los que charlaban y luego a mí mismo. Gradualmente, fueron quedándose en silencio.

Les di la bienvenida y les agradecí a todos por venir; después, les pedí que se acercaran para que les explicara por qué estábamos allí. Me di cuenta de que todos eran conscientes de la confidencialidad de todo esto, de que estaban intrigados y un poco encendidos por la cerveza.

—Bien, esto es así. Todos ustedes usan la Xnet. No es coincidencia que la Xnet se haya creado justo después de que el DSI tomó el control de la ciudad. Los que crearon esta red forman una organización dedicada a las libertades personales y lo hicieron para mantenernos a salvo de los espías y las fuerzas del orden del DSI. —Jolu y yo habíamos preparado esto por anticipado. No queríamos dejar traslucir ante nadie que éramos nosotros los que estábamos detrás de todo esto. Era demasiado riesgoso. En cambio, queríamos quedar como dos simples

tenientes del ejército de “M1k3y”, que actuaban como organizadores de la resistencia local—. La Xnet no es pura. El bando contrario puede usarla con tanta facilidad como nosotros. Sabemos que ahora mismo hay espías del DSI que la usan. Utilizan trampas de manipulación social y tratan de hacernos revelar nuestra identidad para poder arrestarnos. Si queremos que la Xnet tenga éxito, hay que pensar en cómo hacer para evitar que nos espíen. Necesitamos una red dentro de la red.

Hice una pausa para dejar que lo asimilaran. Jolu había sugerido que todo esto podía resultar un poco fuerte: enterarse de que estás a punto de ingresar en una célula revolucionaria.

—Ahora bien, no estoy aquí para pedirles que hagan nada activamente. No tienen que salir a clonar ni nada. Los hemos traído porque sabemos que tienen buena onda, sabemos que son de fiar. Es esa confianza lo que quiero que aporten esta noche. Algunos ya estarán familiarizados con las redes de confianza y las fiestas de intercambio de claves, pero lo explicaré brevemente para el resto…

Cosa que hice.

—Bien, lo que quiero que hagan esta noche es que conozcan a los que están aquí y decidan hasta qué punto pueden confiar en ellos. Los ayudaremos a generar pares de claves y a compartirlas entre ustedes.

Esa parte era complicada. Pedirles que trajeran sus laptops no habría resultado, pero necesitábamos hacer algo tremendamente complejo que no funcionaría muy exactamente que digamos si usábamos lápiz y papel.

Levanté la laptop que Jolu y yo habíamos reconstruido desde cero la noche anterior.

—Confío en esta máquina. Instalamos todos sus componentes con nuestras propias manos. Usa una versión del

ParanoidLinux recién sacada de su caja, booteada del DVD. Si queda una sola computadora confiable en el mundo, bien puede ser esta.

»Aquí tengo cargado un generador de claves. Ustedes se acercan, ponen algo al azar… oprimiendo varias teclas, sacudiendo el mouse… y el programa lo usará como semilla para crearles una clave pública y una privada que se mostrará en la pantalla. Pueden tomar una foto de la clave privada con el celular y luego pulsar cualquier tecla para hacerla desaparecer para siempre; no queda almacenada en el disco ni nada. Después, verán la clave pública. En ese momento, llaman a toda la gente de aquí en la que confíen y que confía en ustedes, y *ellos* sacan una foto de la pantalla con el dueño de la clave parado junto a la máquina para que sepan a quién pertenece esa clave.

»Cuando vuelvan a casa, tienen que convertir esas fotos en claves. Lamento decirles que es mucho trabajo, pero tendrán que hacerlo una sola vez. Tienen que ser supercuidadosos cuando las escriben… un error y están jodidos. Por suerte, tenemos un modo de descubrir si lo hicieron bien: debajo de la clave aparecerá un número mucho más corto, que se llama 'huella digital'. Cuando terminen de escribir la clave, generen una huella digital de eso y compárenla con la original; si coinciden, está bien.

Todos me miraban atónitos. OK, les había pedido que hicieran algo bastante raro, es cierto, pero aún así…

Capítulo 11

Jolu se puso de pie.

—Así se empieza, chicos. Así es como sabemos de qué lado está cada uno. Puede que no estén dispuestos a tomar las calles y ser arrestados por sus creencias, pero si *tienen* creencias con esto nos enteraremos. Con esto, crearemos la red de confianza que nos dirá quién está dentro y quién fuera. Si pretendemos recuperar nuestro país alguna vez, necesitamos hacerlo. Necesitamos hacer algo así.

Alguien del público —era Ange— tenía el brazo en alto, sosteniendo una botella de cerveza.

—Considérame estúpida, pero no entiendo nada de esto. ¿Por qué quieren que lo hagamos?

Jolu me miró y yo lo miré. Nos pareció tan obvio cuando lo estábamos organizando…

—La Xnet no es solamente una forma de jugar gratis —siguió Jolu—. Es la última red de comunicaciones abiertas de los EE. UU. Es la última manera que nos queda de comunicarnos sin que nos espíe el DSI. Para que funcione, necesitamos saber que la persona con la que hablamos no es un espía. Lo que implica saber que la persona a la que le enviamos mensajes es quien pensamos que es. Es allí donde entran ustedes. Todos están

aquí porque son de confianza. Es decir, porque realmente confiamos en ustedes. Les confiamos nuestra vida.

Algunos gruñeron. Sonaba melodramático y tonto.

Volví a ponerme de pie.

—Cuando explotaron las bombas… —dije, y algo me subió por el pecho, algo doloroso—. Cuando explotaron las bombas, nos atraparon a cuatro en la calle Market. Por alguna razón, el DSI decidió que eso nos convertía en sospechosos. Nos pusieron bolsas en la cabeza, nos subieron a un barco y nos interrogaron durante días. Nos humillaron. Jugaron con nuestras mentes. Después nos dejaron ir. A todos, menos a uno. Mi mejor amigo. Estaba con nosotros cuando nos llevaron. Lo habían herido y necesitaba atención médica. Nunca volvió a salir. Ellos dicen que nunca lo vieron. Dicen que si alguna vez contamos todo esto, nos arrestarán y nos harán desaparecer. Para siempre.

Estaba temblando. La vergüenza. La maldita vergüenza. Jolu me apuntaba con la luz.

—Oh, Dios —dije—. Ustedes son los primeros a los que les cuento. Si esta historia se difunde, estén seguros de que ellos sabrán quién la filtró. Estén seguros de que vendrán a golpear mi puerta. —Respiré profundamente un poco más—. Por eso me ofrecí de voluntario en la Xnet. Porque mi vida, de ahora en adelante, es pelear contra el DSI. Con todo mi aliento. Todos los días. Hasta que volvamos a ser libres. Ahora cualquiera de ustedes podría mandarme a la cárcel si quisiera.

Ange volvió a levantar la mano.

—No vamos a delatarte —dijo—. De ninguna manera. Conozco prácticamente a todos los que están aquí y puedo asegurarlo. No sé cómo decidir en quién confiar, pero sé en quién *no* confiar: en los mayores. En nuestros padres. En los adultos.

Cuando piensan en espiar a alguien, piensan en *otra* persona, en un malhechor. Cuando piensan en capturar a alguien y enviarlo a una prisión secreta, piensan en *otra* persona: en un moreno, en un joven, en un extranjero.

»Se olvidan de cómo es tener nuestra edad. ¡Ser objeto de sospechas *todo el tiempo*! ¿Cuántas veces nos hemos subido al autobús y todos y cada uno de los que están allí sentados nos han mirado como si estuviéramos haciendo gárgaras con mierda y desollando perritos?

»Para colmo, se convierten en adultos a una edad cada vez menor. Hace mucho, solían decir "No confíes en nadie mayor de 30". ¡Yo digo que no confíen en ningún cabrón mayor de 25!

Eso motivó risas y ella también se rió. Era extrañamente bonita, medio caballuna: rostro alargado, mandíbula alargada.

—En realidad no estoy bromeando ¿saben? Es decir, piénsenlo. ¿Quién eligió a estos payasos imbéciles? ¿Quién les permitió invadir la ciudad? ¿Quién votó a favor de poner cámaras en nuestras aulas y de seguirnos a todos lados con los asquerosos chips espías de nuestros pases de viaje y de los coches? No fueron los que tienen dieciséis años. Puede que seamos tontos, puede que seamos jóvenes, pero no somos escoria.

—Quiero poner eso en una camiseta —le dije.

—Estaría bueno —dijo ella. Intercambiamos sonrisas—. ¿Dónde voy para que me den mis claves? —dijo, sacando el celular.

—Lo haremos allá, en la zona aislada, junto a las cuevas. Te llevaré y prepararé todo; después, haces lo tuyo y circulas por aquí con la máquina para que tus amigos tomen las fotos de tu clave pública y la escriban cuando vuelvan a casa. —Levanté la voz—. ¡Ah! ¡Una cosa más! Dios, no puedo creer que me olvidé de esto. *Borren esas fotos ni bien terminen de escribir las*

claves! Lo último que queremos es una galería de Flickr lleno de fotos de nosotros conspirando.

Se oyeron unas risas nerviosas, pero bien intencionadas, y después Jolu apagó la luz y, con la repentina oscuridad, quedé como ciego. Gradualmente, mis ojos se adaptaron y me dirigí a la cueva. Alguien caminaba detrás de mí. Ange. Me di vuelta, le sonreí y ella sonrió: dientes luminosos en la oscuridad.

—Gracias por aquello —le dije—. Estuviste genial.

—¿Hablas de lo que dijiste de la bolsa en la cabeza y todo lo demás?

—Fue en serio —dije—. Sucedió. Nunca se lo conté a nadie, pero sucedió. —Lo pensé un momento—. ¿Sabes? En el tiempo que pasó desde el incidente sin que yo dijera nada, comencé a sentirlo como un mal sueño. Pero fue real. —Me detuve y trepé hasta la cueva—. Me alegro de haberlo contado por fin. Si hubiese esperado más, quizás habría comenzado a dudar de mi propia cordura.

Coloqué la laptop sobre una roca seca y la encendí desde el DVD, bajo la mirada de ella.

—La voy a reiniciar con cada uno. Es un disco de ParanoidLinux estándar, aunque supongo que tendrás que confiar en mi palabra.

—Diablos —dijo ella—. Todo esto se basa en la confianza ¿no?

—Sí —dije—. Confianza.

Retrocedí a cierta distancia mientras ella hacía correr el generador de claves; la escuchaba teclear y mover el mouse para generar aleatoriedad y oía el golpe del oleaje y los ruidos de celebración que provenían del sitio donde estaba la cerveza.

Ange salió de la cueva con la laptop en las manos. Allí, en enormes letras blancas y luminosas, se leían su clave pública,

su huella digital y su dirección de correo electrónico. Sostuvo la pantalla junto a su rostro y esperó a que yo sacara mi teléfono.

—*Cheese* —dijo para sonreír.

Le tomé una foto y volví a guardarme la cámara en el bolsillo. Ella se puso a caminar entre los presentes y permitió que sacaran fotos de ella y la pantalla. Era festivo. Divertido. Realmente, ella tenía mucho carisma: no querías reírte de ella, querías reírte *con* ella. Y, diablos… ¡era raro! Estábamos declarándole una guerra secreta a la policía secreta. ¿Quién mierda nos creíamos que éramos?

Y así siguió durante una hora, más o menos: todos tomando fotos y haciendo claves. Llegué a conocer a todos los presentes. Ya conocía a muchos; algunos eran invitados míos y otros eran amigos de mis conocidos, o conocidos de mis amigos. Todos debíamos hacernos amigos. Cuando terminó la noche, lo éramos. Todos eran buenas personas.

Cuando terminaron, Jolu fue a hacerse las claves y me dio la espalda, sonriéndome como una oveja. Pero ya se me había pasado la rabia contra él. Él estaba haciendo lo que debía. Yo sabía que, dijera lo que dijese, siempre podría contar con él. Y habíamos estado juntos en la cárcel del DSI. Van también. Sin importar qué ocurriera, eso nos uniría para siempre.

Hice mis claves y desfilé entre la pandilla, dejando que todos sacaran fotos. Después, volví a subirme a la ruina desde la que había hablado antes y pedí atención.

—Muchos de ustedes han notado que hay una falla crucial en este procedimiento: ¿qué pasa si esta laptop no es confiable? ¿Qué pasa si está grabando secretamente nuestras instrucciones? ¿Qué pasa si nos está espiando? ¿Qué pasa si José Luis y yo no somos de fiar?

Más risas nerviosas bien intencionadas. Un poco más excitadas que antes, con más cerveza encima.

—Hablo en serio —dije—. Si estuviéramos en el lado equivocado, nos meteríamos… *ustedes* se meterían en un enorme problema. La cárcel, quizás.

Los risas se volvieron más nerviosas.

—Por esa razón voy a hacer esto —dije, y recogí un martillo que había sacado de la caja de herramientas de papá. Apoyé la laptop sobre la piedra, junto a mí, y balanceé el martillo hacia atrás, mientras Jolu seguía el movimiento con la luz de su llavero.

Crash… Siempre había soñado con destrozar una laptop a martillazos y ahora lo estaba haciendo. Era una sensación pornográficamente buena. Y mala.

¡Paf! Se cayó la tapa, convertida en millones de pedazos, dejando el teclado al descubierto. Seguí golpeando hasta que se salió el teclado, dejando al aire la placa madre y el disco duro. ¡Crash! Apunté directo al disco duro, dándole con todas mis fuerzas. Hicieron falta tres golpes para partir en dos la carcasa protectora y dejar expuesto el frágil disco de su interior. Continué golpeando hasta que no quedó nada más grande que un encendedor de cigarrillos y luego puse todo en una bolsa de basura. La gente vitoreaba enloquecida, tan fuerte que realmente me preocupó que alguien oyera desde lejos, por encima del ruido del oleaje, y llamara a la policía.

—¡Muy bien! —grité—. Ahora, si me acompañan, voy a llevar esto al mar y a sumergirlo en agua salada durante diez minutos.

Al principio, nadie se acercó, pero después Ange dio un paso adelante, me tomó del brazo con su mano tibia, me dijo “Eso fue hermoso” al oído y marchamos juntos rumbo al mar.

En la orilla había una oscuridad perfecta y traicionera, incluso con las luces de los llaveros encendidas. Había rocas resbaladizas y afiladas sobre las que ya era difícil caminar sin tratar de mantener el equilibrio llevando tres kilos de electrónica despedazada en una bolsa de plástico. Resbalé una vez y pensé que me iba a cortar, pero ella me sujetó con una fuerza sorprendente y me mantuvo de pie. Con el tirón, quedé muy cerca de ella, tan cerca como para sentir su perfume, que olía a coche nuevo. Me encanta ese olor.

—Gracias —logré decirle, mirando esos ojos grandes que sus gafas masculinas, de marco negro, magnificaban aún más. En la oscuridad, no pude percibir de qué color eran, pero supuse que serían oscuros, basándome en su cabello oscuro y cutis oliváceo. Parecía mediterránea, tal vez griega, española o italiana.

Me agaché y sumergí la bolsa en el mar, dejando que se llenara de agua salada. Me resbalé un poco y me empapé el zapato; lancé un insulto y ella rió. Casi no habíamos dicho nada en el trayecto hasta el océano. Había algo mágico en nuestro silencio sin palabras.

A esas alturas, yo había besado un total de tres chicas en mi vida, sin contar cuando regresé a la escuela y recibí la bienvenida de un héroe. No era una cantidad formidable, pero tampoco minúscula. Tengo un radar de chicas bastante razonable y creo que podría haberla besado. No estaba bu3n4 en el sentido tradicional del término, pero algo pasa cuando hay una chica, una noche y una playa; además, ella era inteligente, apasionada y comprometida.

Pero no la besé ni la tomé de la mano. En cambio, compartimos un momento que sólo puedo describir como espiritual. El oleaje, la noche, el mar, las rocas y nuestra respiración. El

momento se extendió. Suspiré. Había sido toda una experiencia. Esa noche tenía mucho que escribir, tenía que poner esas claves en mi lista, firmarlas y publicar las claves firmadas. Inaugurar la red de confianza.

Ella también suspiró.

—Vamos —le dije.

—Sí —dijo ella.

Regresamos. Fue una buena noche, aquella noche.

***

Jolu esperó a que viniera el amigo de su hermano a recoger las hieleras. Yo me fui caminando con los demás por la carretera, hasta la parada más cercana del autobús municipal, y lo abordamos. Por supuesto, ninguno usó un pase municipal. Para ese entonces, todos los usuarios de la Xnet habitualmente clonábamos el pase de otras personas tres o cuatro veces por día, asumiendo una nueva identidad para cada viaje.

En el autobús fue difícil mantener la calma. Estábamos todos un poco borrachos y mirarnos las caras bajo las brillantes luces del autobús era bastante cómico. Nos pusimos ruidosos y el conductor nos dijo dos veces, por el intercomunicador, que bajáramos la voz; después, nos dijo que nos calláramos de inmediato o llamaría a la policía.

Eso nos hizo reír de nuevo y nos bajamos en masa antes de que llamara a la policía en serio. Ahora estábamos en North Beach y había muchos autobuses, taxis, el BART de la calle Market, discotecas con luces de neón y cafés en donde dispersar el grupo, así que nos separamos.

Llegué a casa, encendí la Xbox y comencé a copiar las claves de la pantalla del teléfono. Era un trabajo monótono, hipnótico. Como estaba algo borracho, comencé a adormilarme.

Estaba a punto de dormirme del todo cuando se abrió una ventana nueva con un mensaje instantáneo.

>¡Hola!

No reconocí el seudónimo —spexgirl—, pero tenía una idea de quién estaba detrás de él. Cautelosamente, escribí:

>Hola.

>Soy yo, la de esta noche.

Después, pegó un bloque de cripto. Yo ya había ingresado su clave pública en la lista, de modo que le dije al cliente de mensajería que intentara desencriptar el código con esa clave.

>Soy yo, la de esta noche.

¡Era ella! Escribí:

>Qué casualidad encontrarte aquí.

Después, lo encripté para mi clave pública y lo envié. Luego puse:

>Fue sensacional conocerte.

>Lo mismo digo. No conozco muchos chicos inteligentes que además son guapos y se comprometen con lo social. Por dios, hombre. No le dejas muchas opciones a una chica.

El corazón se me salía del pecho.

>¿Hola? Toc toc. ¿Esto está encendido? No nací aquí, pero seguro que moriré aquí. No te olvides de la propina para las camareras; trabajan mucho. Estoy aquí toda la semana.

Me reí muy fuerte.

>Aquí estoy, aquí estoy. Riéndome tanto que no puedo escribir.

>Bien, al menos mis pasos de comedia por mensaje instantáneo siguen siendo poderosos.

Mmm.

>Fue realmente sensacional conocerte.

>Sí, por lo general lo es. ¿Dónde vas a llevarme?

>¿Llevarte?

>En nuestra próxima aventura.

>La verdad, no tenía nada planeado.

>Oki… entonces te llevaré YO. Sábado. Parque Dolores. Concierto ilegal al aire libre. El que no va es un dodecaedro.

>Espera… ¿qué?

>¿No lees la Xnet? Está en todos lados. ¿Alguna vez has oído de las Speedwhores?

Casi me atraganto. Era la banda de Trudy Doo… Trudy Doo, la mujer que nos pagaba a Jolu y a mí por actualizar el código de la indienet.

>Sí, he oído de ellas.

>Están organizando un espectáculo enorme y ya tienen unas cincuenta bandas que se sumaron al concierto. Lo hacen en las canchas de tenis; van a llevar sus propios camiones con amplificación y a rockear toda la noche.

Me sentí como si viviera debajo de una piedra. ¿Cómo me lo había perdido? En la calle Valencia había una librería anarquista por la que pasaba, a veces, cuando iba camino a la escuela y que tenía un afiche de una vieja revolucionaria llamada Emma Goldman, con esta leyenda: “Si no puedo bailar no quiero ser parte de tu revolución”. Había gastado todas mis energías pensando en cómo usar la Xnet para organizar a los dedicados luchadores de la interferencia al DSI, pero esto era muchísimo más atractivo… un gran concierto. No tenía idea de cómo organizarlo, pero me alegraba saber que otros sí.

Y, ahora que lo pensaba, me daba un tremendo orgullo que usaran la Xnet para organizarlo.

***

Al día siguiente era un zombi. Ange y yo habíamos chateado (coqueteado) hasta las 4:00 de la madrugada. Por suerte para mí, era sábado y pude seguir durmiendo pero, entre la resaca y la falta de sueño, apenas lograba poner dos ideas juntas.

A la hora del almuerzo, me las ingenié para levantarme y salir a la calle. Caminé a los tumbos hacia lo del turco para comprarme un café; en esos días, si estaba solo, siempre compraba café allí, como si el turco y yo formáramos parte de un club secreto.

En el camino, vi un montón de graffitis nuevos. Me gustaban los graffitis de Mission; muchas veces eran murales enormes, exquisitos, o esténciles sarcásticos de los estudiantes de arte. Me gustaba que los artistas del graffiti de Mission siguieran con su trabajo bajo las narices del DSI. Otra clase de Xnet, supongo; debían de tener mil formas de saber lo que estaba ocurriendo, dónde conseguir pintura, qué cámaras funcionaban. Noté que habían tapado algunas cámaras con pintura en aerosol.

¡Tal vez usaban la Xnet!

Pintadas con letras de tres metros de altura, en un flanco del muro de un cementerio de autos, se leían estas palabras chorreadas: NO CONFÍES EN NADIE MAYOR DE 25.

Me detuve. ¿Alguien se había ido de mi “fiesta” de anoche para venir aquí con una lata de pintura? Muchos de ellos vivían en este barrio.

Compré el café y di un pequeño paseo por la ciudad, sin rumbo fijo, pensando todo el tiempo en llamar a alguien para

ver si quería que alquiláramos una película o algo. Así eran los sábados ociosos como este. ¿Pero a quién iba a llamar? Van no me hablaba. No creía estar listo para hablar con Jolu, y Darryl… Bueno, no podía llamar a Darryl.

Volví a casa con el café y navegué un poco por los blogs de la Xnet. Era imposible rastrear a los autores de esos anoniblogs (a menos que el autor fuera tan estúpido como para poner su nombre) y había muchos. Casi todos eran apolíticos, pero muchos otros no. Hablaban de las escuelas y de las injusticias que había allí. Hablaban de la policía. De los graffitis.

Resulta que había planes para hacer el concierto del parque desde hacía semanas. La noticia había saltado de blog en blog, convirtiéndose en un verdadero movimiento sin que yo lo advirtiera. Y el concierto se llamaba “No Confíes En Nadie Mayor De 25″.

Bien. Eso explicaba de dónde lo había sacado Ange. Era un buen eslogan.

***

El lunes por la mañana decidí que quería volver a la librería anarquista, para ver si podía comprarme un afiche de Emma Goldman. Necesitaba ese recordatorio.

Camino a la escuela, me desvié hasta la 16 y Mission; después, por Valencia y cruzando. La tienda estaba cerrada, pero miré el horario colgado en la puerta y me cercioré de que aún tuvieran el afiche.

Mientras iba por Valencia, me quedé atónito al ver cuántas cosas de NO CONFÍES EN NADIE MAYOR DE 25 había por allí. La mitad de las tiendas tenían mercadería NO CONFÍES en

las vitrinas: portaviandas, camisetas de mujer, cajas para lápices, gorros de camionero. Por supuesto: las tiendas de onda reaccionan cada vez más rápido. Los nuevos memes invaden la red en el transcurso de uno o dos días y las tiendas mejoran su capacidad de exhibir mercaderías a tono en las vitrinas. Si el lunes aterriza en tu casilla de correo un video cómico de YouTube que muestra a un sujeto volando con jet-packs de agua carbonatada, el martes ya puedes comprar camisetas con fotogramas de ese video.

Pero me asombró ver que algo había saltado directamente de la Xnet a las tiendas más importantes. Gastados jeans de diseño exclusivo, con el eslogan escrito cuidadosamente en tinta de bolígrafo escolar. Parches bordados.

Las buenas noticias viajan rápido.

La frase estaba escrita en la pizarra cuando llegué al aula de Estudios Sociales de la Sra. Gálvez. Nos sentamos en los pupitres, todos sonriendo al verla. La idea de que todos podíamos confiar en todos, de que era posible identificar al enemigo, inspiraba una profunda alegría. Yo sabía que no era totalmente cierta, pero tampoco totalmente falsa.

La Sra. Gálvez entró, se acomodó el cabello dándole unas palmaditas, colocó el LibroEscolar sobre el escritorio y lo encendió. Tomó una tiza y se volvió hacia la pizarra. Todos reímos. Sin mala intención, pero reímos.

Ella se dio vuelta y también reía.

—Parece que la inflación también afecta a los escritores de slogans de la nación. ¿Cuántos de ustedes saben de dónde proviene esa frase?

Nos miramos. “¿De los hippies?”, dijo alguien y nos reímos. Los hippies andan por toda San Francisco, tanto los viejos fumones de sucias barbas gigantescas y ropa batik como los de la

nueva especie, más interesados en la vestimenta y tal vez en jugar a la pelota con bolsitas de hierba que en protestar contra algo.

—Bien, sí, de los hippies. Pero cuando pensamos en los hippies hoy en día sólo pensamos en la ropa y la música. La ropa y la música eran accesorias a la parte principal de todo lo que hizo importante a esa época, la de los años sesenta.

»Ya están enterados del movimiento por los derechos civiles para terminar con la segregación. Había como ustedes, blancos y negros, que viajaban al sur en autobús para inscribir votantes negros y protestar contra el racismo oficial del estado. California fue uno de los lugares de donde salieron los principales líderes de los derechos civiles. Siempre hemos estado un poco más politizados que el resto del país y también somos la región donde los negros lograron que, en las fábricas, se les asignaran los mismos puestos de trabajo sindicalizados que a los blancos, de modo que estaban un poco mejor que sus primos sureños.

»Los estudiantes de Berkeley enviaban al sur un flujo constante de defensores de la libertad; los reclutaban poniendo mesas de información en el campus, en Bancroft y la Avenida Telegraph. Probablemente han visto que, en la actualidad, aún ponen mesas allí.

»En fin, la institución trató de callarlos. El presidente de la universidad prohibió las organizaciones políticas dentro de las instalaciones, pero los jóvenes defensores de los derechos civiles no se detuvieron. La policía intentó arrestar a un muchacho que repartía folletos en una de las mesas; lo metieron en un furgón, pero 3.000 estudiantes rodearon el vehículo e impidieron que se moviera. No iban a permitir que llevaran a la cárcel a ese chico. Se pararon sobre el furgón y lanzaron arengas sobre la Primera Enmienda y la Libertad de Opinión.

»El incidente galvanizó el Movimiento por la Libertad de Opinión. Ese fue el comienzo de los hippies, pero además surgieron movimientos estudiantiles más radicales. Grupos activistas negros como las Panteras Negras y, más tarde, grupos a favor de los derechos de los gays como las Panteras Rosas. Grupos femeninos de ideas drásticas, incluidas las “lesbianas separatistas”... ¡que, lisa y llanamente, querían prohibir a los hombres! Y los yippies. ¿Alguien ha oído hablar de los yippies?

—¿No hicieron levitar el Pentágono? —dije. Había visto un documental sobre el tema alguna vez.

Ella rió. —Me había olvidado de eso, pero sí, ¡fueron ellos! Los yippies eran hippies muy politizados, pero no eran serios como imaginamos que son los políticos de hoy. Eran muy traviesos. Bromistas. Regalaron dinero, arrojándolo al aire, en el interior de la Bolsa de Valores de Nueva York. Marcharon alrededor del Pentágono con cientos de manifestantes, pronunciando un hechizo mágico que supuestamente lo haría levitar. Inventaron un LSD ficticio que se podía rociar con pistolas de agua y se dispararon mutuamente, para luego fingir que estaban drogados. Eran cómicos y un éxito de la TV. Un yippie, un payaso llamado Wavy Gravy, solía reunir a cientos de manifestantes disfrazados de Santa Claus, con la intención de que, esa noche, las cámaras de los noticieros mostraran a los oficiales de policía arrestando a Papá Noel, llevándoselo a la rastra... Movilizaban a mucha gente.

»El gran momento de los yippies fue la Convención Democrática Nacional de 1968, cuando convocaron a organizar protestas contra la guerra de Vietnam. Miles de manifestantes invadieron Chicago, durmiendo en las plazas y montando piquetes todos los días. Aquel año hicieron muchísimas bromas bizarras, como nominar a un cerdo llamado Pigasus para

candidato a presidente. La policía y los manifestantes peleaban en las calles; ya había sucedido muchas veces, pero los policías de Chicago no tuvieron la astucia de dejar en paz a los periodistas. Apalearon a los periodistas y los periodistas se tomaron revancha mostrando lo que de verdad ocurría en esas protestas, de modo que todo el país vio a la policía de Chicago golpeando salvajemente a sus jóvenes. Lo llamaron "el motín policial".

»A los yippies les encantaba decir 'No confíes en nadie mayor de 30′. Se referían a que los nacidos antes de cierta época, cuando los EE. UU. peleaban contra enemigos como los nazis, nunca podrían entender lo que significaba amar tanto al país como para negarse a pelear contra los vietnamitas. Pensaban que, cuando llegábamos a los 30, nuestra actitud ya estaba anquilosada y que jamás podríamos comprender por qué los jóvenes de ese momento tomaban las calles, abandonaban sus estudios, perdían los estribos.

»San Francisco era el epicentro de todo esto. Aquí se fundaron ejércitos revolucionarios. Algunos volaban edificios o robaban bancos para la causa. Muchos de esos chicos crecieron y se volvieron más o menos normales, pero otros acabaron en prisión. Algunos de los que abandonaron la universidad hicieron cosas asombrosas más tarde… por ejemplo, Steve Jobs y Steve Wozniak, que fundaron Apple Computers e inventaron la PC.

Esto sí que me interesaba. Algo sabía, pero nunca me lo habían contado así. O tal vez nunca me había importado tanto como me importaba ahora. De pronto, esas marchas de protesta de los adultos, apáticas, solemnes, no me parecían tan apáticas. Quizás había espacio para esa clase de actividad en el movimiento Xnet.

Levanté la mano.

—¿Ganaron? ¿Los yippies ganaron?

La Sra. Gálvez me miró largamente, como si lo estuviera pensando. Nadie dijo una palabra. Todos queríamos oír la respuesta.

—No perdieron —dijo—. Digamos que implotaron un poco. Algunos fueron a la cárcel por drogas y otras cosas. Algunos cambiaron de rumbo, se volvieron yuppies y entraron en el circuito de las conferencias para contarles a todos lo estúpidos que habían sido, para hablar de las bondades de la ambición y de la tontería que habían cometido.

»Pero sí cambiaron el mundo. La guerra de Vietnam terminó y el conformismo y la obediencia sin cuestionamientos que la gente llamaba “patriotismo” pasaron de moda muy notoriamente. Se avanzó muchísimo con los derechos de los negros, los derechos de las mujeres y los derechos de los homosexuales. Los derechos de los chicanos, de los discapacitados… toda nuestra tradición a favor de las libertades civiles surgió o se fortaleció gracias a esa gente. El movimiento de protesta de hoy es descendiente directo de aquellas luchas.

—No puedo creer que hable así de ellos —dijo Charles desde su silla, tan inclinado hacia delante que ya casi estaba de pie; su rostro afilado, delgado, se había puesto rojo. Tenía ojos grandes y húmedos, labios carnosos, y cuando se exaltaba se parecía levemente a un pez.

La Sra. Gálvez se envaró un poco y dijo:

—Continúa, Charles.

—Acaba de describir a unos terroristas. Verdaderos terroristas. Volaban edificios, dijo usted. Trataron de destruir la Bolsa de Valores. Le pegaban a la policía y le impedían arrestar a los que violaban la ley. ¡Nos atacaban!

La Sra. Gálvez asintió lentamente. Advertí que estaba tratando de resolver cómo manejar a Charles, que realmente parecía a punto de reventar.

—Charles nos presenta un buen argumento. Los yippies no eran agentes extranjeros; eran ciudadanos norteamericanos. Cuando dices "nos atacaban", debes determinar quiénes son "ellos" y quiénes "nosotros". Cuando se trata de tus compatriotas…

—¡Sandeces! —gritó él. Ahora estaba de pie—. En aquel momento estábamos en guerra. Esos tipos le daban apoyo y consuelo al enemigo. Es fácil determinar quiénes son ellos y quiénes nosotros: si apoyas a los EE. UU., eres nosotros. Si apoyas a los que balean a los norteamericanos, eres *ellos*.

—¿Alguien más quiere hacer comentarios sobre esto?

Se alzaron rápidamente varias manos. La Sra. Gálvez los hizo hablar. Algunos señalaron que el motivo de que los vietnamitas balearan a los norteamericanos era que los norteamericanos habían viajado hasta Vietnam para ponerse a correr por toda la jungla con armas en la mano. Otros pensaban que Charles estaba en lo cierto, que no debía permitirse que la gente cometiera actos ilegales.

Todos debatían muy bien, salvo Charles, que sólo les gritaba a todos y los interrumpía cuando trataban de exponer sus ideas. La Sra. Gálvez trató de obligarlo a esperar su turno un par de veces, pero él hizo oídos sordos.

Yo estaba buscando algo en el LibroEscolar, algo que sabía que había leído.

Lo encontré. Me puse de pie. La Sra. Gálvez me miró, expectante. Los demás siguieron su mirada y se callaron. Hasta Charles me miró después de un momento, con sus grandes ojos húmedos que ardían de odio hacia mí.

—Quería leer algo —dije—. Es corto. “Los gobiernos se instituyen entre los hombres, derivando sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; cuando una forma de gobierno se vuelve destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios y a organizar sus poderes en la forma que, a su juicio, ofrezca las mayores probabilidades de hacer efectiva su seguridad y felicidad”.

Capítulo 12

La Sra. Gálvez sonreía de oreja a oreja.

—¿Alguien sabe de dónde proviene eso?

Un puñado de chicos coreó:

—La Declaración de la Independencia.

Asentí.

—¿Por qué lo has leído, Marcus?

—Porque parece que los fundadores de este país dijeron que los gobiernos deben mantenerse en la medida en que creamos que funcionan para nosotros y que si dejamos de creer en ellos deberíamos derrocarlos. Dice eso ¿no?

Charles meneó la cabeza.

—¡Fue hace cientos de años! —dijo—. ¡Ahora las cosas son diferentes!

—¿Qué es lo diferente?

—Bueno, por empezar, ya no tenemos rey. Ellos hablaban de un gobierno que existía porque el tatara-tatara-tatarabuelo de un viejo idiota creyó que Dios lo había puesto a cargo de todo y mató a todos los que no estaban de acuerdo con él. Ahora tenemos un gobierno elegido democráticamente…

—Yo no lo voté —dije.

—¿Y eso te da derecho a volar un edificio?

—¿Qué? ¿Quién habla de volar un edificio? Los yippies y los hippies y todos esos creían que el gobierno ya no los escuchaba… ¡mira cómo trataban a la gente que intentaba inscribir votantes en el sur! Los golpeaban, los arrestaban…

—Algunos fueron asesinados —dijo la Sra. Gálvez. Alzó las manos y esperó a que Charles yo nos sentáramos—. Ya casi se nos acabó el tiempo, pero quiero felicitarlos a todos por una de las clases más interesantes que he tenido. Ha sido una discusión excelente y he aprendido mucho de ustedes. Espero que también hayan aprendido uno del otro. Gracias por todas sus contribuciones.

»Tengo una tarea con créditos adicionales para los que deseen aceptar un pequeño desafío. Me gustaría que escribieran una monografía, comparando la reacción política de los movimientos antibélicos y de derechos civiles del área de la Bahía con la reacción de los movimientos de derechos civiles de hoy en día ante la Guerra contra el Terror. Tres páginas como mínimo, pero tómense el tiempo que quieran. Me interesa ver qué se les ocurre.

Un momento después, sonó el timbre y todos salieron del aula. Yo me quedé y esperé a que la Sra. Gálvez reparara en mí.

—¿Sí, Marcus?

—Fue genial —dije—. Nunca me enteré de todas estas cosas de los ‘60.

—Los ‘70 también. Vivir aquí siempre ha sido muy apasionante en tiempos políticamente cargados. Me gustó mucho tu referencia a la Declaración… fue muy inteligente.

—Gracias —dije—. Se me ocurrió de pronto. Nunca valoré realmente lo que significan esas palabras, hasta hoy.

—Bueno, eso es algo que a todo profesor le agrada escuchar, Marcus —dijo, y me estrechó la mano—. Estoy impaciente por leer tu monografía.

***

Compré el afiche de Emma Goldman camino a casa y lo puse sobre mi escritorio, fijándolo con tachuelas sobre una lámina vintage para luz negra. También me compré una camiseta de NO CONFÍES que tenía un photoshop de Grover y Elmo echando a patadas de Plaza Sésamo a los adultos Gordon y Susan. Me hizo reír. Más tarde, descubrí que ya había unos seis concursos en línea, en sitios como Fark, Worth1000 y B3ta, donde había que presentar photoshops que llevaran el eslogan, y también centenares de imágenes ya terminadas que aparecían en todos lados y que podían estamparse en cualquier producto que alguien decidiera fabricar en masa.

Mamá levantó una ceja al ver la camiseta y papá sacudió la cabeza y me dio un sermón sobre no buscarse problemas. Me sentí un poco reivindicado por su reacción.

Ange me encontró conectado otra vez y coqueteamos por IM hasta tarde otra vez. El furgón blanco con antenas regresó y apagué la Xbox hasta que se marchó. Todos nos habíamos acostumbrado a hacerlo.

Ange estaba muy entusiasmada con el concierto. Al parecer, sería monumental. Eran tantas las bandas que se habían anotado que se ya hablaba de montar un escenario B para los shows secundarios.

>¿Cómo habrán conseguido el permiso para hacer semejante ruido en ese parque durante toda la noche? Está rodeado de casas.

>¿Per-miso? ¿Qué significa per-miso? Cuéntame más de tu per-miso hu-ma-no.

>Guau… ¿es ilegal?

>Em… ¿hola? *¿Tú* te preocupas por violar la ley?

>Buen punto.

>LOL

Sin embargo, sentí como una premonición de nerviosismo. O sea, ese fin de semana saldría con esa chica perfectamente genial, la llevaría —bueno, técnicamente, ella me llevaría a mí— a un evento ilegal en medio de un barrio con gran actividad

No cabía duda de que, como mínimo, sería interesante.

***

Interesante.

El público fue acercándose al Parque Dolores durante la larga tarde de sábado, entre los fenomenales lanzadores de frisbees y los paseadores de perros. Algunos también lanzaban frisbees o paseaban perros. No estaba realmente claro cómo resultaría el concierto, pero en los alrededores había mucha policía y gente de incógnito. Los de incógnito se detectaban porque, como Grano y Moco, tenían el cabello cortado a lo Castro y físicos de Nebraska: tipos rechonchos de pelo corto y bigotes hirsutos. Se desplazaban de aquí para allá y parecían torpes e incómodos con sus pantalones cortos gigantescos y su camisas sueltas que, sin duda, cubrían el candelabro de equipos que colgaba de sus cinturas.

El Parque Dolores es bonito y soleado, con palmeras, canchas de tenis y muchos cerros y arboledas donde correr o pasar el rato. Por la noche hay personas sin techo que duermen allí, pero ocurre lo mismo en toda San Francisco.

Me encontré con Ange calle abajo, en la librería anarquista. Por sugerencia mía. En retrospectiva, fue una movida completamente transparente con la intención de parecerle moderno y atrevido, pero en ese momento hubiera jurado que había escogido el lugar sólo porque era conveniente para encontrarnos. Cuando llegué, ella estaba leyendo un libro titulado *Contra la pared, hijo de puta*.

—Muy bonito —dije—. ¿Con esa boca besas a tu madre?

—Mamá no se queja —contestó—. En realidad, es la historia de un grupo de gente como los yippies, pero de Nueva York. Siempre usaban esas palabras como apellido, estilo "Ben HDP". La idea era que existiese un grupo que generara noticias, pero con nombres totalmente imposibles de imprimir. Sólo para joder a los medios de información. Bastante raro, por cierto. —Volvió a poner el libro en el estante y me pregunté si debía abrazarla. La gente de California se abraza cuando se saluda y se despide, todo el tiempo. Salvo cuando no lo hacen. Y a veces se besan en la mejilla. Es todo muy confuso.

Ange lo resolvió por mí, estrechándome en un abrazo, bajándome la cabeza, besándome con fuerza en la mejilla y luego soplando contra mi cuello para producir el ruido de un pedo. Me reí y la empujé.

—¿Quieres un burrito? —pregunté.

—¿Es una pregunta o una declaración de lo obvio?

—Ninguna de las dos. Es una orden.

Compré unas pegatinas graciosas que decían ESTE TELÉFONO ESTÁ INTERVENIDO y que tenían el tamaño

justo para ponerlas en los receptores de los teléfonos públicos que aún bordeaban las calles de Mission, pues era la clase de barrio donde vivía gente que no necesariamente podía pagar un celular.

Caminamos bajo el aire nocturno. Le conté a Ange de la escena del parque antes de irme de allí.

—Seguro que tienen cien de esos camiones estacionados alrededor de la manzana —dijo—. Para arrestarte mejor.

—Eh… —Miré a mi alrededor—. Esperaba que dijeras algo como “Bah, no hay posibilidad de que hagan nada”.

—No creo que sea la idea, en realidad. La idea es poner a un montón de civiles en una situación donde la policía tenga que decidir: “¿vamos a tratar a todas estas personas corrientes como terroristas?”. Es un poco como clonar RFID, pero con música en lugar de aparatos. Tú clonas, ¿no?

A veces olvidaba que mis amigos no saben que Marcus y M1k3y son la misma persona.

—Sí, un poco —dije.

—Esto es como clonar, pero con un montón de bandas geniales.

—Entiendo.

Los burritos de Mission son una institución. Son baratos, inmensos y deliciosos. Imagina un tubo del tamaño de un proyectil de bazuka, lleno de carne a la parrilla con especias, guacamole, salsa, tomate, refrito de alubias, arroz, cebolla y cilantro. Se parece tanto a un Taco Bell como un Lamborghini se parece a su réplica de juguete. En Mission hay unos doscientos locales de burritos. Son todos heroicamente horrendos, con asientos incómodos, decoración mínima —desteñidos afiches de la oficina de turismo mexicana y hologramas de Jesús y María con marco electrificado— y música mariachi a todo volumen. Lo

que los distingue, principalmente, es la clase de carne exótica con la que rellenan sus productos. Los lugares realmente auténticos los sirven de seso y de lengua, que yo nunca pido, pero que es agradable saber que existen.

El sitio donde fuimos tenía de sesos y de lengua, que no pedimos. Yo escogí el de carne asada, ella el de pollo picado, y los dos un gran vaso de horchata.

En cuanto nos sentamos, ella desenrolló su burrito y sacó una pequeña botella del bolso. Era un aerosol de acero inoxidable que tenía todo el aspecto de una unidad de gas pimienta para defensa personal. Lo apuntó a las tripas expuestas del burrito y las cubrió con un fino rocío rojo y aceitoso. Respiré un poco de eso, se me cerró la garganta y me saltaron lágrimas.

—¿Qué diablos le haces ese pobre burrito indefenso?

Me sonrió, traviesa.

—Soy adicta a la comida picante —dijo—. Es un rociador de aceite de capsaicina.

—Capsaicina…

—Sí, lo que le ponen al rociador de pimienta. Es como el rociador de pimienta, pero ligeramente más diluido. Y mucho más delicioso. Piénsalo como gotas oftálmicas picantes.

Me ardieron los ojos de sólo imaginarlo.

—Es broma —le dije—. No vas a comerte eso.

Levantó las cejas.

—Me suena a desafío, hijo mío. Sólo mírame.

Enrolló el burrito con tanto cuidado como un fumón enrolla un porro, metiendo los extremos hacia dentro y luego envolviéndolo otra vez en el papel de aluminio. Peló uno de los extremos y se lo llevó a la boca, dejándolo en el aire, delante de sus labios.

Hasta el mismo instante en que lo mordió, yo no creí que iba a comérselo. O sea, lo que acababa de echarle a su cena era básicamente un arma antipersonal.

Lo mordió. Masticó. Tragó. Me dio toda la impresión de que estaba comiendo algo delicioso.

—¿Quieres un bocado? —dijo con inocencia.

—Sí —dije. Me gusta la comida picante. En los restaurantes pakistaníes, siempre pido el curry que figura con la clasificación "cuatro pimientos" en el menú.

Gran error.

¿Conoces esa sensación que te invade cuando comes un gran bocado de rábano picante, wasabi o como se llame, que es como si los senos nasales se te cerraran al mismo tiempo que la tráquea, mientras tu cabeza se llena de aire estancado, caliente como una explosión nuclear, que trata de salir por tus ojos llorosos y los orificios de tu nariz? ¿Esa sensación de que te va a salir vapor por las orejas como si fueses un personaje de dibujo animado?

Esto era mucho peor.

Era como poner la mano sobre una estufa caliente, pero no era tu mano: era todo el interior de tu cabeza, de tu esófago y más abajo, hasta el estómago. Todo mi cuerpo se deshizo en sudor, al tiempo que me ahogaba y seguía ahogándome.

Sin decir palabra, Ange me pasó la horchata y logré meterme la pajilla en la boca y sorber con fuerza, bebiéndome la mitad de una sola vez.

—Hay una escala, la escala de Scoville, de la que acostumbramos hablar los fanáticos del ají picante cuando evaluamos cuán picante es un ají. La capsaicina pura equivale a 15 millones de Scovilles. El tabasco, a unos 50.000. El gas pimienta, unos saludables 3 millones. Esto que uso equivale a unos

deplorables 200.000, más o menos igual de picante que un chile habanero suave. Tardé alrededor de un año en adaptarme, poco a poco. Algunas cosas realmente extremas pueden llegar a 1 millón o algo así, veinte veces más picantes que el tabasco. Soberanamente picantes. A temperaturas Scoville como esas, tu cerebro se inunda totalmente de endorfinas. Es una droga mejor que el hashish. Y te hace bien.

Ahora mis senos nasales se estaban recuperando y ya podía respirar sin jadear.

—Por supuesto, cuando estás en el inodoro sientes un aro de fuego atroz allá abajo —dijo ella, guiñándome un ojo.

¡Ay!

—Estás demente —le dije.

—Lo dice un tipo cuyo pasatiempo es construir y destrozar laptops —dijo.

—*Touché* —respondí, tocándome la frente.

—¿Quieres un poco? —Me ofreció el rociador.

—Paso —dije, tan rápido que los dos nos reímos.

Cuando salimos del restaurante y nos dirigimos al Parque Dolores, me puso el brazo alrededor de la cintura y descubrí que tenía la altura justa para que yo le rodeara los hombros con el mío. Eso era nuevo. Nunca fui alto y las chicas con las que había salido siempre eran de mi misma estatura. Las chicas adolescentes crecen más rápido que los chicos… un cruel truco de la naturaleza. Era agradable. Se sentía bien.

Dimos vuelta a la esquina en la Calle 20 para ir al Dolores. Pero antes de que avanzáramos un paso más, sentimos el zumbido. Era como el rumor de un millón de abejas. Había mucha gente circulando hacia el parque y, cuando miré en esa dirección, vi que estaba unas cien veces más lleno que al marcharme para ir al encuentro de Ange.

El panorama me calentó la sangre. Era una noche hermosa, fresca, y estábamos a punto de festejar, de festejar de verdad, de festejar como si no existiera un mañana. “Coman, beban y sean felices, porque mañana moriremos”.

Sin decir nada, ambos comenzamos a trotar. Había montones de policías de rostros tensos, ¿pero qué diablos iban a hacer? En el parque había mucha gente. No soy muy bueno para calcular multitudes. Más tarde, los periódicos citaron a los organizadores, que dijeron que había 20.000 personas; la policía dijo 5.000. Tal vez significa que había 12.500.

Como sea. Nunca había estado entre tanta gente, formando parte de un evento no programado, no permitido, *ilegal*.

En un instante estuvimos entre el público. No puedo jurarlo, pero creo que no había nadie mayor de veinticinco entre esos cuerpos apretujados. Todos sonreían. Había algunos niños de diez o doce años y eso me hizo sentir mejor. Nadie quería que los niños se lastimaran. Iba a ser una noche de primavera gloriosa, de celebración.

Deduje que lo que había que hacer era llegar a las canchas de tenis empujando gente. Nos abrimos paso entre la multitud, tomándonos de las manos para permanecer juntos. Claro que permanecer juntos no exigía que entrelazáramos los dedos. Eso fue estrictamente por placer. Era muy placentero.

Las bandas estaban dentro de las canchas de tenis, con sus guitarras, mezcladores, teclados y hasta baterías. Más tarde, en la Xnet, encontré una galería de Flickr con fotos de los músicos trayendo todos los equipos de contrabando, pieza por pieza, dentro de bolsos de gimnasia y debajo de sus abrigos. Además, había enormes altavoces, como los que se ven en las tiendas de accesorios para automóviles y, entre ellos, una pila de baterías de coche. Me reí. ¡Genios! Con eso iban a darle electricidad a

los equipos. Desde donde yo estaba, veía que eran baterías de un automóvil híbrido, el Prius. Algunos habían sacrificado sus ecomóviles para suministrar energía al entretenimiento de la noche. Las baterías llegaban hasta fuera de las canchas, apiladas contra la valla metálica, y se conectaban con la torre principal por medio de unos cables que habían pasado a través del alambrado. Conté… ¡200 baterías! ¡Dios! Esas cosas pesaban una tonelada, además.

No podían haber organizado esto sin correos electrónicos, wikis y listas de correo. Y no era posible que personas tan inteligentes lo hubiesen hecho a través de la Internet pública. Apostaba mi botas a que todo había sucedido en la Xnet.

Nos pusimos a rebotar entre la gente un rato, mientras las bandas afinaban y conversaban unas con otras. A la distancia, vi a Trudy Doo en las canchas de tenis. Parecía estar dentro de una jaula, como un luchador profesional. Vestía un top rasgado y llevaba el cabello largo, peinado con rastas de color rosado fluorescente que le llegaban hasta la cintura. Tenía un pantalón de camuflaje militar y unas botas góticas enormes, con puntera de acero. Mientras la miraba, tomó una pesada chaqueta de motociclista, raída como un guante de béisbol, y se la puso como una armadura. Probablemente lo era, se me ocurrió.

Traté de saludarla con la mano, para impresionar a Ange supongo, pero no me vio y yo parecía un idiota, así que no continué. La energía de la multitud era asombrosa. Uno oye hablar de la “vibra” y la “energía” que generan los grandes grupos de personas, pero hasta que lo experimentas es posible que pienses que sólo se trata de una figura del lenguaje.

No lo es. Es la sonrisa, contagiosa y enorme como una sandía, en todos los rostros. Todos moviéndose un poco, siguiendo un ritmo inaudible, balanceando los hombros. Gente

que camina. Chistes y risas. El tono de todas la voces, tenso y excitado como estuvieran por lanzar fuegos artificiales. Y no puedes evitar ser parte de ello. Porque lo eres.

Cuando empezaron las bandas, me sentía completamente drogado con la vibra de la multitud. El número de apertura era una especie de turbo-folk serbio que no pude descubrir cómo bailar. Yo sé bailar exactamente dos clases de música: trance (circular de aquí para allá con desgano y dejar que la música te mueva) y punk (poguear y moshear de aquí para allá hasta que te lastimas o quedas exhausto o las dos cosas). Siguieron unos hip-hoperos de Oakland, acompañados por una banda de thrash metal, que sonaron mejor de lo que puede parecer. Después, un pop cursi. Y después subieron al escenario las Speedwhores y Trudy Doo se acercó al micrófono.

—Me llamo Trudy Doo y si confían en mí son unos idiotas. Tengo treinta y dos años y ya es demasiado tarde para mí. Estoy perdida. Estancada en la vieja manera de pensar. Todavía doy por sentada mi libertad y permito que otros me la arrebaten. ¡Ustedes son la primera generación que crece en el Gulag Norteamericano y que sabe cuánto vale su libertad hasta el último puto centavo!

La muchedumbre rugió. Trudy comenzó a tocar acordes rápidos, cortos y nerviosos en la guitarra; la bajista, una chica gorda y enorme con un corte de cabello varonil, botas aún más enormes y una sonrisa que podía abrir botellas de cerveza ya estaba tocando rápido y fuerte. Yo quería saltar. Me puse a saltar. Ange saltó conmigo. Sudábamos copiosamente bajo la noche, que olía a transpiración y humo de marihuana. Los cuerpos calientes se apretaban contra nosotros desde todos los flancos. Ellos también saltaban.

—¡No confíes en nadie mayor de 25! —gritó Trudy.

Rugimos. Éramos una sola e inmensa garganta animal, rugiendo.

—¡No confíes en nadie mayor de 25!

—¡No confíes en nadie mayor de 25!

—¡No confíes en nadie mayor de 25!

—¡No confíes en nadie mayor de 25!

—¡No confíes en nadie mayor de 25!

—¡No confíes en nadie mayor de 25!

Trudy tocó unos acordes, golpeando la guitarra con fuerza y la otra guitarrista, una chica que parecía un duende con el rostro erizado de piercings, se sumó a la improvisación, tocando un uiidi diii uiidi diii diii agudo más allá del doceavo traste.

—¡Es nuestra puta ciudad! ¡En nuestro puto país! Ningún terrorista nos la puede quitar mientras seamos libres. ¡Cuando no somos libres ganan los terroristas! ¡Rescátenla! ¡Rescátenla! ¡Son lo bastante jóvenes y lo bastante estúpidos como para no saber que no tienen posibilidad de ganar… y por eso son los únicos que pueden llevarnos a la victoria! ¡*Rescátenla!*

—¡RESCÁTENLA! —rugimos. Le dio a la guitarra con fuerza. Aullamos la nota y entonces sí empezaron a hacer mucho, mucho ruido.

***

Bailé hasta que no pude bailar más por el cansancio. Ange bailó a mi lado. Técnicamente, estuvimos frotando nuestros cuerpos sudorosos uno contra otro durante varias horas pero, créase o no, yo no estaba para nada excitado. Bailamos,

perdidos en el ritmo, el estruendo y los gritos... ¡RESCÁTENLA! ¡RESCÁTENLA!

Cuando ya no pude bailar más, la tomé de la mano y ella apretó la mía como si estuviera sujetándose para no caer de un edificio. Me arrastró hacia el borde del gentío, donde estaba más despejado y fresco. Allí, en las márgenes del Parque Dolores, el aire nos enfrió y el sudor de nuestros cuerpos se volvió instantáneamente helado. Comenzamos a temblar y ella me rodeó la cintura con los brazos.

—Caliéntame —ordenó.

Yo no necesitaba el dato. La abracé. Su corazón era el eco del ritmo rápido que venía del escenario... un solo de percusión veloz, furioso, sin palabras.

Ange olía a sudor, un aroma penetrante y encantador. Sabía que yo también olía a sudor. Mi nariz apuntaba a la parte superior de la cabeza de ella y su rostro se apoyaba contra mi clavícula. Desplazó las manos hasta mi cuello y tiró hacia abajo.

—Baja; no traje escalera —fue lo que dijo, y yo traté de sonreír, pero es difícil sonreír cuando estás besando.

Como dije, había besado a tres chicas en mi vida. Dos de ellas nunca habían besado a nadie. La otra salía con chicos desde los doce años. Tenía problemas.

Ninguna de ellas besaba como Ange. Transformó toda su boca en algo suave, como el interior de una fruta madura, y no metió la lengua en mi boca impetuosamente, sino deslizándola con suavidad y, al mismo tiempo, succionando mis labios hacia el interior de la suya, entonces era como si nuestras bocas se fundieran. Me oí gemir; la apreté y la abracé aún más fuerte.

Lenta, suavemente, bajamos al césped. Nos echamos de costado y nos abrazamos, besándonos sin parar. El mundo desapareció. Sólo existían los besos.

Mis manos buscaron sus nalgas, su cintura. El borde de su camiseta. Su cálido vientre, su ombligo suave. Los dos se elevaron un poco. Ella también gemía.

—Aquí no —dijo—. Vamos allá. —Señaló la acera de enfrente, la gran iglesia blanca que le da su nombre al Parque Dolores de Mission y al barrio de Mission. Tomados de las manos, moviéndonos rápidamente, cruzamos a la iglesia. En el frente del edificio había unos pilares grandes. Ella me puso de espaldas contra uno de ellos y volvió a bajar mi cara hasta la suya. Mis manos volvieron, rápida y audazmente, a su camiseta. Las deslicé por su pecho.

—Se abre en la espalda —susurró ella contra mi boca. Yo tenía una erección capaz de cortar un vidrio. Llevé las manos hasta su espalda, que era fuerte y ancha, y encontré el gancho con mis dedos temblorosos. Estuve chapuceando un rato, pensando en todos los chistes basados en lo ineptos que somos los hombres para desabrochar sostenes. Yo era uno de esos. Entonces, el gancho se abrió. Ella jadeó contra mi boca. Le acaricié el cuerpo con las manos, sintiendo la humedad de sus axilas —algo que, por alguna razón, me pareció seductor y no desagradable— y rocé los costados de sus senos.

Fue entonces cuando comenzaron a escucharse las sirenas.

Sonaban más estridentes que cualquier cosa que hubiese oído antes. El sonido era como una sensación física, como algo que explotaba bajo tus pies y te despegaba del suelo. Un sonido tan fuerte que era lo máximo que tus oídos podían procesar… y luego aún más fuerte.

—DISPÉRSENSE DE INMEDIATO —dijo una voz, como si Dios estuviera bramando en mi cráneo.

—ESTA REUNIÓN ES ILEGAL. DISPÉRSENSE DE INMEDIATO.

La banda había dejado de tocar. En la acera de enfrente, el sonido que provenía de la multitud cambió. Se volvió asustado. Enojado.

Escuché un clic cuando subieron el volumen del sistema de altavoces y baterías de auto, en las canchas de tenis.

—¡RESCÁTENLA!

Era un aullido desafiante, como algo que se grita por sobre el ruido del oleaje o desde un acantilado.

—¡RESCÁTENLA!

La muchedumbre *gruñó*, un sonido que me erizó los pelos de la nuca.

—¡RESCÁTENLA! —cantaban—. ¡RESCÁTENLA RESCÁTENLA RESCÁTENLA!

Los policías se adelantaron formando filas, con sus escudos de plástico y cascos de Darth Vader que les cubrían las caras. Todos empuñaban una porra negra y llevaban gafas infrarrojas. Parecían soldados salidos de una película bélica futurista. Avanzaron un paso al unísono y cada uno de ellos golpeó el escudo con la porra: un sonido de quiebre, como si la tierra se abriera. Otro paso, otro crac. Rodeaban todo el parque y el círculo se estaba cerrando.

—¡DISPÉRSENSE DE INMEDIATO! —volvió a decir la voz de Dios. Ahora había helicópteros encima de nuestras cabezas. Sin reflectores. Las gafas infrarrojas, claro. Por supuesto. También tendrían lentes infrarrojas en el cielo. De un tirón, metí a Ange en el umbral de la iglesia, ocultándonos de los policías y los helis.

—¡RESCÁTENLA! —rugían los altavoces. Era el grito de rebeldía de Trudy Doo. La escuché rasguear unos acordes en la guitarra con violencia; después, a la baterista tocando; después, el bajo grave y profundo.

—¡RESCÁTENLA! —respondió el gentío, y el parque explotó frente a las hileras de policías.

Nunca he estado en la guerra, pero ahora creo saber a qué se parece. Se parece a unos chicos asustados que corren por un parque, cargando contra una fuerza opositora; que saben lo que va a ocurrir, pero que no obstante siguen corriendo, gritando, aullando.

—DISPÉRSENSE DE INMEDIATO —dijo la voz de Dios. Salía de los camiones estacionados en todo el perímetro del parque, que se habían ubicado en sus lugares en los últimos segundos.

Entonces cayó el rocío. Provenía de los helis y a nosotros nos afectó marginalmente. Sentí que se me volaba la tapa de los sesos. Sentí que me perforaban los senos de la nariz con un picahielo. Se me hincharon los ojos, comencé a lagrimear y se me cerró la garganta.

Gas pimienta. No de 200.000 Scovilles. De un millón y medio. Gasearon al público.

No vi lo que ocurrió a continuación, pero lo escuché por encima los sonidos que emitíamos Ange y yo mientras, abrazados, nos ahogábamos. Primero, los sonidos de la asfixia, de la náusea. La guitarra, la batería y el bajo callaron de golpe. Después, toses.

Después, alaridos.

Los alaridos continuaron largo rato. Cuando pude ver de nuevo, los policías tenían las gafas en la frente y los helis inundaban el Parque Dolores con tanta luz que parecía de día. Todos ellos miraban al parque, lo cual era bueno porque, con semejantes luces encendidas, Ange y yo éramos completamente visibles.

—¿Qué hacemos? —dijo ella. Su voz sonaba tensa, asustada. Por un momento, no me atreví a hablar. Tragué saliva varias veces.

—Nos vamos caminando —dije—. Es lo único que podemos hacer. Alejarnos. Como si fuésemos dos personas que pasaban por aquí. Bajamos por Dolores, giramos a la izquierda y subimos por la 16. Como si pasáramos por aquí. Como si no fuera asunto nuestro.

—Nunca funcionará —dijo ella.

—Es todo lo que se me ocurre.

—¿No crees que deberíamos salir corriendo?

—No —dije—. Si corremos nos perseguirán. Tal vez, si caminamos, pensarán que no hemos hecho nada y nos dejarán en paz. Tienen muchos arrestos que hacer. Estarán ocupados un buen rato.

El parque estaba repleto de cuerpos, chicos, adultos, aferrándose la cara y jadeando. Los policías los arrastraban tomándolos de las axilas, los maniataban con esposas de plástico y los arrojaban al interior de los camiones como si fuesen muñecos de trapo.

—¿OK? —dije.

—OK —dijo ella.

Y eso fue lo que hicimos. Caminamos tomados de la mano, rápidos y serios, como dos personas que desean evitar cualquier disturbio generado por otros. La clase de andar que adoptas cuando quieres simular que no ves a un mendigo o cuando no quieres involucrarte en una pelea callejera.

Funcionó.

Llegamos a la esquina, giramos y seguimos avanzando. Ninguno de los dos se atrevió a hablar hasta dos calles después.

Entonces dejé escapar un jadeo que no sabía que estaba reteniendo.

Llegamos a la 16 y giramos por la calle Mission. Normalmente, el barrio es bastante aterrador a las 2:00 a.m. del sábado por la noche. Pero esa noche fue un alivio ver a los mismos drogones, prostitutas, traficantes y borrachos de siempre. No había policías con porras, no había gases.

—Mmm —dije, inhalando el aire nocturno—. ¿Café?

—A casa —dijo ella—. Por ahora, mejor a casa. Café, más tarde.

—Sí —coincidí. Ella vivía en Hayes Valley. Avisté un taxi que pasaba por allí y lo llamé. Fue un pequeño milagro: en San Francisco, los taxis casi nunca aparecen cuando los necesitas.

—¿Tienes dinero para pagar el viaje a tu casa?

—Sí —dijo ella. El conductor nos miró por la ventanilla. Abrí la puerta trasera para que no se escapara.

—Buenas noches —dije.

Ange me rodeó la cabeza con las manos y atrajo mi rostro hacia el suyo. Me besó en la boca con fuerza. No había nada sexual en ese beso, pero por eso mismo me pareció más íntimo.

—Buenas noches —me susurró en el oído, y luego se introdujo en el taxi.

Con la cabeza dándome vueltas, con los ojos llorosos, con una tremenda vergüenza por haber dejado a tantos usuarios de la Xnet en las tiernas manos del DSI y el SFPD, me encaminé a casa.

***

El lunes por la mañana, el que estaba de pie frente al escritorio de la Sra. Gálvez era Fred Benson.

—La Sra. Gálvez ya no dará clases a este grupo —dijo cuando todos nos sentamos. Tenía un tono de autocomplacencia que reconocí de inmediato. Siguiendo una corazonada, miré a Charles. Sonreía como si fuera su cumpleaños y hubiera recibido el mejor regalo del mundo.

Levanté la mano.

—¿Por qué?

—Es política del Consejo que los asuntos relativos a los empleados no se discuten con nadie, salvo con los mismos empleados y con el comité de disciplina —dijo Benson, sin siquiera molestarse en ocultar cuánto le gustaba decirlo—. Hoy comenzaremos una nueva unidad que trata de la seguridad nacional. Los LibrosEscolares ya tienen los textos. Por favor, ábranlos y vayan a la primera pantalla.

La primera pantalla estaba engalanada con un logo del DSI y el siguiente título: LO QUE TODO NORTEAMERICANO DEBE SABER SOBRE SEGURIDAD INTERIOR.

Me dieron ganas de estrellar el LibroEscolar contra el suelo.

***

Había quedado en reunirme con Ange en un café de su barrio, después de la escuela. Subí al BART y acabé sentándome junto a dos tipos de traje. Leían el *San Francisco Chronicle*, que tenía una página completa dedicada a la “revuelta juvenil” del Parque Dolores de Mission. Chasqueaban la lengua y cacareaban sobre el artículo. Uno le dijo al otro:

—Parece que les lavaron el cerebro o algo así. Dios mío… ¿nosotros éramos tan estúpidos a esa edad?

Me levanté y me cambié de asiento.

Capítulo 13

—Son prostitutas —dijo Ange, escupiendo la última palabra—. Aunque, en realidad, eso es un insulto a las todas las prostitutas, que se matan trabajando. Estos son… son *usureros*.

Estábamos mirando la pila de periódicos que habíamos comprado y traído al café. Todos contenían "informes" sobre la fiesta del Parque Dolores y, todos ellos, la hacían parecer una orgía de alcohol, drogas y chicos que atacaban a la policía. El *USA Today* detallaba el costo de los "disturbios", incluidos los gastos originados por la limpieza de los residuos de gas pimienta, por la epidemia de ataques de asma que había abarrotado las salas de emergencia de la ciudad y por el procesamiento de los ochocientos "revoltosos" arrestados.

Nadie contaba nuestra versión de la historia.

—Bueno, en todo caso, en la Xnet dicen la verdad —dije. Había guardado en mi teléfono un puñado de blogs, videos y galerías de fotos. Se los mostré. Eran relatos de primera mano de gente gaseada y golpeada. El video nos mostraba a todos bailando, pasándola bien; se veían los pacíficos discursos políticos, el cántico de "Rescántenla", y a Trudy Doo diciéndonos que éramos la única generación capaz de creer en la lucha por nuestras libertades.

—Necesitamos que más gente se entere de esto —dijo Ange.

—Sí —dije, desanimado—. Bonita teoría.

—Bueno… ¿por qué crees que la prensa no publica nuestra opinión?

—Ya lo dijiste. Son prostitutas.

—Sí, pero las prostitutas lo hacen por dinero. Si se presentara una controversia, podrían vender más periódicos y más publicidad. Por ahora, lo único que tienen es un crimen. La controversia es mucho mejor.

—De acuerdo, te doy la razón. ¿Por qué no lo hacen, entonces? Está bien, los periodistas a duras penas saben investigar entre los blogs comunes… no pretendo que estén al tanto de la Xnet. No es un sitio muy amigable para los adultos.

—Sí —dijo ella—. ¿Pero eso se puede arreglar, no?

—¿Eh?

—Escríbelo. Súbelo a un sitio, con todos los enlaces. Un solo lugar al que puedan ir todos, pensado para que la prensa lo encuentre y vea el panorama completo. Pon enlaces con todos los sitios de ayuda para el uso de la Xnet. Los usuarios de la Internet pueden entrar en la Xnet, siempre que no les importe que el DSI descubra dónde han estado navegando.

—¿Crees que funcionará?

—Bueno, aunque no funcione, es algo positivo que se puede hacer.

—Y en todo caso… ¿por qué van a prestarnos atención?

—¿Quién no le prestaría atención a M1k3y?

Puse el café sobre la mesa. Tomé el teléfono y me lo metí en el bolsillo. Me levanté, me di vuelta sobre los talones y salí del café. Elegí un rumbo al azar y me puse a caminar. Sentía la cara tensa, la sangre en el estómago, el estómago revuelto.

Ya saben quién eres, pensé. *Saben quién es M1k3y*. Era el fin. Si Ange lo había adivinado, el DSI también. Estaba perdido. Lo sabía desde el momento en que me dejaron salir del camión del DSI: algún día vendrían a arrestarme, a hacerme desaparecer para siempre, a enviarme al mismo sitio que a Darryl.

Todo había terminado.

Cuando llegaba a la calle Market, Ange casi me hizo caer. Estaba sin aliento y parecía furiosa.

—¿Qué *puto* problema tiene, señor?

Me la saqué de encima y continué caminando. Todo había terminado.

Volvió a agarrarme.

—Basta, Marcus. Me estás asustando. Vamos, háblame.

Me detuve y la miré. Su figura se volvió borrosa ante mis ojos. No podía enfocarlos en nada. Sentí un deseo loco de saltar a las ruedas del tranvía municipal que pasaba por la calle, junto a nosotros. Mejor morir que regresar allá.

—¡Marcus! —Ange hizo algo que yo sólo había visto en las películas. Me dio una bofetada, un fuerte golpe en la mejilla—. ¡Háblame, maldita sea!

La miré y me llevé una mano a la cara, que me dolía mucho.

—Se supone que nadie sabe quién soy —contesté—. No puedo decirlo de manera más sencilla. Si tú lo sabes, todo terminó. Cuando otra gente lo sabe, todo terminó.

—Oh, Dios. Perdona. Mira, yo lo sé simplemente porque... bueno, extorsioné a Jolu. Después de la fiesta, te investigué un poco para tratar de averiguar si eras el chico agradable que parecías ser o un asesino del hacha encubierto. Conozco a Jolu desde hace mucho y, cuando le pregunté sobre ti, te elogió como si fueras el Mesías o algo así, pero advertí que había algo que no me decía. Lo conozco desde hace mucho. Él salía con mi

hermana mayor en el campamento informático, cuando eran niños. Tengo información muy sucia que lo compromete. Le dije que la haría pública si no me lo contaba.

—Entonces te lo contó.

—No —dijo ella—. Me mandó a la mierda. Después le conté algo sobre mí. Algo que nunca le había dicho a nadie.

—¿Qué?

Me miró. Echó un vistazo a su alrededor. Después, me miró de nuevo.

—OK. No te haré jurar que guardarás el secreto porque no tiene sentido. O confío en ti o no confío. El año pasado… —comenzó—. El año pasado, robé los exámenes estandarizados y los publiqué en la red. Sólo fue una broma. Pasaba frente a la oficina del director y, casualmente, los vi sobre la caja fuerte, y la puerta estaba abierta. Me agaché y entré en la oficina; había seis juegos de copias, puse una en mi bolso y me largué. Cuando llegué a casa, escaneé todo y lo subí a un servidor del Pirate Party de Dinamarca.

—¿Fuiste *tú* ? —dije.

Se ruborizó. —Eh… sí.

—¡Mierda! —dije. Había sido una excelente noticia. El Consejo de Educación dijo que producir sus exámenes “Ningún Chico Queda Fuera” había costado decenas de millones de dólares y que ahora debían volver a gastarlos porque se habían filtrado. Lo llamaron “edu-terrorismo”. Los noticieros formularon interminables especulaciones acerca de las motivaciones políticas de la persona que los había dado a conocer, preguntándose si había sido obra de un docente como acto de protesta, de un estudiante, un ladrón o un descontento contratista del gobierno—. ¿Fuiste TÚ?

—Fui yo —dijo ella.

—Y se lo contaste a Jolu…

—Porque quería asegurarle que yo también iba a mantener el secreto. Si él conocía mi secreto, podía usarlo para mandarme a la cárcel si yo abría la boca. Das un poco, recibes un poco. *Quid pro quo*, como en *El silencio de los inocentes*.

—Y entonces te lo contó.

—No —respondió ella—. No me lo contó.

—Pero…

—Luego le dije cuánto me gustabas. Que estaba planeando hacer el papel de idiota total y arrojarme a tus brazos. *Después de eso* me lo contó.

No se me ocurrió nada que decir. Me miré los pies. Ella me tomó las manos y las apretó.

—Lamento haberlo obligado a decírmelo. Era decisión tuya contármelo, si es que ibas a contármelo. No era asunto mío…

—No —dije. Ahora que sabía cómo lo había averiguado, comenzaba a calmarme—. No, está bien que tú lo sepas. *Tú*.

—Yo —dijo—. Nadie más que yo.

—OK, puedo vivir con esto. Pero hay una cosa más.

—¿Qué?

—No encuentro manera de decir esto sin parecer un imbécil, así que, sencillamente, te lo diré. Los que andan de novios, o como quieras llamar a lo que estamos haciendo ahora, se separan. Cuando se separan, se enojan con el otro. A veces, hasta odian al otro. La verdad, suena muy frío pensar que eso nos puede suceder a nosotros pero, como sabes, debemos tenerlo en cuenta.

—Prometo solemnemente que nada de lo que alguna vez puedas hacerme me llevará a traicionar tu secreto. Nada. Acuéstate con una docena de porristas en mi propia cama delante de mi madre. Oblígame a escuchar a Britney Spears. Destripa mi

laptop, destrózala a martillazos y sumérgela en el mar. Te lo prometo. Nada. Nunca.

Solté el aliento ruidosamente.

—Mmm —dije.

—Ahora sería un buen momento para que me beses —dijo ella, y levantó la cara.

***

El siguiente gran proyecto de M1k3y en la Xnet fue reunir el conjunto definitivo de informes sobre la fiesta NO CONFÍEN del Parque Dolores. Construí el sitio más grande y más atractivo que pude, con secciones que mostraban los sucesos clasificados por lugar, hora, categoría: violencia policial, baile, repercusiones, canto. Subí el concierto completo.

Fue prácticamente lo único en que trabajé el resto de la noche. Y la noche siguiente. Y la siguiente.

Mi casilla de correo desbordó de sugerencias de la gente. Me enviaron imágenes de sus teléfonos y cámaras de bolsillo. Después recibí un correo de alguien que reconocí, el Dr. Eeevil (tres “e”), uno de los principales encargados de mantener el ParanoidLinux.

> M1k3y: He estado observando con gran interés tu experimento de la Xnet. Aquí, en Alemania, tenemos mucha experiencia sobre lo que sucede con un gobierno que pierde el control.

>Una cosa que deberías saber es que todas las cámaras poseen una “firma de sonido” individual, que puede usarse para vincular una imagen con cierta cámara. Eso significa que las fotos que estás publicando en el sitio, potencialmente,

podrían utilizarse para identificar a los fotógrafos si alguien se las bajara con ese fin.

>Por fortuna, no es difícil eliminar esas firmas si lo deseas. En el ParanoidLinux que estás usando hay una aplicación para eso. Se llama photonomous; la encontrarás en /usr/bin. Lee las páginas que contienen la documentación. Pero es sencillo.

>Buena suerte con lo que estás haciendo. No te dejes atrapar. Conserva la libertad. Conserva la paranoia.

>Dr. Eeevil.

Eliminé las firmas de todas las fotos que había posteado y volví a subirlas, junto con una nota que explicaba lo que me había dicho el Dr. Eeevil y alertaba a todos para que hicieran lo mismo. Todos teníamos la misma instalación básica en las ParanoidXbox, de modo que todos podíamos producir fotos anónimas. No había nada que hacer con las imágenes ya bajadas y guardadas en caché, pero a partir de ahora seríamos más astutos.

Esa noche no pensé más en el asunto… hasta que bajé a desayunar al día siguiente y encontré a mamá con la radio encendida, pasando el noticiero matutino de la emisora NPR.

La agencia de noticias árabe Al-Jazeera está difundiendo imágenes, videos e informes de primera mano sobre la revuelta juvenil del fin de semana pasado en el Parque Dolores de Mission, dijo el locutor mientras yo bebía un vaso de jugo de naranja. Logré no escupirlo por toda la habitación, pero no pude evitar atragantarme un poco.

Los cronistas de Al-Jazeera afirman que estos informes se publicaron en la llamada Xnet, la red clandestina utilizada por estudiantes y simpatizantes de Al-Quaeda de la zona de la Bahía. Hace tiempo se rumorea de la existencia de dicha red, pero esta es la primera vez que se la menciona oficialmente.

Mamá meneó la cabeza. —Justo lo que necesitábamos —dijo—. Como si no tuviéramos bastante con la policía. Chicos corriendo por todas partes, haciéndose los guerrilleros y dándoles una excusa para tomar medidas realmente enérgicas.

Los weblogs de la Xnet contienen cientos de informes y archivos multimedia producidos por jóvenes que asistieron a los disturbios y que afirman que estaban reunidos pacíficamente hasta que la policía los atacó. Aquí tenemos uno de esos relatos.

"Lo único que hacíamos era bailar. Yo estaba con mi hermano menor. Las bandas tocaban y se hablaba de la libertad, de cómo la estábamos perdiendo por culpa de estos imbéciles que dicen odiar a los terroristas, pero que nos atacan a nosotros, que no somos terroristas… somos norteamericanos. Creo que los que odian la libertad son ellos, no nosotros."

"Bailábamos, las bandas tocaban y todo era divertido y bueno, y entonces la policía empezó a gritar que nos dispersáramos. Todos gritamos ¡rescátenla!, que significa rescatemos a nuestra patria. La policía nos arrojó gas pimienta. Mi hermanito tiene doce años. Tuvo que faltar tres días a la escuela. Mis estúpidos padres dicen que fue por mi culpa. ¿Y la policía qué? Supuestamente, les pagamos para que nos protejan, pero nos gasearon sin ningún motivo, nos gasearon como gasean a los soldados enemigos."

Pueden encontrarse informes similares, con audio y video, en el sitio web de Al-Jazeera y en la Xnet. Las instrucciones para acceder a la Xnet figuran en la página oficial de esta emisora.

Bajó papá.

—¿Tú usas la Xnet? —dijo. Me miró intensamente a la cara. Sentí que me retorcía por dentro.

—Es para los videojuegos —respondí—. Para eso la usa la mayoría. Es una red inalámbrica, nada más. Es lo que hace todo el mundo con las Xbox gratuitas que regalaron el año pasado.

Me miró con fuego en los ojos.

—¿Juegos? Marcus, sin darte cuenta, estás encubriendo a personas que planean atacar este país y destruirlo. No quiero verte usando la Xnet. Nunca más. ¿Está claro?

Quería discutir. Diablos, quería agarrarlo de los hombros y sacudirlo. Pero no lo hice. Aparté la vista.

—Por supuesto, papá —dije.

Me fui a la escuela.

***

Al principio, me sentí aliviado cuando descubrí que no iban a dejar al Sr. Benson al frente de mi clase de Estudios Sociales. Pero la mujer que encontraron para reemplazarlo resultó ser mi peor pesadilla.

Era joven, de unos veintiocho o veintinueve años, y de una belleza sana, rubia. Noté su leve acento sureño cuando se presentó como la Sra. de Andersen. Eso hizo sonar mis alarmas de inmediato. No conocía a *ninguna* mujer menor de sesenta años que se autodenominara “señora de”.

Pero estaba preparado para dejarlo pasar. Era joven, bonita, parecía agradable. Estaría bien.

No estaba bien.

—¿Bajo qué circunstancias el gobierno federal debería estar dispuesto a suspender la Declaración de Derechos? —dijo,

girando hacia la pizarra y escribiendo una lista de números, del uno al diez.

—Ninguna —dije, sin esperar a que me diera permiso para hablar. Era fácil de responder—. Los derechos constitucionales son absolutos.

—No es un punto de vista muy sofisticado —miró el plano de ubicación de los alumnos—, Marcus. Por ejemplo, digamos que un policía revisa una vivienda de un modo inapropiado, que excede el asunto especificado en la orden judicial, y descubre evidencia indiscutible sobre el delincuente que asesinó a tu padre. Es la única evidencia que existe. ¿El delincuente debe quedar libre?

Yo sabía la respuesta, pero no podía explicarla bien.

—Sí —dije por fin—. Porque la policía no debe revisar viviendas de un modo inapropiado…

—Equivocado —dijo ella—. La respuesta adecuada al mal comportamiento policial son las sanciones disciplinarias aplicadas a la propia policía, no las que castigan a toda la sociedad por el error de un agente.

Escribió “Culpabilidad criminal” debajo del punto uno de la pizarra.

—¿Otros ejemplos en los que se puede pasar por alto la Declaración de Derechos?

Charles levantó la mano.

—¿Gritar “fuego” en un teatro repleto?

—Muy bien —consultó el plano—, Charles. Hay muchas instancias en las que la Primera Enmienda no es absoluta. Completemos la lista con algunas más.

Charles volvió a levantar la mano.

—Poner en peligro a un integrante de las fuerzas de seguridad públicas.

—Sí, revelar la identidad de un policía o un oficial de inteligencia encubiertos. Muy bien. —Lo escribió—. ¿Otras?

—Seguridad nacional —dijo Charles, sin esperar a que le dieran la palabra—. Difamación. Obscenidad. Corrupción de menores. Pornografía infantil. Difundir instrucciones para fabricar bombas. —La Sra. de Andersen escribió todo rápidamente, pero se detuvo al llegar a pornografía infantil—. La pornografía infantil es una forma de obscenidad.

Yo estaba asqueado. Esto no era lo que había aprendido ni creía acerca de mi país. Levanté la mano.

—¿Sí, Marcus?

—No lo entiendo. Usted lo plantea como si la Declaración de Derechos fuese opcional. Es la Constitución. Se supone que debemos obedecerla al pie de la letra.

—Esa es una simplificación muy común —dijo ella con una sonrisa falsa—. Pero lo cierto de este asunto es que los creadores de la Constitución tenían la intención de que fuese un documento vivo, que pudiera reformarse a través del tiempo. Entendían que la República no podría durar para siempre si los gobiernos de turno no eran capaces de gobernar según las necesidades del momento. Nunca pretendieron que la Constitución se considerara una doctrina religiosa. Después de todo, habían venido aquí para huir de una doctrina religiosa.

Sacudí la cabeza. —¿Qué? No. Eran mercaderes y artesanos leales al Rey, hasta que el Rey instauró políticas que perjudicaban sus intereses y los obligó a cumplirlas con brutalidad. Los refugiados religiosos habían venido muchísimo antes.

—Algunos de los constituyentes descendían de refugiados religiosos —dijo ella.

—Y se supone que la Declaración de Derechos no es algo que uno elige si quiere. Lo que odiaban los constituyentes era la

tiranía. Y la Declaración de Derechos fue pensada para prevenirla. Eran un ejército revolucionario y quisieron establecer un conjunto de principios con los que todos estuvieran de acuerdo. La vida, la libertad, la búsqueda de la felicidad. El derecho del pueblo a derrocar a sus opresores.

—Sí, sí —contestó ella, sacudiendo la mano—. Creían en el derecho del pueblo a librarse de sus reyes, pero… —Charles ya sonreía, pero cuando ella dijo esto su sonrisa se agrandó más—. Redactaron la Declaración de Derechos porque pensaban que conceder derechos absolutos era mejor que arriesgarse a que un tercero se los arrebatara. Como la Primera Enmienda: se supone que nos protege porque evita que el gobierno determine dos clases de discursos, el libre y el criminal. No querían correr el riesgo de que algún imbécil decidiera que todo lo que a él no le gustaba era ilegal. —Se volvió y escribió "Vida, libertad y búsqueda de la felicidad" en la pizarra—. Nos estamos adelantando al material de la lección, pero al parecer son un grupo avanzado. —Los demás chicos rieron nerviosamente—. El rol del gobierno es asegurar a los ciudadanos el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. En ese orden. Es como un filtro. Si el gobierno quiere implementar algo que nos hace un poco infelices o nos quita algo de nuestra libertad, está bien, mientras lo haga para salvarnos la vida. Por eso la policía puede encerrarnos si piensa que somos un peligro para nosotros mismos o para terceros. Uno pierde la libertad y la felicidad para preservar la vida. Si uno tiene vida, puede recuperar la libertad y la felicidad más adelante.

Algunos levantaron la mano.

—¿Eso no significa que pueden hacer lo que les antoje, mientras declaren que es para detener a los que pueden hacernos daño en el futuro?

—Sí —dijo otro chico—. Me parece que usted nos está diciendo que la seguridad nacional es más importante que la Constitución.

En ese instante, me sentí muy orgulloso de mis compañeros. Dije:

—¿Cómo se puede proteger la libertad suspendiendo la Declaración de Derechos?

Ella meneó la cabeza como si fuésemos todos muy estúpidos.

—Los "revolucionarios" padres de la patria *fusilaban* a los traidores y los espías. No creían en la libertad absoluta, menos cuando ésta amenazaba a la República. Por ejemplo, tomemos a esa gente de la Xnet...

Con todas mis fuerzas, intenté no ponerme rígido.

—Los llamados "clonadores" que aparecieron en los noticieros esta mañana. Después de que la ciudad sufrió el ataque de quienes se han declarado en guerra con este país, se dedicaron a sabotear mensajes de seguridad destinados a capturar a los malos y a evitar que hagan lo mismo otra vez. Y lo hicieron a costa de poner en peligro e importunar a sus conciudadanos...

—¡Lo hicieron para demostrar que estaban privándonos de nuestros derechos con la excusa que protegerlos! —dije. Bueno, grité. Dios, esa mujer me hacía hervir la sangre—. Lo hicieron porque el gobierno estaba tratando *a todos* como sospechosos de terrorismo.

—¿Entonces quisieron demostrar que no debían tratarlos como terroristas —me gritó Charles— actuando como terroristas? ¿Cometiendo actos de terrorismo?

Yo estaba furioso.

—Ay, por el amor de Dios. ¿Actos de terrorismo? Demostraron que la vigilancia universal era más peligrosa que el terrorismo. Mira lo que pasó en el parque el fin de semana

pasado. Esa gente estaba bailando y escuchando música. ¿En qué se parece *eso* al terrorismo?

La profesora cruzó el aula hasta quedar de pie a mi lado, mirándome desde arriba hasta que me callé.

—Marcus, parece que, según tú, nada cambió en este país. Te hace falta comprender que las bombas del puente lo han cambiado todo. Miles de nuestros amigos y familiares están muertos en el fondo de la Bahía. Ahora es momento de luchar por la unidad nacional, frente al violento agravio que ha sufrido nuestra patria...

Me levanté. Ya había oído suficiente de esa mierda del "todo ha cambiado".

—¿Unidad nacional? Todo el fundamento de los Estados Unidos se apoya en que somos un país donde las disidencias se reciben con los brazos abiertos. Somos un país de disidentes, de peleadores, de gente que abandona la universidad y de personas con libertad de expresión.

Pensé en la última clase de la Sra. Gálvez y en los miles de estudiantes de Berkeley que habían rodeado el furgón de la policía cuando intentaron arrestar al que repartía folletos sobre los derechos civiles. Nadie había intentado detener los camiones cargados con la gente que bailaba en el parque cuando se la llevaban. Yo tampoco. Me había escapado.

Tal vez era cierto que todo había cambiado.

—Creo que sabes dónde está la oficina del Sr. Benson —me dijo ella—. Preséntate allí de inmediato. *No toleraré* que mis clases se vean alteradas por conductas irrespetuosas. Para ser alguien que se declara amante de la libertad de expresión, te veo demasiado bien dispuesto a gritarle a cualquiera que no esté de acuerdo contigo.

Recogí mi LibroEscolar y mi mochila y salí como un torbellino. La puerta tenía una bisagra neumática y era imposible cerrarla de un golpe; de no ser así, la habría cerrado de un golpe.

Me dirigí rápidamente a la oficina del Sr. Benson. Las cámaras me filmaban mientras caminaba. Registraban mi andadura. Los RFID de mi tarjeta de identificación estudiantil transmitían mi identidad a los sensores del corredor. Era como estar en la cárcel.

—Cierra la puerta, Marcus —dijo el Sr. Benson. Giró la pantalla para que yo viera la imagen en vivo de la clase de Estudios Sociales. Había estado mirándonos.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Eso no era enseñar, era *propaganda*. ¡Nos dijo que la Constitución no era importante!

—No, les dijo que no era una doctrina religiosa. Y tú la atacaste como una especie de fundamentalista, demostrando que ella tenía razón. Marcus, tú, de entre todas las personas, tendrías que entender que todo cambió con las bombas del puente. Tu amigo Darryl…

—No diga una maldita palabra sobre él —dije, desbordado de ira—. Usted no tiene autoridad para hablar de Darryl. Sí, entiendo que ahora todo es diferente. Antes éramos un país libre. Ahora no.

—¿Sabes lo que significa “tolerancia cero”, Marcus?

Me controlé. Podía expulsarme por “conducta amenazante”. Supuestamente, eso se usaba con los pandilleros que trataban de intimidar a los profesores. Pero, por supuesto, no tendría ningún reparo en aplicármelo a mí.

—Sí —le dije—. Sé lo que significa.

—Creo que me debes una disculpa —dijo.

Lo miré. Apenas intentaba reprimir su sonrisa sádica. Una parte de mí quería postrarse a sus pies. Quería rogar por su perdón a costa de mi vergüenza. Aplaqué a esa parte y decidí que prefería que me expulsara antes que disculparme.

—Los gobiernos se instituyen entre los hombres, derivando sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; cuando una forma de gobierno se vuelve destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que, a su juicio, ofrezca las mayores probabilidades de hacer efectiva su seguridad y felicidad. —Lo recordaba palabra por palabra.

Benson sacudió la cabeza.

—Recordar algo no es lo mismo que entenderlo, hijo. —Se inclinó sobre la computadora e hizo unos clics. La impresora ronroneó. Me entregó una hoja con membrete de la Comisión, aún tibia, que decía que me habían suspendido dos semanas—. Ahora se la enviaré a tus padres por correo electrónico. Si dentro de treinta minutos sigues en las instalaciones de la escuela, serás arrestado por invasión a la propiedad privada.

Lo miré.

—No pretendas declararme la guerra en mi propia escuela —dijo—. No puedes ganar esa guerra. ¡VETE!

Me fui.

Capítulo 14

La Xnet no era muy divertida en plena jornada escolar, cuando todos los que la usaban estaban en el colegio. Tenía la hoja de papel doblada en el bolsillo trasero de mis jeans y la arrojé sobre la mesa de la cocina cuando llegué a casa. Me senté en la sala y encendí la TV. Nunca la miraba, pero sabía que mis padres sí. Ellos sacaban todas las ideas que tenían del mundo de la TV, la radio y los periódicos.

Las noticias eran terribles. ¡Había tantas razones para tener miedo! Los soldados norteamericanos morían en todo el mundo. No sólo los soldados. También los efectivos de la Guardia Nacional, que se habían incorporado a la fuerza para ayudar a rescatar gente de los huracanes y que ahora, desde hacía años y años, estaban apostados en el extranjero por culpa de esta guerra larga e interminable.

Recorrí todos los canales de noticias que transmitían las 24 horas, uno tras otro: un desfile de funcionarios diciéndonos por qué debíamos tener miedo. Un desfile de imágenes de bombas explotando en todo el mundo.

Continué cambiando de canal, hasta que me topé un rostro familiar. Era el sujeto que había entrado en el camión para hablar con Pelo Corto cuando me tenían encadenado en el fondo.

Llevaba uniforme militar. La leyenda al pie de la imagen lo identificaba como el General de División Graeme Sutherland, Comandante Regional del DSI.

—Tengo en mis manos folletería genuina que se ofrecía en el llamado concierto del Parque Dolores el fin de semana pasado. Levantó una pila de panfletos. Recordé que en el parque había muchos que repartían panfletos. En San Francisco, cada vez que se reúne gente te dan panfletos. Quiero que los observen por un momento. Les leeré los títulos. SIN EL CONSENTMIENTO DE LOS GOBERNADOS: GUÍA DEL CIUDADANO PARA DERROCAR AL ESTADO. Aquí hay otro, ¿LOS ATAQUES DEL 11 DE SEPTIEMBRE REALMENTE OCURRIERON?; y otro más, CÓMO USAR LA SEGURIDAD DEL GOBIERNO EN SU CONTRA. Este material nos revela el verdadero propósito de la reunión ilegal del sábado por la noche. No fue simplemente la reunión carente de seguridad de miles de personas sin tomar las debidas precauciones, sin siquiera instalar baños. Fue un acto de reclutamiento del enemigo. Fue un intento de corromper a los chicos y convencerlos de que Norteamérica no debe velar por su propia protección.

»Consideren este lema: NO CONFÍES EN NADIE MAYOR DE 25. ¿Qué mejor manera de asegurar que el mensaje pro-terrorista no incluya el debate considerado, equilibrado y maduro que excluir a los adultos, limitando el grupo a la participación de jovencitos impresionables?

»Cuando la policía llegó a la escena, descubrió que se estaba llevando a cabo un acto de reclutamiento para el enemigo de los EE. UU. La reunión ya había perturbado el descanso de cientos de residentes de la zona. Ninguno de ellos fue consultado durante la planificación de esta fiesta descontrolada que duró toda la noche.

»Dieron orden de que la gente se dispersara, cosa que se aprecia en todos los videos, y cuando los juerguistas se disponían a atacar, instigados por los músicos desde el escenario, la policía los sometió utilizando técnicas no letales de control de multitudes.

»Se arrestó a los líderes de los revoltosos y a los provocadores que empujaron a miles de jóvenes impresionables a cargar contra la fuerza policial. De ellos, 827 quedaron en custodia. Muchos tenían antecedentes. Más de 100 tenían orden de captura. Continúan detenidos.

»Señoras y señores, los EE.UU. están peleando una guerra en muchos frentes, pero en ningún otro sitio corre un peligro más grave que aquí, en casa, ya sea por los ataques de los terroristas o de los que simpatizan con ellos.

Un periodista levantó la mano y dijo:

—General Sutherland, seguramente no estará diciendo que esos chicos eran simpatizantes de los terroristas porque asistieron a una fiesta en el parque, ¿verdad?

—Claro que no. Pero cuando los jóvenes caen bajo la influencia de los enemigos de la patria es fácil que acaben pensando como ellos. A los terroristas les encantaría reclutar una quinta columna que los ayudara a pelear esta guerra desde dentro. Si fueran mis hijos, estaría seriamente preocupado.

Otro periodista exclamó:

—Pero seguro que sólo se trató de un concierto al aire libre, ¿no es así, General? No andaban con rifles, practicando tiro.

El General sacó una pila de fotos y comenzó a mostrarlas.

—Aquí tienen imágenes tomadas por los oficiales con cámaras infrarrojas antes de intervenir. —Las sostuvo junto a su rostro y comenzó a pasarlas, una por una. Mostraban gente bailando con bastante violencia; algunos quedaban aplastados

o los pisaban. Luego, se enfocaban en el sexo junto a los árboles: una chica con tres chicos; dos chicos besándose—. En este evento había niños de diez años. Un cóctel mortal de drogas, propaganda y música que resultó en decenas de heridos. Es un milagro que nadie haya muerto.

Apagué el televisor. Lo pintaban como una batalla campal. Si mis padres hubieran pensado que yo estaba allí, me habrían amarrado a la cama durante un mes y sólo me habrían dejado salir con un collar rastreador puesto.

A propósito, se iban a *cabrear* cuando descubrieran que me habían suspendido.

***

No lo tomaron bien. Papá quería castigarme, pero mamá y yo lo convencimos.

—Sabes que el vicedirector tiene a Marcus entre ojos desde hace años —dijo mamá—. Después de salir de la última reunión que tuvimos con él, te pasaste una hora insultándolo. Creo que mencionaste la palabra "imbécil" repetidas veces.

Papá meneó la cabeza. —Alborotar una clase para criticar al Departamento de Seguridad Interior…

—Es una clase de Estudios Sociales, papá —dije. Ya nada me importaba, pero sentí que si mamá salía en mi defensa yo debía ayudarla—. Hablábamos del DSI. ¿No es que los debates son saludables?

—Mira, hijo —respondió. Últimamente, me llamaba "hijo" con mucha frecuencia. Me hacía sentir que había dejado de considerarme una persona y que, en cambio, pensaba en mí como en una especie de larva a medio formar que necesitaba un

guía hasta salir de la adolescencia. Odiaba eso—. Tendrás que aprender a vivir con el hecho de que hoy estamos en un mundo distinto. Tienes todo el derecho a expresar tu opinión, por supuesto, pero debes estar preparado para las consecuencias. Debes enfrentar el hecho de que hay gente que está sufriendo, que no quiere debatir sobre las sutilezas de la ley constitucional cuando sus vidas corren peligro. Ahora estamos en un bote salvavidas, y cuando estás en un bote salvavidas nadie quiere que le hablen de las maldades del capitán.

A duras penas logré contener la cara de exasperación.

—Me han asignado dos semanas de estudio independiente; tengo que escribir una monografía para cada materia, usando la ciudad como base: una de Historia, una de Estudios Sociales, una de Inglés y una de Física. Es mejor que quedarme sentado en casa mirando televisión.

Papá me miró intensamente, como si sospechara que yo planeaba algo; después, asintió. Les di las buenas noches y subí a mi cuarto. Encendí la Xbox, abrí un procesador de palabras y comencé a buscar ideas para mis monografías. ¿Por qué no? Realmente, era mejor que quedarme sentado en casa sin hacer nada.

***

Terminé chateando con Ange bastante rato esa noche. Me consoló por todo y me dijo que me ayudaría con los trabajos si quería encontrarme con ella después de la escuela, la tarde siguiente. Sabía dónde quedaba su escuela —iba a la misma que Van— y era lejos, en la Bahía Oriental, sitio al que yo no había vuelto desde la explosión de las bombas.

La verdad, me entusiasmaba la perspectiva de verla otra vez. Desde el concierto, me acostaba todas las noches pensando en dos cosas: la imagen de la multitud cargando contra las hileras de policías y el roce del costado de su seno, debajo de su camisa, cuando nos apoyamos contra el pilar. Ella era formidable. Nunca antes había estado con una chica tan… agresiva como ella. Siempre era yo el que avanzaba y ellas las que me apartaban de un empujón. Tenía la sensación de que Ange era tan cachonda como yo. Era una idea tentadora.

Esa noche dormí profundamente, con sueños excitantes sobre Ange, yo y lo que podríamos hacer si nos encontrábamos en un lugar aislado.

Al día siguiente, me dispuse a trabajar en las monografías. San Francisco es un buen sitio sobre el cual escribir. ¿Historia? Claro, existe: desde la Fiebre del Oro hasta los astilleros de la Segunda Guerra Mundial, los campos de confinación para japoneses y la invención de la PC. ¿Física? El Exploratorium tiene la mejor muestra de todos los museos que he visitado. La exhibición sobre la licuefacción del suelo durante los terremotos grandes me producía una satisfacción perversa. ¿Inglés? Jack London, los poetas beat, los escritores de ciencia ficción como Pat Murphy y Rudy Rucker. ¿Estudios Sociales? El Movimiento por la Libertad de Expresión, César Chávez, los derechos de los homosexuales, el feminismo, el movimiento antibélico…

Siempre me gustó aprender por aprender. Simplemente, para saber más del mundo que me rodea. Podía aprender con sólo caminar por la ciudad. Decidí que primero haría la monografía de Inglés sobre los beat. *City Light Books* tenía una gran biblioteca, en una sala del piso de arriba, donde Alan Ginsberg y sus amigos habían creado su poesía drogona radical. El

poema que habíamos leído en clase era *Aullido* y nunca iba a olvidar los primeros versos, que me provocaban escalofríos en la espalda:

Vi las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura,
famélicas histéricas desnudas,
arrastrándose por las calles de los negros al amanecer
en busca de un colérico pinchazo,
hipsters con cabezas de ángel consumiéndose por la antigua conexión celestial con la dínamo estrellada de la maquinaria nocturna...

Me gustaba la manera en que encadenaba esas palabras: “famélicas histéricas desnudas”. Yo sabía lo que era sentir eso. Y “las mejores mentes de mi generación” también me hacía pensar mucho. Me recordaba al parque, la policía y el gas cayendo. A causa de *Aullido*, habían arrestado a Ginsberg por obscenidad... todo por un verso que hablaba del sexo homosexual y que hoy en día no nos habría movido un pelo. De alguna manera, me alegraba que hubiésemos progresado en algo. Que las cosas hubiesen sido aún más restrictivas antes que ahora.

Me perdí en la biblioteca, leyendo hermosas ediciones antiguas de los libros. Me perdí con *En el camino*, de Jack Kerouac, una novela que tenía intención de leer desde hacía mucho; un empleado que se acercó a ver lo que hacía asintió con aprobación y me buscó una edición barata que me vendió por 6 dólares.

Fui hasta el Barrio Chino y comí bollos dim-sum y fideos con salsa picante, que antes consideraba bastante picantes, pero que ahora, después de haber probado el especial de Ange, nunca volverían a parecerme ni remotamente picantes.

Mientras el día avanzaba hacia la tarde, subí al BART y luego al autobús de ida y vuelta al puente San Mateo que me llevaba a la Bahía Oriental. Leí mi ejemplar de *En el camino* y disfruté del paisaje que pasaba rápidamente ante mis ojos. *En el camino* es una novela semi-autobiográfica sobre Jack Kerouac, un escritor drogón y bebedor que viaja por los EE. UU. haciendo autostop, consiguiendo trabajos de mala muerte, aullando en las calles por la noche, conociendo gente y despidiéndose de ella. Bohemios, vagabundos de rostro triste, estafadores, rateros, basuras humanas y ángeles. En realidad, no tiene argumento —supuestamente, Kerouac lo escribió en tres semanas, en un largo rollo de papel, drogado hasta la locura—, sino que es un ramillete de cosas sorprendentes que ocurren una tras otra. Traba amistad con personas autodestructivas, como Dean Moriarty, que lo involucran en planes extraños que nunca funcionan, pero igual funcionan, si entiendes a qué me refiero.

Las palabras tenían un ritmo que era exquisito; en mi cabeza, lo escuchaba como si me lo estuvieran leyendo en voz alta. Me daban ganas de acostarme en la litera de una camioneta y despertar en un pueblo polvoriento del valle central, camino a Los Ángeles, uno de esos sitios con una estación de combustible y un comedor, y de salir a los campos y conocer gente y ver cosas y hacer cosas.

El viaje en autobús era largo y me dormí un poco; quedarme levantado hasta tarde chateando con Ange perjudicaba bastante mi horario de sueño, ya que mamá seguía pretendiendo que bajara a desayunar. Desperté, cambié de autobús y, al poco rato, llegué a la escuela de Ange.

Salió por el portón a los saltos, vestida de uniforme. Nunca antes la había visto de uniforme. Le quedaba bien de un modo

extraño y me recordó a Van uniformada. Me dio un largo abrazo y un fuerte beso en la mejilla.

—¡Hola! —me dijo.

—¡Cómo estás!

—¿Qué lees?

Yo estaba esperando esto. Había marcado el fragmento con un dedo.

—Escucha: "Bailaban por las calles como peonzas y yo los seguí arrastrando los pies, como lo he hecho toda la vida con la gente que me interesa, porque para mí la única gente que existe es la que está loca, loca por vivir, loca por hablar, loca por salvarse, que quiere tener todo al mismo tiempo, que nunca bosteza ni habla de lugares comunes, sino que arde, arde, arde como fabulosos fuegos artificiales amarillos que explotan como arañas entre las estrellas y en el centro se ve estallar una luz azul y todos dicen ¡Aaah!".

Tomó el libro y leyó el párrafo ella misma.

—¡Vaya, peonzas! ¡Me encanta! ¿Es todo así?

Le conté las partes que había leído, caminando lentamente por la acera hacia la parada del autobús. Cuando doblamos la esquina, me rodeó la cintura con un brazo y yo pasé el mío por encima de su hombro. Por la calle con una chica —¿mi novia?... claro, ¿por qué no?— y charlando sobre un libro genial… era el paraíso. Me hizo olvidar de mis problemas un breve instante.

—¿Marcus?

Me di vuelta. Era Van. Inconscientemente, me esperaba esto. Lo supe porque mi mente consciente no estaba ni remotamente sorprendida. No era una escuela muy grande y todas salían a la misma hora. Hacía semanas que no hablaba con Van y esas semanas se sentían como meses. Antes hablábamos todos los días.

—Hola, Van —dije. Suprimí la apremiante necesidad de sacar el brazo de los hombros de Ange. Van parecía sorprendida, pero no enojada, ni más pálida, ni conmocionada. Nos miró detalladamente a los dos.

—¿Angela?

—Hola, Vanessa —dijo Ange.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a buscar a Ange —dije, tratando de mantener un tono neutral. De pronto, me resultaba embarazoso que me vieran con una chica.

—Ah —dijo Van—. Bueno, me alegro de verte.

—También me alegro de verte, Vanessa —dijo Ange, haciéndome girar y llevándome hacia la parada del autobús.

—¿La conoces? —dijo Ange.

—Sí, desde siempre.

—¿Era tu novia?

—¿Qué? ¡No! ¡De ningún modo! Éramos amigos.

—¿*Eran* amigos?

Me parecía que Van venía detrás de nosotros, escuchando, aunque al paso que íbamos tendría que haber estado trotando para alcanzarnos. Resistí la tentación de mirar por encima del hombro todo lo que pude; después, miré. Había muchas chicas de escuela detrás de nosotros, pero no Van.

—Estaba conmigo, José Luis y Darryl cuando nos arrestaron. Jugábamos JRA juntos. Los cuatro… éramos algo así como mejores amigos entre nosotros.

—¿Y qué pasó?

Bajé la voz. —A ella no le gustaba la Xnet —dije—. Pensaba que nos meteríamos en problemas. Que yo metería en problemas a otras personas.

—¿Y por eso dejaron de ser amigos?

—Sólo nos distanciamos.

Avanzamos unos pasos. —¿Ustedes no eran… ya sabes, amigos-novios?

—¡No! —le dije. Mi cara estaba caliente. Me pareció que mis palabras sonaban a que estaba mintiendo, aunque decía la verdad.

Ange me hizo detener de un tirón y examinó mi rostro.

—¿No?

—¡No! ¡En serio! Sólo amigos. Darryl y ella… bueno, no del todo, pero a Darryl le gustaba mucho. No había forma de…

—Pero si a Darryl no le hubiera gustado, lo habrías hecho ¿eh?

—No, Ange, no. Por favor, créeme y olvídalo. Con Vanessa éramos buenos amigos y ya no lo somos, y eso me afecta, pero nunca me gustó de otra manera ¿está bien?

Ella se afligió un poco. —OK, OK. Disculpa. Es que no me llevo bien con ella, es todo. Nunca nos hemos llevado bien en todos los años que hace que nos conocemos.

Oh-oh, pensé. Quizás era por eso que Jolu la conocía desde hacía tanto tiempo y nunca me la había presentado; Ange tenía un problema con Van y él no quería que se nos acercara.

Me dio un largo abrazo y nos besamos; un grupo de chicas pasó a nuestro lado diciendo “Uuuuh”, nos enderezamos y seguimos caminando hacia la parada. Delante iba Van, que debió pasar junto a nosotros cuando nos estábamos besando. Me sentí un completo imbécil.

Por supuesto, también estaba en la parada y subió al mismo autobús; no nos dirigimos la palabra y yo traté de conversar con Ange todo el viaje, pero fue muy incómodo.

El plan era tomar un café y luego ir a casa de Ange a pasar el tiempo y a “estudiar”, o sea, a turnarnos con la Xbox de ella

para ver la Xnet. La madre de Ange llegaba a casa tarde los martes, porque era su noche de yoga y de ir a cenar con sus amigas, y la hermana de Ange iba a salir con su novio, de modo que teníamos toda la casa para nosotros. Yo albergaba ideas eróticas desde el momento en que planeamos la visita.

Llegamos a su casa, fuimos directamente a su cuarto y cerramos la puerta. Su habitación era una especie de desastre, cubierta con capas de ropa, cuadernos y partes de PC que se prendían de tus medias como abrojos. El escritorio estaba peor que el suelo, tapado con altas pilas de libros e historietas, así que terminamos sentados en la cama, lo que a mí me pareció muy bien.

La incomodidad por haber visto a Van había desaparecido un poco. Encendimos la Xbox, que estaba en el centro de un nido de cables; algunos iban hacia una antena inalámbrica que Ange le había adosado y que estaba junto a la ventana para poder sintonizar el WiFi de los vecinos. Otros iban hacia un par de viejas pantallas de laptop que había convertido en monitores independientes, apoyados sobre unos armazones y erizados de partes electrónicas al descubierto. Las pantallas se ubicaban sobre las dos mesas de noche, lo que era una excelente ubicación para ver películas o chatear desde la cama; Ange podía girar los monitores y, tendida de costado, siempre veía bien, sin importar de qué lado se acostara.

Ambos sabíamos para qué estábamos aquí en realidad, sentados uno junto al otro, apoyados contra la mesa de noche. Yo temblaba un poco, superconsciente de la tibieza de su pierna y hombro contra los míos, pero necesitaba pasar por el proceso de loguearme en la Xnet, ver los correos recibidos y demás.

Había uno de un chico al que le gustaba enviar videos graciosos, filmados con su teléfono, del DSI volviéndose

totalmente loco. El último que había visto mostraba a unos agentes desarmando un cochecito de bebé, después de que un perro detector de bombas se interesara en él. Lo desmontaban con destornilladores, en el puerto deportivo, en medio de la calle, mientras los ricachones que pasaban los miraban y se maravillaban ante lo raro que era todo.

Había seguido el enlace a ese video, que todos se habían descargado como enloquecidos. El chico lo había subido al mirror de Internet Archive en Alejandría, Egipto, donde hosteaban cualquier cosa gratuitamente siempre y cuando la pusieras bajo la licencia de Creative Commons, que permitía que cualquiera remixara y compartiera el material. El Archive US —que estaba en Presidio, a pocos minutos de distancia— se había visto forzado a eliminar todos esos videos en nombre de la seguridad nacional, pero el de Alejandría se había separado para formar una organización propia y hosteaba cualquier cosa que pusiera en ridículo a los EE. UU.

Esta vez, el chico —su seudónimo era Kameraspie— me había enviado un video mucho mejor. Era en la puerta de entrada de la Alcaldía, en el Centro Cívico, un gigantesco edificio parecido a un pastel de bodas, lleno de estatuas embutidas en pequeños arcos, cubierto de hojas y ribetes dorados. El DSI había asegurado el perímetro del edificio y el video de Kameraspie mostraba una gran toma del punto de control, donde un sujeto de uniforme militar se acercaba, mostraba su identificación y ponía su portafolios sobre la cinta de los rayos X.

Todo iba bien hasta que uno de los tipos del DSI veía algo que no le gustaba en la imagen de rayos-X. Interrogaba al general, que ponía cara de impaciencia y decía algo inaudible (estaba filmado desde la acera de enfrente, aparentemente con un zoom disimulado de factura casera, de modo que el audio

consistía principalmente en los pasos de los peatones y los ruidos del tránsito).

El general y los del DSI se ponían a discutir y, cuanto más discutían, más tipos del DSI se reunían a su alrededor. Finalmente, el general sacudía la cabeza con furia y movía el dedo señalando el pecho del sujeto del DSI, tomaba su portafolios y comenzaba a alejarse. Los del DSI le gritaban, pero él no disminuía su marcha. Todo su lenguaje corporal decía "Estoy total y absolutamente furioso".

Entonces sucedió. Los del DSI corrieron tras el general. En esta parte, Kameraspie hacía correr el video en cámara lenta para que pudiéramos ver, cuadro por cuadro, al general volviéndose a medias, con el rostro diciendo "Ni piensen en tumbarme al suelo", luego cambiando a una expresión horrorizada cuando tres de los guardias gigantescos del DSI chocaban contra él, golpeándolo de costado y luego agarrándolo de la cintura, como una maniobra de fútbol americano capaz de acabar con una carrera deportiva. El general —de mediana edad, cabello gris acero, rostro arrugado y digno— cayó como una bolsa de papas y rebotó dos veces; se golpeó fuertemente la cara contra la acera y su nariz comenzó a sangrar.

El DSI amarró al general como se amarra a un cerdo, atándole los tobillos y muñecas. Ahora el general gritaba, gritaba de verdad; su cara se estaba poniendo violeta debajo de la sangre que le caía a borbotones de la nariz. Delante del zoom, pasaban piernas. Los peatones miraban a ese hombre de uniforme al que estaban amarrando y, por su expresión, te dabas cuenta de que esa era la peor parte: la humillación ritual, la extirpación de su dignidad. Allí terminaba el video.

—Oh, mi querido y dulce Buda —dije, mirando la pantalla mientras fundía a negro y el video recomenzaba. Le di un suave

codazo a Ange y le mostré la filmación. Ella la miró sin palabras, con la boca abierta hasta el pecho.

—Postéalo —dijo—. ¡Postéalo postéalo postéalo postéalo!

Lo hice. Apenas podía teclear mientras escribía la descripción de lo que había visto, agregando una nota donde preguntaba si alguien podía identificar al militar que estaba en el video, si alguien sabía algo de esto.

Oprimí “Publicar”.

Miramos el video. Volvimos a mirarlo.

Entró un correo.

>Reconozco totalmente a ese tipo. Puedes encontrar su bio en la Wikipedia. Es el General Claude Geist. Comandó la misión de paz conjunta de la UN en Haití.

Revisé la bio. Había una foto del general en una conferencia de prensa y notas sobre su papel en la difícil misión de Haití. Claramente, era el mismo hombre.

Actualicé mi posteo.

Teóricamente, este era el momento en que Ange y yo teníamos la oportunidad de besarnos y acariciarnos, pero no fue lo que hicimos. Visitamos blogs de la Xnet, buscando más informes sobre el DSI revisando gente, tumbando gente al suelo, invadiendo gente. Era una tarea conocida, lo mismo que yo había hecho con todos los videos y relatos de los disturbios en el parque. Abrí una nueva categoría para esto en mi blog, AbusosDeAutoridad, y los archivé allí. A Ange se le ocurrían todo el tiempo nuevos términos de búsqueda para probar y cuando su madre llegó a casa mi nueva categoría ya tenía setenta posteos, encabezados por el ataque al General Geist en la Alcaldía.

***

Trabajé en la monografía sobre los beat todo el día siguiente, en casa, leyendo a Kerouac y navegando en la Xnet. Planeaba encontrarme con Ange en la escuela, pero me acobardaba la idea de ver a Van otra vez, de modo que le envié una excusa por mensaje de texto, diciéndole que estaba trabajando en el informe.

Llegaban buenas sugerencias de todo tipo para AbusosDeAutoridad; centenares de ellas, grandes y pequeñas, imágenes y audio. El meme se estaba extendiendo. Se extendió. A la mañana siguiente había más. Alguien abrió un nuevo blog llamado AbusosDeAutoridad que recopilaba centenares más. La pila crecía. Competíamos para encontrar las historias más jugosas, las imágenes más locas.

El convenio con mis padres era que yo debía desayunar con ellos todas las mañanas y contarles sobre los trabajos que estaba haciendo. Les gustaba que estuviera leyendo a Kerouac. Había sido uno de los libros favoritos de los dos y resultó que ya había un ejemplar en la biblioteca del dormitorio de mis padres. Papá lo trajo y lo hojeó. Había párrafos marcados con bolígrafo, páginas marcadas con un doblez de la hoja, notas en los márgenes. Mi papá de verdad adoraba ese libro.

Me acordé de tiempos mejores, cuando papá y yo podíamos charlar cinco minutos sin gritarnos cosas sobre el terrorismo. Tuvimos un gran desayuno, charlando sobre la forma en que estaba planteada la novela, sobre las locas aventuras.

Pero, en el desayuno de la mañana siguiente, ambos estuvieron pendientes de la radio.

Abusos de Autoridad, la última manía de la famosa Xnet de San Francisco que ha capturado la atención mundial. El

movimiento llamado A-de-A se compone de "Hermanos Menores" que vigilan las medidas antiterroristas del Departamento de Seguridad Interior, documentando sus errores y excesos. El suceso máximo es un popular y virulento video-clip de Claude Geist, teniente general retirado, cuando es derrumbado por oficiales del DSI en la acera frente a la Alcaldía. Geist no ha hecho declaraciones sobre el incidente, pero el comentario de los jóvenes que están disgustados por la manera en que los tratan ha sido rápido y furioso.

Lo más notable es la atención global que ha recibido el movimiento. Imágenes fijas del video de Geist han aparecido en las portadas de los periódicos en Corea, Gran Bretaña, Alemania, Egipto y Japón, y los medios de todo el mundo han puesto al aire el video en los noticieros de horario central. El tema pasó a primer plano anoche, cuando el noticiero nacional vespertino de la BBC emitió un informe especial donde se mencionó que ninguna televisora ni agencia de noticias norteamericana había cubierto la historia. En el sitio web de la BBC, los comentarios de los usuarios hicieron notar que la versión norteamericana del noticiero de la BBC tampoco incluyó la noticia.

Pusieron al aire un par de entrevistas: observadores de los medios británicos, un chico del Pirate Party de Suecia que hizo comentarios burlones sobre la prensa norteamericana corrupta, un comentarista de noticias norteamericano, ya retirado, que vivía en Tokio; luego, pasaron un breve fragmento de Al-Jazeera, donde comparaban al periodismo norteamericano con los medios de prensa nacionales de Siria.

Sentía que mis padres me estaban mirando, que sabían lo que estaba haciendo. Pero, cuando retiré los platos, vi que se estaban mirando uno al otro. Papá tenía la taza de café

agarrada con tanta fuerza que le temblaban las manos. Mamá lo observaba.

—Tratan de desacreditarnos —dijo papá finalmente—. Tratan de sabotear nuestros esfuerzos por mantenernos a salvo.

Abrí la boca, pero mamá me miró y negó con la cabeza. Opté por subir a mi cuarto y hacer mi trabajo sobre Kerouac. Cuando escuché que la puerta ya se había cerrado dos veces, encendí la Xbox y me conecté.

>Hola M1k3y. Me llamo Colin Brown. Soy productor del programa de noticias *The National*, de la Canadian Broadcasting Corporation. Estamos preparando un informe sobre la Xnet y hemos enviado un periodista a San Francisco para cubrir la historia desde allí. ¿Te interesaría concedernos una entrevista para hablar de tu grupo y sus acciones?

Me quedé mirando la pantalla. Dios. ¿Querían *entrevistarme* para hablar de “mi grupo”?

>Eh, no, gracias. Estoy a favor de la privacidad. Y no es “mi grupo”. ¡Pero gracias por hacer el informe!

Un minuto después, otro correo.

>Podemos ocultar tu rostro y asegurarte el anonimato. Sabes que el Departamento de Seguridad Interior estará más que feliz de ofrecernos su propio vocero. Me interesa conocer tu versión.

Archivé el correo. Él tenía razón, pero sería una locura. Hasta donde yo sabía, él *era* el DSI.

Leí más Kerouac. Entró otro correo. Mismo pedido, diferente agencia de noticias: la KQED quería una reunión conmigo y grabar una entrevista para la radio. Un canal de Brasil. La Broadcasting Corporation de Australia. Deutsche Welle. Todo el día estuvieron entrando solicitudes de la prensa. Todo el día, las rechacé cortésmente.

Ese día no leí mucho a Kerouac.

***

—Ofrece una conferencia de prensa —dijo Ange esa tarde. Estábamos sentados en un café cercano a su casa; yo no tenía ganas de ir hasta su escuela y quedar atrapado en un autobús con Van.

—¿Qué? ¿Estás loca?

—Hazla en el *Botín de Relojería*. Elige un puesto de intercambio donde no se permita el PvP y fija un horario. Puedes loguearte desde aquí.

El PvP es el combate jugador contra jugador. Algunas partes del *Botín de Relojería* eran terreno neutral, lo que implicaba que, teóricamente, podíamos hacer venir a una tonelada de periodistas novatos en el juego sin preocuparnos por que otros jugadores los mataran en medio de la conferencia de prensa.

—No sé nada sobre conferencias de prensa.

—Oh, busca en Google. Seguro que alguien ha escrito un artículo sobre cómo lograr que salgan bien. O sea, si el Presidente puede manejarlas, seguro que tú también. Ese tipo parece incapaz de atarse los zapatos sin ayuda.

Pedimos más café.

—Eres una mujer muy inteligente —le dije.

—Y hermosa —dijo ella.

—También —respondí.

Capítulo 15

Subí al blog lo de la conferencia de prensa antes de enviar las invitaciones a la prensa. Era consciente de que todos esos escritores querían convertirme en un líder, un general o un supremo comandante de la guerrilla y descubrí una forma de solucionarlo: tener un puñado de usuarios de la Xnet correteando por ahí, para que también respondieran preguntas.

Después envié correos a los medios. Sus respuestas incluyeron desde el asombro hasta el entusiasmo; solamente la periodista de Fox se manifestó "indignada" ante mi descaro de pedirle que entrara en un juego para que yo apareciera en su programa de TV. El resto parecía pensar que sería una historia estupenda, aunque bastantes pidieron mucho soporte técnico para registrarse en el juego.

Elegí las 8:00 p.m., después de la cena. Mamá me había estado reclamando por las tardes que pasaba fuera de casa, hasta que finalmente le conté de Ange, después de lo cual se le humedecieron los ojos y no dejó de mirarme como diciendo "mi niñito está creciendo". Quería conocer a Ange y utilicé eso como palanca: le prometí que la traería la noche siguiente si esa noche me permitía "ir al cine" con ella.

La madre y la hermana de Ange iban a salir de nuevo —no les gustaba quedarse en casa, en realidad— lo que nos dejaba, a Ange y a mí, solos en su cuarto con su Xbox y la mía. Desenchufé una de las pantallas ubicadas junto a la cama y la adosé a mi Xbox, para que ambos pudiéramos conectarnos a la vez.

Ambas Xbox estaban a la espera, ya logueadas en el *Botín de Relojería*. Yo caminaba de un lado al otro.

—Saldrá bien —dijo ella. Miró su pantalla—. ¡Hay 600 jugadores en el Mercado del Tuerto Pete! —Habíamos elegido lo del Tuerto Pete porque era el mercado más cercano a la plaza del pueblo, donde aparecían los jugadores nuevos. Si los periodistas no eran jugadores del *Botín de Relojería* (¡ja!) aparecerían allí. En el posteo de mi blog, le había pedido a la gente en general que se quedara cerca del camino entre el portal de entrada y el Tuerto Pete para guiar hasta el Mercado a todos los que parecieran periodistas desorientados

—¿Qué diablos voy a decirles?

—Sólo responde sus preguntas… y si no te gusta una pregunta, ignórala. Algún otro puede responderla. Saldrá bien.

—Es una demencia.

—Es perfecto, Marcus. Si de verdad quieres hacerle daño al DSI tienes que ponerlo en ridículo. No podrás superar su poder. Tu única arma es la habilidad de hacerlos quedar como débiles mentales.

Me eché en la cama; ella apoyó mi cabeza sobre su regazo y me acarició el pelo. Antes del atentado, solía jugar con diferentes cortes de cabello, tiñéndome con toda clase de colores divertidos, pero desde mi salida de la cárcel ya no me tomaba esas molestias. Me había crecido, se veía tonto y desgreñado, y un día entré al baño con unas tijeras y me lo corté un centímetro y medio todo alrededor, lo que exigía cero esfuerzo para cuidarlo

y me ayudaba a ser invisible cuando estaba interfiriendo y clonando RFID en la calle.

Abrí los ojos y miré los ojos de ella, castaños y grandes, detrás de las gafas. Eran redondos, líquidos y expresivos. Podía abrirlos de forma exorbitante cuando quería hacerme reír, o volverlos suaves y tristes, o haraganes y somnolientos de un modo que me derretía hasta quedar convertido en un charco de deseo.

Era lo que estaba haciendo ahora.

Me senté lentamente y la abracé. Ella también me abrazó. Nos besamos. Sus besos eran fabulosos. Sé que ya lo dije antes, pero merece que lo repita. Nos besábamos mucho pero, por una razón o por otra, siempre nos deteníamos antes de que la cosa se pusiera demasiado densa. Ahora, yo quería llegar más lejos. Encontré el borde de su camiseta y tiré hacia arriba. Ella levantó los brazos sobre la cabeza y se echó hacia atrás unos centímetros. Yo sabía que haría eso. Lo sabía desde la noche en el parque. Tal vez por eso no habíamos llegado más lejos: no podía confiar en que ella se acobardara y eso me asustaba un poco.

Pero en ese momento no estaba asustado. Con la inminente conferencia de prensa, las peleas con mis padres, la atención internacional, la sensación de que había un movimiento que hacía carambolas por toda la ciudad como la pelota de una máquina de pinball, mi piel hormigueaba, mi sangre cantaba.

Y ella era hermosa, sagaz, inteligente y divertida, y yo me estaba enamorando.

La camiseta se deslizó hacia arriba; arqueó la espalda para ayudarme a pasarla por encima de sus hombros. Estiró las manos hacia atrás, hizo algo y el sostén cayó a un lado. Me la quedé mirando con ojos desorbitados, inmóvil, sin aliento, y

ella agarró mi camiseta, me la sacó por encima de la cabeza, se prendió de mí y atrajo mi pecho desnudo hacia el suyo.

Rodamos en la cama, nos tocamos, frotamos nuestros cuerpos y gemimos. Ella me besó todo el pecho y yo le hice lo mismo. No podía respirar, no podía pensar, sólo podía moverme, besar, lamer y tocar.

Nos atrevimos a continuar. Le desabroché el jean. Ella desabrochó el mío. Le bajé la cremallera; ella bajó la mía y me quitó el pantalón. Yo le quité el suyo. Un momento después, estábamos desnudos, salvo por mis calcetines, que me saqué con los pies.

Fue entonces cuando vi el reloj de la mesa de noche, que hacía rato había caído al suelo y seguía allí, fulgurando ante nosotros.

—¡Mierda! —grité—. ¡Empieza en dos minutos! —No podía creer que estaba a punto de interrumpir lo que estaba a punto de interrumpir. O sea, si me hubieran dicho “Marcus, estás a punto de tener sexo por primerísima vez EN TU VIDA. ¿Vas a detenerte si hago explotar esta bomba nuclear en la misma habitación donde te encuentras?”, mi respuesta habría sido un resonante e inequívoco *NO*.

Y, sin embargo, nos detuvimos para esto.

Ella me agarró, atrajo mi rostro hasta el suyo y me besó hasta hacerme pensar que iba a desmayarme. Después, ambos tomamos nuestra ropa y nos vestimos relativamente. Con teclado y mouse en mano, nos dirigimos a lo del Tuerto Pete.

***

Se podía distinguir fácilmente quiénes eran los de la prensa: los novatos que hacían mover a sus personajes como si fueran borrachos tambaleantes, de atrás para delante y de arriba abajo, tratando de tomarle la mano a todo esto, pulsando ocasionalmente una tecla equivocada y ofreciendo a los desconocidos todo su inventario o parte de él, o dándoles abrazos o patadas accidentales.

Los usuarios de la Xnet también eran fáciles de localizar: todos jugábamos al *Botín de Relojería* cuando teníamos tiempo libre (o no teníamos ganas de hacer la tarea), y nuestros personajes estaban bastante bien equipados, con buenas armas y trampas en las llaves que sobresalían de nuestras espaldas para convertir en crema a cualquiera que intentara robarlas y dejarnos sin cuerda.

Cuando aparecí, un mensaje del sistema anunció: M1k3Y HA ENTRADO EN EL MERCADO DEL TUERTO PETE. BIENVENIDO, MARINERO. OFRECEMOS PRECIOS JUSTOS POR UN BUEN BOTÍN. Todos los jugadores de la pantalla quedaron inmóviles. Luego, se congregaron a mi alrededor. El chat explotó. Pensé en encender la función de voz y ponerme unos auriculares, pero al ver que toda la gente intentaba hablar al mismo tiempo me di cuenta de que sería muy confuso. El texto era más fácil de seguir y no podrían adulterar mis declaraciones (je je).

Ange y yo habíamos examinado el lugar con anterioridad. Era genial jugar con ella, porque podíamos darnos cuerda mutuamente. Había una zona alta, sobre una pila de cajas con raciones de sal, donde podía pararme para que me vieran desde cualquier sitio del mercado.

>Buenas noches y gracias a todos por venir. Me llamo M1k3y y no soy el líder de nada. A su alrededor están los usuarios de la

Xnet, que tienen tanto como yo para decir sobre el porqué de nuestra presencia aquí. Uso la Xnet porque creo en la libertad y en la Constitución de los Estados Unidos de América. Uso la Xnet porque el DSI ha convertido mi ciudad en un estado policial donde todos somos sospechosos de terrorismo. Uso la Xnet porque creo que no se puede defender la libertad haciendo pedazos la Declaración de Derechos. Aprendí la Constitución en una escuela de California y me criaron para amar mi país por su libertad. Tengo una filosofía, y es esta:

>Los gobiernos se instituyen entre los hombres, derivando sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; cuando una forma de gobierno se vuelve destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que, a su juicio, ofrezca las mayores probabilidades de hacer efectiva su seguridad y felicidad.

>No lo escribí yo, pero lo creo. El DSI gobierna sin mi consentimiento.

>Gracias.

Lo había escrito el día anterior, haciendo y deshaciendo borradores con Ange. Tardé sólo un segundo en copiarlo y pegarlo, aunque se necesitó un momento para que todos los que estaban en el juego lo leyeran. Muchos usuarios de la Xnet vivaron con grandes hurras de pirata, con los sables en alto, mientras los papagayos domesticados chillaban y volaban por encima de nuestras cabezas.

Gradualmente, los periodistas también lo asimilaron. El chat corría rápidamente, tan rápido que apenas podía leerlo. Un montón de usuarios diciendo cosas como “Así se habla”, “EE. UU., ámalo o déjalo”, “DSI vete a casa” y “EE. UU., fuera de

San Francisco", todos lemas que habían tenido gran repercusión en la blogósfera de la Xnet.

>M1k3y, soy Priya Rajneesh de la BBC. Dices que no eres líder de ningún movimiento, pero ¿crees que existe un movimiento? ¿Se llama Xnet?

Muchas respuestas. Algunos dijeron que no había un movimiento, otros que sí; mucha gente tenía ideas sobre cómo se llamaba: Xnet, Hermanos Menores, Hermanas Menores y mi preferido personal: Estados Unidos de América.

Realmente, eran geniales. Los dejé hablar, pensando en lo que podía decir yo. Cuando se me ocurrió, lo escribí.

>Creo que todo eso responde a su pregunta ¿verdad? Puede haber uno o más movimientos y pueden llamarse Xnet o no.

>M1k3y, soy Doug Christensen del *Washington Internet Daily*. ¿Qué piensas que debe hacer el DSI para prevenir otro ataque a San Francisco si lo que está haciendo no es satisfactorio?

Más parloteo. Mucha gente dijo que los terroristas y el gobierno eran la misma cosa, tanto literalmente como refiriéndose a que eran igualmente malos. Algunos dijeron que el gobierno sabía cómo capturar a los terroristas, pero que prefería no hacerlo para que los "presidentes belicistas" fueran reelectos.

>No lo sé.

Finalmente, escribí:

>De verdad, no lo sé. Me hago esta pregunta con frecuencia, porque no quiero que me pongan una bomba ni quiero que se la pongan a mi ciudad. Pero he llegado a una conclusión: si el trabajo del DSI es mantenernos a salvo, está fracasando. De toda la mierda que han hecho, nada impediría que volaran el puente otra vez. ¿Rastrearnos por toda la ciudad? ¿Quitarnos nuestra libertad? ¿Hacer que sospechemos unos de otros, que

nos volvamos uno contra el otro? ¿Llamar traidores a los disidentes? El objetivo del terrorismo es aterrarnos. A mí me aterra el DSI.

>No puedo opinar sobre lo que me hacen los terroristas pero, si este país es libre, sí puedo opinar sobre lo que me hace mi propia policía. Puedo evitar que me aterrren.

>Sé que no es una buena respuesta. Disculpen.

>¿Qué implicas cuando dices que el DSI no quiere capturar a los terroristas? ¿Cómo lo sabes?

>¿Quién es usted?

>Soy del *Morning Herald* de Sydney.

>Tengo diecisiete años. No soy un estudiante que se saca diez en todo ni nada por el estilo. Sin embargo, descubrí una forma de hacer una Internet que no pueden espiar. Descubrí cómo bloquear su tecnología de rastreo de personas. Puedo convertir a los inocentes en sospechosos y a los culpables en inocentes ante sus propios ojos. Podría subir a un avión con objetos de metal y modificar una lista de "prohibido volar". Descubrí cómo hacer esas cosas mirando la web y pensando. Si yo puedo hacerlo, los terroristas también. Nos dijeron que nos quitaban la libertad para que estuviéramos más seguros. ¿Usted se siente seguro?

>¿En Australia? Por supuesto que sí.

Todos los piratas rieron.

Más periodistas hicieron preguntas. Algunos simpatizaban, otros eran hostiles. Cuando me cansé, le entregué mi teclado a Ange y la dejé ser Mi1k3y un rato. De todos modos, ya no sentía que M1k3y y yo éramos la misma persona. M1k3y era la clase de chico que hablaba frente a periodistas internacionales e inspiraba a un movimiento. Marcus era el que habían suspendido

en la escuela, el que se peleaba con su padre y se preguntaba si era lo bastante bueno para su novia fuera de serie.

A las 11:00 p.m ya había tenido suficiente. Además, mis padres esperaban que llegara a casa pronto. Salí del juego, Ange también, y nos quedamos acostados un momento. Le tomé la mano y se la apreté con fuerza. Nos abrazamos.

Me besó en el cuello y murmuró algo.

—¿Qué?

—Dije que te amo —respondió ella—. ¿Quieres que te mande un telegrama?

—Vaya —dije.

—¿Tan sorprendido estás?

—No. Mmm. Es que… yo iba a decirte lo mismo.

—Claro que sí —dijo ella, y me mordió la punta de la nariz.

—Nunca lo dije antes —respondí—. Por eso me estaba costando.

—Todavía no lo has dicho ¿sabes? No pienses que no me di cuenta. Las chicas percibimos esas cosas.

—Te amo, Ange Carvelli —dije.

—Yo también te amo, Marcus Yallow.

Nos besamos y comencé a respirar agitadamente y ella también. Fue allí cuando su madre golpeó la puerta.

—Angela —dijo—, creo que es hora de que tu amigo se vaya a casa ¿no?

—Sí, mamá —dijo Ange e hizo la mímica de darle un hachazo. Mientras me ponía los calcetines y los zapatos, masculló—: Esa Angela, dirán, era una niña tan buena, quién lo hubiera pensado, siempre estaba en el jardín trasero, ayudando a su madre a afilar el hacha…

Me reí. —No sabes lo fáciles que son las cosas para ti. Mis padres no nos dejarían solos en mi dormitorio hasta las 11:00 de la noche *ni en sueños*.

—11:45 —dijo, mirando el reloj.

—¡Mierda! —grité y me até los zapatos.

—Vete —dijo ella—. ¡Corre a la libertad! ¡Mira a ambos lados antes de cruzar la calle! ¡Escríbeme si consigues empleo! ¡No te detengas para abrazarme! Si no estás fuera de aquí cuando cuente hasta diez, tendrás *problemas*, señor. Uno. Dos. Tres.

La hice callar subiendo a la cama de un brinco, aterrizando sobre ella y besándola hasta que ya no intentó seguir contando. Satisfecho con mi victoria, bajé la escalera ruidosamente con la Xbox bajo el brazo.

Su madre estaba al pie de la escalera. Sólo nos habíamos visto un par de veces. Parecía una versión más vieja y más alta de Ange —Ange decía que había heredado la baja estatura de su padre—, con lentes de contacto en lugar de gafas. Parecía que me había clasificado tentativamente como un buen chico, cosa que yo apreciaba.

—Buenas noches, Sra. Carvelli —le dije.

—Buenas noches, Sr. Yallow —respondió. Era uno de nuestros pequeños rituales, iniciado en día en que nos conocimos, cuando yo la llamé “Sra. Carvelli”.

Me quedé parado torpemente en la puerta.

—¿Sí? —dijo ella.

—Eh… —dije—. Gracias por permitir que me quede.

—Siempre eres bienvenido en nuestra casa, jovencito —dijo ella.

—Y gracias por Ange —le dije finalmente, odiando que sonara tan cursi. Pero ella sonrió ampliamente y me dio un breve abrazo.

—No hay por qué —dijo ella.

Durante todo el viaje en autobús hasta casa, pensé una y otra vez en la conferencia de prensa, pensé en Ange desnuda y contoneándose conmigo en la cama, pensé en su madre sonriendo y acompañándome a la puerta.

Mamá me esperaba despierta. Me preguntó de la película y le respondí lo que había planeado por anticipado, plagiando la reseña que había aparecido en el *Bay Guardian*.

Cuando me dormía, volvió a mi cabeza la conferencia de prensa. Estaba muy orgulloso. Había estado muy bien hacer que todos esos importantes periodistas se presentaran en el juego, que me escucharan y escucharan a toda la gente que creía lo mismo que yo. Me rendí al sueño con una sonrisa en los labios.

***

Debí saberlo.

LÍDER DE LA XNET: PODRÍA SUBIR A UN AVIÓN CON OBJETOS DE METAL

EL DSI GOBIERNA SIN MI CONSENTIMIENTO

CHICOS DE LA XNET: EE. UU., FUERA DE SAN FRANCISCO.

Y esos eran los titulares *buenos*. Todos me enviaron los artículos para subirlos al blog, pero era lo último que tenía ganas de hacer.

De alguna manera, lo había echado a perder. La prensa había venido a mi conferencia de prensa y había llegado a la conclusión de que éramos terroristas o idiotas útiles del terrorismo. La peor era la cronista de Fox News, que aparentemente

había venido a pesar de todo y que dedicaba un comentario de diez minutos sobre nosotros, hablando de "traición criminal". Su frase demoledora, repetida en todos los medios de noticias que encontré, era: *Dicen que no tienen nombre. Yo tengo un nombre para ellos. Llamemos a estos chicos "los malcriados de Cal-Quaeda". Ellos les hacen el trabajo a los terroristas desde dentro. Cuando ataquen California otra vez* (no "si atacan", sino "cuando ataquen")*, estos consentidos serán tan culpables como la Casa de Saud.*

Los líderes del movimiento antibélico nos denunciaron como elementos marginales. Un sujeto que salió en la TV dijo que creía que éramos un grupo fabricado por el DSI para desacreditarlos.

El DSI ofreció su propia conferencia de prensa, anunciando que redoblarían la seguridad en San Francisco. Mostraron un clonador de RFID que encontraron en algún sitio e hicieron una demostración de cómo funcionaba, utilizándolo para teatralizar el robo de un coche, y alertaron a todo el mundo pidiendo que prestaran atención a la gente joven que se comportaba sospechosamente, en especial si no se les veían las manos.

No estaban bromeando. Terminé la monografía de Kerouac y comencé otra sobre el Verano del Amor, el verano de 1967, cuando el movimiento antibélico y los hippies convergieron en San Francisco. Los fundadores de la heladería Ben & Jerry's (también viejos hippies), además habían fundado un museo hippie en Haight, y había otros archivos y exhibiciones en toda la ciudad.

Pero no era fácil andar por la calle. Para finales de la semana, me revisaban como promedio cuatro veces por día. La policía verificaba mi identificación, me preguntaba por qué andaba en

la calle y leía de arriba abajo, cuidadosamente, la carta de la Chávez donde decía que estaba suspendido.

Tuve suerte. Nadie me arrestó. Pero el resto de la Xnet no fue tan afortunada. Todas las noches, el DSI anunciaba nuevas detenciones: "líderes de grupo" y "agentes operativos" de la Xnet. Personas que yo no conocía, de la que nunca había oído hablar, desfilaban por la TV junto con los clonadores de RFID y otros dispositivos encontrados en sus bolsillos. Anunciaron que esas personas estaban "dando nombres", comprometiendo a la "red Xnet" y que muy pronto esperaban realizar más arrestos. El nombre de M1k3y se escuchaba con frecuencia.

A papá le encantaba todo esto. Mirábamos las noticias juntos, él regodeándose y yo encogiéndome cada vez más, muriéndome de miedo en silencio.

—Deberías ver lo que van a usar con esos chicos —dijo papá—. Yo los he visto en acción. Agarran un par de ellos y revisan todas sus listas de amigos en el programa de chat y en el discado rápido de sus teléfonos, buscan nombres que aparecen una y otra vez, buscan patrones y traen a más chicos. Van a destejerlos como a un suéter viejo.

Cancelé la cena de Ange en mi casa y comencé a pasar aún más tiempo en la suya. La hermana menor de Ange, Tina, comenzó a llamarme "el huésped", diciendo, por ejemplo, "¿El huésped cenará conmigo esta noche?". Tina me gustaba. Lo único que le importaba era salir, ir a fiestas y conocer chicos, pero era graciosa y tenía una total devoción por Ange. Una noche, mientras lavábamos los platos, se secó las manos y me dijo, con tono despreocupado:

—Pareces un buen chico, Marcus. Mi hermana está loca por ti y a mí también me agradas. Pero tengo que decirte algo: si le rompes el corazón, iré a buscarte adonde estés y te pondré el

escroto de sombrero. No es una linda imagen. —Le aseguré que yo mismo me pondría el escroto de sombrero antes que romperle el corazón a Ange, y ella asintió—. Mientras tengamos esto en claro…

—Tu hermana está chiflada —dije, ya acostado otra vez en la cama de Ange, mirando los blogs de la Xnet. Era casi todo lo que hacíamos: matar el tiempo y leer la Xnet.

—¿Usó la frase del escroto? Detesto cuando lo hace. Es que adora la palabra “escroto”, sabes. No es nada personal.

La besé. Leímos un poco más.

—Escucha esto —dijo—. “La policía proyecta entre *cuatrocientos y seiscientos* arrestos para este fin de semana, en lo que llaman el mayor operativo coordinado contra los disidentes de la Xnet hasta la fecha”.

Sentí ganas de vomitar.

—Debemos detener esto —dije—. ¿Sabes que hay gente que está clonando más RFID que antes para demostrar que no se siente intimidada? ¿No es una *locura* ?

—Creo que son valientes —dijo ella—. No podemos permitir que nos sometan por miedo.

—¿Qué? No, Ange, no. No podemos permitir que cientos de personas vayan a la *cárcel*. No has estado allí. Yo sí. Es peor de lo que piensas. Es peor de lo que imaginas.

—Tengo una imaginación bastante fértil —dijo ella.

—Basta, ¿quieres? Ponte seria un segundo. No lo haré. No enviaré a esa gente a la cárcel. Si lo hago, soy el tipo que Van piensa que soy.

—Marcus, me lo tomo en serio. ¿Crees que esas personas no saben que pueden ir a la cárcel? Creen en la causa. Tú también crees en ella. Concédeles el crédito de saber dónde se están

metiendo. No depende de ti decidir a qué pueden arriesgarse y a qué no.

—Es mi responsabilidad, porque si les digo que se detengan, lo harán.

—Pensé que no eras el líder.

—No lo soy, claro que no lo soy. Pero no puedo evitar que me consideren un guía. Y, mientras sea así, tengo la responsabilidad de ayudarlos a resguardarse. ¿Te das cuenta, no?

—Sólo me doy cuenta de que estás listo para salir corriendo ante la primera señal de problemas. Creo que tienes miedo de que descubran quién eres *tú*. Creo que tienes miedo *por ti*.

—No es justo —dije, sentándome y alejándome de ella.

—¿En serio? ¿Quién es el que casi tuvo un infarto cuando pensó que su identidad secreta se había hecho pública?

—Eso fue diferente —dije—. No se trata de mí. Lo sabes. ¿Por qué te comportas así?

—¿Por qué *tú* te comportas así? —dijo—. ¿Por qué no estás dispuesto a ser el que tuvo la valentía de iniciar todo esto?

—No es valentía, es suicidio.

—Melodrama adolescente barato, M1k3y.

—¡No me llames así!

—¿Cómo? ¿M1k3y? ¿Por qué no, *M1k3y* ?

Me puse los zapatos. Recogí mi mochila. Volví a casa a pie.

***

Por qué no voy a clonar

>No le diré a nadie qué debe hacer porque no soy el líder de nadie, sin importar lo que piense Fox News.

>Pero les diré lo que *yo* planeo hacer. Si creen que es lo correcto, quizás hagan lo mismo.

>No voy a clonar. Esta semana no. Tal vez la próxima tampoco. No es porque tengo miedo. Es porque soy lo bastante lúcido para saber que estoy mejor en libertad que en prisión. Descubrieron cómo detener nuestra táctica, así que debemos pensar en otra táctica. No me importa cuál sea la táctica, pero quiero que funcione. Hacerse arrestar es estúpido. Si no los arrestan, es sólo interferencia.

>Hay otro motivo para no clonar. Si los atrapan, pueden utilizarlos para capturar a sus amigos, y a los amigos de sus amigos, y a los amigos de ellos. Pueden arrestar a sus amigos aunque ni siquiera estén en la Xnet, porque el DSI es como un toro enloquecido y realmente no le importa si arrestan a la persona indicada o no.

>No les estoy diciendo qué hacer.

>Pero el DSI es tonto y nosotros somos inteligentes. Clonar demuestra que no pueden pelear contra el terrorismo, porque demuestra que ni siquiera pueden parar a un puñado de chicos. Si los arrestan, ellos parecerán más inteligentes que nosotros.

>¡NO SON MÁS INTELIGENTES! Nosotros somos más inteligentes. Seamos inteligentes. Busquemos la manera de interferirlos sin importar cuántos idiotas pongan en las calles de nuestra ciudad.

Subí el posteo. Me fui a la cama.

Extrañaba a Ange.

***

Ange y yo no hablamos durante los cuatro días siguientes, incluido el fin de semana, y después llegó el momento de volver a la escuela. Había estado a punto de llamarla un millón de veces; le había escrito mil correos y mensajes que nunca le envié.

Ahora estaba otra vez en la clase de Estudios Sociales y la Sra. de Andersen me saludó con una cortesía voluble y sarcástica, preguntándome dulcemente cómo habían estado mis "vacaciones". Me senté y no dije nada. Escuché que Charles se reía por lo bajo.

Nos dio una clase sobre el Destino Manifiesto, la idea de que los norteamericanos estábamos destinados a controlar todo el mundo (o al menos ella lo hizo sonar así) y me pareció que intentaba provocarme para que yo dijera algo y pudiera echarme.

Sentí todos los ojos de la clase sobre mí y recordé a M1k3y y a toda la gente que lo admiraba. Estaba asqueado de que me admiraran. Extrañaba a Ange.

Pasé el resto del día sin que nada me hiciera mella. Creo que no pronuncié ni ocho palabras.

Finalmente, todo acabó y fui hasta la salida, rumbo al portón, al estúpido barrio de Mission y a mi hogar sin sentido.

Apenas había atravesado el portón cuando alguien se chocó conmigo. Era un joven sin techo, tal vez de mi edad, tal vez un poco mayor. Vestía un sobretodo grasiento, un jean embolsado y unas zapatillas en descomposición que parecían salidas de una picadora de madera. El largo cabello le cubría el rostro y tenía una barba que parecía de pelo púbico, que descendía hasta su garganta y se metía en el cuello de un suéter de lana de ningún color.

Detecté todo eso mientras estábamos tendidos uno junto al otro, en la acera; la gente pasaba y nos lanzaba miradas raras. Al parecer, se había chocado conmigo mientras corría por

Valencia, encorvado por el peso de una mochila rota que ahora estaba junto a él, sobre el pavimento, cubierta de garabatos geométricos dibujados con rotulador.

Se arrodilló y se balanceó de atrás para delante, como si estuviera ebrio o se hubiera golpeado la cabeza.

—Perdón, amigo —dijo—. No te vi. ¿Te hiciste daño?

Me senté también. No me dolía nada.

—Mmm. No, está bien.

Se puso de pie y sonrió. Tenía unos dientes tremendamente blancos y derechos, como los de un comercial de clínica odontológica. Me tendió la mano y estrechó la mía con fuerza y firmeza.

—Lo siento mucho. —Su voz también era clara e inteligente. Yo esperaba que fuese como la de los borrachos que hablaban solos cuando vagabundeaban por Mission por las noches, pero el chico parecía un empleado de librería muy culto.

—No hay problema —dije.

Volvió a tenderme la mano.

—Zeb —dijo.

—Marcus —dije.

—Un placer, Marcus —dijo—. ¡Espero volver a chocar contigo en otro momento!

Riendo, recogió la mochila, giró sobre sus talones y se alejó a toda prisa.

***

Caminé el resto del trayecto a casa cargado de desconcierto. Mamá estaba en la mesa de la cocina y charlamos un poco

sobre nada, como siempre lo hacíamos antes de que todo cambiara.

Subí la escalera, fui a mi habitación y me dejé caer en la silla. Por una vez, no quería loguearme en la Xnet. Ya había entrado esa mañana, antes de la escuela, para descubrir que mi nota había generado una controversia gigantesca entre la gente que coincidía conmigo y la que estaba justificadamente enfadada porque yo les decía que abandonaran su adorado deporte.

Antes de que comenzara todo esto, yo estaba en medio de unos tres mil proyectos. Estaba construyendo una cámara estenopeica con legos; había estado jugando con la fotografía aérea, usando una cometa y una vieja cámara digital, con un disparador que había fabricado con pasta plástica de modelar, que se estiraba al accionarlo y que luego recuperaba su forma original, abriendo el obturador a intervalos regulares. Tenía un amplificador valvular que estaba armando dentro de una vieja lata de aceite de oliva, oxidada y mellada, que parecía un hallazgo arqueológico; cuando lo terminara, planeaba empotrarle una plataforma para mi teléfono y un par de altavoces 5.1 con sonido envolvente hechos con latas de atún.

Miré mi mesa de trabajo y finalmente me decidí por la cámara. Encastrar legos metódicamente se ajustaba bastante a mi ritmo.

Me saqué el reloj y el aparatoso anillo plateado para dos dedos, que tenía un mono y un ninja en posición de pelea, y los dejé en la cajita que usaba para guardar toda la basura de mis bolsillos y la que me colgaba del cuello antes de irme a dormir: teléfono, cartera, llaves, detector de WiFi, monedas, baterías, cables retráctiles… Puse todo dentro de la caja y, de pronto, descubrí que allí había algo que no recordaba haber guardado.

Era un trozo de papel, gris y suave como la franela, con pelos en los bordes que indicaban que lo habían cortado de una hoja más grande. Estaba cubierto con la caligrafía más pequeña y cuidadosa que jamás había visto. Lo desplegué y lo enderecé. La escritura cubría ambas carillas, desde la esquina superior izquierda de un lado hasta una firma apretujada en la esquina inferior derecha del otro.

La firma decía, simplemente, Zeb.

Lo levanté y comencé a leer.

Estimado Marcus:

No me conoces, pero yo te conozco a ti. Durante los últimos tres meses, desde que volaron el Puente de la Bahía, estuve prisionero en Treasure Island. Estaba en el patio el día que hablaste con la chica asiática y los tiraron al suelo. *Fuiste valiente. Te felicito.*

Al día siguiente me dio apendicitis y acabé en la enfermería. En la cama junto a la mía había un chico llamado Darryl. Ambos nos quedamos en recuperación mucho tiempo y cuando estuvimos curados ya éramos demasiado comprometedores para que nos dejaran ir.

Entonces decidieron que teníamos que ser culpables de verdad. Nos interrogaron todos los días. *Tú has pasado por esos interrogatorios, lo sé. Imagina lo mismo durante meses. Darryl y yo terminamos como compañeros de celda. Sabíamos que nos vigilaban, por eso charlábamos de cosas intrascendentes. Pero por la noche, cuando estábamos en los camastros, nos pasábamos mensajes con suaves golpecitos en código Morse (Sabía que mis días de radioaficionado algún día servirían para algo).*

En un principio, nos preguntaban la misma mierda de siempre, quién lo hizo, cómo lo hicieron. Pero después de poco

tiempo, empezaron a preguntarnos sobre la Xnet. *Por supuesto, jamás habíamos oído de ella. Pero no paraban de preguntarnos.*

Darryl me dijo que le llevaron clonadores de RFID, Xbox, toda clase de tecnología, y le exigieron que les dijera quiénes la usaban, dónde habían aprendido modificarla. Darryl me contó de los juegos y de las cosas que aprendieron ustedes dos.

Especialmente, el DSI nos preguntaba sobre nuestros amigos. *¿A quiénes conocíamos? ¿Cómo eran? ¿Tenían opiniones políticas? ¿Habían tenido problemas con la escuela? ¿Con la ley?*

A la prisión le decimos "Guantánamo de la Bahía". Salí de allí hace una semana y creo que nadie sabe que sus hijos e hijas están encarcelados en medio de la bahía. Por la noche, se escucha gente riendo y divirtiéndose en tierra firme.

Salí la semana pasada. No te diré cómo, por si esto cae en las manos equivocadas. Puede que otros usen la misma ruta.

Darryl me dijo cómo encontrarte y me hizo prometer que te contaría todo lo que sabía cuando estuviera de regreso. Ahora que ya he cumplido, desapareceré de aquí. De una forma o de otra, me voy de este país. A la mierda con los EE. UU.

No pierdas la fuerza. *Te tienen miedo. Patéalos de mi parte. No te dejes atrapar.*

Zeb

Cuando terminé de leer la nota tenía lágrimas en los ojos. En alguna parte del escritorio tenía un encendedor desechable, que a veces usaba para derretir la aislación de los cables; lo busqué y lo acerqué a la nota. Sabía que le debía a Zeb su destrucción y

que debía asegurarme de que nadie más la viera jamás, para prevenir que los condujera a él, dondequiera que estuviese.

Sostenía la llama y la nota, pero no podía hacerlo.

Darryl.

Con todo el tema de la Xnet, Ange y el DSI, casi me había olvidado de su existencia. Se había convertido en un fantasma, como un viejo amigo que se muda o que viaja por un intercambio estudiantil. Todo este tiempo lo habían estado interrogando, exigiéndole que me delatara, que les explicara lo de la Xnet, los clonadores. Había permanecido en Treasure Island, la base militar abandonada que estaba a medio camino del recorrido del puente demolido. Tan cerca que yo podría haber nadado hasta allí.

Bajé el encendedor y releí la nota. Cuando terminé, lloraba y sollozaba. Todo volvió a mi memoria: la mujer de pelo muy corto y las preguntas que me había hecho, el olor a pis y mi pantalón duro de orina seca, convertido en una lona áspera.

—¿Marcus?

La puerta estaba entreabierta y mi madre estaba allí parada, observándome con cara de preocupación. ¿Cuánto tiempo había estado allí?

Me sequé las lágrimas con los brazos y sorbí mocos.

—Mamá —dije—. Hola.

Entró en el cuarto y me abrazó.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas hablar?

La nota estaba sobre la mesa.

—¿Es de tu novia? ¿Todo anda bien?

Me había facilitado una salida. Podía atribuir todo a un problema con Ange y ella saldría de la habitación y me dejaría en paz. Abrí la boca para decir exactamente eso, pero lo que salió fue:

—Estuve en la cárcel. Después de la explosión del puente. Todo ese tiempo, estuve en la cárcel.

Los sollozos que lancé después no sonaban como mi voz. Sonaban como un ruido animal, tal vez un asno o un felino grande nocturno. Sollozaba tanto que la garganta me quemaba y me dolía, mi pecho subía y bajaba.

Mamá me tomó en sus brazos como lo hacía cuando era un niñito y me acarició el pelo, y murmuró en mi oído, y me acunó, y los sollozos, gradualmente, lentamente, se disiparon.

Inspiré profundamente y mamá me trajo un vaso de agua. Me senté en el borde de la cama, ella se sentó en la silla de mi escritorio y le conté todo.

Todo.

Bueno, la mayor parte.

Capítulo 16

Al principio, mamá quedó estupefacta; después, se indignó; finalmente, se dio por vencida y se limitó a dejar la boca abierta mientras yo le contaba de los interrogatorios, de cómo me había meado encima, de la bolsa que me cubría la cabeza, de Darryl. Le mostré la nota.

—¿Por qué…?

En esas dos sílabas, todas las recriminaciones que yo mismo me había hecho por las noches, todos los momentos en que me había faltado valentía para decirle al mundo de qué se trataba todo en realidad, por qué estaba peleando en realidad, qué había inspirado la Xnet en realidad.

Tomé aire.

—Me dijeron que me meterían en la cárcel si hablaba de esto. No por unos cuantos días. Para siempre. Tenía… tenía miedo.

Mamá se quedó sentada conmigo un largo rato sin decir nada. Después:

—¿Y el padre de Darryl?

Era como si me hubiese clavado una aguja en el pecho. El padre de Darryl. Debía de pensar que Darryl estaba muerto, muerto hacía mucho.

¿Y no lo estaba? ¿Después de que el DSI te tenía encerrado ilegalmente desde hacía tres meses, alguna vez iba a dejarte ir?

Pero Zeb había escapado. Quizás Darryl escaparía. Quizás la Xnet y yo podíamos ayudarlo a salir.

—No le he dicho nada —respondí.

Ahora era mamá la que lloraba. No era fácil hacerla llorar. Cosa de británicos. Sus sollozos pequeños, como hipos, eran mucho peores de escuchar por ese mismo motivo.

—Se lo dirás —logró decir—. Eso harás.

—Lo haré.

—Pero primero debemos contárselo a tu padre.

***

Papá ya no tenía horario fijo para regresar a casa. Entre los clientes de la consultoría —que tenían mucho trabajo ahora que el DSI compraba empresas nuevas de data-mining en la península— y el largo viaje de ida y vuelta a Berkeley, podía llegar a cualquier hora entre las seis de la tarde y la medianoche.

Esa noche, mamá lo llamó y le dijo que volviera a casa “ahora mismo”. Él le dijo algo y ella sólo repitió: “ahora mismo”.

Cuando llegó, ya nos habíamos acomodado en la sala, con la nota sobre la mesa de café que estaba entre nosotros.

Fue fácil contarlo la segunda vez. El secreto se aligeraba. No exageré, no oculté nada. Me sinceré.

Antes había escuchado el término sincerarse, pero nunca comprendí lo que significaba hasta que yo mismo lo hice. Guardar el secreto me había ensuciado, me había manchado el espíritu. Me había provocado miedo y vergüenza. Me había convertido en todo lo que Ange me dijo que era.

Papá se quedó sentado todo el tiempo, duro como una estaca, con una expresión esculpida en piedra. Cuando le entregué la nota, la leyó dos veces y luego la apoyó en la mesa con cuidado.

Sacudió la cabeza, se puso de pie y se dirigió a la puerta principal.

—¿Adónde vas? —preguntó mi madre, alarmada.

—Necesito caminar —fue todo lo que logró decir con un jadeo, con la voz quebrada.

Mamá y yo nos miramos incómodamente y esperamos que regresara a casa. Traté de imaginar lo que le estaría dando vueltas en la cabeza. Se había convertido en un hombre muy distinto después del atentado y yo sabía, por mamá, que su cambio se debía a los días que había pasado pensando que yo había muerto. Llegó a creer que los terroristas casi habían matado a su hijo y eso lo había trastornado.

Estaba tan trastornado como para hacer todo lo que pidiera el DSI: formar fila como una ovejita obediente y permitir que lo controlaran, que lo manejaran.

Ahora sabía que era el DSI el que me había encarcelado, el que había tomado de rehenes a los chicos de San Francisco en Guantánamo de la Bahía. Ahora que lo pensaba, todo tenía sentido. Por supuesto que me habían encerrado en Treasure Island. ¿Qué otro sitio está a diez minutos de viaje en barco desde San Francisco?

Cuando papá volvió, parecía más irritado que nunca en su vida.

—¡Debiste decírmelo! —rugió.

Mamá se interpuso entre nosotros.

—Culpas a la persona equivocada —dijo—. No fue Marcus el que secuestró e intimidó.

Él sacudió la cabeza y pateó el suelo.

—No estoy culpando a Marcus. Sé *exactamente* de quién es la culpa. Mía. Mía y del estúpido DSI. Pónganse los zapatos, tomen sus abrigos.

—¿Adónde vamos?

—A ver al padre de Darryl. Después, a la casa de Barbara Stratford.

***

Conocía el nombre de Barbara Stratford de algún lado, pero no me acordaba de dónde. Pensé que tal vez era una vieja amiga de mis padres, pero no podía ubicarla con exactitud.

Mientras tanto, iba rumbo a la casa del padre de Darryl. Nunca me había sentido cómodo ante la presencia del viejo, que había sido operador de radio de la Armada y que manejaba su casa como un barco disciplinado. Le había enseñado el código Morse a Darryl cuando era niño, cosa que siempre me pareció genial. Era una de las razones por las que sabía que podía confiar en la carta de Zeb. Pero por cada cosa genial como el código Morse, el papá de Darryl imponía unas reglas de disciplina militar demenciales que parecían existir porque sí, como insistir en que hiciera la cama plegando las sábanas como en un hospital o que se afeitara dos veces por día. Darryl se trepaba por las paredes.

A la madre de Darryl tampoco le agradaba mucho todo eso. Volvió con su familia de Minnesota cuando Darryl tenía diez años; él pasaba los veranos y las navidades allá.

Estaba en el asiento trasero del coche y veía la nuca de papá mientras conducía. Los músculos de su cuello estaban tensos y no dejaban de saltar cuando él apretaba las mandíbulas.

Mamá tenía una mano apoyada en su brazo, pero no había nadie que me consolara a mí. Si pudiera llamar a Ange… O a Jolu. O a Van. Tal vez lo haría cuando termináramos con todo esto.

—Mentalmente, ya habrá sepultado a su hijo —comentó papá mientras doblábamos por las cerradas curvas que conducían a Twin Peaks y al pequeño chalet que compartían Darryl y su padre. En Twin Peaks había niebla, como la que a menudo bajaba sobre San Francisco, haciendo que la luz de nuestros focos se reflejara de nuevo hacia nosotros. Cada vez que doblábamos una curva veía los valles de la ciudad extendiéndose debajo de nosotros: cuencos de luces parpadeantes que se desplazaban entre la bruma.

—¿Es esta?

—Sí —dije—. Esta es. —Hacía meses que no venía a la casa de Darryl, pero había pasado suficiente tiempo aquí a lo largo de los años como para reconocerla de inmediato.

Los tres nos quedamos parados cerca del auto durante un largo momento, esperando ver quién iba a tocar el timbre. Para mi sorpresa, fui yo.

Toqué y todos esperamos un minuto, callados, reteniendo la respiración. Volví a tocar. El auto del padre de Darryl estaba en el camino de entrada y habíamos visto una luz en la sala. Estaba a punto de tocar por tercera vez cuando se abrió la puerta.

—¿Marcus? —El padre de Darryl no se veía en absoluto como yo lo recordaba. Sin afeitar, en bata y descalzo, con las uñas de los pies largas y los ojos rojos. Había subido de peso y un suave doble mentón se bamboleaba debajo de la firme mandíbula de militar. Su delgado cabello estaba parado y en desorden.

—Sr. Glover —dije. Mis padres se amontonaron en el umbral, detrás de mí.

—Hola, Ron —dijo mi madre.

—Ron —dijo mi padre.

—¿Ustedes también? ¿Qué está ocurriendo?

—¿Podemos entrar?

***

La sala parecía sacada de uno de esos segmentos de noticiero que muestran a chicos abandonados que pasaron un mes encerrados antes de ser rescatados por los vecinos: cajas de comida congelada, latas de cerveza vacía y botellas de jugo, cuencos con cereal mohoso y pilas de periódicos. Había olor a pis de gato y basura bajo nuestros pies. Incluso sin el pis de gato, el olor era increíble, como el del baño de una estación de autobuses.

El sofá estaba cubierto con una sábana mugrienta y un par de almohadas grasientas; los almohadones estaban aplastados, como si hubieran dormido sobre ellos mucho tiempo.

Todos nos quedamos de pie durante un largo y silencioso momento; el bochorno superaba a cualquier otra emoción. El padre de Darryl tenía cara de querer morirse.

Lentamente, hizo a un lado la sábana del sofá y retiró las bandejas apiladas de comida grasienta que estaban sobre un par de sillas, llevándolas a la cocina y, a juzgar por el sonido, arrojándolas al suelo.

Nos sentamos tímidamente en los lugares que había despejado y él regresó y también se sentó.

—Perdonen —dijo vagamente—. No tengo café para ofrecerles. Mañana me traerán más provisiones, así que tengo poco…

—Ron —dijo mi padre—. Escúchanos. Tenemos algo que decirte y no será fácil oírlo.

Se sentó como una estatua y yo hablé. Echó un vistazo a la nota, la leyó sin comprenderla, después la leyó otra vez. Me la devolvió. Estaba temblando.

—Está…

—Darryl está vivo —le dije—. Está vivo y prisionero en Treasure Island.

Se llevó un puño en la boca y emitió un horrible gemido.

—Tenemos una amiga —dijo mi padre—. Escribe en el *Bay Guardian*. Una periodista de investigación.

De allí conocía el nombre. El periódico semanal *Guardian*, que era gratuito, con frecuencia perdía sus periodistas porque se iban a otros medios más grandes, de frecuencia diaria o de Internet, pero Barbara Stratford estaba allí desde siempre. Tenía un borroso recuerdo de haber cenado con ella cuando era niño.

—Ahora vamos a verla —dijo mi madre—. ¿Quieres venir con nosotros, Ron? ¿Quieres contarle la historia de Darryl?

Ocultó el rostro entre sus manos y respiró profundamente. Papá intentó apoyar una mano sobre su hombro, pero el Sr. Glover se lo quitó de encima con un violento sacudón.

—Necesito asearme —dijo—. Denme un minuto.

El Sr. Glover regresó al piso de abajo convertido en otro hombre. Se había afeitado; se había peinado hacia atrás con gel; se había puesto un impecable uniforme militar, con una hilera de condecoraciones de campaña en el pecho. Se detuvo al pie de la escalera e hizo un gesto hacia su vestimenta.

—En este momento no tengo mucha ropa limpia y presentable. Y esto me pareció apropiado. Ya saben, por si ella quiere tomar fotos.

Se sentó delante, con papá, y yo detrás de él. De cerca, olía un poco a cerveza, como si el olor le saliera por los poros.

***

Ya era medianoche cuando entramos en el sendero para coches de Barbara Stratford. Vivía fuera de la ciudad, en Mountain View, y nadie dijo una palabra durante el veloz viaje por la 101. Los edificios de última tecnología que bordeaban la carretera pasaban rápidamente junto a nosotros.

Era una zona de la Bahía diferente de donde yo vivía, más parecida a la Norteamérica suburbana que a veces se veía por TV. Muchas autopistas y subdivisiones con casas idénticas, poblaciones donde no había gente sin hogar empujando carritos de supermercado por las aceras… ¡ni siquiera había aceras!

Mamá había telefoneado a Barbara Stratford mientras esperábamos que el Sr. Glover bajara. La periodista estaba durmiendo, pero mamá estaba tan exaltada que olvidó comportarse como británica y sentir vergüenza por haberla despertado. En cambio, le dijo, tensa, que tenía que hablar con ella y que debía ser en persona.

Cuando nos acercábamos a la casa, mi primer pensamiento fue que se trataba la vivienda familiar de la serie *The Brady Bunch*: una finca de una sola planta, con fachada de ladrillos y un pulcro jardín de césped, perfectamente cuadrado. Tenía una especie de dibujo abstracto hecho con mosaicos sobre los ladrillos y una anticuada antena UHF que asomaba de la parte de

atrás. Caminamos hasta la entrada y vimos que ya había luz en el interior.

La escritora abrió la puerta antes de tocáramos el timbre. Tenía más o menos la edad de mis padres; era una mujer alta y delgada, con nariz de halcón y ojos astutos rodeados de muchas arrugas de las que se marcan al reír. Vestía un jean lo bastante moderno como para verlo en cualquiera de las boutiques de la calle Valencia y una túnica hindú de algodón, suelta, que le llegaba a los muslos. Usaba unas pequeñas gafas redondas que brillaban bajo la luz del vestíbulo.

Nos dedicó una sonrisa tensa.

—Veo que trajiste a todo el clan —dijo.

Mamá asintió. —En un minuto entenderás por qué —dijo. El Sr. Glover, que estaba detrás de papá, dio un paso al frente.

—¿Y también llamaste a la Armada?

—En buena hora.

Nos presentó uno por uno. Barbara tenía un apretón firme y dedos largos.

Su casa estaba decorada al estilo japonés minimalista: tan solo un puñado de muebles bajos, de proporciones exactas, unos grandes jarrones con ramas de bambú que rozaban el techo y lo que parecía una pieza de motor diesel grande y oxidada, instalada sobre un pedestal de mármol pulido. Decidí que me gustaba. Los pisos eran de madera antigua, lijada y teñida, pero no reparada, de modo que se veían grietas y agujeros por debajo del barniz. De verdad me gustó eso, especialmente porque estaba en calcetines, sin zapatos.

—Tengo café —dijo ella—. ¿Quién quiere?

Todos levantamos la mano. Miré a mis padres, desafiante.

—Bien —dijo.

Desapareció en el interior de otra habitación y regresó un instante después, trayendo una rústica bandeja de bambú con una jarra térmica de litro y medio y seis tazas de diseño preciso, pero con decoraciones toscas y torpes. También me gustaron.

—Muy bien —dijo, después de haber servido el café—. Es muy bueno verlos de nuevo. Marcus, creo que la última vez que te vi tenías unos siete años. Por lo que recuerdo, estabas entusiasmado con tus nuevos videojuegos y me los mostraste.

Yo no me acordaba para nada, pero sonaba a lo que me interesaba cuando tenía siete años. Supuse que hablaba de mi Sega Dreamcast.

Sacó un grabador de cinta, un anotador amarillo y un bolígrafo, que hizo girar.

—Estoy aquí para escuchar todo lo que tengan que decirme y les prometo que conservaré la confidencialidad. Pero no puedo prometerles que voy a hacer algo con eso ni que saldrá publicado. —Por la forma en que lo dijo, me di cuenta de que le había concedido un gran favor a mamá al levantarse de la cama, fueran amigas o no. Supongo que ser un periodista de investigación importante es un fastidio. Probablemente había un millón de personas deseando que ella se hiciera eco de sus causas.

Mamá me hizo un gesto con la cabeza. Aunque esa noche ya había contado la historia tres veces, descubrí que se me trababa la lengua. Esto era diferente de contárselo a mis padres. Diferente de decírselo al padre de Darryl. Esto daría inicio a un nuevo movimiento en el juego.

Comencé con lentitud y vi que Barbara tomaba notas. Bebí una taza de café completa sólo mientras explicaba qué eran los JRA y cómo me escapaba de la escuela para jugar. Mamá, papá y el Sr. Glover escucharon atentamente esa parte. Me serví otra taza y la bebí cuando explicaba cómo nos habían secuestrado.

Cuando terminé toda la historia, había vaciado la jarra y necesitaba echarme una meada de caballo.

El baño era tan austero como la sala; había un jabón orgánico, parduzco, que olía a barro limpio. Regresé y me encontré con los adultos mirándome en silencio.

A continuación, el Sr. Glover contó su historia. No tenía nada que decir sobre lo ocurrido, pero explicó que era un veterano y que su hijo era un buen chico. Habló de cómo se había sentido al creer que su hijo había muerto, del colapso que había sufrido su ex-esposa cuando se enteró y que habían tenido que hospitalizarla. Lloró un poco, sin pudor; las lágrimas corrían por su rostro arrugado y oscurecían el cuello del uniforme de gala.

Cuando todo acabó, Barbara fue a otra habitación y trajo una botella de whisky irlandés.

—Es un Bushmills de quince años, añejado en una cuba de ron—dijo, colocando cuatro vasos en la mesa. Ninguno para mí—. Hace diez años que no está en venta. Creo que probablemente es el momento adecuado para abrirlo.

Sirvió un pequeño vaso de licor a cada uno; luego levantó el suyo y bebió, dejándolo por la mitad. El resto de los adultos la imitaron. Volvieron a beber y terminaron los vasos. Ella sirvió más.

—Muy bien —dijo Barbara—. Esto es lo que puedo decirles ahora. Les creo. No sólo porque te conozco, Lillian. La historia suena coherente y explica otros rumores que he escuchado. Pero no puedo basarme solamente en la palabra de ustedes. Voy a tener que investigar todos los aspectos de esto, y todos los elementos de sus vidas y de sus historias. Necesito saber si hay algo que no me contaron, algo que pudieran usar para desacreditarlos cuando esto salga a la luz. Necesito saber todo. Podrían pasar semanas antes de que esté lista para publicarlo.

»También deben pensar en su seguridad y en la de Darryl. Si realmente se ha convertido en una “no persona”, la presión sobre el DSI puede motivarlos a transferirlo a otro sitio mucho más lejano. Piensen en Siria. También podrían hacer algo mucho peor. —Dejó la idea flotando en el aire. Yo sabía que se refería a que podían matarlo—. Ahora me llevaré esta carta para escanearla. Quiero fotos de ustedes dos, ahora y después. Podría enviarles un fotógrafo, pero quiero documentar esto con toda la minuciosidad posible esta misma noche.

La acompañé a su oficina para hacer el escaneo. Esperaba encontrarme con una computadora elegante, de bajo consumo, que encajara con la decoración, pero, en cambio, el dormitorio adicional/oficina estaba atestado de PC último modelo, con grandes monitores planos tipo panel y un escáner lo bastante grande como para meter una hoja de periódico entera. También era rápida para manejar sus equipos. Noté, con cierta aprobación, que usaba el ParanoidLinux. Esta señora se tomaba en serio su trabajo.

Los ventiladores de las computadoras proporcionaban un efectivo escudo de ruido blanco, pero, a pesar de todo, cerré la puerta y me acerqué a ella.

—Eh… Barbara.

—¿Sí?

—Sobre lo que dijo, sobre lo que podrían usar para desacreditarme…

—¿Sí?

—No pueden obligarla a contarle a nadie lo que yo le diga ¿no?

—En teoría. Digámoslo así: fui a la cárcel dos veces por negarme a revelar mis fuentes.

—OK, OK. Bien. Vaya. A la cárcel. Diablos. —Inspiré profundamente—. ¿Ha oído hablar de la Xnet? ¿De M1k3y?

—Sí.

—Yo soy M1k3y.

—Oh —dijo ella. Accionó el escáner y dio vuelta la nota para tomar el reverso. Escaneaba con una resolución increíble, 10.000 puntos por pulgada o más, y la pantalla de encendido era como una imagen salida de un microscopio de electrones—. Bueno, eso le da un cariz diferente a la cosa.

—Sí —dije—. Supongo que sí.

—Tus padres no lo saben.

—No. Y no sé si quiero que se enteren.

—Es algo que vas a tener que resolver. Necesito pensar en esto. ¿Puedes venir a mi oficina? Me gustaría hablar contigo sobre el significado exacto de todo esto.

—¿Tiene una Xbox Universal? Puedo llevar un instalador.

—Sí, seguro que puedo organizar eso. Cuando vengas, dile a la recepcionista que eres el Sr. Brown y que quieres verme. Ellos saben lo que significa. No tomarán nota de tu visita y borrarán automáticamente todo lo que filme la cámara de seguridad ese día, y desactivarán las cámaras hasta que te marches.

—Vaya —dije—. Usted piensa como yo.

Sonrió y me dio un golpe en el hombro.

—Muchachito, hace un tiempo terriblemente largo que estoy en este juego. Hasta ahora, me las ingenié para pasar más tiempo en libertad que entre rejas. La paranoia es mi amiga.

***

Al día siguiente, en la escuela, yo era un zombi. Había dormido tres horas en total y ni siquiera las tres tazas de lodo de cafeína del Turco habían logrado poner en marcha mi cerebro. El problema de la cafeína consiste en que es demasiado fácil acostumbrarse a ella, de modo que hay que tomar dosis cada vez mayores para estar un poco más arriba que lo normal.

Había pasado la noche reflexionando en lo que debía hacer. Era como correr en un laberinto de pasillos pequeños y retorcidos, todos iguales, que terminaban todos en el mismo punto sin salida. Cuando fuera a lo de Barbara todo terminaría para mí. Ese sería el resultado, sin importar cuánto pensara en ello.

Cuando terminó la jornada escolar, lo único que deseaba era irme a casa y meterme en la cama. Pero tenía una cita en el *Bay Guardian*, sobre la costa. Clavé la mirada en mis pies mientras me encaminaba, con paso vacilante, al portón de salida. Cuando giré por la Calle 24, otro par de pies se me pusieron a la par. Reconocí los zapatos y me detuve.

—¿Ange?

Ange se veía como yo me sentía. Mal dormida y con ojeras de mapache, con una expresión triste en las comisuras de la boca.

—Hola —dijo—. Sorpresa. Me otorgué una salida sin permiso de la escuela. De todos modos, no podía concentrarme.

—Mmm —dije.

—Cállate y abrázame, idiota.

Lo hice. Se sentía bien. Mejor que bien. Se sentía como si me hubiesen amputado una parte de mí y ahora me la hubieran vuelto a adosar.

—Te amo, Marcus Yallow.

—Te amo, Angela Carvelli.

—OK —dijo ella, apartándose de mis brazos—. Me gustó lo que posteaste sobre por qué no ibas a clonar. Puedo respetarlo.

¿Y qué has hecho sobre el tema de encontrar un modo de interferirlos sin que te atrapen?

—Voy camino a reunirme con una periodista de investigación que publicará la historia de cómo me mandaron a la cárcel, cómo inicié la Xnet y cómo Darryl se encuentra ilegalmente preso por el DSI en una cárcel secreta de Treasure Island.

—Oh. —Miró a todos lados un momento—. ¿No podías pensar en algo… ya sabes… verdaderamente ambicioso?

—¿Quieres venir?

—Voy, sí. Y me agradaría que me explicaras esto en detalle, si no te molesta.

Después de tanto contar la historia, esta vez —relatarla mientras caminábamos por la avenida Potrero y por la 16— fue la más fácil. Ella me sostenía de la mano y me la apretaba con frecuencia. Subimos los escalones que conducían a las oficinas del *Bay Guardian* de dos en dos. Mi corazón latía con fuerza. Llegué al escritorio de recepción y le dije a la chica aburrida que estaba allí sentada:

—Vengo a ver a Barbara Stratford. Soy el Sr. Green.

—Creo que quiso decir el Sr. Brown.

—Ah, sí —dije, sonrojándome—. El Sr. Brown.

Ella hizo algo en la computadora y luego dijo:

—Tomen asiento. Barbara saldrá en un minuto. ¿Les sirvo algo?

—Café —respondimos al unísono. Otra razón para amar a Ange: éramos adictos a la misma droga.

La recepcionista (una bella mujer latina apenas unos años mayor que nosotros, vestida con ropa de Gap tan anticuada que en realidad le daban un estilo retro de vanguardia) asintió, salió y regresó con un par de tazas decoradas con el nombre del periódico.

Bebimos en silencio, observando a los visitantes y periodistas que entraban y salían. Finalmente, Barbara vino a buscarnos. Tenía puesto prácticamente lo mismo que la noche anterior. Le quedaba bien. Me miró con una ceja levantada cuando vio que traía a una chica.

—Hola —le dije—. Eh… ella es…

—La Sra. Brown —dijo Ange, tendiéndole la mano. Ah, sí, claro; se suponía que nuestras identidades eran secretas—. Trabajo con el Sr. Green. —Me dio un ligero codazo.

—Entonces, vamos —dijo Barbara, y nos llevó a una sala de reuniones con largas paredes vidriadas y con las cortinas cerradas. Puso una bandeja de clones de Oreo orgánicas de Whole Foods, una grabadora digital y otro anotador amarillo.

—¿Quieres grabar esto también? —me preguntó.

La verdad, no lo había pensado. Me daba cuenta de por qué sería útil grabarlo, en caso de que quisiera desmentir algo publicado por Barbara. En todo caso, aunque no confiara en su lealtad para conmigo, mi suerte ya estaba echada.

—Sí, está bien —dije.

—Muy bien, adelante. Jovencita, me llamo Barbara Stratford y soy periodista de investigación. Supongo que sabes por qué estoy aquí y me da curiosidad saber por qué estás tú aquí.

—Trabajo con Marcus en la Xnet —dijo—. ¿Necesita saber mi nombre?

—Ahora no —dijo Barbara—. Puedes permanecer en el anonimato si quieres. Marcus, te pedí que me relataras esta historia porque necesito saber cómo influye en lo que me contaste sobre tu amigo Darryl y la nota que me mostraste. Veo que puede ser un buen dato adicional; podría presentar el caso como lo que dio origen a la Xnet. “Ellos fabricaron a un enemigo que nunca

olvidarán", algo así. Pero, para ser honesta, preferiría no tener que contar esa historia si no es necesario.

»Prefiero una historia clara y concisa sobre la prisión secreta a un paso de nuestras casas, sin tener que discutir si los prisioneros de allí son la clase de gente que puede salir por la puerta e instalar un movimiento subterráneo dedicado a desestabilizar al gobierno federal. Seguro que entiendes eso.

Entendía. Si la Xnet formaba parte de la historia, algunos dirían: "¿Ven? Hace falta meter en la cárcel a los tipos así para que no provoquen disturbios callejeros".

—El espectáculo es suyo —le dije—. Creo que es necesario que le cuente al mundo sobre Darryl. Cuando usted haga eso, el DSI se enterará de que he hecho pública mi historia y vendrá a buscarme. Tal vez en ese momento se percatarán de que estoy involucrado en la Xnet. Tal vez me vinculen con M1k3y. Supongo que lo que quiero decir es que, una vez que se publique lo de Darryl, todo acabó para mí, pase lo que pase. Ya hice las paces con eso.

—Perdido por perdido… —dijo ella—. Bien. Bueno, estamos de acuerdo. Quiero que los dos me cuenten todo lo que puedan sobre la fundación y operación de la Xnet, y luego quiero una demostración. ¿Para qué se usa? ¿Quiénes más la usan? ¿Cómo se extendió? ¿Quién escribió el software? Todo.

—Tomará un buen rato —dijo Ange.

—Tengo un buen rato —dijo Barbara. Bebió un poco de café y se comió una falsa Oreo—. Esta podría ser la historia más importante de la Guerra contra el Terror. Podría ser la historia que hará caer al gobierno. Cuando uno tiene una historia como esta, trabaja con mucho cuidado.

Capítulo 17

Así fue que le contamos. Me resultó muy divertido, en realidad. Siempre me entusiasma enseñar a otros a usar la tecnología. Es genial observar a la gente cuando descubre que la tecnología que la rodea puede utilizarse para tener una vida mejor. Ange también era genial. Formábamos un equipo excelente. Nos complementábamos en la explicación de cómo funcionaba todo. Por supuesto, Barbara era bastante buena en todos esos temas, además.

Descubrí que había cubierto las cripto-guerras, el período de comienzos de los '90 cuando grupos defensores de las libertades civiles, como la Electronic Frontier Foundation, lucharon a favor del derecho de todos los norteamericanos a usar criptografía de alto vuelo. Yo apenas sabía algo de ese período, pero Barbara lo explicaba de una manera que me hacía poner la piel de gallina.

Hoy en día suena increíble, pero hubo una época en que el gobierno clasificaba a la criptografía de munición y, en bien de la seguridad nacional, había determinado que era ilegal que cualquiera la exportara o utilizara. ¿Entiendes? Antes había *matemática ilegal* en este país.

La Agencia Nacional de Seguridad (NSA) era la que verdaderamente movía los hilos. Tenían una cripto estándar que, decían, era lo bastante fuerte para que la usaran los bancos y sus clientes, pero no tan fuerte para que la Mafia pudiera mantener en secreto sus cuentas. Se decía que la estándar, DES-56, era prácticamente indescifrable. Entonces, uno de los millonarios co-fundadores de la Electronic Frontier Foundation (EFF) construyó un descifrador de la cripto DES-56 que costó 250.000 dólares y que logró descubrir el cifrado en dos horas.

No obstante, la NSA argumentó que esa cripto podía evitar que los ciudadanos norteamericanos guardaran secretos que la Agencia no pudiera descubrir. Entonces, la EFF asestó el golpe mortal. En 1995, representaron ante los tribunales a un estudiante de posgrado de matemáticas, de la universidad de Berkeley, llamado Dan Bernstein. Bernstein había escrito un tutorial de criptografía que contenía código de computadora con el que se podía crear un cifrado más fuerte que el DES-56. Millones de veces más fuerte. Desde el punto de vista de la NSA, eso convertía al artículo en una arma y, por lo tanto, en algo impublicable.

Bueno, puede ser difícil lograr que un juez comprenda la criptografía y lo que ella implica pero, por lo visto, a los jueces término medio del Tribunal de Apelación no los entusiasma mucho la idea de decirles a los estudiantes de posgrado qué clase de artículos tienen permitido escribir. La cripto-guerra terminó con la victoria de los chicos buenos, cuando el Tribunal de Apelación del Distrito 9º dictaminó que el código era una forma de expresión protegida por la Primera Enmienda: “El Congreso no dictará leyes que restrinjan la libertad de expresión”. Si alguna vez has comprado algo por Internet, o enviado un mensaje secreto, o revisado el balance de tu cuenta de

banco, utilizaste cripto legalizada gracias a la EFF. Menos mal, porque la NSA no es tan astuta. Cualquier cosa que ellos pueden crackear, también pueden crackearla los terroristas y los mafiosos.

Barbara había sido una de los tantos periodistas que se habían ganado una reputación por informar sobre el tema. Había pagado su derecho de piso cubriendo los coletazos del movimiento por los derechos civiles de San Francisco, y reconocía la similitud entre al pelea a favor de la Constitución en el mundo real y en el ciberespacio.

Por eso nos entendió. Creo que no hubiera podido explicar el asunto a mis padres, pero con Barbara fue fácil. Nos hizo preguntas inteligentes sobre nuestros protocolos criptográficos y procedimientos de seguridad, a veces sobre cosas que no sabíamos contestar y otras veces señalando las potenciales fallas de nuestros procedimientos.

Enchufamos la Xbox y nos conectamos. Había cuatro nodos de WiFi abiertos, visibles desde la sala de reuniones, y le dije que los intercambiara a intervalos aleatorios. También lo entendió. Una vez que te conectas a la Xnet es como la Internet, con la diferencia de que ciertas cosas son algo más lentas y que todo es anónimo e indetectable.

—¿Y ahora qué? —dije cuando nos aplacamos. Había hablado hasta quedarme sin saliva y el café me había provocado una terrible sensación de acidez. Además, Ange no paraba de apretarme la mano debajo de la mesa, de un modo que me hacía desear acabar con todo y encontrar un sitio privado donde pudiéramos terminar de concretar nuestro vuelo de bautismo.

—Ahora haré periodismo. Ustedes se van y yo investigo todo lo que me han contado y trato de confirmarlo en la extensión que pueda. Los dejaré leer lo que voy a publicar y les avisaré

cuando se acerque la transmisión en vivo. Preferiría que ahora *no* hablaran con nadie más de esto, porque quiero la primicia y porque quiero asegurarme de tener la historia antes de que se ensucie con las especulaciones de la prensa y los operativos de distracción del DSI.

“Sin duda, *tendré* que llamar al DSI para solicitar sus comentarios antes de la publicación, pero lo haré de la manera que más los proteja a ustedes. También les aseguro que los pondré al tanto antes de que ocurra todo eso.

“Hay una cosa que quiero aclararles: esta historia ya no es de ustedes. Es mía. Fueron muy generosos al entregármela y trataré de devolverles el regalo, pero ya no tienen derecho a eliminar nada, a modificar nada ni a detenerme. Ahora ya se puso en movimiento y no va a parar. ¿Lo comprenden?

No había pensado en esos términos, pero ahora que lo mencionaba era obvio. Significaba que yo ya había lanzado el cohete y que no podría recuperarlo. Iba a dar en el blanco, o se saldría de curso, pero ya estaba en el aire y eso no se podía cambiar. En algún momento del futuro cercano, dejaría de ser Marcus… sería una figura pública. Sería el chico que había soplado el silbato para marcar la infracción del DSI.

Sería un muerto caminando.

Supongo que Ange pensaba lo mismo, porque se había puesto de un color que estaba entre el blanco y el verde.

—Salgamos de aquí —me dijo.

***

La madre y la hermana de Ange habían salido de nuevo, lo que me facilitó la decisión de dónde pasaríamos la noche. La

hora de la cena había pasado hacía mucho, pero mis padres sabían que me reuniría con Barbara y no protestarían si aparecía tarde.

Cuando llegamos a lo de Ange, no sentí ningún apremio por enchufar mi Xbox. Ya había tenido toda la dosis de Xnet que podía asimilar en un día. Sólo pensaba en Ange, Ange, Ange. Vivir sin Ange. Saber que Ange estaba enojada conmigo. Que Ange nunca volvería a hablarme. Que Ange nunca volvería a besarme.

Ella había pensado lo mismo. Lo vi en sus ojos cuando cerramos la puerta de su dormitorio y nos miramos. Tenía hambre de ella, igual que cuando ansías la cena después de no comer durante días. Como ansías un vaso de agua después de jugar al fútbol tres horas seguidas.

Pero no era nada parecido. Era más. Era algo que nunca antes había sentido. Quería comérmela entera, devorarla.

Hasta ahora, ella había sido la más sexual de nuestra relación. Yo la había dejado marcar y controlar el ritmo. Era fantásticamente erótico que *ella* me agarrara y me sacara la camisa, que atrajera mi rostro hacia el suyo.

Pero esta noche no podía contenerme. No quería contenerme.

La puerta se cerró con un clic y yo busqué el dobladillo de su camiseta y se la arranqué, casi sin darle tiempo a levantar los brazos cuando se la pasaba por la cabeza. Me saqué la camisa de un tirón por encima de mi propia cabeza, oyendo que el algodón crujía al abrirse las costuras.

Sus ojos brillaban, su boca estaba abierta, su respiración era rápida y superficial. La mía también; mi aliento, mi corazón y mi sangre rugían en mis oídos.

Quité el resto de nuestra ropa con el mismo entusiasmo, arrojando todo a la pila de prendas sucias y limpias que había en el suelo. La cama estaba cubierta de libros y periódicos; los aparté con un movimiento de brazo. Aterrizamos en la cama deshecha un segundo después, abrazados, apretándonos como si quisiéramos atravesar el cuerpo del otro. Ella gimió en mi boca y yo le respondí con otro gemido, y sentí que su voz hacía vibrar mis cuerdas vocales, experimentando una intimidad mayor que cualquiera que hubiera sentido.

Se separó y buscó en la mesa de noche. Abrió un cajón de golpe y arrojó una bolsa blanca de farmacia delante de mí. Miré el interior. Condones. *Trojan*. Una docena, con espermicida. Aún envasados. Le sonreí, y ella me sonrió, y abrí la caja.

***

Había pensado durante años en cómo sería. Lo había imaginado cien veces por día. Algunos días, prácticamente no había pensado en otra cosa.

No era como lo esperaba. Algunas partes eran mejores. Otras partes eran mucho peores. Mientras ocurría, se sentía como una eternidad. Después, parecía que había sucedido en un abrir y cerrar de ojos.

Después, me sentía igual que antes. Pero también distinto. Algo había cambiado entre nosotros.

Era raro. Nos pusimos la ropa con pudor y dimos vueltas por la habitación, mirando a otro lado, sin buscar los ojos del otro. Envolví el condón en un pañuelo de papel que saqué de una caja junto a la cama, lo llevé al baño, lo envolví con papel higiénico y lo metí en las profundidades del cesto de basura.

Cuando volví, Ange estaba sentada en la cama, jugando con la Xbox. Me senté cuidadosamente junto a ella y la tomé de la mano. Volvió el rostro hacia mí y sonrió. Estábamos agotados, temblorosos.

—Gracias —le dije.

No respondió nada. Volvió a mirarme. Tenía una sonrisa enorme, pero unas lágrimas gordas corrían por sus mejillas.

La abracé y ella se aferró de mí con fuerza.

—Eres un buen hombre, Marcus Yallow —susurró—. Gracias.

Yo no sabía qué decir, pero le apreté la espalda. Finalmente, nos separamos. Ya no lloraba, pero seguía sonriendo.

Señaló mi Xbox, que estaba en el suelo, al lado de la cama. Entendí la señal. La levante, la enchufé y me conecté

Lo mismo de siempre, lo mismo de siempre. Muchos correos. Nuevos posteos en los blogs, que leí uno tras otro. Spam. Dios, recibía mucho spam. Mi casilla de correo sueca era repetidamente utilizada para campañas de spam; la hacían figurar como dirección de respuesta en spams enviados a cientos de millones de cuentas de Internet, de modo que todos los rebotes y mensajes furiosos me llegaban a mí. No sabía quién estaba detrás de eso. Tal vez el DSI, tratando de saturar mi casilla. Tal vez sólo gente que hacía bromas pesadas. No obstante, el Pirate Party tenía filtros bastante buenos y le daban a cualquiera que lo solicitara 500 gigabytes de capacidad de almacenamiento de correos, o sea que no era muy probable que mi cuenta se ahogara en el futuro cercano.

Filtré todo, pulsando con fuerza la tecla de borrado. Tenía otra casilla separada para lo que venía encriptado con mi clave pública, que probablemente tenía relación con la Xnet y era delicado. Los spammers aún no habían descubierto que usar

claves públicas podía convertir su correo basura en algo más plausible, de modo que, por ahora, esto funcionaba bien.

Había un par de docenas de mensajes encriptados, gente de la red de confianza. Los leí rápidamente: enlaces a videos y fotos de nuevos abusos del DSI, cuentos de terror de personas que se habían salvado por un pelo, quejas por material que yo había subido al blog. Lo habitual.

Entonces encontré un correo que sólo estaba encriptado con mi clave pública. Eso significaba que ningún otro podía leerlo, pero no tenía idea de quién lo había escrito. Decía que era de Masha, que podía ser un seudónimo o un nombre. No sabía cuál de los dos.

>M1k3y

>No me conoces, pero yo te conozco.

>Me arrestaron el día que explotó el puente. Me interrogaron. Decidieron que era inocente. Me ofrecieron trabajo: ayudarlos a cazar a los terroristas que habían asesinado a mis vecinos.

>En ese momento, me pareció un buen convenio. No tenía la menor idea de que mi verdadero trabajo sería espiar a los chicos que se resistían a ver su ciudad convertida en un estado policial.

>Me infiltré en la Xnet el día de su lanzamiento. Estoy en tu red de confianza. Si quisiera revelar mi identidad, podría enviarte un correo desde una dirección de tu confianza. Tres direcciones, en realidad. Estoy totalmente dentro de tu red, como sólo alguien de diecisiete años puede estarlo. Algunos correos que has recibido contienen información engañosa cuidadosamente seleccionada, que te envié yo con este y otros seudónimos.

>No saben quién eres, pero se están acercando. Continúan obligando a la gente a cambiar de opinión, a comprometerse. Corroen las redes sociales y usan amenazas para convertir a los chicos en informantes. En la Xnet hay centenares de personas trabajando para el DSI en este mismo momento. Tengo sus nombres, seudónimos y claves. Privadas y públicas.

>Pocos días después del lanzamiento de la Xnet, nos pusimos a trabajar para crackear el ParanoidLinux. Hasta ahora, sólo se han logrado mejoras pequeñas e insustanciales, pero el quiebre es inevitable. Si descubrimos un crack innovador, estás muerto.

>Creo que puedo asegurarte que, si mis jefes se enteran de que estoy escribiendo esto, me encerrarán en Guantánamo de la Bahía hasta que sea una anciana.

>Y aunque no puedan crackear el ParanoidLinux, hay versiones envenenadas de la ParanoidXbox dando vueltas por ahí. No coinciden con las sumas de verificación, pero ¿cuánta gente se fija en las sumas de verificación, además de ti y de mí? Hay muchos chicos que ya están muertos, aunque no lo saben.

>Lo único que falta es que mis jefes decidan cuándo es el mejor momento para arrestarte y causar el mayor impacto en la prensa. Ese momento llegará más temprano que tarde. Créeme.

>Posiblemente te preguntarás por qué te cuento todo esto.

>Yo también.

>Esos son mis antecedentes. Acepté pelear contra los terroristas. En cambio, estoy espiando a norteamericanos que creen en cosas que al DSI no le gustan. No a la gente que planea volar nuestros puentes, sino a los que protestan. Ya no puedo hacerlo más.

>Pero tú tampoco, lo sepas o no. Como te dije, es sólo cuestión de tiempo que vuelvas a estar encadenado en Treasure Island. No es “si vuelves”; es “cuando vuelvas”.

>Así que terminé con esto. En Los Ángeles hay unas personas. Dicen que me pueden mantenerme a salvo si quiero salir de esto.

>Quiero salir de esto.

>Si quieres venir, te llevaré conmigo. Mejor seguir peleando que convertirse en mártir. Si me acompañas, podemos descubrir juntos cómo vencerlos. Soy tan inteligente como tú. Créeme.

>¿Qué dices?

>Esta es mi clave pública.

>Masha

***

Cuando estés en problemas o en duda, corre en círculos, chilla y grita.

¿Alguna vez escuchaste esa frase? No es un buen consejo, pero es fácil de seguir. Salté de la cama y me puse a caminar de un lado al otro. Tenía el corazón en la boca y mi sangre cantaba: una cruel parodia de cómo me sentía cuando llegamos a casa de Ange. Esto no era excitación sexual; era terror puro.

—¿Qué? —dijo Ange—. ¿Qué?

Señalé la pantalla que estaba de mi lado de la cama. Rodó, agarró mi teclado y movió la punta del dedo sobre el pad. Leyó en silencio. Yo seguí caminando.

—Tiene que ser mentira —dijo ella—. El DSI está jugando con tu mente.

La miré. Se estaba mordiendo el labio. No parecía creer en lo que decía.

—¿Eso piensas?

—Claro. No pueden vencerte, entonces se acercan a ti usando la Xnet.

—Sí.

Volví a sentarme en la cama. Respiraba con agitación otra vez.

—Cálmate —dijo ella—. Son juegos mentales. Mira.

Nunca antes había usado mi el teclado, pero ahora había una nueva intimidad entre nosotros. Oprimió “Responder” y escribió:

>Buen intento.

Ahora también escribía como M1k3y. Estábamos unidos de una forma diferente.

—Fírmalo. A ver qué contesta.

No sabía si era la mejor idea, pero no tenía otras mejores. Lo firmé, lo encripté con mi clave privada y la clave pública que me había dado Masha.

La respuesta fue instantánea.

>Pensé que dirías algo así.

>Aquí tienes un hackeo que no se te ha ocurrido. Puedo tunelear videos por el DNS anónimamente. Aquí tienes unos enlaces a ciertos clips que tal vez quieras ver antes de decidir que soy una mentirosa. Esta gente se está grabando mutuamente, todo el tiempo, para protegerse de las puñaladas en la espalda. Es bastante fácil espiarlos como ellos se espían entre sí.

>Masha

Adjuntaba el código fuente de un programita que, aparentemente, hacía exactamente lo que Masha decía: extraer videos del protocolo del Servicio de Nombres de Dominio (DNS).

Me detendré un momento para explicar algo. Al fin y al cabo, todos los protocolos de Internet son secuencias de texto que se envían de aquí para allá en un orden determinado. Es como tener un camión, poner un auto dentro, luego poner una motocicleta en el maletero del auto, luego amarrar una bicicleta en la parte trasera de la moto y luego colgar un par de patines en la parte trasera de la bicicleta. Salvo que, si lo deseas, también puedes adosar el camión a los patines.

Por ejemplo, tomemos el Protocolo de Transporte de Correo Simple o SMTP, que se usa para enviar correos electrónicos.

Aquí hay una muestra de una conversación entre mi servidor de correo y yo, enviándome un mensaje a mí mismo.

> HELO littlebrother.com.se

250 mail.pirateparty.org.se Hello mail.pirateparty.org.se, pleased to meet you

>MAIL FROM:m1k3y@littlebrother.com.se

250 2.1.0 m1k3y@littlebrother.com.se… Sender ok

>RCPT TO:m1k3y@littlebrother.com.se

250 2.1.5 m1k3y@littlebrother.com.se… Recipient ok

>DATA

354 Enter mail, end with "." on a line by itself

>When in trouble or in doubt, run in circles, scream and shout

>.

250 2.0.0 k5SMW0xQ006174 Message accepted for delivery

QUIT

221 2.0.0 mail.pirateparty.org.se closing connection

Connection closed by foreign host.

Que en castellano es:

> HOLA littlebrother.com.se

250 mail.pirateparty.org.se Hola mail.pirateparty.org.se, encantado de conocerte

> CORREO DE:m1k3y@littlebrother.com.se

250 2.1.0 m1k3y@littlebrother.com.se… Remitente ok

>RCBD POR:m1k3y@littlebrother.com.se

250 2.1.5 m1k3y@littlebrother.com.se… *Destinatario OK*

>DATOS

354 Ingresar correo, terminarlo con "." en renglón separado

>Cuando estés en problemas o en duda, corre en círculos, chilla y grita

>.

250 2.0.0 k5SMW0xQ006174 Entrega del mensaje aceptada

CORTAR

221 2.0.0 mail.pirateparty.org.se cerrando conexión

Conexión cerrada por host extranjero.

La redacción de esta conversación fue definida en 1982 por Jon Postel, uno de los heroicos próceres de la Internet, que tenía los servidores más importantes de la red en funcionamiento, literalmente, debajo de su escritorio de la Universidad del Sur de California, en la era paleolítica.

Ahora imagina que chateas con un servidor de correo en una sesión de mensajería instantánea (IM). Podrías enviar un mensaje al servidor que dijera "HELO littlebrother.com.se" y éste respondería "250 mail.pirateparty.org.se Hello mail.pirateparty.org.se, pleased to meet you". En otras palabras, podrías

mantener la misma conversación que se produce en el SMTP con un programa de IM. Con las tretas adecuadas, toda la transacción con el servidor de correo podría tener lugar en un chat. O en una sesión de web. O en cualquier otra parte.

Eso se llama "tunelear" (tunneling). Poner al SMTP dentro del "túnel" de un chat. Después, si quieres hacer algo bien raro, puedes volver a poner el chat en un túnel del SMTP: tuneleas el túnel en otro túnel.

De hecho, todos los protocolos de Internet son susceptibles a este procedimiento. Es genial, porque significa que si estás en una red con acceso sólo a la web, puedes tunelear tus correos por allí. Puedes tunelear tu P2P favorito. Hasta puedes tunelear la Xnet, que, de por sí, ya es un túnel para decenas de protocolos.

El DNS es un protocolo interesante y antiguo de la Internet, que data de 1983. Es la forma en que tu computadora convierte el nombre de una computadora, como "pirateparty.org.se", en el número de IP que las máquinas usan en realidad para hablarse entre sí por la red, como 204.11.50.136. Generalmente, parece funcionar como por arte de magia, aunque tiene millones de partes móviles: todos los proveedores de Internet tienen un servidor DNS, igual que la mayoría de los gobiernos y montones de operadores privados. Esas casillas DNS se hablan entre sí constantemente, formulando y cumpliendo solicitudes mutuas, para que, sin importar lo críptico que sea el nombre que escribes en la computadora, puedan convertirlo en un número.

Antes del DNS existía el archivo HOSTS. Créase o no, era un solo documento que contenía una lista de los nombres y direcciones de *todas las computadoras* conectadas a la Internet. Todas las máquinas poseían una copia. El archivo, finalmente, se

volvió demasiado grande para moverlo de un lado al otro y entonces se inventó el DNS, que corría en un servidor instalado debajo del escritorio de Jon Postel. Si el personal de limpieza lo desenchufaba de un golpe, toda la Internet perdía la habilidad de encontrarse a sí misma. En serio.

Hoy en día, el tema es que los DNS están en todas partes. Todas las redes tienen un servidor DNS residente y todos esos servidores están configurados para hablarse entre sí y con personas al azar en toda la Internet.

Lo que había hecho Masha era descubrir la manera de tunelear un sistema de flujo de video por medio del DNS. Dividía el video en billones de fragmentos y escondía cada uno de ellos dentro de un mensaje normal dirigido a un servidor DNS. Al usar su código, pude extraer el video de esos servidores DNS desperdigados por toda la Internet a una velocidad increíble. Los histogramas de la red debieron de registrarlo como algo muy extraño, como si yo estuviese buscando la dirección de todas las computadoras del mundo.

Pero tenía dos ventajas que aprecié enseguida: pude bajar el video a una velocidad pasmosa (apenas terminé de pulsar el primer enlace, comencé a recibir imágenes a pantalla completa, sin fluctuación ni inestabilidad) y yo no tenía idea de dónde estaba el host. Era totalmente anónimo.

Al principio, ni siquiera tuve en cuenta el contenido del video. Estaba totalmente azorado por la astucia del truco. ¿Flujo de video desde un DNS? Era tan extraño e inteligente que prácticamente era *perverso*.

Gradualmente, comencé a asimilar lo que estaba viendo.

Era una mesa de reuniones dentro de una pequeña habitación con un espejo en una de las paredes. Conocía esa habitación. Había estado sentado allí, mientras la Pelo Corto me

obligaba a decirle mi contraseña en voz alta. Había cinco sillas cómodas alrededor de la mesa, cada una con una persona cómoda y con uniforme del DSI. Reconocí al General de División Graeme Sutherland, comandante del DSI del área de la Bahía, y también a Pelo Corto. Los otros eran desconocidos para mí. Todos miraban una pantalla de video ubicada en un extremo de la mesa, en la que había un rostro infinitamente más familiar.

Kurt Rooney era conocido en toda la nación como el principal estratega del Presidente, el hombre que le había hecho ganar las elecciones al partido por tercera vez y que ahora iba por la cuarta a todo vapor. Lo llamaban "el Implacable" y una vez yo había visto un informe noticioso donde mencionaban que tenía a sus empleados con las riendas cortas, llamándolos, enviándoles mensajes, vigilando todos sus movimientos, controlando todos sus pasos. Era viejo, con el rostro arrugado, ojos de color gris pálido, nariz chata con orificios anchos y abiertos y labios delgados; un hombre que parecía estar oliendo mierda todo el tiempo.

Era el de la pantalla. Hablaba y todos fijaban la atención en esa pantalla, tomando notas tan rápido como podían teclear, tratando de parecer inteligentes.

—*... dicen que están enojados con la autoridad, pero debemos demostrarle al país que son los terroristas, no el gobierno, los que tienen la culpa. ¿Me entienden? La nación no quiere a esa ciudad. Desde su punto de vista, es una Sodoma y Gomorra de maricas y ateos que merecen pudrirse en el infierno. La única razón por la que el país se ocupa de lo que piensan en San Francisco es que tuvieron la buena fortuna de explotar por los aires gracias a unos terroristas islámicos.*

»Estos chicos de la Xnet están llegando al punto en que pueden comenzar a sernos útiles. Cuando más revolucionarios

se vuelven, más comprende el resto de la nación que las amenazas están en todas partes.

Su público terminó de teclear.

—*Podemos controlar eso, creo* —dijo la Pelo Corto—. *Nuestra gente de la Xnet ha logrado tener mucha influencia. Los bloggers de Manchuria tienen unos cincuenta blogs cada uno e inundan los canales de chat, enlazándose uno con otro, principalmente adhiriendo a la línea partidaria marcada por ese M1k3y. Pero ya han demostrado que pueden provocar acciones radicales, aun cuando M1k3y esté oprimiendo el freno.*

—El General Sutherland asintió—. *Habíamos planeado que permanecieran de incógnito hasta un mes antes de las parciales.* —Supuse que se refería a las elecciones legislativas, no a mis pruebas escolares—. *Eso, según el plan original. Pero parece que…*

—*Tenemos otro plan para las parciales* —dijo Rooney—. *Deben conocerlo, claro, pero por las dudas no planeen ningún viaje para el mes anterior. Ahora, enloquezcan a la Xnet cuanto antes. Mientras sean moderados, representan un lastre. Que sigan siendo revoltosos.*

Se cortó el video.

Ange y yo estábamos sentados en el borde de la cama, mirando la pantalla. Ange estiró la mano y lo puso de nuevo. Lo miramos. La segunda vez era peor. Arrojé el teclado a un costado y me levanté.

—Estoy tan *asqueado* de tener miedo —dije—. Llevémosle esto a Barbara y que publique todo. Que ponga todo en la red. Que me secuestren. Al menos así sabré lo que va a ocurrir. Al menos así tendré alguna pequeña *certeza* en mi vida.

Ange me abrazó, me calmó.

—Lo sé, amor, lo sé. Es terrible. Pero te estás concentrando en las cosas malas e ignorando las buenas. Has creado un movimiento. Has superado a los idiotas de la Casa Blanca, a los sinvergüenzas uniformados del DSI. Te has colocado en una posición que te permitiría ser el responsable de destapar toda la pudrición del DSI. Claro que quieren agarrarte. Claro que sí. ¿Acaso lo dudaste siquiera por un momento? Siempre imaginé que querían hacerlo. Pero, Marcus, *no saben quién eres*. Piénsalo. Toda esa gente, todo ese dinero, las armas y los espías, y tú, un chico de secundaria, de diecisiete años… continúas siendo el vencedor. No saben de Barbara. No saben de Zeb. Los interferiste en las calles de San Francisco y los humillaste frente al mundo. Entonces, deja de deprimirte ¿quieres? Estás ganando.

—Pero vendrán a buscarme. Ya te diste cuenta. Me meterán en la cárcel para siempre. Ni siquiera en la cárcel. Me harán desaparecer, como a Darryl. Tal vez peor. Tal vez, Siria. ¿Por qué me van a dejar en San Francisco? Mientras siga en los EE. UU., soy un lastre.

Se sentó en la cama conmigo.

—Sí —dijo—. Eso.

—Eso.

—Bueno, sabes lo que tienes que hacer ¿verdad?

—¿Qué? —Señaló mi teclado. Vi que le corrían lágrimas por las mejillas—. ¡No! Te volviste loca. ¿Crees que me voy a fugar con una loca que apareció en la Internet? ¿Con una espía?

—¿Tienes una idea mejor?

Le di un puntapié a una de las pilas de ropa, haciéndola volar.

—Como quieras. Muy bien. Hablaré con ella un poco más.

—Habla con ella —dijo Ange—. Dile que tú y tu novia quieren escapar.

—¿Qué?

—Cállate, pedazo de idiota. ¿Crees que tú corres peligro? Yo corro un peligro igual, Marcus. Se llama complicidad. Cuando te vayas, me iré contigo. —Tenía la mandíbula hacia fuera en un ángulo rebelde—. Tú y yo… estamos juntos ahora. Tienes que entenderlo.

Nos sentamos en la cama.

—Salvo que no quieras que vaya —dijo ella finalmente, con un hilo de voz.

—Estás bromeando ¿no?

—¿Te parece que estoy bromeando?

—No hay posibilidad de que me vaya sin ti por mi propia voluntad, Ange. Nunca te habría pedido que vinieras, pero estoy fascinado de que te hayas ofrecido.

Sonrió y me arrojó mi teclado.

—Envíale un correo a ese bicho, Masha. Veamos qué puede hacer por nosotros.

Envié el correo, encriptando el mensaje, y esperé la respuesta. Ange buscó mi boca y empezamos a besarnos. Había algo en el peligro y el pacto de escapar juntos que me hacía olvidar el pudor de tener sexo, que me excitaba como los mil demonios.

Estábamos otra vez medio desnudos cuando llegó el correo de Masha.

>¿Dos? Por Dios, como si no fuera ya bastante difícil.

>No puedo irme salvo que haga mi trabajo de inteligencia después de un gran golpe de la Xnet. ¿Entiendes? Mis jefes observan todos mis movimientos, pero me sueltan la cuerda

cuando pasa algo con los usuarios de la Xnet. Me envían al lugar de los hechos.

>Hagan algo grande. Me envían allá. Nos escapamos los dos. Los tres, si insistes.

>Pero apúrense. No puedo enviarte muchos correos, ¿comprendes? Me vigilan. Se están acercando a ti. No tienes mucho tiempo. ¿Semanas? Tal vez unos días apenas.

>Necesito que me saques de aquí. Por eso hago esto, en caso de que tengas dudas. No puedo escapar sola. Necesito una gran distracción de la Xnet. No me falles, M1k3y, o estamos muertos. Tu chica también.

>Masha

Nos sobresaltamos porque sonó mi teléfono. Era mamá, que quería saber cuándo volvería a casa. Le dije que iba en camino. No mencionó a Barbara. Habíamos acordado no hablar de ese asunto por teléfono. Fue idea de papá. Podía ser tan paranoico como yo.

—Tengo que irme —dije.

—Nuestros padres…

—Lo sé —dije—. Ya vi lo que les pasó a mis padres cuando pensaron que yo había muerto. Saber que soy un fugitivo no les resultará mucho mejor. Pero van a preferir verme prófugo que preso. Eso pienso. En todo caso, cuando hayamos desaparecido, Barbara podrá publicar sin preocuparse por causarnos problemas. —Nos besamos en la puerta del dormitorio. No fue uno de esos besos ardientes y babosos que solíamos darnos cuando nos separábamos. Esta vez, fue un beso dulce. Un beso lento. Un beso de despedida.

***

Los viajes en el BART son introspectivos. Cuando el tren se balancea de atrás para delante y tratas de no hacer contacto visual con los demás pasajeros, y tratas de no leer los anuncios de cirugía plástica, de abogados que te sacan de la cárcel y de análisis de SIDA, cuando tratas de ignorar los graffitis y de no mirar demasiado lo que ensucia el alfombrado, tu mente realmente comienza a trabajar.

Te hamacas hacia atrás, hacia delante, y tu mente revisa todo lo que has pasado por alto, todas las películas de tu vida donde no eres un héroe, donde eres un tonto o un soberano imbécil.

A tu cerebro se le ocurren teorías como esta:

Si el DSI quisiera atrapar a M1k3y, ¿qué mejor forma de hacerlo que obligarlo a exponerse, que inspirarle pánico al punto de impulsarlo a liderar un gran evento público de la Xnet? ¿No valdría la pena arriesgarse a revelarle un video comprometedor con tal de lograr eso?

A tu cerebro se le ocurren esas cosas, aunque el viaje en tren sólo dure dos o tres estaciones. Cuando te bajas y comienzas a moverte, la sangre circula y, a veces, tu cerebro vuelve a ayudarte.

A veces, tu cerebro te entrega soluciones, además de problemas.

Capítulo 18

En una época, mi actividad preferida en todo el mundo era ponerme una capa y deambular en un hotel, simulando ser un vampiro invisible al que todos se quedaban mirando.

Es complicado, pero no tan raro como parece. La escena de los Juegos de Rol en Vivo combina los mejores aspectos del D&D, los talleres de teatro y las convenciones de ciencia ficción.

Entiendo que no te parezca tan atractivo como lo era para mí cuando tenía catorce años.

Los mejores juegos eran en los Campamentos Scout, en las afueras de la ciudad: cien adolescentes, chicos y chicas, peleando contra el tránsito del viernes por la noche, intercambiando anécdotas, jugando juegos de manos, presumiendo durante horas. Después, desembarcar y pararnos en el césped, delante de un grupo de hombres y mujeres mayores que nosotros, vestidos con impresionantes armaduras de fabricación casera, melladas y llenas de cicatrices, como debieron de ser las armaduras de los viejos tiempos, no como las que muestran en las películas, sino como uniformes de soldados que han pasado un mes en la selva.

A esa gente le pagaban un monto simbólico por dirigir los juegos, pero no te concedían ese trabajo a menos que fueses del tipo de persona que lo hubiese hecho gratis. Ya estábamos divididos en equipos de antemano, sobre la base de unos cuestionarios que llenábamos antes, y en ese momento nos indicaban a qué equipo sumarnos, como cuando se arman los dos bandos antes de un juego de béisbol.

Después, nos daban un paquete informativo. Eran como los que reciben los espías de las películas: esta es tu identidad, esta es tu misión, estos son los secretos que conoces acerca del grupo.

Al terminar, era hora de la cena: fogatas que rugían, carne que chisporroteaba en los espetones, tofu que se freía en las sartenes (en el norte de California, la opción vegetariana no es opcional) y un estilo de comer y beber que sólo puede describirse como voraz.

Los más entusiastas ya se estaban metiendo en el personaje. En mi primer juego, me tocó ser mago. Tenía un morral lleno de bolsitas rellenas con semillas que representaban los hechizos; cuando arrojaba una, gritaba el nombre del hechizo que lanzaba —bola de fuego, misil mágico, cono de luz— y el otro jugador o el "monstruo" caía de rodillas si le acertaba. O no… a veces, teníamos que llamar a un árbitro para que mediara, aunque generalmente todos éramos muy propensos a no hacer trampas. A nadie le gustaba que decidieran los dados.

Al llegar la hora de dormir, todos estábamos actuando nuestro personaje. A los catorce años, yo no estaba super-seguro de cómo tenía que hablar un mago, pero podía obtener indicios de las películas y las novelas. Hablaba lentamente, en tono mesurado, componiendo una expresión facial adecuadamente mística y pensando en cosas místicas.

La misión era complicada: recuperar una reliquia sagrada, robada por un ogro decidido a someter a su voluntad al pueblo de esa tierra. Eso no me importaba mucho. Lo que me importaba era que yo tenía una misión individual —capturar a una especie de diablillo para que me sirviera de asistente— y un Némesis secreto: otro jugador de mi equipo, que había participado en una incursión donde habían matado a toda mi familia cuando yo era niño… un jugador que no sabía que yo había regresado para vengarme. En algún lado, por supuesto, había otro jugador con un rencor similar contra mí, de modo que, aunque disfrutara de la camaradería del grupo, siempre debía mantener los ojos abiertos para prevenir una puñalada en la espalda, una comida envenenada.

Durante los dos días siguientes, jugamos. Ciertos del momentos del fin de semana fueron como jugar a las escondidas; otros fueron como ejercicios de supervivencia en la jungla; otros, como resolver palabras cruzadas. Los directores del juego habían hecho un gran trabajo. Y uno trababa verdadera amistad con los otros que compartían la misión. Darryl fue el blanco de mi primer asesinato y puse todo mi empeño, por más amigo que fuera. Un chico agradable. Lástima que tuviera que matarlo.

Le lancé una bola de fuego mientras él buscaba el botín, después de haber devastado a una banda de orcos… jugando piedra, papel y tijera con cada orco para determinar quién prevalecía en el combate. Era mucho más apasionante de lo que suena.

Parecía un campamento de verano para geeks de la actuación. Por la noche, charlábamos hasta muy tarde en las tiendas, mirábamos las estrellas, saltábamos al río cuando teníamos

calor, ahuyentábamos a los mosquitos. Nos convertíamos en amigos íntimos o en enemigos para toda la vida.

No sé por qué los padres de Charles lo enviaban a los JRV. No era el tipo de chico que disfrutaba de esas cosas. Le interesaba más arrancarles las alas a las moscas. Bueno, tal vez no. Pero no le gustaba andar disfrazado por los bosques. Estaba todo el tiempo pidiendo cosas, mirando todo y a todos con cara de asco, tratando de convencernos de que no estábamos divirtiéndonos tanto como creíamos. Sin duda, te habrás topado alguna vez con esa clase de persona que siente la compulsión de lograr que la diversión de todos los demás se eche a perder.

El otro tema con Charles era que no lograba entender el combate simulado. Cuando comienzas a correr por el bosque y a participar de estos elaborados juegos semi-militares, es fácil dejarte llevar por la adrenalina al punto de querer degollar a alguien. No es el mejor estado de ánimo para tener en la mano una espada, un garrote, una lanza u otro elemento de utilería. Por eso, en estos juegos no se permite que nadie toque a nadie, bajo ninguna circunstancia. En cambio, cuando te acercas a alguien lo suficiente como para luchar, juegas un par de rondas de piedra, papel y tijera, con modificadores que se basan en tu experiencia, armamento y condición. Los árbitros median en las disputas. Es bastante civilizado y un poco raro. Corres tras alguien entre los árboles, lo atrapas, muestras los dientes y luego te sientas a jugar piedra, papel y tijera. Pero funciona y mantiene a todos sanos y salvos sin arruinar el entretenimiento.

Pero Charles no podía acostumbrarse a eso. Creo que era perfectamente capaz de entender que la regla era evitar el contacto, pero simultáneamente era capaz de decidir que la regla no le importaba y que no iba a cumplirla. Ese fin de semana, los

árbitros le llamaron la atención varias veces y él prometió obedecer en todas las ocasiones y después siempre volvió a hacer lo mismo. Ya era uno de los chicos más corpulentos y le encantaba lanzarse sobre ti y hacerte caer “accidentalmente” al final de una persecución. No es divertido que te hagan caer al suelo rocoso del bosque.

Yo acababa de batir a Darryl con mis imponentes poderes, en el claro donde buscaba tesoros, y estábamos riéndonos de mi extremado sigilo. Darryl iba a marcharse para actuar de monstruo. Los jugadores muertos podían hacer de monstruos, o sea que, cuanto más durabas en el juego, más monstruos te perseguían. Todos seguían jugando y las batalles se volvían cada vez más épicas.

Fue entonces cuando Charles salió de entre los árboles, detrás de mí, y me empujó, arrojándome al suelo con tanta fuerza que por un momento no pude respirar.

—¡Te tengo! —gritó. Yo lo conocía muy poco antes de esto y nunca había tenido buena opinión de él, pero ahora estaba listo para asesinarlo. Lentamente, me puse de pie y lo miré; él respiraba agitadamente y sonreía—. Estás bien muerto —dijo—. Te vencí totalmente.

Sonreí y sentí algo raro y doloroso en la cara. Me toqué el labio superior. Estaba ensangrentado. Me sangraba la nariz y tenía el labio partido; me lo había cortado con una raíz al caerme de cara por el empujón.

Me limpié la sangre en el pantalón y sonreí. Hice como si pensara que todo esto era divertido. Me reí un poco. Avancé hacia él.

Charles no se dejó engañar. Ya estaba retrocediendo, intentando desaparecer entre los árboles. Darryl se desplazó para flanquearlo. Yo fui hacia el otro flanco. Abruptamente, Charles

se dio vuelta y empezó a correr. Darryl le enganchó un tobillo con el pie y Charles se desparramó en el suelo. Nos lanzamos hacia él, al mismo tiempo que oíamos el silbato de un árbitro.

El árbitro no había visto a Charles jugando sucio conmigo, pero lo había visto jugar todo el fin de semana. Lo envió a la entrada del campamento y le dijo que estaba fuera del juego. Charles se quejó con todas sus fuerzas pero, para nuestra satisfacción, el árbitro no quiso escucharlo. Cuando Charles se fue, también nos dio un sermón a nosotros dos, diciéndonos que nuestras represalias no estaban más justificadas que el ataque de él.

Estuvo bien. Esa noche, cuando los juegos habían terminado, todos tomamos duchas calientes en los dormitorios de los scouts. Darryl y yo robamos la ropa y la toalla de Charles. Las anudamos y las arrojamos al orinal. Muchos chicos colaboraron gustosamente en la tarea de mojarlas. Charles había sido muy entusiasta con sus empujones.

Ojalá hubiera podido verlo cuando salió de la ducha y descubrió su ropa. Era una decisión difícil: ¿correr desnudo por el campamento o desatar los apretados nudos de la ropa empapada de pis y ponérsela?

Optó por la desnudez. Probablemente, yo habría hecho lo mismo. Formamos una hilera a lo largo del trayecto entre las duchas y el refugio donde se guardaban las mochilas y lo aplaudimos. Yo estaba primero en la fila y lideraba el aplauso.

***

Los fines de semana en el Campamento Scout sólo se hacían tres o cuatro veces por año, lo que nos dejaba —a Darryl, a mí y

a muchísimos jugadores de JRV— con una seria deficiencia de JRV en nuestras vidas.

Por suerte, había partidas de *Wretched Daylight* en los hoteles de la ciudad. El *Wretched Daylight* es otro JRV —clanes rivales de vampiros y cazavampiros— con sus propias y estrafalarias reglas. Los jugadores usan naipes para resolver las escaramuzas y combates, de modo que cada batalla implica jugar una mano de barajas estratégicas. Los vampiros se vuelven invisibles cuando se ponen la capa y cruzan los brazos sobre el pecho; todos los demás jugadores tienen que hacer como que no los ven y continuar con sus conversaciones sobre lo que planean y demás. El verdadero examen de un buen jugador es demostrar que es lo bastante honesto como para seguir revelando secretos frente a un rival "invisible", comportándose como si no estuviera en la habitación.

Había un par de partidas grandes de *Wretched Daylight* todos los meses. Los organizadores del juego, que tenían buena relación con los hoteles de la ciudad, nos comunicaban que habían reservado diez habitaciones libres para el viernes por la noche y las llenaban de jugadores que corrían por todo el hotel, jugando un *Wretched Daylight* de bajo perfil en los pasillos, alrededor de la piscina y así sucesivamente, comiendo en el restaurante del hotel y pagando por la WiFi del hotel. Cerraban las reservas el viernes por la tarde, nos enviaban correos y nosotros íbamos directamente desde la escuela al hotel que fuera, llevando nuestras mochilas, durmiendo de a seis u ocho en cada habitación durante todo el fin de semana, sobreviviendo a fuerza de comida basura, jugando hasta las tres de la madrugada. Era diversión buena y segura, que nuestros padres podían controlar.

Los organizadores eran de una institución solidaria muy conocida, dedicada a la alfabetización, que tenía talleres de escritura, de teatro y esas cosas. Venían organizando esos juegos desde hacía diez años sin ningún incidente. Todo era estrictamente sin alcohol y sin drogas, para evitar que arrestaran a los organizadores por corrupción de menores o algo así. Éramos entre diez y cien jugadores, dependiendo del fin de semana que, por el mismo precio de ver un par de películas, pasábamos dos días y medio de diversión asegurada.

Pero un día tuvieron la mala suerte de reservar un grupo de habitaciones en el Mónaco, un hotel de Tenderloin que alojaba turistas mayores y pretenciosos, la clase de lugar donde todos los cuartos tienen una pecera esférica con especies tropicales y el vestíbulo está lleno de hermosos ancianos con buena ropa, jactándose de los resultados de sus cirugías plásticas.

Normalmente, los mundanos —palabra que usábamos para llamar a los no jugadores— nos ignoraban, suponiendo que sólo éramos chicos jugando bulliciosamente. Pero ese fin de semana estaba alojado el editor de una revista italiana de viajes que se interesó por lo nuestro. Me arrinconó cuando yo andaba escondiéndome en el vestíbulo, esperando localizar al jefe del clan rival para saltar sobre él y beber su sangre. Yo estaba de pie contra la pared, con los brazos cruzados, o sea invisible, cuando el hombre se me acercó y me preguntó, en inglés con acento italiano, qué hacíamos mis amigos y yo en el hotel ese fin de semana.

Traté de quitármelo de encima, pero no se desanimó. De modo que decidí inventar algo para que se fuera.

No imaginé que iba a publicarlo. Realmente, no imaginé que tendría repercusión en la prensa norteamericana.

—Estamos aquí porque nuestro príncipe ha muerto y hemos venido a buscar a un nuevo gobernante.

—¿Un príncipe?

—Sí —le dije, ganando confianza—. Somos del Pueblo Viejo. Vinimos a los EE. UU. en el siglo 16 y, desde entonces, nuestra familia real vive en los bosques de Pennsylvania. Vivimos con sencillez, en la espesura. No usamos tecnología moderna. Pero el príncipe era el último de la línea sucesoria y murió la semana pasada. Una terrible y cruel enfermedad se lo llevó. Los jóvenes de mi clan debemos encontrar a los descendientes de su tío abuelo, que se marchó para vivir con la gente moderna en tiempos de mi abuelo. Se dice que se ha multiplicado; encontraremos a los últimos de su dinastía y los llevaremos de vuelta a su legítimo hogar.

Yo leía muchas novelas de fantasía. Estas cosas se me ocurrían fácilmente.

—Conocimos a una mujer que sabía de esos descendientes. Nos dijo que uno de ellos se alojaba en este hotel y hemos venido a encontrarlo. Pero nos siguió un clan rival que quiere evitar que llevemos a nuestro príncipe a casa para que seamos débiles y fáciles de dominar. Por lo tanto, es vital que mantengamos la discreción. No hablamos con el Pueblo Nuevo si podemos evitarlo. Conversar con usted en este momento me provoca una gran incomodidad.

Él me miraba con perspicacia. Yo había descruzado los brazos, lo que implicaba que ahora era “visible” para los vampiros rivales, una de las cuales había estado acercándose a nosotros lenta y sigilosamente. En el último momento, me di vuelta y la vi, con los brazos abiertos y siseando, componiendo a una vampira de alta escuela.

Abrí los brazos al máximo y le devolví el siseo; después, corrí a toda velocidad por el vestíbulo, saltando sobre un sofá de cuero y rodeando una planta en maceta, obligándola a perseguirme. Ya había preparado una ruta de escape, por el pozo de la escalera hasta el gimnasio del sótano; fui por allí y logré perderla.

No volví a ver al hombre ese fin de semana, pero le relaté la anécdota a algunos otros jugadores de JRV, que adornaron la historia y hallaron muchas oportunidades para volver a contarla ese fin de semana.

Una mujer que trabajaba en la revista italiana, que había obtenido su maestría con un estudio de las comunidades antitecnológicas Amish de la Pennsylvania rural, pensó que lo nuestro era tremendamente interesante. Basándose en las notas y las entrevistas grabadas de su jefe durante el viaje a San Francisco, escribió un artículo fascinante y conmovedor sobre la insólita secta juvenil que cruzaba los EE. UU. buscando a su "príncipe". Diablos… hoy en día se publica cualquier cosa.

Pero el tema es que las historias así son recogidas por otros medios que las vuelven a publicar. Primero fueron los bloggers italianos; después, algunos bloggers norteamericanos. Personas de todo el país comenzaron a informar de "avistajes" del Pueblo Viejo, aunque no se sabe si eran inventados o si veían a otros que estaban jugando al mismo juego.

El asunto fue ascendiendo la pirámide alimentaria de los medios hasta llegar al *New York Times* que, por desgracia, tiene un apetito poco saludable por verificar los hechos. El cronista al que le asignaron la historia finalmente siguió el rastro hasta el Hotel Mónaco, donde lo pusieron en contacto con los organizadores del JRV, que le contaron la verdadera historia entre risotadas.

Bueno, a partir de ese momento, los JRV se volvieron menos atractivos. Nos hicimos conocidos como los mayores fabricantes de patrañas de la nación, como mentirosos patológicos y anormales. La prensa, a la que habíamos engañado inadvertidamente para que cubriera la historia del Pueblo Viejo, ahora quería redimirse a fuerza de informar lo increíblemente anómalos que éramos los jugadores de JRV, y fue entonces cuando Charles le dijo a toda la escuela que Darryl y yo éramos los máximos enfermos de los JRV de la ciudad.

No fue una buena temporada. Algunos de la pandilla no le dieron importancia, pero nosotros sí. Las burlas eran despiadadas. Charles las encabezaba. Me ponían colmillos de plástico en la mochila y los chicos que pasaban a mi lado en el corredor me decían "bah, bah" como los vampiros de dibujo animado, o hablaban con falso acento de Transilvania cuando yo andaba cerca.

Después de eso, nos pasamos rápidamente a los Juegos de Realidad Alternativa. En cierto sentido, eran más divertidos y mucho menos raros. Pero, de vez en cuando, echaba de menos mi capa y aquellos fines de semana en los hoteles.

***

Lo opuesto al *esprit d'escalier* es la forma en que los bochornos de la vida vuelven a acosarnos aunque hayan ocurrido hace mucho tiempo. Yo recordaba todas las estupideces que alguna vez había dicho o hecho; las evocaba con la claridad perfecta de una película. Cada vez que me deprimía, comenzaba a recordar naturalmente otras veces en las que me había sentido

igual… un ranking de éxitos de la humillación, desfilando uno tras otro dentro de mi mente.

Mientras intentaba concentrarme en Masha y en mi inminente perdición, el incidente del Pueblo Viejo me acosaba una y otra vez. En aquel entonces, había experimentado un sentimiento similar, enfermizo, deprimente y de mal agüero, al tiempo que aparecían más y más medios que recogían la historia y crecía la posibilidad de que alguien descubriera que había sido yo el que le había contado el cuento a ese estúpido editor italiano, ataviado con un jean exclusivo de costuras irregulares, una almidonada camisa sin cuello y unas gafas de metal demasiado grandes.

En lugar de revolcarte en tus propios errores, hay otra alternativa: aprender de ellos.

En todo caso, es una buena teoría. Tal vez el motivo que tiene tu subconsciente para desenterrar a todos esos fantasmas miserables es que ellos necesitan cerrar el tema para poder reposar tranquilamente en el más allá de la humillación. Mi subconsciente insistía en las visitas de fantasmas, con la esperanza de que yo hiciera algo que les permitiera descansar en paz.

Durante todo el trayecto a casa, le di vueltas a este recuerdo, pensando en qué podía hacer con "Masha" en caso de que estuviera engañándome. Necesitaba un reaseguro.

Cuando llegué a casa y recibí los abrazos melancólicos de mamá y papá, ya lo sabía.

***

El truco era manejar los tiempos para que todo sucediera tan rápido que el DSI no pudiera prepararse, pero con la suficiente

anticipación para que la Xnet tuviera tiempo de convertirse en una fuerza.

El truco era montar el escenario para que hubiera demasiada gente como para arrestarnos a todos, pero en un sitio donde la prensa y los adultos pudieran verlo para que el DSI no nos gaseara de nuevo.

El truco era montar algo tan atractivo para los medios como la levitación del Pentágono. El truco era organizar algo que tuviera convocatoria, como 3.000 estudiantes de Berkeley negándose a permitir que un furgón policial se llevara a uno de los suyos.

El truco era atraer a los medios hasta allí para que informaran lo que hacía la policía, como ocurrió en Chicago en 1968.

Sería un truco de puta madre.

Al día siguiente me fui de la escuela una hora antes, empleando mis técnicas de fuga acostumbradas, sin importarme si con eso disparaba alguna nueva especie de control del DSI que resultaría en una nota a mis padres.

Cualquiera fuese el caso, lo último que preocuparía a mis padres pasado mañana sería si yo tenía problemas en la escuela.

Me reuní con Ange en su casa. Se había marchado de la escuela aún más temprano, porque había exagerado sus dolores menstruales, simulando que iba a caerse de rodillas por el dolor, y la habían enviado a casa.

Comenzamos a correr la voz en la Xnet. Enviamos correos a los amigos de confianza y mensajes instantáneos a toda nuestra lista de conocidos. Recorrimos las cubiertas de los barcos y los pueblos del *Botín de Relojería* y se lo contamos a nuestros compañeros de equipo. Era complicado dar la suficiente información para lograr que asistieran, pero no tanta como para

quedar en evidencia ante el DSI, pero creo que conseguí el equilibrio adecuado:

>MAÑANA TURBA DE VAMPIROS

>Si son góticos, vístanse para impresionar. Si no son góticos, busquen un gótico y pídanle ropa prestada. Piensen como vampiros.

>El juego comienza a las 8:00 en punto de la mañana. EN PUNTO. Vayan preparados para que los dividan en equipos. El juego dura 30 minutos; tendrán tiempo suficiente para llegar bien a la escuela.

>Mañana informaremos el lugar. Envíen sus claves públicas por correo electrónico a m1k3y@littlebrother.pirateparty.org.se y revisen el correo a las 7:00 a.m. para conocer las novedades. Si les parece muy temprano, quédense despiertos toda la noche. Es lo que haremos nosotros.

>Les garantizo que será la mayor diversión del año.

>Crean.

>M1k3y

Después le envié un breve mensaje a Masha.

>Mañana.

>M1k3y

Un minuto después entró su respuesta:

>Eso pensé. Turba de Vampiros ¿eh? Trabajas rápido. Ponte un gorro rojo. Equipaje liviano.

***

¿Qué equipaje llevas cuando vas a fugarte? Había transportado suficientes mochilas pesadas a los campamentos para saber que cada gramo que agregas te corta los hombros con

toda la aplastante fuerza de la gravedad en cada paso que das… no es sólo un gramo, es un gramo que cargas encima durante millones de pasos. Es una tonelada.

—Muy bien —dijo Ange—. Seamos inteligentes. Nunca hay que llevar más ropa que la necesaria para tres días. Puedes enjuagarla en un lavabo. Mejor una mancha en la camiseta que una maleta demasiado grande y pesada para meter debajo del asiento de un avión.

Sacó un bolso de cartero hecho de nylon balístico que podía colgarse cruzado, sobre el pecho, entre sus senos (algo que me hizo sudar un poco) y que quedaba echado hacia atrás diagonalmente, en su espalda. Tenía mucho espacio. Lo puso sobre la cama y ahora estaba apilando ropa junto a él.

—Supongo que tres camisetas, un pantalón largo, uno corto, tres mudas de ropa interior, tres pares de calcetines y un suéter son suficientes. —Abrió el bolso de gimnasia y sacó sus elementos de tocador—. Tendré que acordarme de meter el cepillo de dientes mañana por la mañana, antes de ir al Centro Cívico.

Observarla empacar era impresionante. Era inflexible en la tarea. También era inquietante: me hacía tomar conciencia de que al día siguiente me marcharía. Tal vez por mucho tiempo. Tal vez para siempre.

—¿Llevo la Xbox? —preguntó ella—. Tengo una tonelada de cosas en el disco duro, notas, bosquejos y correos. No quiero que caigan en las manos equivocadas.

—Está todo encriptado —le dije—. Eso es estándar en el ParanoidXbox. Pero mejor deja la Xbox; hay muchas en Los Ángeles. Mejor crea una cuenta en Pirate Party y envíate una imagen del disco duro. Cuando vuelva a casa voy a hacer lo mismo.

Lo hizo y dejó el correo en lista de espera. Se necesitaban un par de horas para que todos los datos se colaran por la red WiFi de su vecino y llegaran a Suecia.

Después, cerró la tapa del bolso y ajustó las correas de compresión. Ahora tenía colgado en la espalda un objeto del tamaño de una pelota de fútbol, que yo miraba con admiración. Podía caminar por la calle con eso colgado del hombro y nadie la miraría dos veces: parecía una chica camino a la escuela.

—Una cosa más —me dijo, y fue a la mesa de noche y sacó los condones. Retiró las tiras de profilácticos de la caja, abrió el bolso y las metió dentro; después, me dio una palmada en el culo.

—¿Y ahora qué? —dije.

—Ahora vamos a tu casa y haces lo mismo. Es hora de que conozca a tus padres ¿no?

Dejó el bolso entre las pilas de ropa y basura que cubrían el suelo. Estaba lista para dar la espalda a todo esto, para irse, nada más que para estar conmigo. Nada más que para apoyar a la causa. Me hacía sentir valiente a mí también.

***

Mamá ya estaba en casa cuando llegamos. Tenía la laptop abierta sobre la mesa de la cocina y estaba respondiendo correos mientras hablaba en el micrófono incorporado a sus auriculares, ayudando a un pobre hombre de Yorkshire y su familia a aclimatarse a la vida de Louisiana.

Atravesé la puerta, seguido por Ange, que sonreía como enloquecida, pero me apretaba la mano tan fuerte que mis huesos se chocaban unos con otros. Yo no sabía qué era lo que la

preocupaba tanto. No iba a tener que pasar demasiado tiempo con mis padres después de hoy, incluso si todo salía mal.

Mamá le cortó al hombre de Yorkshire cuando entramos.

—Hola, Marcus —dijo, besándome en la mejilla—. ¿Y quién es ella?

—Mamá, te presento a Ange. Ange, mi mamá, Lillian. —Mamá se puso de pie y le dio un abrazo.

—Es un gran gusto conocerte, querida —le dijo, mirándola de arriba abajo. Ange se veía bastante aceptable, creo. Se vestía bien, era discreta y te dabas cuenta de lo inteligente que era con sólo mirarla.

—Un placer conocerla, Sra. Yallow —respondió. Sonaba muy confiada y segura de sí misma. Mucho mejor que yo cuando conocí a la madre de ella.

—Llámame Lillian, mi amor —dijo mamá. Estaba tomando nota de todos los detalles—. ¿Te quedas a cenar?

—Me encantaría —dijo Ange.

—¿Comes carne? —Mamá estaba bien aclimatada a la vida de California.

—Como cualquier cosa que no me coma a mí primero —dijo Ange.

—Es una obsesiva de la salsa picante —dije—. Podrías servirle neumáticos viejos y ella se los comería si pudiera sumergirlos en salsa.

Ange me golpeó ligeramente el hombro.

—Iba a encargar comida tailandesa —dijo mamá—. Agregaré un par de platos de cinco ajíes.

Ange le agradeció cortésmente y mamá se ajetreó por la cocina, sirviéndonos vasos de jugo y un plato de bizcochos y preguntándonos tres veces si queríamos té. Me sentí un poco incómodo.

—Gracias, mamá —dije—. Nos quedaremos un rato arriba.

Mamá entrecerró los ojos un segundo; luego, volvió a sonreír.

—Por supuesto —dijo—. Tu padre llega dentro de una hora; después cenaremos.

Yo tenía todas mis cosas de vampiro guardadas en el fondo del armario. Dejé que Ange las ordenara mientras yo buscaba ropa. Sólo iría hasta Los Angeles. Allá tenían tiendas, toda la ropa que podía necesitar. Hacía falta llevar apenas dos o tres de mis camisetas preferidas, mis jeans favoritos, un aerosol de desodorante, un rollo de hilo dental.

—¡Dinero! —dije.

—Sí —dijo Ange—. Voy a vaciar mi cuenta del banco en un cajero automático cuando regrese a casa. Debo de tener ahorrados unos quinientos.

—¿En serio?

—¿En qué voy a gastarlos? —dijo—. Desde que uso la Xnet no he tenido que pagar cargos de servicio.

—Creo que yo tengo trescientos o algo así.

—Muy bien. Recógelos mañana cuando vayas para el Centro Cívico.

Yo tenía un gran bolso para libros que usaba cuando tenía que cargar mucho equipo de un lado al otro de la ciudad. Era menos conspicuo que mi mochila de campamento. Ange revisó mi ropa apilada sin piedad y la redujo a sus prendas preferidas.

Cuando terminé de empacar y puse el bolso debajo de la cama, nos sentamos.

—Mañana tendremos que levantarnos muy temprano —dijo ella.

—Sí. Será un gran día.

El plan era enviar mensajes con un puñado de sedes falsas para la Turba de Vampiros del día siguiente, enviando a la gente a lugares aislados, ubicados a pocos minutos de caminata del Centro Cívico. Haríamos un esténcil que sólo dijera TURBA VAMPIROS CENTRO CÍVICO, que pintaríamos con aerosol en esos lugares alrededor de las 5:00 de la mañana. Con eso evitaríamos que el DSI cerrara el Centro Cívico antes de que llegáramos. Tenía el bot de correo listo para enviar los mensajes a las 7:00 a.m.; dejaría la Xbox encendida cuando saliera.

—¿Cuánto tiempo…? —Ange no terminó la pregunta.

—También me lo estoy preguntando —dije—. Podría ser mucho, supongo. ¿Pero quién sabe? Con el artículo de Barbara y todo eso —había puesto en cola un correo para ella también, a enviar por la mañana—, tal vez dentro de dos semanas seremos héroes.

—Puede ser —dijo ella, y suspiró.

La rodeé con mi brazo. Le temblaban los hombros.

—Estoy aterrado —dije—. Creo que sería una locura no estar aterrado.

—Sí —dijo ella—. Sí.

Mamá nos llamó a cenar. Papá le estrechó la mano a Ange. Parecía que no se había afeitado y se lo veía preocupado, igual que sucedía desde que habíamos visitado a Barbara, pero al conocer a Ange volvió a ser el viejo papá un poco. Ella lo besó en la mejilla y él insistió en que lo llamara Drew.

A decir verdad, la cena estuvo muy buena. Ange rompió el hielo cuando sacó el rociador de picante, condimentó su plato y explicó lo de las unidades Scoville. Papá probó un bocado de su comida y salió pitando hacia la cocina para beberse tres litros de leche. Créase o no, después de ver eso mamá también la

probó y me dio toda la impresión de que le encantaba. Mi mamá resultó ser un prodigio oculto de la comida picante, una conocedora innata.

Antes de irse, Ange insistió en regalarle el rociador de picante.

—Tengo otro en casa —dijo. Yo había visto que lo metía en la mochila—. Usted es de las mujeres que deben tener uno de estos.

Capítulo 19

Este es el correo que se envió a las 7:00 a.m. del día siguiente, mientras Ange y yo pintábamos con aerosol TURBA VAMPIROS CENTRO CÍVICO en lugares estratégicos de la ciudad:

>REGLAMENTO TURBA DE VAMPIROS

>Formas parte de un clan de vampiros que se mueven a la luz del día. Has descubierto el secreto para sobrevivir bajo los terribles rayos del sol. El secreto es el canibalismo: la sangre de otro vampiro puede darte la fuerza necesaria para caminar entre los vivos.

>Necesitas morder a tantos vampiros como puedas para poder permanecer en el juego. Si pasas un minuto sin haber mordido a nadie, quedas eliminado. Cuando quedas eliminado, te pones la camiseta con la parte delantera hacia atrás y te conviertes en árbitro. Vigilas a dos o tres vampiros para ver si cumplen con su cuota de mordidas.

>Para morder a otro vampiro tienes que decir "¡muerdo!" cinco veces antes que él. Hay que correr hasta un vampiro, establecer contacto visual y gritar "¡muerdo muerdo muerdo muerdo muerdo!"; si terminas antes que él, tú sobrevives y el otro se derrumba convertido en polvo.

>Tú y los demás vampiros que conozcas cuando te presentes forman un equipo. Un clan. La sangre de tus compañeros de clan no te alimenta.

>Puedes "volverte invisible" quedándote quieto y cruzando los brazos sobre el pecho. No se puede morder a los vampiros invisibles, ni ellos pueden morderte a ti.

>Este juego se basa en un sistema de honor. El objetivo es divertirse y actuar como un vampiro, no ganar.

>El final del juego se informará de boca en boca conforme comiencen a surgir los ganadores. Los directores del juego echarán a correr el rumor entre los jugadores cuando llegue el momento. Difunde el rumor lo más rápido que puedas y espera la señal.

>M1k3y

>¡muerdo muerdo muerdo muerdo muerdo!

Esperábamos que unas cien personas estuvieran dispuestas a jugar al Turba de Vampiros. Habíamos enviado doscientas invitaciones cada uno. Pero cuando me desperté de un salto a las 4:00 a.m. y agarré la Xbox, descubrí que había cuatrocientas respuestas. *Cuatrocientas*.

Puse las direcciones en el bot y salí de casa en puntas de pie. Bajé la escalera y escuché a papá roncar y a mamá dándose vuelta en la cama. Cerré la puerta a mis espaldas.

A las 4:15 a.m., Potrero Hill estaba tranquilo como el campo. Había algunos rumores lejanos de tránsito y, una sola vez, pasó un auto a mi lado. Me detuve en un cajero automático y retiré u$s 320 en billetes de veinte, los hice un rollo, los sujeté con una banda elástica y me los guardé en un bolsillo con cremallera de mi pantalón de vampiro, a la altura del muslo.

Otra vez tenía puesta mi capa y mi camisa con volados, y el pantalón de esmoquin que había reformado, agregándole

suficientes bolsillos para llevar todas mis cosas. Tenía botas terminadas en punta, con hebillas plateadas con forma de calaveras, y mi peinado era una bola de cabello negro y puntiagudo que me rodeaba la cabeza. Ange iba a traer maquillaje blanco y había prometido delinearme los ojos y pintarme las uñas de negro. ¿Por qué no, diablos? ¿Cuándo se me presentaría otra oportunidad de jugar disfrazado así?

Ange y yo nos encontramos frente a su casa. También traía la mochila, y medias de red, y un vestido de mucama estilo gothic lolita lleno de volados, la cara pintada de blanco, un elaborado maquillaje kabuki en los ojos y los dedos y el cuello repletos de bisutería plateada.

—¡Estás genial! —nos dijimos al unísono; después nos reímos por lo bajo y nos escabullimos por las calles, con los aerosoles de pintura en los bolsillos.

***

Mientras estudiaba el terreno en el Centro Cívico, pensé en cómo se vería el lugar cuando cuatrocientos vampiros convergieran allí. Esperaba que llegaran dentro de diez minutos, frente a la Alcaldía. La gran plaza ya hervía de trabajadores que esquivaban con destreza a los sin techo que allí mendigaban.

Siempre odié el Centro Cívico. Es una colección de edificios enormes que parecen pasteles de boda: tribunales, museos y edificios públicos como la Alcaldía. Las aceras son anchas; los edificios, blancos. Los que sacan las fotos para las guías turísticas de San Francisco logran hacerlos aparecer como el Epcot Center, futuristas y austeros.

Pero frente a frente son sucios y burdos. La gente sin hogar duerme en todos los bancos de la plaza. El barrio queda vacío a las 6:00 de la tarde, salvo por los borrachos y drogadictos; puesto que allí hay una sola clase de edificios, no hay un motivo legítimo para quedarse después de que se pone el sol. Se parece más a un centro comercial que a un barrio, pero las únicas tiendas que hay son las oficinas de los abogados de fianzas y las licorerías, sitios que proveen a las familias de los delincuentes procesados y a los vagabundos que los convierten en su hogar durante la noche.

Realmente llegué a comprender todo esto cuando leí una entrevista a una vieja y excelente planificadora urbana, una mujer llamada Jane Jacobs, que fue la primera persona que de verdad comprendió por qué era un error dividir a las ciudades con autopistas, meter a todos los pobres en planes de vivienda y usar leyes de urbanización para controlar quién podía hacer qué cosa y dónde.

Jacobs explicaba que las ciudades genuinas son orgánicas y tienen mucha variedad: ricos y pobres, blancos y morenos, anglosajones y mexicanos, comercios y residencias particulares, e incluso industrias. Un barrio así contiene toda clase de gente que lo transita a toda hora del día o de la noche, de modo que hay tiendas que cubren todas las necesidades y, en todo momento, hay personas que actúan como los ojos de la calle.

Seguro que lo has visto alguna vez. Paseas por la zona más antigua de una ciudad y descubres que tiene las tiendas más geniales, que hay hombres de traje y otros que visten harapos a la moda, restaurantes de alto nivel y cafés extravagantes, tal vez algún cine pequeño, casas elaboradamente pintadas. Puede haber un Starbucks, claro, pero también un pulcro mercado de frutas y una florista que parece tener trescientos años y que

poda cuidadosamente las flores del escaparate. Es lo contrario del espacio planificado de un centro comercial. Se percibe como un jardín silvestre o incluso como un bosque: sientes que ha *crecido*.

No había otro sitio más ajeno a todo eso que el Centro Cívico. Leí una entrevista a Jacobs donde hablaba sobre el hermoso barrio viejo que habían demolido para construirlo. Era exactamente la clase de barrio del que te hablaba, el tipo de lugar que sucedía sin permiso, sin rima ni razón.

Jacobs decía que, tiempo atrás, había predicho que, en un lapso de pocos años, el Centro Cívico sería una de las peores zonas de la ciudad, un pueblo fantasma por las noches, un lugar que sólo albergaría un escaso puñado de tienduchas de bebidas alcohólicas y algunos moteles pulgosos. En la entrevista, no parecía muy feliz de que sus palabras se hubieran confirmado; cuando describía en qué se había convertido el Centro Cívico, parecía que estaba hablando de un amigo muerto.

Ahora estábamos en la hora pico y el Centro Cívico bullía de actividad. El BART del Centro Cívico también es la estación principal de las líneas de tranvías municipales; si te hace falta hacer trasbordo, allí es donde tienes que hacerlo. A las 8:00 a.m. había miles de personas subiendo las escaleras, bajando las escaleras, entrando y saliendo de los taxis y subiendo y bajando de los autobuses. Se apretujaban en los embudos que generaban los puestos de control del DSI, ubicados junto a diferentes edificios públicos, y evadían a los pordioseros más agresivos. Todos olían a champú y colonia, recién salidos de la ducha y armados con sus trajes de oficina, balanceando portafolios y bolsos de laptop. A las 8:00 de la mañana, el Centro Cívico era la central del movimiento.

Y llegaron los vampiros. Un par de docenas venían por Van Ness, otras dos venían por Market. Había otros acercándose desde otro lado de Market. Y más que venían por Van Ness. Rodearon los edificios, con las caras maquilladas de blanco y con delineador negro, ropa negra, chaquetas de cuero, enormes botas de suela gruesa. Guantes de red sin dedos.

Comenzaron a llenar la plaza. Algunos de los oficinistas les dedicaban vistazos al pasar y luego miraban a otro lado; no querían que esos mamarrachos se metieran en su realidad personal, mientras seguían pensando en la mierda que tendrían que franquear durante las ocho horas siguientes. Los vampiros daban vueltas, sin saber si el juego había comenzado. Se reunían en grandes grupos, como una fuga de petróleo en reversa: mucho negro juntándose en un solo lugar. Una gran cantidad llevaba sombreros anticuados, bombines y galeras. Muchas chicas vestían el elegante equipo completo de mucama de las gothic lolitas, con zapatos de enormes plataformas.

Traté de estimar el número. Doscientos. Después, cinco minutos más tarde, eran trescientos. Cuatrocientos. Y seguían llegando. Los vampiros habían traído a sus amigos.

Alguien me agarró del culo. Me di vuelta y vi a Ange, riéndose tanto que estaba doblada en dos, con las manos sobre los mulos.

—¡Míralos, hombre, míralos! —jadeó. La plaza estaba dos veces más llena que unos minutos antes. No tenía idea de cuántos usuarios de la Xnet había, pero fácilmente unos 1000 habían venido a mi pequeña fiesta. Dios.

El DSI y los policías de San Francisco comenzaban a merodear, a hablar por radio y agruparse. Escuché una sirena a la distancia.

—Muy bien —dije, sacudiendo el brazo de Ange—. Muy bien, *vamos*.

Ambos nos colamos entre la multitud y, en cuanto encontramos a los primeros vampiros, los dos gritamos con fuerza.

—¡Muerdo muerdo muerdo muerdo muerdo!

Mi víctima era una chica perpleja, pero bonita, con telarañas pintadas en las manos y rimmel desprolijo, chorreado en las mejillas.

—¡Mierda! —me dijo y se alejó, reconociendo que la había matado.

El grito de "¡muerdo muerdo muerdo muerdo muerdo!" había confundido a los vampiros cercanos. Algunos se atacaban entre sí; otros corrían a refugiarse, se escondían. Yo ya tenía a la víctima del primer minuto, de modo que me escabullí, usando a los mundanos como escudo. Me rodeaban los gritos de "¡muerdo muerdo muerdo muerdo muerdo!", los chillidos, las risas y los insultos.

El sonido se contagió como un virus entre el gentío. Todos los vampiros sabían que el juego ya había comenzado y los que se habían reunido en grupos ahora caían como moscas. Reían y maldecían y se ubicaban a un costado, avisando a los vampiros inactivos que el juego había empezado. Y a cada segundo llegaban más vampiros.

Eran las 8:16. Hora de cargarme a otro vampiro. Me agaché bien abajo y avancé entre las piernas de los normales que se dirigían a la escalera del BART. Sorprendidos, saltaban hacia atrás y maniobraban para esquivarme. Mis ojos estaban enfocados como una mira láser en un par de botas negras con plataforma y dragones de acero en las punteras, y por lo tanto no esperaba encontrarme cara a cara con otro vampiro, un chico de unos quince o dieciséis años, peinado hacia atrás con gel y

usando una chaqueta drapeada de PVC estilo Marilyn Manson y unos collares de colmillos falsos tallados con intrincados símbolos.

—Muerdo muerdo muerdo… —comenzó, cuando uno de los mundanos tropezó con él y ambos se despatarraron en el suelo.

Brinqué sobre él, al grito de "¡muerdo muerdo muerdo muerdo muerdo!", sin darle tiempo a desenredarse.

Llegaban más vampiros. Los disfraces eran realmente espectaculares. El juego desbordó las aceras, llegó hasta Van Ness y se extendió hacia la calle Market. Los conductores tocaban bocina, los tranvías hacían sonar la campanilla con irritación. Escuché más sirenas, pero ahora el tránsito era un embrollo en todas direcciones.

Era monstruosamente *glorioso*.

¡MUERDO MUERDO MUERDO MUERDO MUERDO!

El sonido me rodeaba desde todos los flancos. Había tantos vampiros jugando con tanta furia que era como un rugido. Me arriesgué a ponerme de pie para mirar y descubrí que me encontraba justo en el medio de una gigantesca multitud de vampiros que se extendía hacia todos lados, hasta donde alcanzaba la vista.

¡MUERDO MUERDO MUERDO MUERDO MUERDO!

Era todavía mejor que el concierto del Parque Dolores. Aquello había sido furia y rock, pero esto era… bueno, era pura *diversión*. Era como volver al patio de juegos, al épico "corre que te pillo" de la hora del almuerzo, cuando el sol brillaba en lo alto… cientos de personas persiguiéndose entre sí. Los adultos y los coches lo hacían mucho más divertido, más gracioso.

De eso se trataba: era *gracioso*. Todos estábamos riendo.

Pero ahora la policía se estaba movilizando en serio. Escuché helicópteros. En cualquier instante, todo terminaría. Hora de finalizar el juego.

Agarré a una vampira.

—Final del juego: cuando la policía nos ordene dispersarnos, finge que te gasearon. Pásalo. Repite lo que te dije.

Era una chica menuda, tan baja que pensé que tenía muy poca edad, pero debía de tener unos diecisiete o dieciocho años, a juzgar por su rostro y su sonrisa.

—Vaya, qué maldad.

—¿Qué te dije?

—Final del juego: cuando la policía nos ordene dispersarnos, finge que te gasearon. Pásalo. Repite lo que te dije.

—Perfecto —le dije—. Pásalo.

Se perdió entre el gentío. Agarré a otro vampiro. Pasé el mensaje. Se fue y lo pasó.

Sabía que Ange estaba haciendo lo mismo en algún sitio de la multitud. En algún sitio de la multitud podía haber infiltrados, falsos usuarios, ¿pero qué podían hacer con esta información? La policía no tenía otra alternativa. Darían la orden de que nos dispersáramos. Estaba garantizado.

Tenía que llegar a Ange. El plan era encontrarnos en la Estatua de los Fundadores, en la plaza, pero sería difícil llegar. La gente ya no se movía, *oleaba*, como la muchedumbre que descendía a la estación del BART el día que explotaron las bombas. Comencé a abrirme paso justo cuando se encendió el altavoz del helicóptero.

—LES HABLA EL DEPARTAMENTO DE SEGURIDAD INTERIOR. TIENEN ORDEN DE DISPERSARSE INMEDIATAMENTE.

A mi alrededor, cientos de vampiros cayeron al suelo, tomándose la garganta, tapándose los ojos con las garras, jadeando, sin aliento. Era fácil simular que te habían gaseado; habíamos tenido mucho tiempo para estudiar las filmaciones del público que caía bajo las nubes de gas pimienta en el Parque Dolores.

—DISPÉRSENSE DE INMEDIATO.

Caí al suelo, protegiendo mi bolso, estirando la mano para agarrar la gorra roja de béisbol que estaba embutida en la cintura de mi pantalón. Me la puse en la cabeza y después me agarré la garganta y produje unos horrendos sonidos de asfixia.

Los únicos que seguían de pie eran los mundanos, los asalariados que intentaban llegar al trabajo. Los miré lo mejor que pude, mientras me ahogaba y jadeaba.

—LES HABLA EL DEPARTAMENTO DE SEGURIDAD INTERIOR. TIENEN ORDEN DE DISPERSARSE INMEDIATAMENTE. DISPÉRSENSE DE INMEDIATO. —La voz de Dios me hacía doler las tripas. La sentía en las muelas, en los fémures y en la columna vertebral.

Los asalariados tenían miedo. Se movían lo más rápido posible, pero en ninguna dirección en especial. Los helicópteros parecían estar directamente sobre tu cabeza, sin importar dónde te encontraras. Ahora había policías metiéndose entre el gentío, con los cascos puestos. Algunos tenían escudos. Otros, máscaras antigases. Me puse a jadear más fuerte.

Los asalariados corrían. Probablemente, yo también habría corrido. Observé a un tipo sacándose una chaqueta de 500 dólares y envolviéndose el rostro con ella, antes de dirigirse hacia Mission. Tropezó y se cayó. Sus insultos se unieron a los jadeos de asfixia.

Se suponía que no iba a ocurrir esto… se suponía que nuestra asfixia tenía que impresionar y confundir a los transeúntes, no causarles pánico para que huyeran en estampida.

Ahora se escuchaban alaridos… alaridos que reconocía demasiado bien desde la noche del parque. Era el sonido de personas muertas de miedo, chocándose unas con otras mientras trataban de escapar con todas sus energías.

Y entonces se oyeron las alarmas de ataque aéreo.

No había escuchado ese sonido desde la explosión de las bombas, pero nunca podría olvidarlo. Me partió en dos, me penetró en los testículos, convirtió mis piernas en gelatina. Me dieron ganas de salir corriendo en medio de un ataque de pánico. Me puse de pie, con la gorra en la cabeza, pensando en una sola cosa: Ange. Ange y la Estatua de los Fundadores.

Ahora todos estaban de pie, corriendo hacia todos lados, gritando. Me abrí camino a los empujones, sujetando con fuerza mi bolso y mi gorra, hacia la Estatua de los Fundadores. Masha me estaba buscando; yo estaba buscando a Ange. Ange estaba por ahí.

Empujé e insulté. Le clavé el codo a alguien. Uno me pisó con tanta fuerza que sentí que algo crujía; lo empujé y se cayó. Trató de levantarse y otro lo pisó. Yo empujé y avancé.

Entonces estiré el brazo para darle un empellón a otra persona y unas fuertes manos me agarraron de la cintura y el codo y, con un solo movimiento fluido, me retorcieron el brazo y me lo pusieron en la espalda. Sentí que el hombro estaba a punto de salirse de la articulación e instantáneamente me doblé hacia delante, lanzando un grito… sonido que fue apenas audible por encima del estruendo del gentío, el matraqueo de los helicópteros, el gemido de las sirenas.

Las fuertes manos que estaban detrás de mí me obligaron a enderezarme, me manejaban como una marioneta. Me sujetaba tan perfectamente que ni podía pensar en retorcerme. No podía pensar en el ruido, los helicópteros ni Ange. Sólo podía pensar en moverme hacia donde esa persona quisiera que me moviera. Me obligó a darme vuelta para enfrentarla.

Era una chica de rasgos afilados, de roedor, medio oculta por un par de gafas de sol gigantescas. Encima de las gafas, una mata de brillante cabello rosado, con puntas que señalaban hacia todas direcciones.

—¡Tú! —le dije. La conocía. Era la que había me había tomado una foto, amenazándome con delatar mi fuga de la escuela, cinco minutos antes de que comenzaran a sonar las alarmas. Era ella, la despiadada y traicionera. Los dos habíamos corrido desde ese sitio de Tenderloin cuando sonaron las sirenas, y la policía nos había secuestrado a ambos. Como mi conducta fue hostil, decidieron que yo era un enemigo.

Ella, Masha, se convirtió en su aliada.

—Hola, M1k3y —susurró en mi oído, cercana como una amante. Me corrió un frío por la espalda. Me soltó el brazo y lo sacudí.

—Dios —dije—. ¡Tú!

—Sí, yo —me dijo—. Van a tirar gas dentro de unos dos minutos. Movamos el culo.

—Ange, mi novia, está en la Estatua de los Fundadores.

Masha miró la multitud.

—No hay posibilidad —dijo—. Si intentamos llegar allí, estamos muertos. Tirarán gas dentro de dos minutos, por si no me escuchaste la primera vez que lo dije.

Dejé de moverme. —No me iré sin Ange —dije.

Se encogió de hombros.

—Como quieras —me gritó en el oído—. El funeral es tuyo.

Comenzó a empujar a la gente, a alejarse hacia el norte, hacia el centro. Continué abriéndome paso a los empellones rumbo a la Estatua de los Fundadores. Un segundo después, mi brazo estaba de nuevo trabado con esa toma terrible y me estaban sacudiendo y obligándome a avanzar.

—Sabes demasiado, idiota —dijo ella—. Ya me viste la cara. Vendrás conmigo.

Le grité, me resistí hasta sentir que mi brazo iba a romperse, pero ella siguió empujándome hacia delante. Mi pie dolorido era una agonía con cada paso y sentía que mi hombro se quebraba.

Con ella usándome de ariete, logramos avanzar bastante entre el gentío. El gemido de los helicópteros cambió y ella me empujó más fuerte.

—¡CORRE! —gritó—. ¡Ahí vienen los gases!

El ruido de la multitud también cambió. Los jadeos de asfixia y los gritos se volvieron muchísimo más enérgicos. No era la primera vez que escuchaba esos sonidos. Estábamos de vuelta en el parque. Llovía gas. Contuve la respiración y corrí.

Salimos del tumulto y ella me soltó el brazo. Lo sacudí otra vez. Cojeando, corrí lo más rápido que pude por la acera, mientras la muchedumbre se hacía cada vez menos densa. Nos dirigíamos hacia un grupo de policías del DSI, con escudos antidisturbios, cascos y máscaras. Al tiempo que nos acercábamos, se desplazaban para bloquearnos el paso, pero Masha les mostró una insignia y se hicieron a un lado, como si ella hubiera sido Obi Wan Kenobi diciendo "Estos no son los droides que buscan".

—Maldita *perra* —le dije mientras corríamos por la calle Market—. Tenemos que volver por Ange.

Frunció los labios y meneó la cabeza.

—Lo lamento por ti, amiguito. Hace meses que no veo a mi novio. Posiblemente, piensa que estoy muerta. Gajes de la guerra. Si regresamos por tu Ange, estamos perdidos. Si continuamos, tenemos una oportunidad. Mientras tengamos una oportunidad, ella tiene una oportunidad. Esos chicos no irán todos a Guantánamo de la Bahía. Probablemente se llevarán unos cientos para interrogarlos y enviarán al resto a casa.

Ahora avanzábamos por Market, pasando los bares de desnudistas donde se instalaban pequeños campamentos de vagabundos y drogones que olían a retrete. Masha me guió hasta un pequeño zaguán, en el portal cerrado de uno de esos bares. Se quitó la chaqueta y la dio vuelta; el forro era de una tela rayada de colores apagados y, con las costuras al revés, la prenda tenía otra forma. Sacó una gorra de lana del bolsillo y se cubrió el pelo con ella, dejándola formar un pico desenfadado, descentrado. Después sacó unas toallitas con limpiador de maquillaje y se las pasó por la cara y las uñas. En un minuto, era una chica diferente.

—Cambio de ropa —dijo—. Ahora tú. Fuera los zapatos, fuera la chaqueta, fuera la gorra. —Advertí a qué apuntaba. La policía estaría buscando cuidadosamente a cualquiera que tuviera aspecto de haber participado en la Turba de Vampiros. Deseché completamente la gorra; nunca me habían gustado las de béisbol. Luego metí la chaqueta en el bolso, saqué mi camiseta de manga larga con la imagen de Rosa Luxemburgo y me la puse sobre la camiseta negra. Dejé que Masha me quitara el maquillaje y la pintura de uñas y, un minuto después, estaba limpio.

—Enciende el teléfono —me dijo ella—. ¿Traes RFID?

Tenía mi carné de estudiante, la tarjeta del cajero automático y el Fast Pass. Todas fueron a parar a un monedero plateado de

Masha, que reconocí como una cartera Faraday a prueba de ondas de radio. Pero, mientras se la ponía en el bolsillo, me di cuenta de que acababa de entregarle mi identidad. Si ella estaba en el bando contrario…

La magnitud de lo que acababa de ocurrir comenzó a calar en mí. Me había imaginado que Ange estaría conmigo en este momento. Con Ange, éramos dos contra uno. Ange me ayudaría si algo se me escapaba. Si Masha no era todo lo que decía ser.

—Mete estos guijarros en los zapatos antes de ponértelos…

—Está bien. Tengo el pie lastimado. Ningún programa de reconocimiento de andadura puede identificarme.

Ella asintió una sola vez, una profesional tratando con otro profesional, y se echó el bolso al hombro. Levanté el mío y continuamos. El tiempo total que tardamos en cambiarnos fue menos de un minuto. Nos veíamos y caminábamos como dos personas completamente distintas.

Masha miró el reloj y sacudió la cabeza.

—Vamos —dijo—. Tenemos que llegar al punto de encuentro. Y que no se te ocurra escapar. Ahora tienes dos opciones: la cárcel o yo. Analizarán las filmaciones del tumulto durante días, pero cuando hayan terminado, todos los rostros irán a parar a una base de datos. Notarán nuestra ausencia. Ahora tú y yo somos criminales buscados.

***

Abandonamos Market en la intersección siguiente, nuevamente rumbo a Tenderloin. Yo conocía bien ese barrio. Era allí donde habíamos buscado un punto de acceso a WiFi abierto,

allá en los buenos tiempos, cuando jugábamos al *Loca Diversión en Harajuku*.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Abordaremos un vehículo —dijo ella—. Cállate y deja que me concentre.

Nos movíamos rápidamente; me corría sudor desde el pelo hasta la cara, me chorreaba por la espalda, se metía entre mis nalgas y mis muslos. Me dolía *mucho* el pie y veía las calles de San Francisco pasar a mi lado a toda velocidad, tal vez por última vez en mi vida.

No nos ayudaba el hecho de estar avanzando colina arriba, rumbo a la zona donde el sórdido Tenderloin deja paso a las propiedades de Nob Hill, cuyos precios te hacían sangrar la nariz. Yo respiraba con jadeos entrecortados. Ella me obligaba a seguirla por callejones estrechos, usando las calles principales sólo para pasar de un callejón a otro.

Estábamos entrando en uno de ellos, Sabin Place, cuando alguien apareció detrás de nosotros y dijo:

—Quédense donde están.

La voz rebosaba de malvada satisfacción. Nos detuvimos y nos dimos vuelta.

En la entrada del callejón estaba Charles, con un disfraz de vampiro poco entusiasta: camiseta y jeans negros y maquillaje facial blanco.

—Hola, Marcus —dijo—. ¿Vas a algún sitio? —Sonrió con una mueca enorme, húmeda—. ¿Quién es tu amiga?

—¿Qué quieres, Charles?

—Bueno, uso esa Xnet traidora desde que te descubrí repartiendo los discos en la escuela. Cuando me enteré de tu Turba de Vampiros, pensé en ir y quedarme mirando desde fuera, para ver si aparecías y lo que hacías. ¿Y sabes lo que vi?

No dije nada. Tenía el teléfono en la mano y lo apuntaba hacia nosotros. Estaba grabando. Tal vez, preparado para marcar el 911. A mi lado, Masha estaba rígida como una tabla.

—Te vi *liderando* toda esa mierda. Y te grabé, Marcus. Así que ahora llamaré a la policía y esperaremos aquí mismo hasta que llegue. Y luego irás a una cárcel donde te darán por el culo durante mucho, mucho tiempo.

Masha dio un paso al frente.

—Detente ahora mismo, chiquita —dijo Charles—. Te vi ayudándolo a escapar. Vi todo…

Ella avanzó otro paso y le arrancó el teléfono de la mano, al tiempo que llevaba la otra mano hacia atrás y sacaba un estuche de cuero abierto.

—DSI, retardado —dijo—. Soy del DSI. Estoy tras este imbécil para que me lleve hasta sus jefes. *Estaba*. Ahora lo arruinaste todo. Tenemos un nombre para eso. Se llama “Obstrucción de la Seguridad Nacional”. Estás a punto de comenzar a escuchar esa frase con mucha frecuencia.

Charles retrocedió un paso, con las manos levantadas delante de él. Se había puesto más pálido que el maquillaje blanco.

—¿Qué? ¡No! Quiero decir… ¡no lo sabía! ¡Trataba de *colaborar*!

—Lo último que necesitamos es la “colaboración” de un puñado de aspirantes al FBI de escuela secundaria, amigo. Dile eso al juez.

Charles volvió a retroceder, pero Masha era rápida. Lo agarró de la muñeca y le retorció el brazo, con la misma toma de judo que había usado para sujetarme en el Centro Cívico. Metió la otra mano en el bolsillo y sacó una cinta de plástico, una cinta para esposar, con la que rápidamente le envolvió las muñecas.

Fue lo último que vi antes de salir corriendo.

***

Logré llegar al otro extremo del callejón antes de que me alcanzara, golpeándome desde atrás y haciéndome caer. No podía moverme a mucha velocidad con el pie lastimado y el peso del bolso. Me caí de cara y patiné, raspándome la mejilla contra el asfalto mugriento.

—Dios —dijo ella—. Eres un maldito idiota. No te creíste eso, ¿verdad? —El corazón se me salía del pecho. Ella estaba encima de mí; lentamente, dejó que me levantara—. ¿Tengo que esposarte, Marcus?

Me puse de pie. Me dolía todo. Quería morirme.

—Vamos —dijo ella—. No estamos lejos de allí.

***

"Allí" resultó ser un camión de mudanzas estacionado en una calle lateral de Nob Hill, un vehículo de dieciséis ruedas del mismo tamaño que los ubicuos camiones erizados de antenas del DSI que todavía aparecían en las esquinas de San Francisco.

Este, sin embargo, decía "Tres Hombres y un Camión en Movimiento" en un costado, y los tres hombres quedaban perfectamente en evidencia, entrando y saliendo de un alto edificio de apartamentos con toldo verde. Llevaban muebles embalados, cajones pulcramente etiquetados, cargando uno por uno en el camión y acomodándolos con cuidado.

Masha me llevó a dar una vuelta a la manzana, aparentemente insatisfecha con algo; después, cuando volvimos a pasar, ella y el hombre que vigilaba el camión, un negro adulto que llevaba una riñonera y guantes de trabajo, se miraron. El sujeto tenía un rostro amable y nos sonrió mientras nos ayudaba a subir, rápida y distraídamente, los tres escalones del camión para hundirnos en sus profundidades.

—Debajo de la mesa grande —nos dijo—. Les dejamos un espacio allí.

El camión estaba lleno casi hasta la mitad, pero había un estrecho pasillo que rodeaba una mesa grande, cubierta con una manta de quilt y con las patas envueltas en plástico de embalar.

Masha me llevó debajo de la mesa. El aire estaba rancio, polvoriento y estancado allí abajo y contuve un estornudo cuando nos apretamos entre las cajas. El espacio era tan justo que estábamos uno arriba del otro. Se me ocurrió que allí no había sitio para Ange.

—Perra —dije, mirando a Masha.

—Cállate. Deberías estar lamiéndome las botas de agradecimiento. Habrías terminado en la cárcel en una semana, dos como máximo. Nada de Guantánamo de la Bahía. Siria, tal vez. Creo que es allí donde envían a los que quieren hacer desaparecer de verdad. —Apoyé la cabeza en las rodillas y traté de respirar profundamente—. ¿Y tú por qué haces algo tan estúpido como declararle la guerra al DSI, en todo caso?

Le conté. Le conté de mi arresto y le conté de Darryl.

Tanteó sus bolsillos y sacó un teléfono. Era el de Charles.

—Teléfono equivocado —dijo.

Sacó otro. Lo encendió y el fulgor de la pantalla inundó nuestra pequeña fortaleza. Después de tocar las teclas un segundo, me la mostró.

Era la foto que nos había tomado, justo antes de que estallaran las bombas. Era la foto de mí con Jolu, Van y…

Darryl.

Tenía en mis manos la prueba de que Darryl había estado con nosotros minutos antes de quedar bajo la custodia del DSI. La prueba de que en ese momento estaba vivo, bien y con nosotros.

—Tienes que darme una copia —dije—. La necesito.

—Cuando lleguemos a Los Ángeles —dijo ella, arrebatándome el teléfono—. Cuando te hayas informado sobre cómo ser un fugitivo sin que nos atrapen y nos manden a Siria. No quiero que se te ocurran ideas de rescatar a este chico. Está bastante a salvo en el lugar donde se encuentra… por ahora.

Pensé en quitárselo a la fuerza, pero ya me había demostrado sus habilidades físicas. Debía de ser cinturón negro o algo así.

Nos quedamos sentados en la oscuridad, oyendo a los hombres que cargaban caja tras caja en el camión, que ataban cosas, que gruñían por el esfuerzo. Traté de dormir, pero no pude. Masha no tenía el mismo problema. Estaba roncando.

Todavía se colaba luz por el angosto y obstruido pasillo que conducía al aire fresco del exterior. Me lo quedé mirando en la penumbra y pensé en Ange.

Mi Ange. Su cabello rozándole los hombros mientras giraba la cabeza de un lado al otro, riendo por algo que yo había hecho. Su rostro cuando la vi por última vez, echándose al suelo entre la multitud de la Turba de Vampiros. Toda la gente de la Turba, igual que la del parque, cayendo y retorciéndose, mientras el DSI avanzaba blandiendo garrotes. La gente que había desaparecido.

Darryl. Atrapado en Treasure Island, con una costura en el flanco, sacado de su celda para pasar por infinitas rondas de interrogatorio sobre los terroristas.

El padre de Darryl, arruinado y ebrio, sin afeitar. Aseado y de uniforme “para las fotos”. Llorando como un chiquillo.

Mi propio padre y la manera en que mi desaparición en Treasure Island lo había cambiado. Se había quebrado, igual que el papá de Darryl, pero a su manera. Y la cara que puso cuando le conté dónde había estado.

Fue entonces cuando supe que no podía escaparme.

Fue entonces cuando supe que tenía que quedarme a pelear.

***

La respiración de Masha era profunda y regular, pero cuando metí la mano en su bolsillo con lentitud glacial para sacar el teléfono, resopló un poco y cambió de posición. Me paralicé y dejé de respirar durante dos minutos completos, contando “un hipopótamo, dos hipopótamos”.

Lentamente, su respiración volvió a hacerse profunda. Fui sacando el teléfono del bolsillo de su chaqueta de a un milímetro por vez; me temblaban los dedos y el brazo por el esfuerzo de moverlos con tanta lentitud.

Por fin, tuve en mis manos esa cosa con forma de barrita de caramelo.

Me di vuelta para encaminarme hacia la luz cuando súbitamente recordé una imagen: Charles, apuntándonos con el teléfono, sacudiéndolo ante nosotros, provocándonos. También era un teléfono con forma de barrita de caramelo, plateado, lleno de logos de una decena de empresas que habían subsidiado el

costo del celular a través de la compañía telefónica. Era de esos teléfonos en los que tenías que escuchar un comercial cada vez que hacías una llamada.

Estaba muy oscuro para ver el teléfono claramente, pero podía palparlo. ¿Las calcomanías estaban en los laterales? ¿Sí? Sí. Acababa de robarle a Masha el teléfono de *Charles*.

Me di vuelta otra vez, lenta, lentamente, y lenta, lenta, *lentamente*, metí la mano en su bolsillo de nuevo. Su teléfono era más grande y aparatoso, con mejor cámara y quién sabía qué más.

Ya había pasado por esto… ahora me pareció un poco más fácil. De nuevo, milímetro a milímetro, se lo saqué del bolsillo, deteniéndome dos veces cuando ella resopló y se inquietó.

Logré sacarlo del todo y estaba a punto de alejarme cuando su mano salió disparada, rápida como una serpiente, y me agarró de la muñeca con fuerza, hundiéndome las puntas de los dedos en los sensibles huesecillos de debajo de la mano.

Lancé un jadeo y miré los ojos abiertos de Masha clavados en mí.

—Eres tan idiota —dijo ella coloquialmente, quitándome el teléfono y pulsando el teclado con la otra mano—. ¿Cómo planeabas desbloquearlo?

Tragué saliva. Sentía que los huesos de la muñeca se entrechocaban unos con otros. Me mordí el labio para contenerme de gritar.

Ella continuó oprimiendo teclas con la otra mano.

—¿Es esto lo que pensabas llevarte? —Me mostró la imagen de nosotros: Darryl, Jolu, Van y yo—. ¿Esta foto?

No dije nada. Sentía que me iba a romper la muñeca en pedazos.

—Tal vez tendría que borrarla, evitarte la tentación. —Movió la mano libre un poco más. El teléfono le preguntó si estaba segura y ella lo miró para localizar la tecla correspondiente.

Fue allí cuando actué. Aún tenía el teléfono de Charles en mi otra mano; le golpeé la mano que me aferraba lo más fuerte que pude, chocándome los nudillos contra la tabla de la mesa que tenía encima. La golpeé con tanta fuerza que el teléfono de Charles se rompió y ella lanzó un grito de dolor y aflojó la mano. Seguí moviéndome, buscando su otra mano y el teléfono, ahora desbloqueado. Su pulgar aún estaba posado sobre la tecla "OK". Le arrebaté el teléfono y sus dedos quedaron moviéndose en el aire.

Escapé por el estrecho pasillo en cuatro patas, buscando la luz. Sentí que sus manos me pegaban en los pies y los tobillos dos veces. Tuve que empujar algunas de las cajas que, como los muros de la tumba de un faraón, nos impedían salir. Algunas cayeron detrás de mí y escuché otro quejido de Masha.

La puerta corrediza del camión estaba entreabierta, dejando una rendija, y me lancé hacia ella deslizándome por el suelo. Habían quitado los escalones y de pronto me encontré resbalando de cabeza hacia la calle; me golpeé el cráneo contra el pavimento y el ruido retumbó en mis oídos como un gong. Me puse de pie torpemente, sujetándome del paragolpes y, con desesperación, puse la mano en la empuñadura de la puerta y la cerré de un golpe. Dentro, Masha gritó… creo que le apreté los dedos. Tenía ganas de vomitar, pero no lo hice.

En cambio, cerré el candado del camión.

Capítulo 20

Ninguno de los tres hombres andaba por allí en ese momento, así que me fui. Me dolía tanto la cabeza que pensé que estaba sangrando, pero mis manos siguieron secas cuando me toqué. En el camión, el tobillo torcido se me había endurecido y corría como una marioneta rota, pero me detuve una sola vez, para cancelar el borrado de la foto en el teléfono de Marsha. También le apagué la radio, tanto para no gastar batería como para evitar que lo usaran para rastrearme, y puse el temporizador de la función "sleep" en dos horas, el mayor lapso disponible. Traté de configurarlo para que no pidiera contraseña para salir del "sleep", pero eso también pedía contraseña. Iba a tener que oprimir el teclado al menos una vez cada dos horas hasta deducir cómo sacar la foto del teléfono. Para entonces, necesitaría un cargador.

No tenía ningún plan. Debía tenerlo. Debía sentarme, conectarme en línea, para saber qué hacer a continuación. Estaba harto de permitir que otra gente planeara por mí. No quería actuar basándome en Masha, en el DSI o en mi papá. ¿O en Ange? Bueno, tal vez en Ange sí. En realidad, eso estaría muy bien.

Me deslicé colina abajo, usando callejones cuando podía, mezclándome con el gentío de Tenderloin. No tenía en mente un destino en especial. Cada pocos minutos, metía la mano en el bolsillo y pulsaba una de las teclas del teléfono de Masha para evitar que se activara el "sleep". Abultaba mucho, abierto dentro de mi chaqueta.

Me detuve y me apoyé contra un edificio. El tobillo me estaba matando. ¿Y dónde me encontraba, además?

O'Farrel, en la calle Hyde. Frente a un "Salón de Masajes Asiáticos" poco fiable. Mis pies traicioneros me habían llevado de regreso al principio… al lugar donde Masha había tomado la foto del teléfono, segundos antes de que explotara el Puente de la Bahía, de que mi vida cambiara para siempre.

Quería sentarme en la acera y llorar, pero con eso no resolvería mis problemas. Tenía que llamar a Barbara Stratford, contarle lo que había pasado. Mostrarle la foto de Darryl.

¿En qué estaba pensando? Tenía que mostrarle el video, el que Masha me había enviado, donde el líder del equipo presidencial se regodeaba con los ataques a San Francisco, admitía que sabía cuándo y dónde se producirían los próximos atentados y afirmaba que no los impediría porque ayudarían a la reelección de su jefe.

Ese era un plan, entonces: contactarme con Barbara, darle los documentos y hacer que los publicaran. Seguramente, la Turba de Vampiros había aterrado de verdad a todos, haciéndolos pensar que éramos un grupo de terroristas. Por supuesto, yo la había planeado pensando en que sería una buena distracción, no pensando en cómo se vería a los ojos de un padre de Nebraska aficionado al NASCAR.

Llamaría a Barbara y lo haría de modo inteligente, desde un teléfono público, poniéndome la capucha para que el inevitable

circuito cerrado de TV no me tomara una foto. Saqué una moneda de veinticinco del bolsillo y la lustré con el borde de la camiseta para borrarle las huellas digitales.

Caminé colina abajo, abajo y más abajo, a la estación del BART y sus teléfonos públicos. Llegué a la parada del tranvía y vi la primera plana de los *Bay Guardian* de la semana, apilados en una torre alta, junto a un pordiosero negro que me sonrió.

—Adelante, lee la tapa, es gratis… pero te costará cincuenta centavos mirar dentro.

El titular estaba escrito con la tipografía más grande desde el 9/11:

GUANTÁNAMO DE LA BAHIA POR DENTRO

Debajo, con letras levemente más pequeñas:

El DSI encerró a nuestros hijos y amigos en prisiones secretas bajo nuestras propias narices.

Por Barbara Stanford, especial para el Bay Guardian.

El vendedor de periódicos meneó la cabeza.

—¿Puedes creer eso? —dijo—. Aquí mismo, en San Francisco. Chico… el gobierno *apesta*.

Teóricamente, el *Guardian* era gratuito, pero por lo visto este señor tenía todos los ejemplares disponibles en el mercado. Yo tenía la moneda de veinticinco en la mano. La dejé caer en su taza y me puse a buscar otra. Esta vez, no me tomé la molestia de limpiarle las huellas digitales.

Nos dicen que el mundo cambió para siempre desde que unas manos desconocidas volaron el Puente de la Bahía. Ese día murieron miles de amigos y vecinos. No hemos podido recuperar a casi ninguno de ellos; se presume que sus restos descansan bajo las aguas del puerto de la ciudad.

Pero una historia extraordinaria, relatada a esta cronista por un joven que fue arrestado por el DSI minutos después de la

explosión, sugiere que nuestro propio gobierno ha retenido ilegalmente a muchos de los presuntos muertos en Treasure Island, que fue evacuada y declarada territorio vedado para los civiles poco después del atentado..

Me senté en un banco —el mismo banco, advertí con los pelos de la nuca erizados, donde habíamos acostado a Darryl después de escapar de la estación del BART— y leí el artículo completo. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no estallar en lágrimas allí mismo. Barbara había encontrado algunas fotos de Darryl y yo, haciendo tonterías por ahí, y estaban intercaladas a lo largo de todo el texto. Las fotos no debían de tener más un año, pero yo me veía mucho más *joven*, como si tuviera once o doce años. Había crecido mucho en los últimos meses.

El artículo estaba maravillosamente redactado. No podía evitar indignarme por los pobres chicos sobre los que Barbara escribía y entonces recordaba que escribía sobre mí. Estaba la nota de Zeb, con su caligrafía de cangrejo reproducida en tamaño más grande, a media página del periódico. Barbara había obtenido más información sobre otros chicos que estaban desaparecidos y supuestamente muertos, una larga lista, y se preguntaba cuántos habían estado encerrados en la isla, a pocos kilómetros de la casa de sus padres.

Saqué otra moneda de veinticinco del bolsillo; después, cambié de opinión. ¿Qué probabilidad había de que el teléfono de Barbara no estuviera intervenido? No iba a poder llamarla ahora; no directamente. Necesitaba un intermediario que se contactara con ella y lograr que nos encontráramos en algún lugar del sur. Demasiados planes. Lo que realmente necesitaba a toda costa era la Xnet.

¿Cómo diablos iba a conectarme? El detector de WiFi de mi teléfono parpadeaba como loco; había conexiones inalámbricas

a mi alrededor, pero no tenía una Xbox, ni un televisor, ni un DVD del ParanoidXbox para bootearla. WiFi, WiFi por todos lados…

En ese momento, los vi. Eran dos chicos, más o menos de mi edad, avanzando entre la gente, comenzando a bajar por la escalera que llevaba al BART.

Lo que me llamó la atención era la manera en que se movían, con una especie de torpeza, codeando a los trabajadores y turistas. Ambos tenían una mano en el bolsillo y cada vez que se miraban se reían por lo bajo. No podían ser más obvios como clonadores, pero la gente no les hacía el menor caso. En ese barrio, todos estaban pendientes de esquivar a los chiflados o a los desposeídos y no hacían contacto visual, no miraban alrededor en ningún momento si podían evitarlo.

Me acerqué furtivamente a uno de ellos. Parecía muy joven, pero no podía ser más joven que yo.

—Eh —dije—. ¡Eh! ¿Pueden venir un segundo, chicos?

Fingió que no me escuchaba. Me miraba sin verme, como hace la gente con los pordioseros.

—Anda —dije—, no tenemos mucho tiempo. —Lo agarré del hombro y le susurré en el oído—: Me persigue la policía. Soy de la Xnet. —Ahora parecía asustado, como si quisiera escapar corriendo, y su amigo se estaba acercando a nosotros—. Hablo en serio —le dije—. Escúchame.

Llegó el amigo. Era más alto y corpulento, como Darryl.

—Eh —dijo—. ¿Pasa algo?

El otro le susurró algo en el oído. Los dos parecían a punto de salir corriendo.

Saqué el ejemplar del *Bay Guardian* de debajo del brazo y lo sacudí delante de ellos.

—Vayan a la página cinco, ¿OK?

Eso hicieron. Vieron el titular. La foto. A mí.

—Vaya, viejo —dijo el primero—. No somos dignos. —Me sonrió como un loco y el más fornido me palmeó la espalda.

—Increíble —dijo—. Eres M…

Le tapé la boca con una mano.

—Vengan conmigo, ¿OK?

Los llevé de nuevo al banco. Advertí que debajo de él, en la acera, había una mancha vieja y marrón. ¿La sangre de Darryl? Se me erizó la piel. Nos sentamos.

—Soy Marcus —dije, tragando saliva con fuerza por decirles mi nombre real a estos dos, que ya me conocían como M1ck3y. Echaba a perder mi identidad encubierta, pero el *Bay Guardian* ya había establecido el vínculo conmigo.

—Nate —dijo el más menudo.

—Liam —dijo el más corpulento—. Viejo, es un *gran* honor conocerte. Eres nuestro mayor héroe de todos los tiempos…

—No digas eso —contesté—. No digas eso. Ustedes dos son como un letrero luminoso que dice “Estoy clonando; por favor, llévenme a Guantánamo de la Bahía”. No pueden ser más obvios. —Me pareció que Liam iba a echarse a llorar—. No se preocupen; no los arrestaron. Luego les daré algunos consejos. —Volvió a alegrarse. Lo que se estaba volviendo extrañamente claro era que estos dos realmente idolatraban a M1ck3y y que harían cualquier cosa que les dijera. Sonreían como idiotas. Me ponían incómodo; se me revolvía el estómago—. Escuchen, ahora necesito entrar en la Xnet sin irme a mi casa ni a ninguna parte cercana a mi casa. ¿Ustedes viven por aquí?

—Yo sí —dijo Nate—. En la cima de la calle California. Una caminata bastante larga… cuestas empinadas.

Yo acababa de bajar de allí. Masha estaba allí. Sin embargo, era mejor que lo que tenía derecho a esperar.

—Vamos —dije.

***

Nate me prestó su gorra de béisbol y nos intercambiamos los jeans. No tenía que preocuparme por el reconocimiento de andadura con mi tobillo latiendo como lo hacía… cojeaba como un extra de película de vaqueros.

Nate vivía en un enorme apartamento de cuatro habitaciones en la cima de Nob Hill. El edificio tenía un conserje que vestía un abrigo rojo con brocado dorado; se tocó el gorro y llamó “Sr. Nate” a Nate cuando nos dio la bienvenida. El lugar estaba impecable y olía a lustramuebles. Traté de no quedarme boquiabierto cuando vi ese apartamento que debía de costar un par de millones de dólares.

—Mi papá —explicó—. Era un banquero inversionista. Muchos seguros de vida. Murió cuando yo tenía catorce años y heredamos todo. Hacía años que estaban divorciados, pero nombró beneficiaria a mi mamá.

Por el ventanal se veía un impactante panorama del otro lado de Nob Hill, hasta Fisherman’s Wharf, hasta el feo muñón del Puente de la Bahía y la multitud de grúas y camiones. A través de la bruma, Treasure Island casi no se distinguía. Mirando hacia allí, sentí el loco apremio de saltar por la ventana.

Me conecté con su Xbox y una enorme pantalla de plasma, en la sala. Me mostró cuántas redes WiFi abiertas podían captarse desde esta ubicación ventajosa: veinte, treinta. Era un buen lugar para un usuario de la Xnet.

Había muchos correos en la cuenta de M1k3y. Desde que Ange y yo nos marcháramos de su casa esa mañana, 20.000

mensajes nuevos. Muchos eran de la prensa, solicitando entrevistas, pero la mayoría eran de usuarios, gente que había visto el artículo del *Guardian* y querían decirme que iban a hacer cualquier cosa con tal de ayudarme, cualquier cosa que yo necesitara.

Eso fue demasiado. Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas.

Nate y Liam se intercambiaron miradas. Traté de parar, pero no hubo manera. Ahora sollozaba. Nate fue hasta una biblioteca de roble que había contra una pared, abrió un estante y apareció un bar, revelando hileras de botellas relucientes. Sirvió un vaso de algo marrón dorado y me lo trajo.

—Es un whisky irlandés difícil de conseguir —dijo—. El preferido de mi mamá.

Tenía sabor a fuego, a oro. Di unos sorbos, tratando de no ahogarme. No me gustaban los licores fuertes, pero este era distinto. Respiré hondo varias veces.

—Gracias, Nate —dije. Por la cara que puso, parecía que yo acababa de condecorarlo con una medalla. Era un buen chico—. Muy bien —dije, y agarré el teclado. Los dos me miraron con fascinación mientras yo pasaba página tras página de correos en la pantalla gigantesca.

Lo que estaba buscando, primero y principal, era un correo de Ange. Había una posibilidad de que se hubiera escapado. Siempre existía esa posibilidad.

Pero fui un idiota en albergar esa esperanza. No había nada de ella. Comencé a revisar los correos lo más rápido que pude, desechando los pedidos de la prensa, los mensajes de mis seguidores, de los que me odiaban, el spam…

Y entonces la encontré: una carta de Zeb.

>No fue agradable despertar esta mañana y descubrir que la carta que pensé que ibas a destruir está en las páginas del diario. No fue nada agradable. Me hizo sentir… acechado.

>Pero he llegado a comprender por qué lo hiciste. No sé si puedo aprobar tu táctica, pero es fácil darse cuenta de que tus motivos fueron sensatos.

>Si estás leyendo esto, significa que es muy posible que hayas pasado a la clandestinidad. No es fácil. Yo mismo estoy aprendiendo a hacerlo. Y estoy aprendiendo muchas otras cosas.

>Puedo ayudarte. Debería hacer eso por ti. Tú estás haciendo lo que puedes por mí (incluso aunque lo estés haciendo sin mi permiso).

>Si recibes esto respóndeme, si es que estás escapando y solo. O responde si te están custodiando, si te lo están ordenando nuestros amigos de Guantánamo de la Bahía, si estás buscando una manera de acabar con el dolor. Si te capturaron, tienes que hacer lo que ellos te dicen. Lo sé. Correré ese riesgo.

>Por ti, M1k3y.

—¡Vaaaaya —resopló Liam—, vieeeejo! —Quería pegarle. Me di vuelta para decirle algo horrible y tajante, pero me estaba mirando con los ojos abiertos como platos y parecía a punto de caer de rodillas y comenzar a reverenciarme.

—¿Puedo decir solamente…? —dijo Nate—. ¿Puedo decir que ayudarte es el honor más grande que tuve en toda mi vida? ¿Puedo decir sólo eso?

Ahora me estaba ruborizando. No había nada que hacer. Estos dos estaban totalmente encandilados, aunque yo no era una luminaria, al menos no en mi cabeza.

—¿Chicos, podrían…? —tragué saliva—. ¿Puedo tener un poco de privacidad?

Se escabulleron de la habitación como dos perritos después de portarse mal y yo me sentí una. Me puse a tipear rápidamente.

>Escapé, Zeb. Y estoy prófugo. Necesito toda la ayuda que pueda conseguir. Quiero terminar con esto ahora mismo.

Recordé sacar el teléfono de Masha del bolsillo y oprimir una tecla para evitar que se desactivara.

Los chicos me dejaron usar la ducha, me dieron ropa para cambiarme y una mochila nueva que contenía la mitad de su equipo para terremotos (barras de alimento energético, medicamentos, almohadillas de gel frío/calor, y una vieja bolsa de dormir). Hasta pusieron una Xbox Universal que les sobraba, ya cargada con el ParanoidXbox. Fue un lindo detalle. Tuve que ponerles límite cuando intentaron meter una pistola lanza bengalas.

Continué revisando el correo para ver si Zeb me respondía. Contesté los mensajes de mis fans, los de la prensa. Borré los correos de los que me odiaban. Esperaba a medias recibir algo de Masha, pero lo más probable era que se encontrara a medio camino de Los Ángeles, con los dedos doloridos y en malas condiciones para ponerse a teclear. Volví a tocar su teléfono.

Me animaron a que tomara una siesta y, durante un breve y vergonzoso momento, me atacó la paranoia de que estos chicos tal vez pensaban entregarme cuando estuviera dormido. Lo que era una idiotez... podrían haberme entregado con la misma facilidad estando despierto. No podía procesar el hecho de que se preocuparan *tanto* por mí. Intelectualmente, yo sabía que había seguidores de M1k3y. Había conocido algunos esa mañana, gritando ¡muerdo muerdo muerdo! y actuando como vampiros en el Centro Cívico. Pero estos dos eran más personales. Eran dos chicos agradables y bobalicones; podían

haber sido mis amigos en los días anteriores a la Xnet: un par de compinches que te acompañaban en tus aventuras adolescentes. Se habían unido voluntariamente a un ejército, a mi ejército. Yo era responsable de ellos. Si los dejaba solos, los atraparían; era cuestión de tiempo. Se confiaban demasiado.

—Muchachos, escúchenme un segundo. Tengo que hablar con ustedes de algo serio.

Casi se pusieron firmes. Habría sido gracioso, si no fuera porque daba miedo.

—Se trata de esto: ahora que me han ayudado, están en verdadero peligro. Si los capturan a ustedes, también me capturarán a mí. Les sacarán toda la información que conocen… —Levanté una mano para detener sus protestas—. No, esperen. Ustedes no han pasado por esa experiencia. Todos hablan. Todos se quiebran. Si alguna vez los atrapan, deben decirles todo, de inmediato, lo más rápido que puedan, todo lo que puedan. De todos modos, ellos lo averiguarán, tarde o temprano. Así es como trabajan.

»Pero a ustedes no los atraparán. ¿Y saben por qué? Porque desde ahora ya no son clonadores. Están retirados del trabajo activo. Ahora son… —Nadé en mi memoria, buscando vocabulario, palabras sacadas de las películas de espionaje—. Ahora son una célula dormida. No llamen la atención. Vuelvan a ser chicos normales. De una forma o de otra, voy a desbaratar todo esto, lo sacaré a la luz, le pondré fin. O bien me atraparán y me liquidarán. Si no saben nada de mí en las próximas 72 horas, significará que me han capturado. Si es así, hagan lo que quieran. Pero durante los próximos tres días, y para siempre si es que logro hacer lo que pretendo, no llamen la atención. ¿Me lo prometen?

Lo prometieron con total solemnidad. Los dejé convencerme de dormir una siesta, pero los hice jurar que me despertarían al cabo una hora. Tenía que tocar el teléfono de Masha y quería enterarme lo antes posible si Zeb volvía a ponerse en contacto conmigo.

***

El encuentro era en un vagón del BART, lo que me ponía nervioso. Estaban llenos de cámaras. Pero Zeb sabía lo que hacía. Me dijo que nos reuniéramos en el último vagón de cierto tren que partía de la estación de la calle Powell, en un horario en que estaría repleto de cuerpos apretujados. Se deslizó hacia mí entre el gentío y los buenos pasajeros de San Francisco le hicieron sitio: la zona vacía que siempre rodea a los que viven en la calle.

—Un gusto verte de nuevo —masculló, de cara a la puerta. Mirando el cristal oscuro, vi que no había nadie lo bastante cerca como para escucharnos, al menos si no disponía de algún micrófono de alta eficiencia. De todos modos, si sabían lo suficiente como para estar aquí con un micrófono de esos, ya estábamos muertos.

—Lo mismo digo, hermano —respondí—. Te pido… te pido perdón, ya sabes.

—Cállate. No te disculpes. Fuiste más valiente que yo. ¿Ya estás listo para pasar a la clandestinidad? ¿Para desaparecer?

—Sobre ese tema…

—¿Sí?

—No es el plan.

—Oh —dijo.

—Escúchame, ¿OK? Tengo… tengo fotos, video. Material que de verdad constituye una *prueba*. —Metí la mano en el bolsillo y toqué el teléfono de Masha. Le había comprado un cargador en Union Square cuando venía hacia aquí; lo había enchufado en un café hasta ver que la batería marcaba cuatro de las cinco barras—. Necesito llevárselo a Barbara Stratford, la mujer del *Guardian*. Pero van a estar vigilándola… para ver si aparezco por allí.

—¿Piensas que no vigilan para ver si aparezco yo también? Si tu plan implica que tengo que acercarme a menos de dos kilómetros de la casa o la oficina de esa mujer…

—Quiero que lleves a Van a reunirse conmigo. ¿Darryl te contó alguna vez de Van? La chica…

—Me contó. Sí, me contó. ¿No crees que la están vigilando? ¿Igual que a todos los que estuvieron arrestados?

—Pienso que sí, pero no creo que a ella la vigilen tanto. Y Van tiene las manos totalmente limpias. Nunca cooperó con ninguno de mis… —Tragué saliva—. Con mis proyectos. Puede que estén más relajados con respecto a ella. Si llama al *Bay Guardian* para pedir una entrevista porque quiere explicar que soy un mentiroso, tal vez le permitan asistir.

Zeb miró la puerta por largo rato.

—Ya sabes lo que ocurre cuando nos atrapan por segunda vez.

No era una pregunta. Asentí.

—¿Estás seguro? Algunos de los que estaban con nosotros Treasure Island se fueron en helicóptero. Se los llevaron *mar adentro*. Hay países donde los EE. UU. pueden subcontratar la tortura. Países donde te pudrirás para siempre. Países donde desearás que acaben con todo de una vez, que te hagan cavar

una tumba, te obliguen a pararte en el borde y te disparen en la nuca.

Tragué saliva y asentí.

—¿Vale la pena correr el riesgo? Aquí podemos ser clandestinos durante muchísimo tiempo. Algún día podríamos recuperar el país. Podríamos esperar hasta entonces.

Negué con la cabeza. —No se puede lograr nada si no se hace nada. Es nuestra patria. Nos la han arrebatado. Los terroristas que nos atacaron siguen libres, *pero nosotros no*. No puedo quedarme escondido un año, diez, toda mi vida, esperando que me devuelvan la libertad. La libertad es algo que tienes que recuperar por tus propios medios.

***

Esa tarde, Van salió de la escuela como de costumbre; se sentó en el fondo del autobús con un compacto grupo de amigas, riendo y haciendo bromas como siempre lo hacían. Los demás pasajeros advirtieron especialmente su presencia porque hablaba muy fuerte y, además, tenía puesto un sombrero estúpido, gigantesco y flexible que parecía formar parte del vestuario de una obra teatral escolar sobre los espadachines del Renacimiento. En un momento, las chicas se apiñaron más y se pusieron de espaldas para mirar por la ventanilla trasera del autobús, señalando cosas y lanzando risitas. La chica que ahora llevaba puesto el sombrero tenía la misma estatura que Van y, mirándola desde atrás, podían confundirla con ella.

Nadie prestó atención a la menuda y desvaída chica asiática que bajó unas paradas antes de llegar al BART. Usaba un viejo uniforme escolar común y corriente, y miraba hacia abajo

tímidamente mientras descendía. En ese momento, además, la ruidosa chica coreana lanzó un grito de alegría y sus amigas la imitaron, riéndose con tanta estridencia que el conductor bajó la velocidad, giró en su asiento y les clavó una mirada sucia.

Van avanzó a toda prisa por la calle, con la cabeza baja y el cabello atado hacia atrás y metido dentro del cuello de su chaqueta acolchada pasada de moda. Se había puesto suplementos en los zapatos que la hacían cinco tambaleantes centímetros más alta y se había quitado las lentes de contacto, reemplazándolas por las gafas que menos la favorecían, con enormes lentes que le tapaban la mitad de la cara. Aunque yo estaba esperándola en el refugio de la parada y sabía cuándo llegaría, casi no la reconocí. Me puse de pie y avancé detrás de ella; cruzamos la calle y la seguí media manzana más.

La gente que pasaba a mi lado apartaba la vista lo más rápido posible. Yo tenía la apariencia de un desposeído: llevaba un mugriento letrero de cartón, un abrigo impregnado de suciedad de la calle y una enorme mochila, llena hasta reventar, con varias roturas reparadas con cinta adhesiva. Nadie quiere mirar a un chico de la calle, porque si tu mirada se encuentra con la suya puede que te pida unas monedas. Había caminado por Oakland toda la tarde y nadie me había dirigido la palabra, salvo un Testigo de Jehová y un Cientologista, ambos para intentar convertirme. Me parecieron obscenos, como si hubieran sido unos pervertidos tratando de seducirme.

Van siguió las indicaciones que yo había escrito cuidadosamente. Zeb se las había pasado de la misma forma en que me había entregado la nota en la puerta de la escuela, tropezando con ella mientras aguardaba el autobús y disculpándose profusamente. La nota era llana y simple; planteaba las cosas con mucha claridad: *Sé que no lo apruebas. Lo comprendo.*

Pero aquí estamos: este el favor más importante que te he pedido en mi vida. Por favor. Por favor.

Y había venido. Yo sabía que vendría. Van y yo teníamos mucha historia juntos. A ella tampoco le gustaba lo que le había ocurrido al mundo. Además, una voz malvada, que reía entre dientes en mi cabeza, me había dicho que ella también estaba bajo sospecha ahora que el artículo de Barbara ya estaba publicado.

Avanzamos seis o siete manzanas, uno detrás del otro, mirando a los que andaban cerca, a los coches que pasaban. Zeb me había contado que podían asignar equipos de cinco personas para seguirte, cinco personas con disfraces diferentes que se turnaban para seguirte, haciendo casi imposible que los que pudieras detectarlos. Teníamos que ir a un sitio totalmente desolado, donde cualquiera quedaría en evidencia.

El paso elevado de la 880 quedaba a unas pocas manzanas de la estación Coliseum del BART y no tardamos mucho en llegar aunque Van dio muchas vueltas. El ruido de arriba era casi ensordecedor. No había nadie más, al menos que yo advirtiera. Había estado en el lugar antes de sugerírselo a Van en la nota, buscando todos los sitios donde alguien podía esconderse. No encontré ninguno. Cuando ella se detuvo en el punto acordado, avancé rápidamente para alcanzarla. Pestañeó como un búho detrás de las gafas.

—Marcus —resopló, con los ojos inundados de lágrimas. Descubrí que yo también estaba llorando. Mi actuación como fugitivo era realmente lamentable. Demasiado sentimental.

Me abrazó con tanta fuerza que me cortó el aliento. Yo la abracé aún más fuerte. Después, me besó.

No en la mejilla, no como una hermana. Completamente en los labios… un beso caliente, húmedo, erótico, que parecía no terminar nunca. La emoción me superó de tal manera que…

No, mentira. Yo sabía exactamente lo que hacía. También la besé.

Después, me detuve y me separé de ella, casi empujándola.

—Van —jadeé.

—Perdón —dijo ella.

—Van —dije otra vez.

—Disculpa —dijo—. Yo…

En ese momento se me ocurrió algo, algo que supuse que tendría que haber hacía muchísimo tiempo.

—¿Te gusto, no?

Ella asintió con abatimiento.

—Desde hace años —dijo.

Oh, Dios. Darryl… todos estos años tan enamorado de ella y ella siempre mirándome a mí, deseándome en secreto. Y después terminé saliendo con Ange. Ange decía que siempre había peleado con Van. Y yo seguía adelante, metiéndome en grandes problemas.

—Van —le dije—. Van, lo siento mucho.

—Olvídalo —dijo ella, mirando hacia otro lado—. Sé que no puede ser. Sólo quería hacer esto una vez, por si nunca… —Se tragó las palabras.

—Van, necesito que hagas algo por mí. Algo importante. Necesito que te reúnas con la periodista del *Bay Guardian*, Barbara Statford, la que escribió el artículo. Necesito que le entregues algo. —Le expliqué lo del teléfono de Masha, le conté lo del video que Masha me había enviado.

—¿Qué beneficio traerá esto, Marcus? ¿Qué sentido tiene?

—Van, tenías razón, al menos parcialmente. No podemos arreglar el mundo poniendo en riesgo a otras personas. Necesito resolver el problema contando lo que sé. Debí hacerlo desde el principio. Después de deshacerme de su custodia, debí ir directamente a la casa del padre de Darryl y contarle todo lo que sabía. Pero ahora tengo evidencias. Este material podría cambiar el mundo. Es mi última esperanza. La única esperanza de liberar a Darryl, de tener una vida que no pasaré en la clandestinidad, escondiéndome de la policía. Y tú eres la única persona en la que puedo confiar para que haga esto.

—¿Por qué yo?

—Estás bromeando ¿no? Mira qué bien te las arreglaste para llegar aquí. Eres una profesional. Eres mejor que todos nosotros para estas cosas. Eres la única en quien puedo confiar. Por eso tú.

—¿Por qué no tu amiga Ange? —Lo dijo sin ninguna inflexión, como si fuera un bloque de cemento.

Bajé la vista.

—Creí que lo sabías. La arrestaron. Está en Guantánamo de la Bahía, en Treasure Island. Hace varios días que está allá. —Había tratado de no pensar en esto, de no pensar en lo que podía estar sucediéndole. Ahora no logré contenerme y comencé a sollozar. Sentí un dolor en el estómago, como si me hubiesen pateado, y me apreté el vientre con las manos para contenerlo. Me doblé en dos y lo siguiente que recuerdo es que estaba tendido de costado sobre los escombros, debajo de la autopista, abrazándome y llorando.

Van se arrodilló a mi lado.

—Dame el teléfono —dijo, con la voz convertida en un siseo enojado. Busqué en el bolsillo y se lo pasé.

Avergonzado, dejé de llorar y me puse de pie. Sabía que me corrían mocos por la cara. Van me estaba mirando con una expresión de pura repulsión.

—Tienes que evitar que entre en modo “sleep” —le dije—. Aquí tengo un cargador. —Revolví el interior de la mochila. No había dormido desde la noche en que lo había comprado. Puse la alarma del teléfono para que sonara cada 90 minutos, para evitar que se desactivara—. No lo cierres.

—¿Y el video?

—Eso es más difícil —respondí—. Me envié una copia por correo, pero no puedo entrar en la Xnet. —Si no había más remedio, podía regresar a lo de Nate y Liam para usar su Xbox nuevamente, pero no quería arriesgarme—. Mira, te voy a dar mi usuario y contraseña del servidor de Pirate Party. Tienes que usar el TOR para poder acceder… Sin duda, Seguridad Interior está vigilando quién se loguea en el servidor de correo de Pirate Party.

—Usuario y contraseña —dijo ella, un poco sorprendida.

—Confío en ti, Van. Sé que puedo confiar en ti.

Meneó la cabeza. —*Nunca* revelas tus contraseñas, Marcus.

—Creo que ya no importa. Si tienes éxito, bien; si no… es el fin de Marcus Yallow. Tal vez me consiga una nueva identidad, pero no lo creo. Creo que me van a atrapar. Creo que siempre supe que algún día me atraparían.

Me miró, ahora furiosa.

—Qué desperdicio. ¿Para qué sirvió todo esto, en definitiva?

De todo lo que podría haberme dicho, nada me hubiese herido más que eso. Era otra patada en el estómago. Qué desperdicio… todo esto, una futilidad. Darryl y Ange, desaparecidos. Tal vez nunca volvería a ver a mi familia. Y Seguridad Interior aún tenía a mi ciudad y a mi país encerrados en una

histeria masiva, irracional, llena de gritos, donde se podía hacer cualquier cosa en nombre de detener al terrorismo.

Parecía que Van estaba esperando que le dijese algo, pero yo no tenía nada que responder. Me dejó allí.

***

Cuando regresé a "casa", a Mission, a la tienda debajo de la autopista que él había armado para pasar la noche, Zeb me esperaba con una pizza. Tenía una tienda de campaña, rezago del ejército, con la leyenda COMITÉ COORDINADOR DE DESAMPARADOS LOCALES DE SAN FRANCISCO pintada con esténcil.

La pizza era de Domino's, fría y pastosa, pero igualmente deliciosa.

—¿Te gusta la pizza con ananá?

Zeb me sonrió, condescendiente.

—Los gratiranos no podemos ser exigentes —dijo.

—¿Gratiranos?

—Como vegetarianos, pero referido a los que comemos gratis.

—¿Comemos gratis?

Volvió a sonreír. —Ya sabes… comer *gratis*. ¿La tienda de comidas gratis?

—¿Te robaste esto?

—No, tonto. Es de la otra tienda. La pequeñita que está detrás de la tienda grande. Hecha de acero azul. Que huele un poco feo.

—¿Lo sacaste de la basura?

Echó la cabeza hacia atrás y rió entrecortadamente.

—Sí, por cierto. Deberías verte la cara. Amigo, no hay problema. No estaba podrida. Estaba buena… una equivocación en el pedido de un cliente. La desecharon con caja y todo. Cuando están por cerrar, espolvorean veneno para ratas encima de la basura, pero si llegas rápido no hay problema. ¡Deberías ver lo que tiran en las tiendas de comestibles! Espera hasta la hora del desayuno. Te prepararé una ensalada de frutas que no podrás creer. Cuando una fresa de la caja está un poco verde y peluda, ya se descarta todo…

Dejé de prestarle atención. La pizza estaba bien. No iba a infectarse por estar un rato en el contenedor de basura, nada de eso. Si era asquerosa, lo era porque provenía de Domino's… la peor pizza de la ciudad. Nunca me había gustado la comida de allí y renuncié a ella definitivamente cuando descubrí que subvencionaban a un grupo de políticos ultradementes que pensaban que el calentamiento global y la evolución eran conspiraciones satánicas.

No obstante, era difícil aplacar la sensación de asco.

Pero había otra manera de mirarlo. Zeb me estaba revelando un secreto, algo que yo no había previsto: había todo un mundo oculto en las calles, una manera de sobrevivir sin participar del sistema.

—¿Gratiranos, eh?

—Yogurt también —dijo, asintiendo vigorosamente—. Para la ensalada de frutas. Lo tiran a la basura al día siguiente del vencimiento, pero no es que para la noche ya se pone verde. Es yogurt… o sea, básicamente, es leche que ya está podrida desde el vamos.

Tragué saliva. La pizza tenía un gusto raro. Veneno para ratas. Yogurt vencido. Fresas peludas. Tardaría un tiempo en acostumbrarme a esto.

Comí otro bocado. En realidad, la pizza de Domino's era un poco menos horrible cuando era gratis.

La bolsa de dormir de Liam era abrigada y acogedora después de un largo día de emociones agotadoras. A estas alturas, Van ya se habría contactado con Barbara. Barbara ya tendría el video y la fotografía. La llamaría por la mañana para saber su opinión sobre lo que yo debía hacer ahora. Tendría que ir a verla después de que lo publicara, para respaldar todo.

Pensé en eso mientras cerraba los ojos, pensé en cómo sería entregarme, con todas las cámaras filmando, siguiendo al tristemente célebre M1k3y mientras entraba en uno de esos grandes edificios llenos de columnas del Centro Cívico.

El sonido de los coches aullando sobre mi cabeza se transformó en una especie de ruido del océano, mientras yo me hundía en el sueño. Cerca de allí había otras tiendas de campaña, otras personas sin techo. Había conocido a unos cuantos esa tarde, antes de que oscureciera y de que cada uno se acurrucara cerca de su propia tienda. Todos eran mayores que yo, de aspecto tosco y modales bruscos. Sin embargo, ninguno parecía loco ni violento. Sólo era gente que había tenido mala suerte, o había tomado malas decisiones, o las dos cosas.

Seguramente me quedé dormido, porque no recuerdo nada más hasta que me iluminaron la cara con una luz brillante, tan brillante que me cegaba.

—Es este —dijo una voz, detrás de la luz.

—Embólsalo —dijo otra voz que ya había escuchado antes, que había escuchado una y otra vez en mis sueños, sermoneándome, exigiendo mis contraseñas. La mujer de pelo corto.

Me pusieron la bolsa en la cabeza rápidamente y me la apretaron con tanta fuerza alrededor de la garganta que me ahogué y vomité mi pizza gratirana. Mientras me sacudía y me

ahogaba, unas manos fuertes me ataron las muñecas y luego los tobillos. Me llevaron rodando en una camilla, me levantaron, me metieron en un vehículo, me subieron por un par de escalones metálicos que hicieron mucho ruido. Me arrojaron sobre una superficie acolchada. Después de que cerraron las puertas, no se oyeron más sonidos en la parte trasera del vehículo. El acolchado anulaba todo, excepto mi propio jadeo.

—Bueno, hola de nuevo —dijo la mujer. Sentí que ella se metía en cuatro patas, haciendo balancear el furgón. Todavía me estaba ahogando, tratando de tomar algo de aire. Tenía la boca llena de vómito, que también me obstruía la tráquea.

—No te dejaremos morir —dijo ella—. Si dejas de respirar, nos encargaremos de que comiences a respirar de nuevo. No te preocupes por eso.

Me ahogué más. Sorbí aire. Algo logró pasar. Una tos profunda, devastadora, me sacudió el pecho y la espalda, desalojando algo de vómito. Más aire.

—¿Ves? —dijo ella—. No está tan mal. Bienvenido a casa, M1k3y. Hay un sitio muy especial donde queremos llevarte.

Me relajé, tendido de espaldas, sintiendo el balanceo de la camioneta. Al principio, el olor de la pizza vomitada era abrumador, pero como ocurre con todos los estímulos fuertes, mi cerebro gradualmente se acostumbró a él, lo filtró hasta convertirlo en un leve aroma. El balanceo del vehículo era casi reconfortante.

Entonces ocurrió. Me inundó una calma increíble y profunda, como si hubiese estado tendido en una playa y las olas hubiesen avanzado, alzándome con la suavidad de un padre o una madre, sosteniéndome en alto, llevándome hasta las cálidas aguas del mar bajo el cálido sol. Después de todo lo que había sucedido, me habían capturado, pero ya no importaba.

La información había llegado a Barbara. Yo había organizado la Xnet. Había ganado. Y si no había ganado, al menos había hecho todo lo que estaba a mi alcance. Más de lo que alguna vez pensé que podía hacer. Mientras me llevaban, hice un inventario mental de todo lo que había logrado, lo que *habíamos* logrado. La ciudad, el país, el mundo, estaban llenos de personas que no estaban dispuestas a vivir como el DSI quería que viviéramos. Pelearíamos por siempre. No podían encarcelarnos a todos.

Suspiré y sonreí.

Advertí que la mujer había estado hablándome todo el tiempo. Yo había permanecido en mi lugar feliz y ella, sencillamente, había desaparecido.

— ...un chico inteligente como tú. Pensé que eras demasiado inteligente para intentar meterte con nosotros. Hemos tenido nuestros ojos en ti desde el día que te liberamos. Te habríamos atrapado aunque no hubieses ido a llorarle a esa periodista traidora y lesbiana. No lo entiendo... tú y yo teníamos un acuerdo...

Pasamos por encima de una placa de metal que retumbó; los amortiguadores del furgón se sacudieron y luego el balanceo cambió. Estábamos sobre el agua. Rumbo a Treasure Island. ¡Eh, Ange estaba allá! Darryl también. Quizás.

***

No me quitaron la capucha hasta que estuve en mi celda. No me molestó seguir con las muñecas y los tobillos esposados; rodé de la camilla al suelo. Estaba oscuro, pero gracias a la luz de la luna que entraba por la única ventanita, allá en lo alto, vi

que le habían sacado el colchón al catre. La habitación contenía a mi persona, un inodoro, el armazón de una cama, un lavabo y nada más.

Pero sobreviviría.

Cerré los ojos y dejé que las olas me alzaran. Me alejé flotando. En algún lugar distante, debajo de mí, estaba mi cuerpo. Ya sabía lo que ocurriría a continuación. Me habían dejado así para que me hiciera encima. Otra vez. Ya sabía como era eso. Ya me había meado encima. Olía mal. Picaba. Era humillante; era como ser un bebé.

Pero sobreviviría.

Me reí. El sonido era raro y me llevó de vuelta a mi cuerpo, de vuelta al presente. Me reí y volví a reírme. Había soportado las peores cosas que podían hacerme y había sobrevivido, y los había *vencido*, los había vencido durante meses, los había hecho quedar como los idiotas y déspotas que eran. Había *ganado*.

Aflojé la vejiga. De todos modos, ya estaba llena y me dolía, y el único tiempo que existe es el presente.

El océano me arrastró lejos.

***

Cuando llegó la mañana, dos guardias eficientes e impersonales me cortaron las esposas de tobillos y muñecas. Igualmente, no pude caminar; cuando me puse de pie, mis piernas se vencieron como las de una marioneta sin hilos. Demasiado tiempo en la misma posición. Los guardias colocaron mis brazos sobre sus hombros y medio me arrastraron, medio me cargaron, a lo largo del corredor que yo conocía tan bien. Los

letreros con los códigos de barras de las puertas ahora se curvaban hacia arriba, colgaban torcidos, atacados por el aire salado.

Se me ocurrió una idea.

—¡Ange! —grité—. ¡Darryl! —grité. Los guardias me hicieron avanzar más rápido, a los sacudones, claramente perturbados pero sin saber qué hacer—. ¡Chicos, soy yo, Marcus! ¡Sigan libres!

Alguien sollozó detrás de una de las puertas. Otro gritó en un idioma que parecía árabe. Después, una cacofonía, mil voces diferentes que gritaban.

Me llevaron a una habitación nueva. Había funcionado como sala de duchas; los duchadores aún estaban instalados en los azulejos mohosos.

—Hola, M1k3y —dijo Pelo Corto—. Parece que has tenido una mañana muy agitada. —Frunció la nariz deliberadamente.

—Me hice pis encima —dije en tono alegre—. Usted también debería hacer la prueba.

—Tal vez tendríamos que darte un baño, entonces —dijo ella. Hizo una seña con la cabeza y los guardias me llevaron a otra camilla, que tenía correas de sujeción distribuidas en todo su largo. Me dejaron caer allí; estaba helada y totalmente mojada. Antes de que me diera cuenta, me habían puesto las correas a la altura de los hombros, la cadera y los tobillos. Un minuto después, ajustaron tres correas más. Unas manos de hombre agarraron un enrejado ubicado junto a mi cabeza y soltaron unas trabas; al instante, quedé inclinado, con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba.

—Comencemos con algo sencillo —dijo ella. Estiré el cuello para poder verla. Se había sentado frente a un escritorio sobre el cual había una Xbox, conectada a un televisor de pantalla

plana que parecía muy costoso—. Me gustaría que me dijeras tu nombre de usuario y contraseña del correo de Pirate Party, por favor.

Cerré los ojos y dejé que el océano me alejara de la playa.

—¿Sabes qué es la cura de agua, M1k3y? —Su voz me trajo de vuelta—. Te amarramos como estás tú ahora y te arrojamos agua sobre la cabeza, para que te entre por la nariz y por la boca. No puedes reprimir la sensación de ahogo. Le dicen ejecución simulada y, desde mi punto de vista, de este lado de la habitación, es una valoración acertada. No podrás reprimir la sensación de que te estás muriendo.

Traté de escapar. Había oído de la cura de agua. Y aquí estaba: tortura genuina. Y era sólo el principio.

No pude escapar. El océano no avanzó ni me levantó. Sentía el pecho apretado; mis pestañas aleteaban. Sentía el pis pegajoso en las piernas y el sudor pegajoso en el cabello. Me picaba la piel por el vómito seco.

Ella volvió a entrar en mi campo visual.

—Comencemos con el nombre de usuario —dijo.

Cerré los ojos; apreté los párpados.

—Dale de beber —dijo ella.

Oí gente moviéndose. Respiré profundo y contuve el aire.

Comenzó como un hilo de agua, como un cucharón de agua cayendo suavemente sobre mi barbilla, mis labios. Entró por mis orificios nasales, que apuntaban hacia arriba. Penetró hasta mi garganta y comencé a ahogarme, pero no podía toser y no quería aspirar para que no se me metiera en los pulmones. Contuve el aire y apreté los ojos con más fuerza.

Se oyó un alboroto que provenía de fuera, un sonido caótico de botas pisando fuerte, de gritos furiosos, indignados. Vaciaron todo el cucharón sobre mi cara.

Escuché que la mujer le mascullaba algo a uno de los que estaban en la sala. Luego, me dijo:

—Sólo el nombre de usuario, Marcus. Es una solicitud muy simple. De todos modos, ¿qué podría hacer yo con tu nombre de usuario?

Esta vez fue un cubo de agua, todo entero, una inundación que no se detenía; seguro que era gigantesco. No pude evitarlo. Jadeé y aspiré agua, tosí y me entró más agua en los pulmones. Yo sabía que no me matarían, pero no podía convencer a mi cuerpo. Con cada fibra de mi ser, sentía que me iba a morir. Ni siquiera podía llorar… el agua continuaba cayendo sobre mí.

Entonces, se detuvo. Tosí, tosí y tosí pero, por el ángulo en que estaba ubicado, el agua que tosía volvía a entrarme por la nariz y me quemaba los senos nasales.

La tos era tan profunda que dolía; me dolían las costillas y las caderas cuando me retorcía. Odié a mi cuerpo por traicionarme, a mi mente por no poder controlar a mi cuerpo, pero no había nada que hacer.

Finalmente, la tos se calmó lo suficiente como para que pudiera fijarme en lo que estaba sucediendo a mi alrededor. Había gente gritando y se escuchaba un forcejeo, una lucha cuerpo a cuerpo. Abrí los ojos y pestañeé con la luz brillante; después estiré el cuello, todavía tosiendo un poco.

En la sala había mucha más gente que al comienzo. Casi todos parecían vestir trajes blindados y cascos con visor de plástico ahumado. Les gritaban a los guardias de Treasure Island, que les devolvían los gritos con las venas del cuello marcadas como sogas.

—¡Ríndanse! —dijo uno de los que usaban traje blindado—. Ríndanse y manos arriba. ¡Quedan arrestados!

Pelo Corto estaba hablando por teléfono. Uno de los blindados se dio cuenta y fue rápidamente hacia ella; hizo volar el teléfono con un golpe de su mano enguantada. Todos quedaron en silencio mientras el teléfono cruzaba el aire, describiendo un arco que abarcó toda la pequeña habitación, hasta hacerse trizas contra el suelo en medio de una lluvia de componentes.

Se rompió el silencio y todos los blindados entraron en la sala. Dos agarraron a cada mis dos torturadores. Casi logré sonreír al ver la expresión de Pelo Corto cuando dos hombres la tomaron de los hombros, la hicieron girar y le pusieron un juego de esposas plásticas alrededor de las muñecas.

Uno de los blindados, que estaba en el umbral, avanzó. Tenía una videocámara apoyada en el hombro, un equipo profesional que lanzaba una luz blanca cegadora. Filmó toda la sala, describiendo dos círculos a mi alrededor sin dejar de enfocarme. Yo me quedé perfectamente quieto, como si estuviera posando para un retrato.

Qué ridículo.

—¿Creen que ya pueden sacarme de esta cosa? —Conseguí decirlo todo de una sola vez, ahogándome sólo un poco.

Se me acercaron dos blindados más —uno de ellos era mujer— y comenzaron a desatarme. Levantaron los visores y me sonrieron. Tenían cruces rojas en los hombros y los cascos.

Debajo de las cruces rojas había otra insignia: CHP. Patrulla de Caminos de California. Eran policías estatales.

Comencé a preguntarles qué hacían allí, pero en ese momento vi a Barbara Stratford. Evidentemente, la habían obligado a permanecer en el pasillo, pero ahora estaba entrando a los empujones y empellones.

—Allí estás —dijo, arrodillándose junto a mí y dándome el abrazo más largo y más fuerte de mi vida.

Entonces lo supe: Guantánamo de la Bahía se encontraba en manos de sus enemigos. Estaba salvado.

Capítulo 21

Nos dejaron solos a Barbara y a mí. Usé el duchador para enjuagarme… de pronto, me sentía avergonzado por estar cubierto de pis y vómito. Cuando terminé, vi que a Barbara le saltaban las lágrimas.

—Tus padres… —comenzó.

Sentí ganas de vomitar otra vez. Dios, mis pobres papás. Lo que debían de haber pasado.

—¿Están aquí?

—No —dijo ella—. Es complicado —agregó.

—¿Qué?

—Todavía estás bajo arresto, Marcus. Igual que todos los de aquí. No se puede irrumpir aquí y abrir las puertas de par en par. Todos tendrán que ser procesados por la justicia penal. Podrían tardar… bueno, podrían tardar meses.

—¿Tendré que quedarme aquí durante *meses*?

Me tomó de las manos.

—No. Creo que podremos lograr que inicien el proceso y te liberen bajo fianza bastante pronto. Pero bastante pronto es un término relativo. No espero que ocurra nada hoy mismo. Pero las cosas no serán como lo fueron con esta gente. Será un trato

humanitario. Con comida de verdad. Sin interrogatorios. Con visitas de los familiares.

»Que hayan expulsado al DSI no significa que ustedes pueden salir de aquí sin más. Lo que ha ocurrido ahora es que nos hemos librado de la versión mundo bizarro del sistema de justicia que habían implantado y que lo hemos reemplazado con el viejo sistema. El sistema con jueces, con juicios públicos y abogados.

»Podemos intentar que los transfieran a un correccional juvenil en el continente pero, Marcus, esos lugares pueden ser muy duros. Muy, muy duros. Puede que este sea el mejor lugar para ustedes hasta que consigamos la fianza.

Fianza. Por supuesto. Yo era un criminal; todavía no me habían acusado, pero seguramente se les ocurrirían muchos cargos. El solo hecho de albergar pensamientos impuros contra el gobierno era prácticamente ilegal.

Barbara me apretó las manos de nuevo.

—Es desagradable, pero así tiene que ser. Lo más importante es que *se terminó*. El Gobernador expulsó al DSI del estado, desmanteló todos los puestos de control. El Fiscal General emitió órdenes de arresto para todos los integrantes de fuerzas de seguridad que intervinieron en los "interrogatorios bajo estrés" y en los encarcelamientos secretos. Irán a prisión, Marcus, y todo fue obra tuya.

Estaba atontado. Escuchaba las palabras, pero apenas les encontraba sentido. De alguna manera, había terminado, pero no había terminado.

—Mira —dijo ella—. Probablemente tenemos una o dos horas antes de que todo esto se calme, antes de que regresen y vuelvan a encerrarte. ¿Qué quieres hacer? ¿Caminar por la playa? ¿Comer? Esta gente tenía una sala increíble para el

personal… pasamos por allí cuando entramos. Totalmente gourmet.

Por fin una pregunta que podía responder.

—Quiero encontrar a Ange. Quiero encontrar a Darryl.

***

Traté de usar una computadora que encontré por ahí para buscar los números de celda, pero me pedía una contraseña, de modo que nos limitamos a recorrer los pasillos, gritando sus nombres.

Detrás de las puertas de las celdas, los prisioneros nos devolvían los gritos, o lloraban, o nos rogaban que los dejáramos salir. No comprendían lo que acababa de ocurrir, no veían que los equipos SWAT del estado de California estaban arreando hacia los muelles a sus ex-guardias, ahora con esposas de plástico.

—¡Ange! —llamé por sobre el bullicio—. ¡Ange Carvelli! ¡Darryl Glover! ¡Soy Marcus!

Habíamos recorrido todo el largo del pabellón de celdas y no habían respondido. Sentí ganas de llorar. Los habían enviado al extranjero; estaban en Siria, o peor. Nunca volvería a verlos.

Me senté, me apoyé contra la pared del corredor y me cubrí la cara con las manos. Vi el rostro de Pelo Corto, vi su sonrisa de suficiencia mientras me preguntaba cuál era mi nombre de usuario. Ella había hecho esto. La enviarían a la cárcel, pero no alcanzaba. Se me ocurrió que, cuando la viera de nuevo, quizás la mataría. Se lo merecía.

—Vamos —dijo Barbara—. Vamos, Marcus. No te des por vencido. Hay más por aquí, vamos.

Tenía razón. Todas las puertas de las celdas que habíamos pasado eran cosas viejas, oxidadas, que databan de la época de la construcción original de la base. Pero al final del corredor, combada y entreabierta, había una puerta nueva, de alta seguridad, gruesa como un diccionario. De un tirón, la abrimos del todo y nos aventuramos al interior de un pasillo oscuro.

Allí había cuatro puertas más, puertas sin códigos de barras. Cada una tenía montado un pequeño teclado electrónico.

—¿Darryl? —dije—. ¿Ange?

—¿Marcus?

Era Ange, llamándome desde detrás de la puerta más alejada. Ange, mi Ange, mi ángel.

—¡Ange! —grité—. ¡Soy yo, soy yo!

—Oh, Dios, Marcus —dijo con voz ahogada, y luego sólo se escucharon sollozos.

Golpeé las demás puertas con los puños.

—¡Darryl! ¿Darryl, estás ahí?

—Aquí estoy. —La voz era muy débil y muy ronca—. Aquí estoy. Lo siento muchísimo. Por favor. Perdóname.

Sonaba… roto. Hecho pedazos. Destrozado.

—Soy yo, D —dije, apoyado contra su puerta—. Soy Marcus. Ya terminó… arrestaron a los guardias. Echaron al Departamento de Seguridad Interior. Iremos a juicio, a juicio público. Y podremos testificar contra ellos.

—Perdón —dijo—. Por favor, lo lamento mucho.

En ese momento, los policías de California se acercaron a la puerta. La cámara seguía filmando.

—¿Sra. Stratford? —dijo uno. Tenía el visor levantado y parecía un policía más, no mi salvador. Parecía alguien que venía a encerrarme.

—Capitán Sánchez —dijo ella—. Hemos localizado a dos de los prisioneros de interés. Me gustaría que los dejaran salir para examinarlos con mis propios ojos.

—Aún no tenemos los códigos de acceso de esas puertas, señora —dijo el hombre.

Barbara levantó una mano.

—Ése no fue el arreglo. Yo tengo acceso total a las instalaciones. Fue orden directa del Gobernador, señor. No nos moveremos hasta que abran estas celdas. —Su rostro estaba perfectamente relajado, sin un solo indicio de querer ceder o flexibilizarse. Hablaba en serio.

El capitán tenía cara de sueño. Hizo una mueca.

—Veré qué puedo hacer —dijo.

***

Consiguieron abrir las celdas una media hora después. Tuvieron que hacer tres intentos, pero al final ingresaron los códigos correctos, aparejándolos con los RFID de los distintivos identificatorios que les habían quitado a los guardias arrestados.

Primero entraron en la celda de Ange. Tenía puesta una bata de hospital, abierta en la parte de atrás, y su celda era aún más despojada que la mía: toda acolchada, sin lavabo, sin cama, sin luz. Emergió en el corredor pestañeando y la cámara de la policía la enfocó, apuntando la brillante luz a su rostro. Barbara, para protegernos, se colocó entre nosotros y la luz. Ange dio un paso tentativo fuera de la celda, arrastrando los pies un poco. Había algo en sus ojos, en su cara, que parecía no estar bien. Estaba llorando, pero no era eso.

—Me drogaron —dijo—. Porque no paraba de pedir un abogado a los gritos.

Fue entonces cuando la abracé. Ella se hundió contra mí, pero me devolvió el apretado abrazo. Olía a rancio, a sudor, pero mi olor no era mejor que el suyo. No quería soltarla nunca más.

Entonces abrieron la celda de Darryl.

Había convertido en jirones su bata de hospital. Estaba hecho un ovillo, desnudo, en el fondo de la celda, protegiéndose de la cámara y de nuestras miradas. Corrí hacia él.

—D —le susurré al oído—. D, soy yo. Marcus. Terminó. Arrestaron a los guardias. Saldremos bajo fianza; nos iremos a casa.

Tembló y cerró los ojos con fuerza.

—Perdón —murmuró, y giró la cabeza para no mirarme.

En ese momento me llevaron, un policía blindado y Barbara. Me llevaron a mi celda, echaron el cerrojo y allí pasé la noche.

***

No recuerdo mucho del viaje a los tribunales. Me encadenaron a otros cinco prisioneros; todos habían estado presos mucho más tiempo que yo. Uno hablaba solamente árabe; era un anciano y temblaba. Todos los demás eran jóvenes. Yo era el único blanco. Cuando estuvimos todos juntos en la cubierta del ferry, vi que el color de la piel de casi todos los prisioneros de Treasure Island era de algún tono de marrón.

Yo había estado dentro una sola noche, pero aun eso era demasiado. Caía una ligera llovizna, algo que normalmente me hace alzar los hombros y hundir la cabeza, pero ese día hice lo mismo que todos los demás: elevar la cara hacia el infinito cielo

gris y deleitarme con las punzadas húmedas mientras avanzábamos a toda velocidad por la bahía, rumbo al atracadero de ferrys.

Nos llevaron a unos autobuses. Ascendimos torpemente a causa de los grilletes y tardaron mucho tiempo en acomodar a todos. A nadie le importó. Cuando no estábamos luchando por resolver el problema geométrico de seis personas, una cadena y un autobús con pasillo angosto, sólo mirábamos la ciudad que nos rodeaba, colina arriba, y a sus edificios.

Yo sólo pensaba en encontrar a Darryl y Ange, pero no se los veía. Había mucha gente y no nos permitían movernos libremente. Los policías estatales nos habían traído hasta allí con bastante gentileza, pero eran corpulentos y llevaban armas y trajes blindados. Constantemente, creía ver a Darryl entre el gentío, pero siempre era otra persona, con la misma mirada abatida, retraída, que le había visto en la celda. Darryl no era el único roto.

Ya en los tribunales, hicieron marchar a nuestro grupo, aún con grilletes, hacia las salas de entrevistas. Una abogada de la ACLU tomó nota de nuestra información y nos hizo unas preguntas —cuando llegó mi turno, me sonrió y me saludó por mi nombre— y luego nos llevó ante la presencia del juez, en el tribunal. El hombre tenía puesta una toga de verdad y parecía estar de buen humor.

La cuestión era que cualquiera que tuviese un familiar que pagara la fianza podía irse y el resto volvería a prisión. La abogada de la ACLU habló mucho con el juez, pidiéndole unas horas más para reunir a los familiares de los prisioneros y traerlos al tribunal. El juez fue muy benévolo con todo eso, pero cuando me percaté de que algunas de estas personas estaban encerradas desde la explosión del puente sin juicio previo; que

sus familias las habían dado por muertas; que las habían sometido a interrogatorios, al aislamiento, a la tortura… tuve ganas de romper las cadenas con mis propias manos y liberar a todos.

Cuando me pusieron frente al juez, me miró desde arriba y se quitó las gafas. Parecía cansado. La abogada de la ACLU parecía cansada. Los alguaciles parecían cansados. Detrás de mí, escuché un repentino murmullo de conversación cuando el alguacil pronunció mi nombre. El juez golpeó el martillo una sola vez, sin dejar de mirarme. Se frotó los ojos.

—Sr. Yallow —dijo—, la fiscalía lo ha identificado como persona riesgosa para viajar en avión. Creo que con fundamento. Sin duda, usted tiene más, digamos… *historia* que las demás personas que hay aquí. Estoy tentado a dejarlo encerrado hasta el juicio, sin importar el monto de la fianza que sus padres estén dispuestos a pagar.

Mi abogada comenzó a decir algo, pero el juez la silenció con una mirada. Se frotó los ojos.

—¿Tiene algo que decir?

—Tuve la oportunidad de escapar —le dije—. La semana pasada. Alguien me ofreció llevarme lejos, sacarme de la ciudad, ayudarme a asumir una nueva identidad. Pero yo le robé el teléfono, escapé del camión y salí corriendo. Entregué el teléfono, que contenía evidencia sobre mi amigo Darryl Glover, a una periodista y me escondí aquí, en la ciudad.

—¿Robó un teléfono?

—Decidí que no podía fugarme. Que tenía que enfrentar a la justicia… que mi libertad no valía nada si era un prófugo, si la ciudad continuaba bajo el control del DSI. Si mis amigos seguían encerrados. Para mí, esa libertad no era tan importante como liberar a mi país.

—Pero robó un teléfono.

Asentí. —Sí. Tengo planeado devolverlo, si alguna vez encuentro a la joven en cuestión.

—Muy bien, gracias por su discurso, Sr. Yallow. Es un muchacho que sabe hablar muy bien. —Miró al fiscal echando fuego por los ojos—. Algunos dirían que también es un muchacho muy valiente. Esta mañana, en los noticieros, se vio cierto video que sugiere que usted tenía una razón legítima para evadir a las autoridades. Considerando eso, y su pequeño discurso, le concederé la fianza, pero también le pediré al fiscal que añada a la lista un cargo de delito menor por hurto… por el asunto del teléfono. Agregaré otros u$s 50.000 de fianza por ese hecho.

Volvió bajar el martillo y mi abogada me apretó la mano.

El juez me miró otra vez desde arriba y se reacomodó las gafas. Tenía caspa en los hombros de la toga. Dijo unas palabras más cuando sus gafas tocaron su cabello hirsuto, enrulado.

—Ya puede irse, joven. No se meta en problemas.

***

Me volví para marcharme y alguien se lanzó sobre mí. Era papá. Literalmente, me levantó en el aire, abrazándome tan fuerte que me crujieron las costillas. Me abrazó como yo recordaba que me abrazaba cuando era un niño pequeño, cuando me hacía girar y girar en esos juegos de avión risueños, que me provocaban náuseas y que terminaban con él arrojándome hacia arriba y atrapándome y estrechándome como lo hacía ahora, tan fuerte que casi dolía.

Un par de manos más suaves de arrebataron suavemente de sus brazos. Mamá. Por un momento, me sostuvo de las manos, a un brazo de distancia, buscando algo en mi rostro, sin decir nada, con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Sonrió, comenzó a sollozar y luego también me abrazó. Los brazos de papá nos rodearon a los dos.

Cuando nos soltamos, finalmente logré decir algo.

—¿Darryl?

—Me encontré con su padre en otro sitio. Está en el hospital.

—¿Cuándo puedo verlo?

—Es nuestro próximo destino —dijo papá. Estaba acongojado—. Darryl no puede… —Se interrumpió—. Dicen que se recuperará —agregó con la voz ahogada.

—¿Y Ange?

—Su mamá la llevó a casa. Quería esperarte aquí, pero…

Comprendí. Ahora me sentía lleno de comprensión hacia todo lo que debieron sentir las familias de todos los que habían estado encarcelados. El tribunal estaba colmado de lágrimas y abrazos que ni los alguaciles podían detener.

—Vamos a ver a Darryl —dije—. ¿Y me prestas el teléfono?

Llamé a Ange camino al hospital donde tenían a Darryl —el San Francisco General, calle abajo de donde estábamos— y quedamos en vernos después de cenar. Ange me hablaba rápidamente, en un susurro. Su mamá no estaba segura de si debía castigarla o no y Ange no quería tentar al destino.

Había dos policías estatales en el corredor de la habitación de Darryl. Contenían a una legión de periodistas que se paraban en puntas de pie para mirar y tomar fotos. Los flashes explotaron frente a nuestros ojos como luces estroboscópicas y sacudí la cabeza para despejarme. Mis padres me habían traído ropa limpia y me había cambiado en el asiento trasero del

coche, pero todavía me sentía sucio, aunque me había frotado con fuerza en el baño del tribunal.

Algunos periodistas pronunciaron mi nombre. Ah, sí, cierto… ahora era famoso. Los policías también me miraron: reconocieron mi cara, o bien mi nombre cuando los periodistas me llamaron.

El padre de Darryl se reunió con nosotros en la puerta de la habitación, hablando en murmullos muy bajos para que los periodistas no escucharan. Llevaba puesta ropa de civil, los jeans y el suéter que yo normalmente lo veía usar cuando pensaba en él, pero tenía las insignias militares abrochadas en el pecho.

—Está dormido —dijo—. Despertó hace un rato y comenzó a llorar. No podía detenerse. Le dieron algo para ayudarlo a dormir.

Nos hizo entrar y allí estaba Darryl, con el cabello limpio y peinado, durmiendo con la boca abierta. Tenía algo blanco en las comisuras de la boca. Era una habitación semi privada y en la otra cama había un sujeto mayor, de aspecto árabe, de unos 40 años. Lo reconocí como el que estaba encadenado a mí cuando salimos de Treasure Island. Nos saludamos con la mano, algo avergonzados.

Después me dediqué a Darryl. Lo tomé de la mano. Tenía las uñas comidas hasta la raíz. Siempre se mordía las uñas cuando era niño, pero abandonó el hábito cuando entramos en la secundaria. Creo que Van lo convenció; le dijo que era desagradable que tuviera los dedos en la boca todo el tiempo.

Escuché que mis padres y el padre de Darryl se retiraban y cerraban las cortinas a nuestro alrededor. Puse mi cara junto a la de mi amigo, sobre la almohada. Tenía una barba despareja, desgreñada, que me recordó a Zeb.

—Eh, D —dije—. Lo lograste. Te vas a recuperar.

Roncó un poco. Casi le digo “Te amo”, una frase que le había dicho a una sola persona que no pertenecía a mi familia, una frase que sonaba rara cuando se la decías a otro hombre. Al final, sólo le apreté la mano otra vez. Pobre Darryl.

Epílogo

Barbara me citó en su oficina el fin de semana del 4 de julio. No fui el único que trabajó durante el feriado, pero sí el único cuya excusa fue que el programa de libertad diurna no lo dejaba salir de la ciudad.

Finalmente, me declararon culpable de robar el teléfono de Masha. ¿Puedes creerlo? La fiscalía negoció con mi abogada: retiraban los cargos de “terrorismo electrónico” e “incitación a la violencia” a cambio de que me declarara culpable del hurto. Me dieron tres meses de libertad diurna y me pusieron en un centro de rehabilitación para delincuentes juveniles de Mission. Dormía en ese lugar, compartiendo habitación con un puñado de criminales genuinos, pandilleros, drogones y un par que estaban locos en serio. Durante el día tenía “libertad” para salir y presentarme en mi “trabajo”.

—Marcus, van a soltarla —dijo Barbara.

—¿A quién?

—A Johnstone, Carrie Johnstone —dijo—. El tribunal militar a puertas cerradas la eximió de toda culpa. El expediente está cerrado. La pondrán nuevamente en actividad. La enviarán a Irak.

Carrie Johnstone era el nombre de Pelo Corto. Lo revelaron en las audiencias preliminares del Tribunal Superior de California, pero eso fue todo lo que revelaron. No quiso declarar una palabra acerca de quiénes le daban las órdenes, de lo que ella había hecho, a quiénes habían encarcelado y por qué. Se limitó a sentarse en el tribunal, perfectamente callada, día tras día.

Los federales, mientras tanto, se pusieron a bravuconear y a gritar por el cierre "unilateral e ilegal" de las instalaciones de Treasure Island ordenado por el Gobernador y por la expulsión de los policías federales de San Francisco ordenada por el Alcalde. Muchos de esos policías acabaron en prisiones estatales, junto con los guardias de Guantánamo de la Bahía.

La Casa Blanca no hacía declaraciones; tampoco el Capitolio Estatal. Y entonces, un día, se llevó a cabo una conferencia de prensa seca, tensa, conjunta, en la escalinata de la mansión del Gobernador, donde el jefe del DSI y el Gobernador anunciaron su "acuerdo".

El DSI dispondría que un tribunal militar, a puertas cerradas, investigara los "posibles errores de criterio" en los que se había incurrido luego del ataque al Puente de la Bahía. El tribunal echaría mano de todas las herramientas a su alcance para asegurar el castigo apropiado de todos los actos criminales. A cambio, el Senado Estatal pasaría a controlar las operaciones del DSI en California, con el poder de vetar, inspeccionar o establecer nuevas prioridades en todo lo referido a las medidas de seguridad interior del estado.

El clamor de los periodistas fue ensordecedor y Barbara fue la primera en preguntar.

—Sr. Gobernador, con todo el respeto que se merece: tenemos evidencias incontrovertibles, en video, que indican que Marcus Yallow, ciudadano nativo de este estado, fue

sometido a una ejecución simulada por parte de oficiales del DSI que aparentemente obedecían órdenes de la Casa Blanca. ¿El estado realmente está dispuesto a abandonar toda pretensión de justicia para sus ciudadanos frente a la *tortura* ilegal y brutal? —Le tembló la voz, pero no se quebró.

El Gobernador abrió los brazos.

—Los tribunales militares impondrán justicia. Si el Sr. Yallow o cualquier otra persona con motivos para incriminar al Departamento de Seguridad Interior desean más justicia, tienen derecho, por supuesto, a demandar al gobierno federal por los daños y perjuicios que correspondan.

Eso fue lo que hice. Se presentaron más de veinte mil demandas civiles contra el DSI durante la semana posterior al anuncio del Gobernador. La ACLU manejaba la mía y había presentado un petitorio para acceder a las sentencias de la corte marcial. Hasta ahora, los jueces habían simpatizado bastante con nosotros.

Pero yo no esperaba esto.

—¿La eximieron completamente?

—El comunicado de prensa no dice mucho. "Después de un minucioso examen de los acontecimientos ocurridos en San Francisco y en el centro especial de detención antiterrorista de Treasure Island, es decisión de este tribunal que los actos de la Srta. Johnston no ameritan mayores sanciones disciplinarias". Esa palabra, "mayores"… como si ya la hubieran castigado.

Resoplé. Desde mi liberación de Guantánamo de la Bahía, soñaba con Carrie Johnston casi todas las noches. Veía su rostro flotando sobre el mío… su sonrisa socarrona mientras le decía al hombre que me diera "de beber".

—Marcus… —dijo Barbara, pero yo la interrumpí.

—Está bien, está bien. Voy a filmar un video de esto. Lo publicaré el fin de semana. Los lunes son los mejores días para los videos virales. Todos volverán del fin de semana del feriado, buscando algo divertido para enviar a todos los de la escuela o la oficina.

Estaba viendo a un siquiatra dos veces por semana, como parte de mi acuerdo con el centro de rehabilitación. Una vez que superé la idea de que se trataba de una especie de castigo, me pareció bien. Me ayudaba a concentrarme en hacer cosas constructivas cuando estaba alterado, en lugar de carcomerme por dentro. Los videos ayudaban.

—Tengo que irme —dije, tragando saliva con fuerza para evitar que mi voz delatara mis emociones.

—Cuídate, Marcus —dijo Barbara.

***

Ange me abrazó desde atrás cuando colgué el teléfono.

—Acabo de leerlo en la red —dijo. Leía un millón de resúmenes de noticias, detectándolos con un lector de titulares que sorbía los artículos ni bien circulaban por los cables. Era nuestra blogger oficial y era buena. Recortaba las notas interesantes y las ponía en línea como un cocinero de minutas entrega pedidos de desayunos.

Me di vuelta en sus brazos para abrazarla de frente. La verdad, no habíamos trabajado mucho ese día. No me dejaban estar fuera del correccional después de la cena y ella no podía visitarme allí. Nos veíamos en la oficina, pero generalmente había mucha gente alrededor, por lo que nuestros mimos eran algo indirectos. Estar solos en la oficina todo un día era demasiada

tentación. Hacía un calor bochornoso, además, lo que significaba que ambos vestíamos camisetas sin mangas y pantalones cortos: mucho contacto de piel mientras trabajábamos uno junto al otro.

—Voy a filmar un video —dije—. Quiero publicarlo hoy.

—Bien —dijo ella—. Hagámoslo.

Ange leyó el comunicado de prensa. Yo hice un pequeño monólogo y lo sincronicé con la famosa filmación de mí en la cura de agua, con la mirada de desesperación bajo la rigurosa luz de la cámara, con las lágrimas que me corrían por la cara, con el pelo enredado y con manchas de vómito.

—Este soy yo. Estoy en una cura de agua. Me están torturando con una ejecución simulada. La tortura está supervisada por una mujer llamada Carrie Johnston. Trabaja para el gobierno. Tal vez la recuerden por este video.

Pasé al video de Johnston y Kurt Rooney.

—Aquí está Johnston con el Secretario de Estado, Kurt Rooney, jefe de estrategia del Presidente.

La nación no quiere a esa ciudad. Desde su punto de vista, es una Sodoma y Gomorra de maricas y ateos que merecen pudrirse en el infierno. La única razón por la que el país se ocupa de lo que piensan en San Francisco es que tuvieron la buena fortuna de explotar por los aires gracias a unos terroristas islámicos.

—Rooney está hablando de la ciudad donde vivo. Según el último recuento, 4215 vecinos míos murieron el día que él menciona. Pero algunos de ellos pueden no haber muerto. Algunos de ellos desaparecieron en la misma prisión donde me torturaron. Algunos padres, madres, hijos y amantes, hermanos y hermanas nunca volverán a ver a sus seres queridos, porque fueron encarcelados secretamente en una prisión ilegal, aquí mismo, en la Bahía de San Francisco. Los enviaron al

extranjero. Todo eso quedó registrado meticulosamente, pero Carrie Johnston tiene las claves de encriptación.

Corté a una imagen de Carrie Johnston, la filmación de ella sentada a la mesa de reuniones con Rooney, riendo.

Corté a la imagen del arresto de Johnston.

—Cuando la arrestaron, pensé que se haría justicia a favor de toda esa gente que ella quebró e hizo desaparecer. Pero intervino el Presidente —corté a una imagen fija de él, riendo y jugando al golf durante una de sus muchas vacaciones— y también su Jefe de Estrategia —y ahora se veía una foto de Rooney, estrechando la mano de un infame líder terrorista que antes había estado de nuestro lado—. La enviaron a una corte marcial a puertas cerradas y ahora ese tribunal la ha exonerado. Por algún motivo, consideraron que no había nada de malo en todo esto.

Puse un fotomontaje, cientos de fotografías de prisioneros en sus celdas, que Barbara había publicado en el sitio del *Bay Guardian* el día de nuestra liberación.

—Nosotros elegimos a estas personas. Nosotros les pagamos el sueldo. Se supone que tienen que estar de nuestro lado. Se supone que tienen que defender nuestras libertades. Pero estas personas —y allí una serie de fotos de Johnston y los demás que habían enviado a juicio— traicionaron nuestra confianza. Faltan cuatro meses para las elecciones. Es mucho tiempo. Suficiente para que cada uno de ustedes salga a buscar a cinco vecinos, cinco personas que hayan renunciado a votar porque su elección es “ninguno de los anteriores”.

»Hablen con sus vecinos. Háganlos prometer que irán a votar. Háganlos prometer que recuperarán el país de manos de los torturadores y los matones. De los que se reían de mis

amigos que yacían en sus tumbas, en el fondo del puerto. Háganlos prometer que ellos también hablarán con sus vecinos.

»Muchos de nosotros votamos por "ninguno de los anteriores". No sirve. Hay que elegir… elegir la libertad.

»Me llamo Marcus Yallow. Me torturó mi propio país, pero todavía me gusta estar aquí. Tengo diecisiete años. Quiero crecer en un país libre. Quiero vivir en un país libre.

Fundí al logo del sitio web. Ange lo había construido con ayuda de Jolu, que nos consiguió más hosting gratuito de Pigspleen del que podríamos necesitar.

La oficina era un sitio interesante. Técnicamente, nos llamábamos Coalición de Votantes por una Norteamérica Libre, pero todos nos decían los Xnet. La organización —sin fines de lucro— había sido co-fundada por Barbara y algunos de sus amigos abogados, inmediatamente después de la liberación de Treasure Island. Los fondos provinieron del aporte de algunos millonarios de la tecnología que no podían creer que un puñado de jóvenes hackers hubieran derrotado al DSI. A veces, nos pedían que fuéramos al sur de la península, a Sand Hill Road, donde estaban los inversores de riesgo, para dar charlas sobre la tecnología Xnet. Había algo así como un trillón de nuevos emprendimientos tratando de hacer dinero en la Xnet.

Como sea, yo no tenía por qué involucrarme en eso. Me conseguí un escritorio y una oficina con escaparate en la calle Valencia, donde regalábamos discos del ParanoidXbox y hacíamos talleres para enseñar a construir mejores antenas de WiFi. Una sorprendente cantidad de gente común pasaba por allí para dejar donaciones personales, tanto de hardware (el ParanoidLinux se puede ejecutar en casi cualquier cosa, no sólo en las Xbox Universal) como de dinero en efectivo. Nos adoraban.

El gran plan era lanzar nuestro propio JRA en septiembre, justo a tiempo para las elecciones, y completar el paquete inscribiendo votantes y llevándolos a las urnas. Sólo el 42% de los norteamericanos se había presentado a los comicios en la última elección; los que no votaban eran la gran mayoría. Yo seguía intentando incorporar a Darryl y a Van en alguna de nuestras sesiones de planeamiento, pero Van insistía en que eran totalmente anti-románticas. Darryl no me hablaba mucho, aunque me enviaba largos correos sobre casi cualquier tema que no fuera Van, el terrorismo o la prisión.

Ange me apretó la mano.

—Dios, odio a esa mujer —dijo.

Asentí. —Otra porquería más que este país le ha hecho a Irak —dije—. Si la enviaran a mi ciudad, probablemente yo también me volvería terrorista.

—Ya la enviaron a tu ciudad, y te volviste terrorista.

—Es cierto —dije.

—¿Irás a la audiencia de la Sra. Gálvez el lunes?

—Totalmente.

Había presentado a Ange y a la Sra. Gálvez unas semanas antes, cuando mi ex-profesora me invitó a cenar. El sindicato de docentes le había conseguido una audiencia con el Consejo del Distrito Escolar Unificado para defender su moción de recuperar su antiguo empleo. Decían que Fred Benson abandonaría por un rato su (anticipado) retiro para testificar contra ella. Yo estaba ansioso de verla de nuevo.

—¿Quieres comer un burrito?

—Totalmente.

—Buscaré mi salsa picante —dijo ella.

Revisé mi correo una vez más... mi cuenta de Pirate Party, donde aún entraban con cuentagotas algunos mensajes de

viejos usuarios de la Xnet que aún no habían descubierto mi dirección de la Coalición de Votantes.

El último mensaje provenía de una dirección de correo desechable, creada con uno de los nuevos anonimizadores brasileros.

> La encontré, gracias. No me dijiste que estaba tan bu3n4.

—¿Quién te envió eso?

Me reí. —Zeb —dije—. ¿Te acuerdas de Zeb? Le di el correo de Masha. Supuse que, ya que ambos están en la clandestinidad, no vendría mal presentarlos.

—¿Y él piensa que Masha es *bonita*?

—Dale un respiro. Es obvio que su mente está obnubilada por las circunstancias.

—¿Y la tuya?

—¿La mía?

—Sí… ¿tu mente también quedó obnubilada por las circunstancias?

Sostuve a Ange a un brazo de distancia y la miré de arriba abajo, de abajo arriba. La tomé de las mejillas y la miré a través de sus gafas de marco grueso; miré sus ojos grandes, traviesos, oblicuos. Le acaricié el cabello con los dedos.

—Ange, nunca he pensado con más claridad en toda mi vida.

Entonces ella me besó, y yo la besé, y pasó un rato antes de que saliéramos a comprar burritos.

FIN

Comentarios

Comentario final de Bruce Schneier

Soy un tecnólogo de la seguridad. Me ocupo de que la gente esté a salvo.

Pienso en sistemas de seguridad y en cómo violarlos. Después, en cómo volverlos más seguros. Sistemas de seguridad informáticos. Sistemas de vigilancia. Sistemas de seguridad para aviones, máquinas para votar, chips RFID y todo lo demás.

Cory me invitó a estar presente en las últimas páginas de su libro porque quería que te contara que la seguridad es divertida. Es increíblemente divertida. Es el gato y el ratón: quién de los dos es más inteligente; el cazador versus la presa. Creo que es el trabajo más divertido que es posible tener. Si te resultó divertido leer que Marcus fue más inteligente que las cámaras de reconocimiento de andadura al colocarse guijarros en los zapatos, piensa en cuánto más te divertiría ser la primera persona del mundo a la que se le hubiera ocurrido hacerlo.

Trabajar en seguridad significa saber mucho de tecnología. Podría significar saber de computadoras y redes, de cámaras y de cómo funcionan, o de la química que se usa para detectar bombas. Pero, en realidad, la seguridad es un estado mental. Es un modo de pensar. Marcus es un gran ejemplo de ese modo de pensar. Siempre está buscando las formas en que un sistema de seguridad puede fallar. Apuesto a que no puede entrar en una tienda sin

pensar en cómo robarse algo. No porque quiera hacerlo (hay una diferencia entre saber violar un sistema de seguridad y violarlo en la práctica), sino para descubrir cómo lograrlo.

Así pensamos los de seguridad. Estamos constantemente observando a los sistemas de seguridad y pensando en cómo sortearlos; no podemos evitarlo.

Este modo de pensar es primordial, sin importar de qué lado de la seguridad estés. Si te contratan para construir una tienda a prueba de rateros, lo mejor es saber cómo roban los rateros. Si estás diseñando un sistema de cámaras para detectar formas de caminar individuales, lo mejor es que preveas que la gente puede ponerse piedras en los zapatos. Porque, si no lo haces, no vas a diseñar nada bueno.

Entonces, cuando andes por ahí durante el día, tómate un momento para observar los sistemas de seguridad que te rodean. Mira las cámaras de las tiendas donde haces las compras (¿previenen el crimen o sólo lo ahuyentan hacia la tienda de al lado?). Observa cómo opera un restaurante (si uno paga después de comer ¿por qué no hay más gente que se va sin pagar?). Presta atención a la seguridad de un aeropuerto (¿cómo podrías subir a un avión con un arma encima?). Examina lo que hace un cajero de banco (la seguridad de un banco está diseñada para evitar que los cajeros roben, tanto como para evitar que robes tú). Contempla con atención un hormiguero (los insectos saben mucho de seguridad). Lee la Constitución y notarás la cantidad de medidas de seguridad que proporciona al pueblo para defenderse del gobierno. Observa los semáforos, los cerrojos de las puertas y todos los sistemas de seguridad que aparecen en la televisión y en el cine. Deduce cómo funcionan, contra qué amenazas protegen y no protegen, cómo pueden fallar y cómo se pueden explotar.

Pasa un tiempo haciendo esto y pronto descubrirás que piensas el mundo de otra manera. Comenzarás a notar que muchos de los sistemas de seguridad que andan por ahí no hacen verdaderamente lo que afirman que hacen y que gran parte de nuestra seguridad nacional es un desperdicio de dinero.

Comprenderás que la privacidad es esencial para que haya seguridad, que no es su antónimo. Dejarás de preocuparte por las cosas que preocupan a otros y empezarás a preocuparte por cosas que a los demás ni se les cruzan por la mente.

A veces, notarás algo acerca de la seguridad que nunca se le ha ocurrido a nadie. Puede que inventes una nueva manera de violar un sistema de seguridad. El phishing (suplantación de identidad) se inventó hace unos pocos años.

Con frecuencia, me sorprendo de lo fácil que es violar algunos sistemas de seguridad muy bonitos y renombrados. Hay muchas razones para que eso suceda, pero la más importante es la imposibilidad de demostrar que algo es seguro. Lo único que puedes hacer es intentar violarlo; si fracasas, sabes que es lo bastante seguro como para impedir que *tú* entres. ¿Pero qué pasa si viene alguien más inteligente que tú? Cualquier persona puede diseñar un sistema de seguridad que ella misma no puede violar.

Piénsalo un segundo, porque no es obvio. Nadie está capacitado para analizar sus propios diseños de seguridad, porque el diseñador y el analista serían la misma persona, con las mismas limitaciones. La seguridad debe ser analizada por otro, porque tiene que protegernos contra lo que no se les ocurrió a los diseñadores.

Esto implica que todos tenemos que analizar la seguridad diseñada por otras personas. Con sorprendente frecuencia, uno logra violarla. Las hazañas de Marcus no son nada del otro mundo: son cosas que pasan todos los días. Entra en la red y busca “bump key” o “Bic pen Kryptonite lock”; encontrarás un par de historias realmente interesantes sobre sistemas de seguridad aparentemente fuertes, derrotados con tecnología bastante básica.

Y, cuando descubras algo así, asegúrate de publicarlo en alguna parte de la Internet. Secreto y seguridad no son sinónimos, aunque lo parezca. Sólo la mala seguridad se basa en el secreto; la buena seguridad funciona aunque todos sus detalles sean públicos.

Publicar las vulnerabilidades obliga a los diseñadores de seguridad a crear mejores sistemas y nos convierte en mejores consumidores de seguridad. Si compras una traba de bicicleta Kryptonite y puedes abrirla con un bolígrafo Bic no obtienes mucha seguridad a cambio de tu dinero. Del mismo modo, si un grupo de jovencitos inteligentes puede vencer la tecnología antiterrorista del DSI, significa que esa tecnología no funcionará muy bien cuando tenga que lidiar con terroristas de verdad.

Entregar tu privacidad a cambio de seguridad ya es bastante estúpido; no obtener verdadera seguridad en esa transacción lo es aún más.

Entonces, cierra este libro y sal a la calle. El mundo está lleno de sistemas de seguridad. Ve a hackear alguno.

Comentario final de Andrew “Bunnie” Huang, hacker de la Xbox

Los hackers son exploradores, pioneros digitales. Está en la naturaleza del hacker cuestionar las convenciones y ser tentado por los problemas intrincados. Para un hacker, los sistemas complejos son como un deporte; un efecto colateral de todo esto es la afinidad natural que siente un hacker por los problemas que tienen que ver con la seguridad. La sociedad es un sistema amplio y complejo y, por cierto, no se salva de sufrir hackeos. Como resultado, frecuentemente se estereotipa a los hackers como iconoclastas y marginados sociales, gente que desafía las normas de la sociedad sólo por el gusto de desafiarlas. Cuando hackeé la Xbox en 2002, mientras estudiaba en el MIT (Instituto Tecnológico de Massachussets), no lo hice por rebelde ni para hacer daño; estaba siguiendo un impulso natural, el mismo impulso

que me motivaba a reparar una iPod estropeada o a explorar los tejados y túneles del MIT.

Por desgracia, la combinación de no cumplir con las normas sociales y de conocer cosas “amenazadoras”, como saber leer el RFID de una tarjeta de crédito o abrir cerrojos, hace que algunos les tengan miedo a los hackers. Sin embargo, la motivación de un hacker típico es tan simple como decir “Soy ingeniero porque me gusta diseñar cosas”. A menudo, la gente me pregunta: “¿Por qué hackeaste el sistema de seguridad de la Xbox?”. Y mi respuesta es sencilla: primero, porque las cosas que yo compro son mías. Si alguien puede ordenarme qué programas puedo y no puedo usar en mi hardware, entonces no es mío. Segundo, porque existe. Es un sistema con la complejidad suficiente para convertirse en un buen deporte. Fue una gran distracción en las noches en que me quedaba hasta tarde trabajando en mi doctorado.

Tuve suerte. Como era un graduado del MIT cuando hackeé la Xbox, la actividad quedó legitimada ante los ojos de las personas adecuadas. Sin embargo, el derecho a hackear no debería concederse sólo a los académicos. Me inicié como hacker cuando era apenas un niño de escuela primaria, desarmando todos los aparatos electrónicos que caían en mis manos, para disgusto de mis padres. Mis lecturas incluían libros sobre modelismo de cohetería, artillería, armas nucleares y fabricación de explosivos… libros que saqué de la biblioteca de mi escuela (creo que la Guerra Fría influyó en la selección de libros a incorporar en las escuelas públicas). También jugaba bastante con fuegos artificiales ad-hoc y vagaba por las obras en construcción a cielo abierto de las casas que se hacían en mi vecindario del Medio Oeste. Aunque no eran cosas muy recomendables de hacer, fueron experiencias importantes que viví hasta la mayoría de edad. Crecí como un librepensador, gracias a la tolerancia social y a la confianza de mi comunidad.

Los sucesos actuales no han sido tan amables con los aspirantes a hackers. *Hermano Menor* nos muestra cómo llegar desde el sitio donde nos encontramos hoy a un mundo donde la tolerancia social por el pensamiento novedoso y libre está completamente muerta. Un suceso reciente resalta con

precisión lo cerca que estamos de cruzar la línea y entrar en el mundo de *Hermano Menor*. Tuve la fortuna de leer uno de los primeros borradores de *Hermano Menor* en noviembre de 2006. Pulsemos el avance rápido y pasemos a dos meses después, hacia finales de enero de 2007, cuando la policía de Boston descubrió unos presuntos dispositivos explosivos y clausuró la ciudad por un día. Los dispositivos resultaron ser unas placas de circuitos con lámparas LED que se encendían y apagaban, que promocionaban un programa de Cartoon Network. Los artistas que habían instalado ese graffiti urbano fueron detenidos como sospechosos de terroristas y finalmente acusados de felonía; los productores del canal tuvieron que desembolsar dos millones de dólares para evitar el juicio y el director de Cartoon Network tuvo que renunciar.

¿Los terroristas ya ganaron? ¿Nos hemos rendido al miedo, tanto que los artistas, los que practican un hobby, los hackers, los iconoclastas o quizás un grupo de adolescentes sin pretensiones que juegan al *Loca Diversión en Harajuku* pueden ser imputados de terroristas de manera tan trivial?

Hay un término que denomina esta disfunción: se llama enfermedad autoinmune, que es cuando el sistema de defensa de un organismo se pasa tanto de revoluciones que no logra reconocerse a sí mismo y ataca a sus propias células. En última instancia, el organismo se autodestruye. En este momento, los EE. UU. están al borde de sufrir el shock anafiláctico de sus propias libertades y necesitamos inocularnos contra eso. La tecnología no cura esta paranoia; de hecho, puede aumentarla: nos convierte en prisioneros de nuestros propios aparatos. Coercionar a millones de personas para que se quiten hasta la ropa interior y hacerlas pasar desnudas por detectores de metales todos los días tampoco es una solución. Sólo sirve para recordarle diariamente a la población que hay motivos para tener miedo, mientras que, en la práctica, la barrera que provee para defenderse de un determinado adversario es muy endeble.

La verdad es que no podemos contar con que otra persona nos haga sentir libres y que no vendrá un M1k3y a salvarnos cuando llegue el día en que

nuestras libertades se pierdan por culpa de la paranoia. Porque M1k3y está dentro de ti y de mí. *Hermano Menor* es un recordatorio de que, sin importar lo impredecible que sea el futuro, no ganamos libertad usando sistemas de seguridad, criptografía, interrogatorios y redadas. Ganamos libertad cuando tenemos el coraje y la convicción de vivir libremente todos los días y cuando actuamos como una sociedad libre, sin importar lo grandes que sean las amenazas que asoman en el horizonte.

Sé como M1k3y: sal por la puerta y atrévete a ser libre.

Bibliografía

Ningún escritor crea de la nada; todos hacemos lo que Isaac Newton llamó “pararse sobre los hombros de los gigantes”. Pedimos prestado, sustraemos y remixamos el arte y la cultura generados por los que nos rodean y por nuestros antepasados literarios.

Si te gustó este libro y quieres saber más, hay infinidad de fuentes para consultar, en línea y en la biblioteca o librería de tu localidad.

El hackeo (Hacking) es un gran tema. Toda la ciencia se basa en comunicar a los demás lo que has hecho, para que puedan verificarlo, aprenderlo y mejorarlo, y el hackeo es un proceso igual, de modo que hay muchas cosas publicadas sobre el tema.

Comienza con

Hacking the Xbox, de Andrew “Bunnie” Huang (No Starch Press, 2003), un libro maravilloso que te cuenta la historia de cómo Bunnie, estudiante del MIT en ese entonces, aplicó la ingeniería inversa en los mecanismos antihackers de la Xbox y abrió el camino para posibilitar todos los geniales hackeos a esa plataforma que vinieron después. Al tiempo que te cuenta la historia, Bunnie también escribe una especie de Biblia de la ingeniería inversa y el hackeo de hardware.

Secrets and Lies

(Wiley, 2000) y

Beyond Fear

(Copernicus, 2003) de Bruce Schneier, son los mejores textos para legos que te ayudan a entender la seguridad y a pensar en ella críticamente, mientras que su
Applied Criptography(Wiley, 1995) sigue siendo una fuente autorizada para comprender la criptografía. Bruce lleva un excelente blog y lista de correo en www.schneier.com/blog. La criptografía y la seguridad pertenecen al reino de los aficionados talentosos y el movimiento cypherpunk está lleno de chicos, constructores de casas, padres, abogados y cualquier clase de persona que existe, que desafían los protocolos de seguridad y los cifrados.

Hay varias revistas grandiosas dedicadas a este tema, pero las dos mejores son
2600: The Hacker Quarterly, que está repleta de seudónimos y de relatos de gente que alardea de sus hackeos exitosos, y
MAKE magazine, de O'Reilly, que ofrece excelentes instrucciones para fabricar tu propio hardware en casa.

El mundo de la red desborda de material sobre el tema, claro.
Freedom to Tinker
(www.freedom-to-tinker.com), de Ed Felten y Alex J. Halderman, es un blog que llevan estos dos fantásticos profesores de ingeniería de Princeton, que escriben con lucidez sobre seguridad, dispositivos espías, tecnología anticopiado y criptografía.

No te pierdas
Feral Robotics
de Natalie Jeremijenko. Natalie y sus alumnos reprograman los perros robots de juguete de Toys-R-Us y los convierten en agresivos detectores de desechos tóxicos. Los sueltan en los espacios verdes públicos donde las grandes corporaciones han arrojado su basura y demuestran frente a los medios la toxicidad del suelo.

Como muchos de los hackeos de este libro, el tema de tunelear los DNS es real. Dan Kaminsky, experto en túneles de la primera hora, publicó detalles en 2004 (www.doxpara.com/bo2004.ppt).

El gurú del "periodismo ciudadano" es Dan Gillmor, que actualmente maneja un Centro de Medios Ciudadanos en Harvard y en la Universidad de Berkeley. También ha escrito un maravilloso libro sobre el tema:
We, the media
(O'Reilly, 2004).

Si quieres aprender más sobre el hackeo de RFID, comienza con el artículo de Annalee Newitz, publicado en la revista
Wired
y titulado
The RFID hacking underground
.
Everyware(New Riders Press, 2006), de Adam Greenfield, es un libro espeluznante acerca de los peligros de vivir en un mundo de RFID.

El Fab Lab del MIT (www.fab.cba.mit.edu), dirigido por Neal Gershenfeld, está hackeando las primeras "impresoras 3D" del mundo, reales y baratas, que pueden aumentar el volumen de cualquier objeto que puedas soñar. Esto está documentado en el excelente libro de Gershenfeld sobre el tema,*Fab*(Basic Books, 2005).

Shaping Things
(MIT Press, 2005), de Bruce Sterling, muestra cómo los RFID y los circuitos integrados pueden utilizarse para forzar a las empresas a fabricar productos que no envenenen el planeta.

Hablando de Bruce Sterling, escribió también el primer libro de excelencia acerca de los hackers y la ley,
The hacker crackdown
(Bantam, 1993), que también fue el primer libro publicado en Internet al mismo tiempo que en papel. Las copias abundan; se puede conseguir una enstuff.mit.edu/hacker/hacker.html. La lectura de este libro me llevó hasta la Electronic Frontier Foundation (Fundación Frontera Electrónica), donde tuve el privilegio de trabajar durante cuatro años.

Esta Fundación es una organización sin fines de lucro con membresías accesibles hasta para estudiantes. Invierten el dinero que obtienen de los particulares en hacer de la Internet un lugar donde se respetan las libertades personales, la libertad de opinión, la justicia y todo lo que incluye la Declaración de Derechos. Son los luchadores por la libertad en Internet más efectivos que existen y tú puedes unirte a su causa tan solo registrándote en su lista de correo y escribiéndoles a los funcionarios que has elegido con tu voto para quejarte cada vez que están pensando en vender tu libertad en nombre de la lucha contra el terrorismo, la piratería, la mafia o cualquier otro "cuco" que capte su atención del momento. La Fundación también ayuda a mantener a
TOR, The Onion Router
(el Router Cebolla), que es una tecnología real que puedes utilizar ahora mismo para evadir la censura de los firewalls del gobierno, las escuelas o las bibliotecas (www.tor.eff.org).

El sitio web de la Fundación (www.eff.org) es enorme y profundo; contiene información asombrosa que apunta al público en general, al igual que la que puedes encontrar en
www.aclu.org
(American Civil Rights Union - Unión Americana por los Derechos Civiles), en
www.publicknowledge.org, enwww.freeculture.org
y en
www.creativecommongs.org, que también merecen tu apoyo. FreeCulture es un movimiento estudiantil internacional que recluta activamente a jóvenes dispuestos a fundar subsidiarias en sus escuelas y universidades. Es una excelente forma de participar y de marcar una diferencia.

Muchos sitios web contienen crónicas de la lucha por las ciberlibertades, pero muy pocos tienen el nivel de Slashdot (Barrapunto,
www.slashdot.org), cuyo lema es "Noticias para Nerds, Asuntos que Importan". Y, por supuesto, hay que visitar la Wikipedia, la enciclopedia

colaborativa, escrita en red, que cualquiera puede editar y corregir, con más de un millón de registros contando solamente los de idioma inglés. La Wikipedia trata los temas del hackeo y la contracultura con sorprendente profundidad y la información se actualiza a un ritmo pasmoso, casi al nanosegundo. Sin embargo, una precaución: no te bases solamente en lo que dice la Wikipedia. Es realmente muy importante seguir los enlaces "Historia" y "Discusión" (History, Discussion) que están en la parte superior de todas las páginas de la Wikipedia, con el fin de conocer cómo se llegó a la versión actual de la verdad, de apreciar los puntos de vista contrapuestos que se presentan y de decidir con tu propio criterio en quién debes confiar.

Si deseas acceder a un conocimiento verdaderamente prohibido, revisa la página de Cryptome,www.cryptome.org, el archivo más asombroso del mundo en cuando a información secreta, suprimida y liberada. Los valientes editores de Cryptome reúnen y publican material del estado que sale a la luz gracias a demandas judiciales basadas en la Declaración de Libertad de Información, o bien por filtraciones de informantes internos.

El mejor relato de ficción sobre la historia de la criptografía es, sin lugar a dudas,
Cryptonomicon(Avon, 2002) de Neal Stephenson. Stephenson cuenta la historia de Alan Turing y la Máquina Enigma nazi, convirtiéndola en una atrapante novela de guerra que uno no puede parar de leer.

El Pirate Party (www.piratpartiet.se) mencionado en
Hermano Menor
está vivo y coleando en Suecia, Dinamarca, los EE.UU. y Francia, o al menos lo estaba cuando escribía este libro, en julio de 2006. Son un poco raros, pero los movimientos así siempre aceptan toda clase de personas.

Hablando de raros, es cierto que
Abbie Hoffman
y los
yippies
intentaron hacer levitar el Pentágono, arrojaron dinero por el aire en la

Bolsa y trabajaron con un grupo llamado “Contra la pared, hijos de puta” (Up Against the Wall Motherfuckers). El libro clásico de Abbie Hoffman acerca de cómo violar el sistema,
Steal this book, editado por Four Walls Eight Windows en 2002, será reeditado y además está disponible en línea como texto colaborativo; los que deseen intentar actualizarlo pueden hacerlo en
www.stealthiswiki.nine9pages.com. La autobiografía de Hoffman,
Soon to be a major motion picture, también editada por Four Walls Eight Windows, es uno de mis libros de memorias favoritos de todos los tiempos, aunque está muy ficcionalizado. Hoffman era un narrador increíble, con gran instinto activista. Si quieres saber cómo fue su vida en realidad, puedes leer
Steal this dream
de Larry Sloman, editado por Doubleday (1998).

Más entretenimiento contracultural: el libro
On the road
(*En el camino*) de Jack Kerouac se puede comprar prácticamente en cualquier librería de viejo por poco dinero.
Howl
(*Aullido*) de Allan Ginsberg se encuentra en línea en muchos sitios y puedes escuchar al propio Ginsberg leyéndolo si buscas el mp3 en
www.archive.org. Un bonus: busca el álbum
Tenderness Junction, de The Fugs, que incluye audio de Allan Ginsberg y de la ceremonia de levitación de Abbie Hoffman en el Pentágono.

Jamás habría escrito este libro si no fuera por el magnífico e innovador *1984*, de George Orwell: es la mejor novela jamás publicada sobre el tema de cómo pueden fracasar las sociedades. Lo leí cuando tenía 12 años y desde entonces lo he releído 30 ó 40 veces más, y en cada ocasión aprendí algo nuevo. Orwell era un maestro de la narración y, claramente, estaba asqueado de los estados totalitarios surgidos en la Unión Soviética. El libro
1984

tiene plena vigencia hasta el día de hoy, además de ser un trabajo de ciencia ficción genuinamente aterrador y una de las novelas que, literalmente, cambió el mundo. Actualmente, “orwelliano” es sinónimo de un estado donde reinan la vigilancia ubicua, el doble mensaje y la tortura.

Muchos novelistas han inspirado ciertos fragmentos de la historia de *Hermano Menor*. La obra maestra del comic, *Alan Mendelsohn: the Boy from Mars*, de Daniel Pinkwater (reeditada por Farrar, Straus and Giroux, 1997), es un libro que todos los geeks deben leer. Si alguna vez te has sentido marginado por ser demasiado inteligente o poco común, LEE ESTE COMIC. Cambió mi vida.

Con un enfoque más contemporáneo, tenemos *So Yesterday* (Razorbill, 2004), de Scott Westerfeld, que narra las aventuras de unos buscadores de tendencias y generadores de interferencia de la contracultura. Scott y su esposa, Justine Larbalestier, al igual que Kathe Koja, me inspiraron parcialmente la idea de escribir un libro dedicado a adolescentes y jóvenes. Gracias, muchachos.

Agradecimientos

Este libro tiene una tremenda deuda con muchos escritores, amigos, consejeros y héroes que lo hicieron posible.

Los hackers y cypherpunks: Bunnie Huang, Seth Schoen, Ed Felten, Alex Halderman, Gweeds, Natalie Jeremijenko, Emmanuel Goldstein, Aaron Swartz.

Los héroes: Mitch Kapor, John Gilmore, John Perry Barlow, Larry Lessig, Shari Steele, Cindy Cohn, Fred von Lohmann, Jamie Boyle, George Orwell, Abbie Hoffman, Joe Trippi, Bruce Schneier, Ross Dowson, Harry Kopyto, Tim O'Reilly.

Los escritores: Bruce Sterling, Kathe Koja, Scott Westerfeld, Justine Larbalestier, Pat York, Annalee Newitz, Dan Gillmor, Daniel Pinkwater, Kevin Pouslen, Wendy Grossman, Jay Lake, Ben Rosenbaum.

Los amigos: Fiona Romeo, Quinn Norton, Danny O'Brien, Jon Gilbert, Danah Boyd, Zak Hanna, Emily Hurson, Grad Conn, John Henson, Amanda Foubister, Xeni Jardin, Mark Frauenfelder, David Pescovitz, John Battelle, Karl Levesque, Kate Miles, Neil and Tara-Lee Doctorow, Rael Dornfest, Ken Snider.

Los consejeros: Judy Merril, Roz and Gord Doctorow, Harriet Wolff, Jim Kelly, Damon Knight, Scott Edelman.

Gracias a todos ustedes por darme las herramientas para pensar y escribir sobre estas ideas.

Título original:
Little Brother

Cory Doctorow (craphound.com) es novelista de ciencia ficción, blogger y activista de tecnología. Nació en Ontario, Canadá, el 17 de julio de 1971.

Es el coeditor del popular weblog Boing Boing (Boingboing.net), y colaborador de Wired, Popular Science Make, New York Times, y muchos otros periódicos, revistas y sitios web.

Antes fue Director de Asuntos Europeos para la Electronic Frontier Foundation (Eff.org), un grupo de libertades civiles sin fines de lucro que defiende la libertad en leyes de tecnología, política, estándares y tratados.

En tal calidad, trabajó para equilibrar tratados, políticas y estándares internacionales sobre derechos de autor y derechos relacionados, abogando en casas de gobierno, Naciones Unidas, organismos de estándares, corporaciones, universidades e instituciones sin fines de lucro.

Sus novelas son publicadas por Tor Books y simultáneamente liberadas en la Internet bajo licencia Creative Commons que alientan su lectura y divulgación, una medida que incrementa sus ventas enrolando a sus lectores en la promoción de su trabajo.

Fue co-fundador de la compañía de software (P2P) de fuente abierta OpenCola, la vendió a OpenText, Inc en 2003, y actualmente presta servicio

en las juntas de consejo de Participatory Culture Foundation, MetaBrainz Foundation, Technorati, Inc, y en la Onion Networks, Inc.

Esta novela ganó en el 2009 el premio Prometheus, el Premio Campbell (compartido) y el Premio Sunburst, fue nominada a:, Premio Nebula y el Premio British Fantasy.

Sitio -

http://craphound.com

Biografía completa:

http://craphound.com/bio.php

Esta novela se vincula temáticamente con

CUANDO LOS ADMINISTRADORES DE SISTEMA GOBERNARON LA TIERRA, de Cory Doctorow

Axxón 211 - octubre de 2010

Cuento de autor norteamericano (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Informática : Internet : Es